

Mi MAPA de ti

¿EXISTE EL DESTINO
O EL AMOR?

Isabelle
Broom

Umbriel

Isabelle Broom

Mi mapa de ti



Umbriel Editores

Argentina · Chile · Colombia · Ecuador · España
Estados Unidos · México · Perú · Uruguay

Título original: *My Map of You* Editor original: Penguin Random House UK

Traducción: Rosa Arruti

Esta es una obra de ficción. Todos los acontecimientos y diálogos, y todos los personajes, son fruto de la imaginación de la autora. Por lo demás, todo parecido con cualquier persona, viva o muerta, es puramente fortuito.

1.^a edición Mayo 2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2016 *by* Isabelle Broom All Rights Reserved

© de la traducción 2019 *by* Rosa Arruti © 2019 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-17545-69-7

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para mamá

Si callas la verdad y la entierras, acabará creciendo y acumulará tal potencia explosiva que el día que reviente arrasará todo lo que esté en su camino.

ÉMILE ZOLA

Prólogo

La niña pegó la barbilla a las rodillas y enterró los pies descalzos en la arena mojada. Una ola subió veloz por la orilla, deteniéndose a escasa distancia del cubo y la pala que le habían comprado sus padres esa mañana. Eran de color rojo para hacer juego con su nuevo traje de baño estampado con lunares blancos. Su hermana llevaba el mismo modelo pero de color azul; una tontería en opinión de Jenny pues todo el mundo sabía que el azul era color de niños, y los niños daban asco. Por otro lado, el rojo era el color que vestían las reinas, un color que no pasaba desapercibido. A Jenny le recordaba los buzones de su pueblo en Kent y la cabina telefónica de la esquina de su calle. Era su color favorito, desde luego.

Estirando las piernas ante ella, soltó una risita cuando el extremo espumoso de otra decidida ola le hizo cosquillas en las plantas de los pies. Veía a su hermana en la distancia, sujetando su propio cubo amarillo en una mano mientras empleaba la otra para recoger conchas. Era un poco absurdo lo que hacía, pensó Jenny, porque su madre jamás permitiría que esas cosasapestosas viajaran con ellos de regreso a Inglaterra.

Recordar su hogar la ponía un poco triste. No quería regresar a un lugar donde llovía a diario y las vacas se escapaban de los pastizales vecinos dejando grandes cacas planas en medio de la calle. Quería quedarse aquí en esta isla, donde el sol centelleaba como polvo mágico sobre la superficie del mar y el calor en verano permitía tomar un helado de desayuno si te apetecía. Mientras observaba el mar en la distancia, se dio cuenta de que una de las islas que sobresalía en el agua era exacta a una tortuga. ¡Una isla tortuga!

—¡Sandy! —gritó poniéndose de pie llena de excitación—. ¡Mira! ¡Allí!

Para cuando alcanzó a su hermana, Sandra también había visto la isla y ya había hecho planes para convencer a sus padres de que alquilaran un barco y las llevaran allí.

—Creo que es el mejor lugar del mundo entero —le dijo a Jenny.

Su hermana le dedicó al instante la expresión más severa que sabía poner.

—No seas tan estúpida —la regañó.

Una leve brisa levantó en ese momento los mechones sueltos de la trenza de Sandy y se los echó por el rostro, y Jenny no pudo evitar soltar una risa al ver a su hermana con aquel aspecto de chiflada.

—Este es sin duda el mejor lugar del mundo entero —replicó, asegurándose de que el tono de su voz sonara inflexible, como su madre cada vez que se enfadaba—. Cuando sea mayor, vendré aquí y me quedaré a vivir para siempre.

—Yo también —dijo Sandy, cogiéndole la mano—. Podemos vivir juntas aquí.

1

La carta llegó un miércoles.

Era mayo, y Londres se esforzaba por dejar atrás los restos insistentes de un abril especialmente lluvioso. Las nubes grises esparcidas por el cielo como lana esquilada obligaban a los turistas a comprar ponchos de plástico a un precio excesivo en las tiendas de regalos que salpicaban las orillas del Támesis. Todo hacía pensar que iba a ser un día normal y corriente, destinado a pasar sin pena ni gloria, como una página en blanco en medio de una libreta por lo demás llena.

No obstante, con la llegada de la carta este día acabaría ascendiendo al primer puesto del grupo de jornadas excepcionales.

Holly esperó a que sus ojos se adaptaran poco a poco a la oscuridad. Sabía que era tarde porque el sonido del tráfico había decrecido en la calle. Tan solo algún autobús o camión aislado provocaba a su paso una vibración en las perchas del armario. Alguien lo denominaría la hora de las brujas, ese tramo entre las tres y la cinco de la madrugada en que la pura oscuridad engullía sin reparos ciudades y pueblos a su paso, filtrándose a través de agujeros, por debajo de las puertas.

Pero esto era Londres, y la oscuridad nunca era total. Mientras permanecía echada en silencio sobre las almohadas, apreciaba la luz mortecina de las farolas introduciendo sigilosamente los pálidos dedos por la rendija de las cortinas, estirándolos sobre la colcha hacia ella. Rupert se movió a su lado y el estampado amarillo se alteró y deformó. Había vuelto la cabeza, permitiéndole a Holly ver el contorno de sus labios carnosos y la oscura forma

del cabello pegado caprichosamente a la frente.

No se había presentado en su piso hasta bien pasada la medianoche, dándole al timbre y canturreando chorradas por el interfono. Se había ido de copas con sus colegas de oficina como era habitual. Pero a ella no le importó; de hecho, se alegró de contar con aquella distracción cuando le vio subir tambaleante las escaleras para darle luego un torpe beso húmedo en la proximidad de su boca. Desde que Holly había vuelto del trabajo, sabía que aquella noche iba a costarle conciliar el sueño.

Hacía años que sufría temporadas de insomnio, desde antes de cumplir los veinte, y había acabado por considerarlo una criatura con vida propia, con su forma parecida a la de un gnomo encorvado sentado con las piernas cruzadas sobre su pecho, penetrando su piel con dedos de hielo y agarrándole el corazón. La causa del insomnio era la angustia, y el insomnio potenciaba su angustia..., un círculo vicioso mortificante y por lo visto interminable. Le había costado mucho librarse del problema la primera vez, pero ahora la criatura volvía a campar a sus anchas. Holly se sentía cada vez más frustrada y la tensión iba en aumento, hasta el punto que el cubrecama resultaba una carga asfixiante sobre su piel.

Rupert había empezado a babear un poco, una burbuja de saliva se inflaba y desinflaba en la comisura de los labios separados. Holly notaba el revelador olor metálico a cerveza pasada de su aliento, así que prefirió darle la espalda, volviéndose hacia el bolso que descansaba en el suelo. El bolso que contenía la carta.

El peso metafórico de esa carta y lo que contenía era tal que ella casi esperaba verla resquebrajando las tablas del suelo bajo la alfombra, abriendo un orificio de desagüe en medio de Hackney por el cual Rupert y ella serían arrastrados hasta las alcantarillas inferiores. Distinguió el extremo del sobre sobresaliendo con un gris apagado en el dormitorio, y pensó en lo inocuo que

le había parecido al verlo por primera vez, encajado entre una factura de gas y publicidad de pizzas baratas. Era uno de esos sobres con una ventana de plástico transparente, típico de bancos y hospitales, y su nombre y dirección impresos con claridad en la carta interior. Hasta que lo abrió no se percató del matasellos extranjero.

Tras leer las dos cartas y estudiar la foto que las acompañaba, Holly había permanecido sentada un largo rato, observando un agujero que se empezaba a formar en la colcha que cubría el viejo sofá. La había tejido ella misma unos años atrás, aunque ahora hacía mucho que no cogía las agujas de tejer, ni de hecho ningún otro utensilio de costura. Pero en ese momento experimentó una necesidad repentina de buscar aquel instrumental. Tras arrojar el contenido de la carta sobre la mesita de centro, empezó a hurgar en las cajas bajo su cama hasta encontrar lo necesario para zurcir el roto.

«Tú concéntrate en esto —se decía—. Ya te ocuparás de la carta más tarde.»

Y funcionó, durante un rato. A Holly no le faltaban recursos a la hora de desviar la atención de los pensamientos en su cabeza. Había conseguido ocupar toda la velada en tareas peculiares, pero se le habían agotado las opciones justo cuando apareció Rupert en su puerta. Encantada con la idea de disponer de la bendición de otras pocas horas para procrastinar, le había recibido con una actitud más enérgica que de costumbre, y un Rupert ilusionado había respondido feliz a sus insinuaciones, aunque con menos finura de la habitual. Pero, ay..., era imposible que su borracho y decaído novio permaneciera despierto mucho rato, de modo que Holly volvió a encontrarse en la cama, incapaz de dormir y muerta de angustia.

Respiró hondo y cerró los ojos en un intento de concentrar los pensamientos en alguna otra cosa —cualquier cosa—, pero la carta acaparaba inevitablemente su atención.

Querida Holly

No me recordarás, pero pienso en ti cada día. Estaba presente cuando naciste...

—¡No! —soltó en voz alta, y se sobresaltó al oírse en la habitación silenciosa.

Rupert balbució algo ininteligible, reventando la burbuja de baba mientras se agitaba sobre la almohada. Holly contuvo el aliento deseando no despertarle. Él querría saber por qué estaba despierta y por qué tenía las mejillas empapadas de lágrimas, y ella aún no estaba preparada para ofrecer respuestas.

Esperó a que su respiración recuperara un ritmo regular antes de sacar un brazo de debajo de las colchas para coger el móvil de la mesilla. Eran las 4.45. Esperaría hasta las 5.30, entonces se levantaría y saldría a correr. Sí, una carrera la libraría del Gnomo del Insomnio y concentraría su mente en alguna otra cosa. Un poco reconfortada por aquel plan, Holly se relajó lo suficiente como para que se cerraran sus ojos y, por fin, milagrosamente, conciliar el sueño que le permitiera dormir.

La pesadilla empezaba siempre del mismo modo: con miedo.

Sabía que debía abrir la puerta y cruzar el umbral, pero también sabía que al hacerlo daría por concluida su vida familiar de siempre. Nunca conseguiría olvidar la escena que encontraría al otro lado de esa puerta, aunque nada iba a impedir que su yo soñado se aventurara a través del umbral. Justo cuando llevaba la mano hacia la manija, abrumada por el terror que se acumulaba en el fondo de su garganta como las colillas en un cenicero, la escena se moteaba y daba vueltas. De golpe tenía el mar ante ella, y había una forma distante en el horizonte...

Unas horas más tarde, Holly se hallaba ante la ventana del cuartito que daba a la calle, mirando la oscura y amenazadora nube que se abría paso hacia el centro de la ciudad. El sol de mayo libraba una batalla perdida contra aquella primavera obstinadamente deprimente, y todo parecía teñido de gris. Sus dedos sudorosos empezaron a arrugar el sobre que sujetaba con las manos. Desde algún lugar a su espalda, en la profundidad del piso, llegaban los berridos de Rupert versionando una canción de Springsteen mientras se daba una ducha. Por lo general eso dibujaba una sonrisa en su rostro, pero esta mañana no.

Si estás leyendo esto ahora, lamento decir que he fallecido...

Holly sacudió la cabeza. Había leído una sola vez la carta, pero las palabras por lo visto se habían enraizado en su subconsciente. Aunque cerrara los ojos, seguían resplandeciendo ahí sin tregua, como cuando un niño saca una bengala en una oscura noche de noviembre para escribir palabras en la negrura.

El agua dejó de correr en el baño y Holly oyó a Rupert sonándose la nariz. Como si fuera la señal esperada, los cielos se abrieron al otro lado del vidrio y la lluvia empezó a acribillar la ventana. Pegando la frente, observó en silencio mientras la respiración formaba una media luna de condensación en forma de riñón.

—¿Cariño? —Rupert permanecía de pie en el pasillo, cerca del dormitorio—. Mejor que espabiles... son casi las ocho.

¿Por qué había recibido esta puñetera carta ahora, cuando ya era demasiado tarde?

—Ya voy, cielo —canturreó ella, esforzándose por sonar normal.

Tras meter el sobre en el bolso para no verlo más, se apresuró a entrar

descalza en el dormitorio y dedicó a su novio la sonrisa más convincente de la que fue capaz.

—Vuelve a llover —le dijo quitándose la bata y buscando una falda tubo.

—Deberíamos irnos unos días... a algún sitio con sol —dijo Rupert, deteniéndose un momento cuando pasaba para darle un achuchón cariñoso en la cintura—. Anoche los chicos hablaban de Ibiza..., parece que allí los clubs son la bomba.

—Mmm-mm —murmuró ella mientras se metía la blusa por dentro de la falda.

En su fuero interno no se le ocurría nada peor que una semana de visitas a clubs en las Baleares; tenía veintinueve años, no diecinueve.

—Qué sexy te queda esa falda —le dijo entonces Rupert.

La observaba en el espejo mientras aplicaba fijador a su lacio cabello rubio oscuro. A Holly le encantaba tener ese efecto sobre él. Incluso después de un año, con solo dedicarle una leve mirada, Rupert ya estaba quitándole la ropa. Sus miradas se encontraron en el espejo, y ella le dedicó una sonrisa. Cuando la observaba así, como en este momento, con los párpados caídos y los labios separados, Holly aún se ponía nerviosa. Era excitante tener poder sobre él, pero la idea de dejarse ir y sentir lo que él claramente sentía ahora... Bien, eso la asustaba.

Rupert arrojó la corbata sobre la cama y se acercó a zancadas hasta ella.

—Al cuerno el desayuno de trabajo de las nueve —gruñó, enterrando el rostro en su cuello.

Recogiendo los rizos de su melena oscura en una mano, Rupert soltó con movimientos expertos de la otra la cremallera de la falda. Holly se tensó por un instante, luego volvió la cabeza para besarle, soltando obediente un grito

de placer mientras él la tumbaba sobre el extremo de la cama. Acabaron en cuestión de minutos.

—Oh, Dios, tengo que irme, en serio —dijo él abotonándose.

Holly le arregló el pelo mientras él se ponía la americana con aspecto colorado y feliz.

—Nos vemos esta noche, chica sexy —se despidió, y al instante se había ido.

El silencio reverberó en el piso durante unos pocos minutos mientras Holly procuraba ordenar sus pensamientos. La enérgica exhibición de pasión de Rupert había ayudado, pero ahora la carta volvía a amenazar en un extremo de su conciencia, exigiendo su atención como una insolente criatura que empieza a caminar.

Poco a poco, a su pesar, obedeció el impulso de buscar el bolso y palpar el sobre en su interior. Pasando por alto el papel doblado de las dos cartas, sacó la fotografía esperando que el corazón le diera un vuelco.

La foto era de una casa pequeña y cuadrada, construida en piedra cremosa, con tejas curvas de terracota y un balcón rodeado de un grueso enrejado de madera. Pero no era la casa lo que la inquietaba; era el hecho de que fuera exactamente igual a una maqueta que pertenecía a su madre. Jenny Wright nunca había sido muy aficionada a guardar cosas a menos que fuera absolutamente necesario. No obstante, se había aferrado a la pequeña maqueta de esa casa hasta el final. Al mirar ahora la foto Holly se sintió atrapada en una especie de hechizo, como si hubiera atravesado a un fantasma que se interpusiera a su paso.

Llevaba contemplando la foto unos minutos cuando recibió un mensaje de texto en el teléfono. Era Aliana, informándole con buen humor de que, como de costumbre, iba a llegar tarde al trabajo, para ver si podía encubrirla.

Mientras tecleaba un «sí» como respuesta, Holly se percató de que probablemente ella también iba a llegar tarde si no se ponía en marcha al instante. Decidiendo ocuparse del contenido de la carta durante el almuerzo, correteó de un lado a otro recogiendo sus cosas y luego salió disparada cerrando de un portazo la puerta de entrada.

2

Como tantísima gente que intentaba forjarse una vida en Londres, Holly no había elegido vivir en esta capital, más bien había acabado en ella. Era el último lugar al que su madre se había mudado con su hija y, dados los años que llevaba allí, era el único sitio que podía describir en realidad como su ciudad. De todos modos, nunca se había sentido exactamente en casa, al menos no en el sentido que ella daba a tal expresión. En ocasiones se paraba en la calle entre los montones de personas que pasaban apresuradas y se preguntaba qué hacía allí. Detestaba el ajetreo y el bullicio, la basura y la grosería, pero no obstante ahí estaba.

Holly trabajaba en Camden, en las oficinas centrales de Flash, una importante empresa minorista de venta *online* de ropa. Junto con un grupo de otras quince personas, su labor era redactar sugerentes descripciones de productos para luego subirlas a la página web de la empresa. Aunque el trabajo no resultaba todo lo creativo que le hubiera gustado, lo encontraba poco exigente y en ocasiones incluso agradable. El sueldo no era nada del otro mundo y los beneficios extrasalariales eran todavía peores, pero aun así Holly se sentía afortunada de tener este empleo, dadas las circunstancias.

Lo peor de trabajar en Flash, sin duda, era su supervisora, Fiona, que era más antipática y seca que una caja de copos de maíz pasados. Sabía que tener de jefa a una zorra sin sentido del humor era un tópico total, pero ahí estaba.

Mientras el reloj marcaba las 9.30 y ella se acomodaba en la silla, recibió un *email* de Fiona exigiéndole que rehiciera todo el redactado de la última línea de pantalones *palazzo*. Genial.

—¿A qué viene esa cara? —preguntó Aliana entre dientes diez minutos después.

Holly casi sale disparada de la silla por el susto.

—¿De dónde has salido? —replicó mientras limpiaba el té que acababa de derramar sobre el escritorio.

—De debajo de la tierra —contestó Aliana riéndose—. No iba a dejar que la arpía viera que llegaba tarde, ¿eh?

Aliana compartía la opinión de Holly sobre Fiona.

—¿Quién ha llegado tarde?

Su jefa se había materializado de la nada como un triste resorte en una caja de sorpresas.

—Nadie —contestó Aliana sonriendo con dulzura.

—¿Y por qué tienes el ordenador apagado? —replicó Fiona, resoplando enojada.

Hoy llevaba el pelo recogido en un moño muy severo que dejaba ver una línea en el contorno de la cara, consecuencia de no haber aplicado correctamente la base de maquillaje.

—Se ha colgado.

Aliana seguía sonriendo como un personaje de arcilla propio de una serie de dibujos animados.

Fiona puso cara larga.

—Puedes recuperar los quince minutos adicionales durante la hora del almuerzo —le espetó antes de regresar a zancadas hasta su despacho.

—Ojalá ya se hubiera buscado un novio —gimió Aliana, sacando la lengua

a la espalda que se alejaba—. No había conocido alguien tan neurás en toda mi vida.

Holly hizo un gesto de asentimiento.

—Es un poco... estirada. Quizá solo necesite una buena noche de marcha.

—¡Pues yo no me la llevo conmigo! —exclamó su compañera.

Por tercera vez, escribió mal la contraseña de acceso y maldijo a continuación cuando el sistema se bloqueó de forma automática.

Holly observaba los pantalones en su pantalla: el estampado paisley azul oscuro, el talle alto con cinturilla y una favorecedora pernera de corte ancho. Admiró la confección, preguntándose por enésima vez desde que trabajaba en Flash por qué había dejado de coser su propia ropa. Durante unos años sombríos y terribles, fue lo único que la mantuvo cuerda. Desde entonces nada la había hecho feliz del mismo modo, ni siquiera Ru...

—Y bien, ¿cómo está ese novio tuyo tan sexy? —le preguntó Aliana.

Estaba al teléfono esperando para hablar con el servicio técnico informático, pero la chica era de lo más impaciente.

—Genial —respondió Holly conmoviéndose un poco—. Me ha traído una bata de Japón. Es de seda y lleva bordadas esas orquídeas y...

—¿Cuesta un riñón? —insistió Aliana—. Apuesto a que sí.

Aunque Holly era muy consciente de que Rupert tenía un buen trabajo —era contable en una empresa— y que se ganaba bien la vida, aún le chirriaba un poco oír a Aliana relacionando todos sus atributos con cuestiones de dinero. Ella había crecido con pocos recursos, desde luego sin lujos, por lo tanto el dinero nunca había caído del cielo, y le preocupaba incluso cualquier compra mínima. A Aliana en cambio le quemaba la tarjeta de crédito cada vez que hacían una visita a las tiendas de ropa de Camden High Street durante la

pausa del almuerzo, mientras que Holly, en comparación, tardaba tres semanas en decidir si de verdad deseaba esas botas de invierno tanto como para gastarse cuarenta libras. Había tardado un tiempo en acostumbrarse al nivel de Rupert, y aunque fingía estar encantada cuando la llevaba a restaurantes caros o aparecía con un ramo de flores de dimensiones escandalosas, por dentro la devoraba el malestar.

—No le pedí nada —respondió desdeñosa—. Supongo que ha sido un regalo de cumpleaños adelantado.

—Oh, claro. —Aliana la miró de soslayo—. Te caen los treinta. ¿Cómo lo llevas? Me alegra un montón que aún me queden cinco años. Quiero decir, no te lo tomes a mal, pero yo desde luego quiero estar casada para cuando cambie de década.

—Faltaría más —mintió Holly—. Para ser sincera, no me preocupa lo más mínimo. Es un cumpleaños más, como cualquier otro. No quiero que se monte mucho alboroto.

—Oh, pero Rupert sin duda montará algo —comentó Aliana, sin conseguir disimular la envidia en su voz—. Seguro que te lleva a esquiar a Verbier... o te compra un anillo de brillantes.

Al oír esto Holly no pudo evitar reírse.

—¿Que no? ¿Qué te juegas? Ya verás, tendrás que tragarte tus palabras —continuó Aliana, y entonces se concentró durante un momento en camelar al tío al otro lado del hilo telefónico.

Una vez pudo entrar en el sistema, hizo caso omiso de la bandeja de entrada desbordada de mensajes y abrió Facebook.

—Guau, lo siento, Hols, pero tu novio está muy en forma, no es broma.

Holly echó una mirada a las fotos en la pantalla de Aliana. Eran de Rupert,

tomadas durante su reciente viaje de trabajo a Japón. Con las mangas de la camisa azul clara remangadas y esa sonrisa torcida, levemente achispada, estaba muy guapo, cierto.

—Sí, lo sé —sonrió.

—Si alguna vez, ya sabes, te hartas de él o lo que... ¡Ay!

La perforadora de papel que Holly lanzó por lo alto rebotó en el brazo de Aliana y se fue al suelo.

Al final, Holly tuvo que abandonar su plan de ocuparse de la carta durante la hora del almuerzo, porque Aliana se la llevó a rastras hasta el mercado a buscarse un falafel («Oh, querida, qué buenos están. ¡Es como tener un orgasmo en la boca!») y luego al local de manicura. Holly resistió la tentación de imitarla. Se había preparado el almuerzo la noche anterior para traerlo al trabajo. Los rollitos de falafel tenían un aspecto delicioso y olían divino, pero ¿por qué ibas a gastarte cuatro libras y media en eso si te podías preparar tu sándwich de atún con mayonesa por mucho menos dinero?

Por fortuna los chaparrones de la mañana habían cesado, pero el cielo continuaba cargado de densas nubes del mismo color que el asfaltado. Camden hacía cuanto podía por inyectar cierto color a la jornada con sus puestos decorados de modo extravagante y los grupos de punks con crestas fosforescentes de mohicano. Holly circuló entre ellos un poco desorientada, dejando que su amiga llenara el silencio con su rollo ininterrumpido de cháchara entusiasta.

Aliana, tras olvidar oportunamente que debía compensar el tiempo perdido por su retraso matinal, tuvo que presentarse en el despacho de Fiona al minuto de regresar y fue premiada con la tarea aturdidora de borrar de la página web todas las existencias antiguas.

Aunque lo sentía por su amiga, a Holly le fue bien disfrutar de cierta paz y

tranquilidad. Siempre trabajaba mucho mejor cuando podía concentrarse de verdad y meterse de lleno en algo. No obstante, en vez de centrarse en tejidos y cierres, se encontró pensando en su madre una vez más.

Cuando Holly era pequeña, en aquellos días anteriores a que Jenny Wright recurriera a la botella para acabar el día, la madre solía inventar cuentos para su niña al llegar la hora de irse a dormir, algo que claramente había dado problemas a Holly incluso de muy pequeña. Una de estas historias trataba de un hada llamada Hope, a quien su madre describía rubia, con el cabello trenzado en unas coletas altas y un vestido azul con enaguas rojas debajo. Cuando Hope bailaba, las faldas se levantaban y arremolinaban. En ocasiones el hada daba vueltas tan deprisa que el vestido parecía púrpura. A Holly siempre le había encantado la idea, porque su color favorito era el púrpura... incluso hoy iba vestida de ese color.

Cada vez que tenía un día especialmente duro o cuando vivía alguna situación que la tenía atemorizada, seguía invocando a Hope. La dejaba bailar, en su mente, y la observaba dar vueltas, más y más rápidas. En este instante, mientras permanecía sentada en su escritorio delante de la pantalla pero viendo solo su pasado, percibía la presencia de Hope con la misma intensidad que tantos años atrás, cuando todavía no tenía idea del miedo que podía dar la vida.

—Te suena el móvil.

Aliana se había dado media vuelta para darle un codazo. Aturullada, Holly cogió el teléfono, vagamente consciente mientras lo hacía de cómo se disolvía Hope en una mancha de color.

—¡Hola, cariño!

Era Rupert. Siempre la llamaba hacia esta hora, cuando se dejaban notar los efectos soporíferos de la bebida de la hora del almuerzo. Lo lamentaba por

él, en cierto modo, por tener que asistir a tantas reuniones con clientes que esperaban ser entretenidos. Pero por otro lado él parecía pasarlo bien.

—Suenas cansado —respondió Holly, comprensiva, como siempre.

—He tomado unas copas con la comida —admitió él—. De hecho los chicos y yo estábamos hablando de ir a tomar algo cuando acabemos aquí. ¿Podemos contar contigo?

Beber con los chicos significaba beber mucho en el caso de Rupert, lo cual quería decir que volverían tarde a casa, que a su vez significaba seguramente que tendría que posponer otro día hacer algo respecto al contenido de ese sobre.

—Sí —le dijo animada de pronto—. ¿Estaréis en el sitio de costumbre?

—Oh, diría que sí... —Alguien al otro lado del teléfono le estaba distraendo—. Te dejaré un mensaje si cambiamos de plan. Te veo luego, chica sexy.

—¿Así que vas a salir hoy?

Aliana ni siquiera disimulaba que había estado poniendo la oreja.

Holly asintió.

—No tengo planes para luego...

—Oh, por el amor de Dios, deja de poner esa cara —reprendió Holly—. Puedes venir también.

Ahora que Aliana se había apuntado, las probabilidades de volver a casa antes de medianoche casi se habían esfumado. Una oleada de alivio la inundó y se llevó los pensamientos melancólicos que la habían atormentado todo el día. Sintiendo como nueva, casi desafiante, volvió a concentrarse en el monitor y comprobó que, gracias al cielo, le había vuelto la inspiración.

3

A Holly le había llevado muchos años, y también unos cuantos intentos fallidos, comprender que todo el tema de estar en una «relación» consistía en un gran juego. Lo único que tenías que dilucidar era qué quería la otra persona, y asegurarte de ofrecérselo. Sencillo.

Había decidido que quería ofrecer a Rupert todo cuanto quisiera tan solo cinco minutos después de conocerle. Él había chocado contra ella en un bar — literalmente— manchándole de vino tinto el vestido, lo cual provocó una disculpa avergonzada y la promesa de llevarla de compras al día siguiente para agenciarle un nuevo vestido como compensación. Cuando se encontraron tras el almuerzo en el exterior de la estación de Bond Street, Rupert de inmediato se la llevó de una tienda de diseño a otra, animándola a probarse vestidos que costaban cientos de libras.

Para Holly, que durante su época de adolescente y veinteañera se había cosido su propia ropa a partir de retales y saldos que encontraba en tiendas de segunda mano, la tarde resultó una cursi comedia romántica donde ella era la estrella. Nunca había sido materialista, pero dejar que este hombre tan seguro la llevara de perchero en perchero rechazando con un gesto sus protestas sobre lo caro que era todo le pareció el colmo del sibaritismo, una experiencia diferente a cualquier cosa previa. Cuando horas después entrechocaban las esbeltas copas de champán y contemplaban Londres desde la ventana del bar Paramount en lo alto del Centre Point, ella bajó la mirada a aquel vestido totalmente nuevo que lucía una etiqueta de Burberry y sintió por primera vez en muchísimo tiempo que seguía un camino que iba en la dirección correcta.

Cuando Rupert retiró con delicadeza la copa de su mano para dejarla

sobre la mesa, pasándole los dedos por la mejilla antes de inclinarse a darle un beso, Holly se dijo que bajo ninguna circunstancia debía hacer algo que espantara a este hombre. En ese momento floreció esta Holly completamente nueva, bautizada con burbujas de champán y el sabor del beso de Rupert.

Hacerle feliz resultaba muy simple al principio: ella sencillamente escuchaba. Rupert disfrutaba hablando de sí mismo y ella disfrutaba oyendo cualquier cosa sobre su vida. Poco a poco, él se abrió y le contó cosas de su educación (una casa enorme en la campiña de Kent con unos padres bastante conservadores y un hermano mayor), su trabajo (contable en una gran compañía de la City) e incluso sus relaciones anteriores (Franny, su novia de la universidad y primer amor, que le rompió el corazón cuando se fue de viaje y se enamoró de un surfista australiano), seguidas de una serie de chicas que había conocido a través de contactos en el trabajo. Las descripciones desdeñosas de estas conquistas pasadas incluían expresiones como «absolutamente boba», «tan aburrida que te volvías gilipollas» y «pedazo de acosadora total».

Con apenas unas pocas citas Holly se dio cuenta de que Rupert no era un entusiasta de las chicas demasiado exaltadas, por lo tanto se aseguró bien de no caer nunca en esa categoría..., aunque tuviera que aguantar tres desesperantes días sin contestar a mensajes de móvil o fingir que no estaba libre para la mitad de las citas a las que le invitaba. Por algún motivo, no estar disponible y negarse a perseguir a Rupert la había vuelto del todo irresistible para él. Era vagamente consciente de que seguramente todo este juego no fuera la táctica más saludable, pero por lo que había leído sobre relaciones en revistas y en Internet, todo el mundo jugaba así. Holly había perfeccionado a lo largo de los años la habilidad de fingir ser algo que no era.

Por supuesto, Rupert finalmente se decidió a preguntar por su educación (contó que sus padres habían muerto en un accidente), trabajo (había sido

sincera acerca de esto) y sus relaciones anteriores (había tenido algún que otro novio, pero nunca se había enamorado). Holly era lo bastante astuta como para percatarse de que un hombre con un ego tan entrañablemente transparente como Rupert adoraría la idea de que fuera su primer amor. Y en realidad no era una bola total, porque nunca había estado enamorada hasta conocerle. Cuando él hizo acopio de valor para admitir que se había enamorado de ella, unos seis meses después del primer encuentro, Holly no tuvo reparos en repetir las mismas palabritas como respuesta. Bien, tal vez no hubo fuegos de artificio ni tampoco pensó ¡eureka!, por fin me he enamorado, pero en ese momento creyó que debía de estarlo. Rupert era probablemente el mejor candidato que iba a encontrar para ese puesto del primer amor.

Al final llegaron con veinte minutos de retraso a la cita con los demás aquella tarde porque Aliana se había empeñado en retirarse todo el maquillaje para volver a aplicarlo de nuevo, tarea que resultó peliaguda dadas las enormes uñas acrílicas que se había colocado durante la hora del almuerzo.

—Cielo, estás ahí.

Rupert saltó con un brinco de su taburete mientras ella y Aliana se abrían paso por el bar abarrotado donde él y sus cuatro acompañantes habían conseguido coger mesa. Mientras la abrazaba, bajó una mano despreocupadamente sobre su trasero y lo estrujó un poco.

—He pensado todo el día en esta mañana —susurró—. No puedo esperar a llevarte a casa más tarde...

Holly le dio un rápido beso en la mejilla como respuesta.

—¿Te acuerdas de Aliana? —le preguntó volviéndose y rodeando a su amiga con el brazo.

Rupert le dedicó una amplia sonrisa y se inclinó hacia delante para besar a la chica.

—¡Aliana, me alegra volver a verte! Hace siglos, ¿verdad? Pero, claro, a Holly le gusta reservarme solo para ella.

—No puedo decir que la culpe.

Aliana le devolvió el beso con entusiasmo, mientras se le escapaba una risita coqueta de sus labios pintados de rosa. Holly hizo cuanto pudo para no entornar los ojos, y optó por rodearles para ir a saludar a los amigos de Rupert.

Toby fue el primero en levantarse, y ella se sintió al instante minúscula ante su enorme corpachón de oso. El grandullón la acercó a su pecho para darle un abrazo, al tiempo que le enterraba la cara en uno de sus empapados sobacos.

—¡Holly! Qué guapa estás. Me encanta el púrpura..., te queda bien.

Pasándose las manos sobre la falda con timidez, Holly le dedicó una sonrisa. Pese a que le olían los sobacos, Holly sentía debilidad por Toby, pues era cariñoso, simpático y no tenía reparos en hablar a gritos. Su novia, no obstante, no era de trato tan fácil.

—Penelope, ¿qué tal estás?

La novia de Toby la contempló con severidad por encima de la copa de vino. La primera vez que fueron presentados llegó a pensar que había ofendido a Penelope por algún motivo, pero Rupert se apresuró a tranquilizarla y decirle que no pasaba nada, que la novia de su mejor amigo tenía aquella extraña manera de comportarse, así de sencillo.

—Todo lo bien que cabe esperar, teniendo en cuenta que este bar parece haberse convertido en un zoo —le contestó.

No se molestó en levantarse del asiento, pero sí dio instrucciones a Toby para que pidiera una copa vacía en la barra y así Holly pudiera beber también

de su botella de Pinot Grigio.

La otra pareja sentada a la mesa, Clemmie y Boris, tampoco se levantó, pero ambos la saludaron con sonrisas de afecto. Durante años Holly se había esforzado para sentirse aceptada por desconocidos, y era consciente de que con este grupo siempre adoptaba otra versión de sí misma, más segura y bulliciosa que la verdadera.

—¿Una ronda de chupitos? —sugirió Rupert, que por fin se había despegado de Aliana.

La propuesta recibió una ovación en la mesa... incluso por parte de Holly, quien por una vez recibía con entusiasmo la idea del estado inconsciente que el alcohol implicaba.

—Y bien, Holly, ¿ya has pensado en lo que vas a hacer para tu cumpleaños? —preguntó Clemmie—. Quiero decir, te caen los treinta, ¿verdad?

—Oh, Dios, no me lo recuerdes —gimió Holly.

—Creo que deberíamos vestirnos de gala, ya sabes, tomárnoslo en serio, e ir a algún sitio chulo de verdad —continuó Clemmie dando un suave codazo a Penelope para que diera su aprobación.

Clemmie —que vestía un mono en diferentes tonalidades llamativas y zapatos con tacón de aguja de un naranja intenso— siempre parecía ir preparada, al menos desde el punto de vista de Holly. Pero resultaba agradable que obviamente quisieran incluirla a ella.

—Vosotras, chicas, sois las que conocéis los mejores sitios —les dijo, confiando en que los halagos cayeran bien—. Yo no tengo ni idea.

—Está ese bar nuevo cerca del mercado de Spitalfields —sugirió Boris—. Necesitas una contraseña secreta para entrar o alguna chorrada de ese tipo,

pero llevo allí clientes todo el tiempo, así que estoy seguro de poder arreglar algo.

—Entonces, ¿cuándo es tu cumpleaños? Refréscame la memoria, por favor —preguntó Penelope.

No parecía tan excitada como los demás, pero en realidad nada parecía excitarla.

—Es el treinta de junio —dijo Rupert regresando con una bandeja de tequilas.

Haciendo un rápido recuento, Holly vio que les había traído dos por cabeza. Casi podía oír las protestas lacrimógenas de su hígado.

—Guau, eres un fenómeno, Rupert —comentó Penelope inexpresiva—. Toby nunca recuerda el mío, ni siquiera después de cinco años.

—¡Tonterías! —replicó Toby, pero se le puso la cara de un morado poco favorecedor.

—Es fácil recordarlo —les contó Rupert mientras pasaba la sal—, porque fue el día que nos conocimos.

Sonrojada de placer, Holly le dirigió una sonrisa. No podía creer que llevaran casi un año juntos, doce meses seguidos ya, y que no hubiera hecho nada para fastidiarlo todavía.

Clemmie olisqueó su primer tequila y puso mala cara. Con el pelo rubio formando rizos en torno a su rostro, parecía un Cupido enfadado.

Boris rodeó a su novia por los hombros y le frotó la mejilla con la nariz. Holly nunca había observado una actitud especialmente cariñosa de Clemmie hacia Boris, pero eso no parecía disuadir en absoluto al chico. En realidad ella y Rupert tampoco eran conocidos por las muestras públicas de afecto, aunque él sí se ponía sobón tras unas copas.

Aliana no había esperado a los otros y los ojos le lloriqueaban mientras masticaba una rodaja de limón. Holly, captando la mirada de Rupert al otro lado de la mesa, le guiñó el ojo y alzo el vaso:

—¡Salud!

Tras otros tres tequilas, dos copas grandes de vino blanco y apenas un puñado de aceitunas para cenar, Holly se encontró sentada, con cierto desconcierto, en un cubículo cerrado de los baños de señoras con las dos cartas extendidas sobre su regazo. No tendría que haber sucedido esto: se suponía que el alcohol iba a distraerla y apartar su mente de revelaciones inoportunas. Pero en realidad, lo único que había hecho era desgajar sus últimos vestigios de autocontrol y conducirla —esquivando las esquinas de varias mesas en el camino— hasta aquí, lejos de los ojos indiscretos de sus amigos.

No estaba lista para asimilar estas cartas, y qué decir sobre comentar su contenido a Rupert. Dejando la carta personal doblada para más seguridad, sacó por segunda vez la carta impresa y cedió a la necesidad que llevaba todo el día taladrando un agujero en su cerebro.

Apreciada señorita Wright:

Le escribo desde la sede de Abogados Olympus en Zakintos. Mi cliente, la señorita Sandra Wright, me dio instrucciones para que le enviáramos el sobre adjunto llegado el momento de su fallecimiento. Lamento informarle ahora que ha muerto.

Holly buscó alguna emoción en su interior, pero no había nada, solo aturdimiento. Esta tal Sandra compartía apellido con ella, por lo visto había sido una pariente suya... pero no se trataba de alguien a quien ella conociera. Continuó leyendo.

La señorita Wright nos aseguró que todo lo que debe saber está incluido en la carta dirigida a usted, pero estamos autorizados a informarle de que la casa aquí en Zakintos, junto con todo su contenido, ahora le pertenece. Si tiene cualquier pregunta, por favor, no dude en ponerse en contacto con nosotros.

Le expresamos de nuevo nuestro pésame por la pérdida.

Reciba un saludo

Takis Boulos

¿Una casa? ¿Su propia casa? Supuestamente la de la foto; la misma casa que su madre había mantenido como adorno toda la vida, la que Holly había visto tantas veces mientras crecía. Acababa de desdoblar la otra carta, la de la propia Sandra, cuando oyó un fuerte golpe en la puerta.

—Holly, ¿estás ahí?

Alcanzaba a ver el charol de los puntiagudos zapatos de tacón de Aliana bajo la parte inferior de la puerta.

—Es solo un minuto —contestó, refunfuñando para sus adentros mientras guardaba las cartas y tiraba de la cadena sin necesidad.

—Hace siglos que te has ido —el tono de Aliana era acusador mientras observaba a Holly cruzando hasta la hilera de lavamanos.

—Me ha cogido una especie de mareo —mintió—. Seguramente el tequila.

Aliana se unió a ella frente al espejo y sacó la barra de labios.

—Clemmie es muy maja —dijo intentando encontrar la mirada de Holly en el reflejo—. Ha dicho que debería salir con vosotros el mes que viene, ya sabes, para tu cumple.

Holly ya estaba harta de su cumpleaños, y eso que todavía faltaba un mes. Lo que de verdad quería era una noche tranquila con Rupert o tal vez una cena en el pub del barrio. Algo sencillo, sin más. Pero sabía que Rupert aprovecharía la ocasión para organizar una gran fiesta, y no merecía la pena intentar disuadirle cuando algo se le metía entre ceja y ceja.

—Deberías hacerlo —dijo sencillamente, ahogando la respuesta de Aliana metiendo la mano bajo el secador.

De pronto la invadió una oleada de fatiga. La noche anterior, cuando consiguió finalmente quedarse dormida, solo descansó unas pocas horas antes

de que sonara el despertador. Tenía las ojeras marcadas y hacía mucho que se le había corrido la máscara.

—Qué mal aspecto —le dijo Aliana, leyendo por lo visto sus pensamientos.

Holly consiguió esbozar una sonrisa avergonzada.

—Gracias. Con amigas como tú, ¿a quién le hacen falta enemigas?

Las dos chicas soltaron una risita y la tensión se alivió. Aliana estaba muy borracha, se le notaba. Tenía la mirada vidriosa y unos intensos colores en cada mejilla. Al igual que Holly, su piel era aceitunada y el pelo moreno. Pero a diferencia de los rizos naturales de Holly, su amiga tenía un cabello tan liso que parecía que se lo planchara cada mañana. Además, descendía por la espalda muy largo; había presumido varias veces de que de niña se sentaba sobre él. Aliana, menuda y con la cantidad justa de curvas, tenía el tipo de figura que hacía volver la cabeza tanto a hombres como a mujeres, pero era inconsciente del efecto que llegaba a tener, algo que aumentaba su atractivo. En los tres años que hacía que la conocía, solo había salido con hombres que eran auténticos cerdos, un hecho desconcertante para la gente que la trataba. Por fuera irradiaba esta seguridad natural que Holly solo conseguía imitar con mucho teatro, pero sospechaba que su amiga no tenía tanto control como le gustaba aparentar. Eso o sencillamente tenía el peor gusto del mundo para los tíos.

Se sintió de pronto desbordada por su cariño hacia Aliana, y de regreso a la mesa la cogió del brazo de forma poco habitual en ella. En el reloj de la pared ya faltaba poco para que dieran las once, pero eso no era suficiente para desanimar a Rupert.

—¿Otra botella, damas? —preguntó, sacando la vacía de la cubitera.

Holly suspiró:

—Venga, vamos allá.

4

—Cielo, despierta.

Holly soltó un gruñido. La segunda botella de vino había sido una idea muy mala.

—Vamos, Hols, hay algo de lo que tenemos que hablar.

Abrió los ojos para ver el perfil borroso de Rupert inclinándose sobre ella con lo que parecía —por su olor— una taza de café en la mano.

El estómago se le revolvió en señal de protesta.

—Ya me levanto.

Forzó una sonrisa y retrocedió poco a poco hasta quedarse sentada. Solo entonces consiguió ver la expresión en el rostro de su novio.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

Con mirada un poco culpable, Rupert se metió la mano en el bolsillo de la bata y sacó el sobre que ella había visto por última vez arrugado en el fondo de su bolso.

Se hizo un silencio horrible.

—Iba a contártelo —dijo ella sin encontrar su mirada—, solo que no quería que se enterara todo el mundo.

Rupert torció el gesto de tal manera que le recordó a una cría de foca herida. Holly, sintiendo la irritación bullendo en su interior, respiró hondo:

—Iba a contártelo, de verdad —repitió.

—Pues cuéntamelo.

Ahora Rupert estaba sentado sobre el borde de la cama y la atrapaba debajo de la colcha con su peso. Holly percibía su agitación creciente mientras daba un sorbo al café esperando tan pancho. Sabía que estaba siendo ridícula. Al fin y al cabo era su querido, su dulce Rupert... Él solo quería que fuera sincera. Pero en lo que a la historia de su familia se refería, ella había tejido un tapiz tan fantasioso que temía que se deshiciera solo con tirar de alguno de los hilos la imagen perfecta que había labrado con tal cuidado.

—Por lo visto tenía una tía —consiguió decir— a la que nunca conocí.

Dio por supuesto que Rupert la interrumpiría y preguntaría el motivo, pero no fue así. Continuó:

—Esta tía vivía en un lugar llamado Zakintos, que al parecer es una isla griega. Y, bien, me ha dejado en herencia su casa allí.

Rupert alzó una ceja.

—Así que supongo que ahora tengo una casa en propiedad —añadió ella.

Intentó reírse, pero le salió una tos ronca más bien. Rupert se estremeció y bajó la taza.

—Entonces, ¿eso es todo? ¿El gran secreto que no podías contar anoche a la pandilla?

Holly forzó una sonrisa para ocultar su irritación por aquel empleo de la palabra «pandilla». Tenía verdaderas ganas de levantarse, pero esta tensión entre ellos hacía que le incomodara la idea de que la viera desnuda. La noche anterior, al volver al piso de Rupert, habían echado un polvo torpe y embriagado. Holly distinguió ahora las bragas tiradas, hechas una bola en el suelo junto a la puerta.

—Ha sido toda una sorpresa —le dijo a Rupert—. No estaba en realidad

preparada para contárselo a nadie aparte de ti.

Pretendía que sonara más bien como un cumplido, y el truco pareció funcionar. La expresión de Rupert se ablandó un poco, luego se acercó un poco más a ella para tomar sus manos.

—Entiendo, Hols. No es tan importante que no me lo contaras, lo importante es que hayas heredado una casa. Qué lástima que la economía griega haya estado tan inestable en los últimos tiempos. Pueden pasar siglos hasta que te paguen un buen precio.

Holly, a punto de dar un sorbo al café que se enfriaba, casi se atraganta. En ningún momento se le había ocurrido la posibilidad de vender la casa, la única cosa que le quedaba de su verdadera familia; aunque esa familia hubiera decidido no contactar con ella hasta ahora, cuando ya era demasiado tarde.

—He pensado en coger un vuelo —le dijo ella entonces. Ni siquiera se había dado cuenta de que ese era su plan hasta pronunciar la frase en voz alta, pero ahí estaba—. Necesito ir a Zakintos y echar un vistazo. Me gustaría ver la casa.

—No puedo tomarme unos días libres en este momento —comentó Rupert, que la miraba frunciendo el ceño—. Estoy a punto de cerrar un trato que debe manejarse con mucho tacto.

—¿Y si voy yo por mi cuenta?

Casi surgió como un susurro. La idea de presentarse en casa de su tía y enredar por allí con Rupert a remolque le resultaba más incómoda incluso que la idea de enfrentarse sola a esta tarea. ¿Y si había algo comprometedor sobre su madre? ¿O si su tía era una de esas extrañas acaparadoras de objetos que vivían bajo pilas tambaleantes de periódicos de hacía décadas y porquería innombrable? Se subió la colcha hasta la barbilla.

—Bien, si te sientes capaz... —contestó Rupert dándole otro apretujón en

la mano—. Quiero que sepas que puedes contar conmigo, de verdad. ¿Estás segura de que no podemos esperar un mes?

Holly negó con la cabeza.

—Entonces, de acuerdo —Rupert se levantó por fin—. Me voy a duchar. Mejor te das prisa. Dejé el paracetamol en el mostrador del desayuno.

Esperó a que la puerta del baño se cerrara para acercarse rápidamente hasta la puerta para recoger las bragas del suelo y guardarlas en el bolso. Había una pila de toallas limpias en el pasillo. Mientras se encaminaba hacia la cocina se envolvió con una de ellas.

Rupert era perfecto en algunos aspectos, pensó mientras cogía un par de analgésicos de los que le había dejado con tal consideración. Pero también podía ser un idiota. ¿No se daba cuenta de que el notición no era que su tía le hubiera dejado una casa, sino que de hecho tenía una tía?

Llenó el calentador de agua y abrió la puerta del frigorífico. La cerró otra vez y se sentó en uno de los incómodos taburetes cromados de Rupert. Tardó unos minutos en percatarse de que estaba enfadada. La había impresionado tanto que Rupert le pidiera explicaciones que no había tenido tiempo de considerar el hecho de que él había estado husmeando en su bolso. Para Holly, la privacidad era lo más sagrado del mundo. Le costaba creer que Rupert hubiera abusado de su confianza con tal descaro. Sus entrañas le decían que irrumpiera en el baño y le soltara una bronca, pero eso era lo que habría hecho la antigua Holly. Había dejado eso atrás hacía mucho tiempo. Si Rupert viera su verdadera personalidad, no tendría que preocuparle que él volviera a mirarle el bolso, pues era probable que no quisiera verla más en su vida, así de sencillo. Si él pensaba que enredar en sus cosas era aceptable, seguramente la culpa era de ella misma: le permitía hacerse cargo de todos los aspectos de su relación, entonces ¿por qué iba a pensar que esto era algo diferente?

Llenando un vaso de agua del grifo, se obligó a tragarse el enojo y a respirar hondo varias veces. La neblina roja empezó a despejarse y la razón se abrió paso. Seguramente Rupert estaría buscando analgésicos, nada más, y se topó con el sobre por accidente. Estaba borracha al llegar a casa; tal vez volcó el bolso y la carta cayó al suelo... Seguro que él solo intentaba ser amable y poner las cosas en su sitio, y entonces la curiosidad le pudo.

Se percató de que apretaba los dientes cuando Rupert apareció tras ella, con el pecho mojado, y le dio un besito en la mejilla.

—Tengo que ir a cenar con los viejos esta noche —dijo, olvidando por lo visto toda la charla sobre su tía y la casa en Grecia—. Mi hermano ha vuelto de Dubái y quieren invitarnos.

—Qué detalle.

Holly se asombró de no haberlo dicho con un gruñido. Aún seguía envuelta solo en la toalla.

—Yo te invitaría —añadió, secándose las piernas entonces y llevando luego la toalla al pelo—. Pero creo que es solo una cosa de familia.

Holly había coincidido en una única ocasión con los señores Farlington-Clark durante el año que llevaba con Rupert, y no había ido bien. Habían quedado para almorzar en un restaurante francés del Strand y ella se las había apañado de algún modo para lanzar el *entrée* de caracoles al otro lado de la mesa sobre la pechera de la blusa de seda que vestía la madre de Rupert. No le sorprendía que no la hubieran invitado por segunda vez.

—No pasa nada —dijo rodeándole para dirigirse al baño—. Además, debo reservar un vuelo sin falta.

—¿Quieres ir a Grecia? ¿Dentro de una semana?

Holly procuraba que no le temblaran las piernas bajo la mirada ceñuda de

Fiona. Estaba claro que también ella había salido de copas la noche anterior porque estaba con un humor peor de lo habitual.

—Es un asunto de familia —le aclaró Holly.

Eso es lo que dice la gente en estas situaciones, ¿no es así?

Fiona la fulminó con la mirada durante lo que parecieron diez minutos completos antes de asentir finalmente con gesto irritado.

—Conforme —soltó—. Rellena tu formulario de vacaciones en el sistema y daré el visto bueno. Pero en el futuro, intenta avisarme con más tiempo.

Holly asintió mientras retrocedía poco a poco sobre la horrible alfombra beis, prometiendo dejar una lista extremadamente larga de instrucciones para su reemplazo temporal. Pese a la tensión glacial que acababa de crear entre ella y su jefa, se sentía eufórica. Daba gusto salirse con la suya, pese a tratarse de una minucia así.

Aliana, que como veinteañera aún se encontraba en esa fase bendita en la que las resacas podían curarse con medio litro de agua y tres horas de sueño, había hecho aparición en el trabajo aquella mañana igual que un alegre diablillo. Como era de prever, se subió por las paredes cuando Holly le comentó el motivo de su reunión con Fiona.

—¿Una casa en Grecia? ¡Vaya pasada, qué maravilla!

Holly sonrió.

—Supongo que sí.

—¿Qué isla has dicho que era?

Aliana sostenía las manos en alto sobre el teclado.

—Zakintos —le dijo Holly—. Creo que es una isla jónica...

—¿Quieres decir Zante?

Aliana de hecho chilló la última palabra. Dave, el de las orejas velludas del departamento de publicidad, pasaba por casualidad en ese momento y casi vierte su té del susto.

—Zante es, digamos, una de las islas más marchosas de Grecia —masculló—. Fui el año en que acabé la uni... ¡Una locura total!

—¿Estás segura?

Holly puso mala cara. No sonaba como el lugar que elegiría una mujer mayor para vivir. ¿Sería quizá su tía una loca de las fiestas? Sonrió al pensar en una yaya tambaleante con una bata floral haciendo posturitas en la pista de baile. Pero, claro, ¿quién ha dicho que era vieja? La sonrisa de Holly decayó como un triste diente de león al recordar que su madre solo tenía treinta y ocho años cuando murió. Su tía podría haber sido la hermana menor.

Mientras esperaba a que Aliana diera con las fotos del complejo turístico donde se alojó, Holly se preguntó por primera vez de qué habría muerto su tía. La carta no hacía mención alguna a eso, aunque estaba claro que la mujer sabía que iba a suceder.

—¡Aquí está! —Aliana se giró en la silla—. Laganas es el mejor núcleo turístico. Hay una carretera donde solo hay bares, clubs y restaurantes, luego una playa en la parte inferior.

Holly se levantó y miró detenidamente las fotos en la pantalla de su compañera. La playa parecía estrecha y sucia, y torció el gesto.

—No creo que la casa esté ahí —dijo—. Espera, tengo la dirección en el bolso.

—Ojalá pudiera ir contigo —dijo entonces Aliana con ojos ensoñadores mientras pasaba de una instantánea a otra con cielos impolutos y frondosas montañas verdes—. Pero Fiona nunca nos permitiría coger días libres al mismo tiempo.

Holly no le hacía caso.

—Aquí está... busca Lithakia.

Aliana tecleó obedientemente, trabándose con la ortografía, y ambas chicas se quedaron embobadas con las sucesivas fotos de playas doradas, agua azul cristalino y cielos despejados. Eso sí podía ser, pensó Holly mientras surgían más imágenes mostrando edificios de piedra blanqueada con tejados de terracota, macetas desbordadas de flores de colores intensos y hectáreas de olivares. Aliana soltó una risita al dar con una foto de una dama de aspecto anciano con ralo cabello blanco. Llevaba un largo vestido negro y tiraba de la sogá que sujetaba a lo que sin duda era un burro con sus largas orejas.

—Podrías ser tú dentro de unos años —le dijo a Holly mientras se agachaba para evitar el golpe indignado de su compañera.

—¡Eh! —reprendió Holly— ¡Que solo voy para quince días, no cuarenta y cinco años!

—¿Te pones morena con facilidad? —preguntó Aliana—. Apuesto a que sí.

—En realidad no estoy segura —respondió Holly con franqueza—. No recuerdo haber ido de vacaciones al extranjero de niña, y la única vez que he viajado con Rupert ha sido para esquiar o en una escapada a alguna capital. Y aparte, aquí nunca hace sol, ¿verdad?

—Qué me vas a contar —Aliana estiró los delgados brazos y gimió—. Estoy más pálida que la luna en una vieja peli de vaqueros.

—Muy poético, sí señora —replicó Holly dedicándole una sonrisa.

—¿Qué hará Rupert mientras estés fuera? —preguntó Aliana sin despegar los ojos de la pantalla—. No sabrá qué hacer él solito, el pobre está loco por ti.

—Dijo que tiene muchísimo trabajo.

Las dos alzaron la vista cuando el móvil de Holly empezó a vibrar sobre el escritorio. Una foto de Rupert sonriente y con unas gafas de ski en lo alto de la cabeza llenó la pantalla.

—Hola, cari —susurró ella, agachándose en el asiento cuando se abrió la puerta del despacho de Fiona—. No puedo hablar ahora mismo...

—No me voy a alargar. —Rupert sonaba un poco molesto—. Solo era para ver que no hay ningún mal rollo entre nosotros, ya sabes, después de lo de esta mañana...

—Claro que no, en absoluto. —Se obligó a sonreír con la esperanza de que lo detectara en su voz—. De hecho, acabo de solicitar unos días libres.

—Ya sabes que vendría contigo si pudiera... —Holly esperó mientras le oía tapar el auricular con la mano y hablar con alguien más—. Lo siento, preciosa, estoy desbordado aquí. ¿Puedo volver a llamarte después?

Colgó antes de que Holly tuviera oportunidad de contestar.

—¿Qué sucede?

Por supuesto, Aliana había estado escuchando.

—Oh, nada... Rupert me estaba diciendo que llamará más tarde. Va a cenar con sus padres esta noche —añadió, sintiéndose culpable por no haber sido capaz de disimular el resentimiento en su voz.

—¡Vaya, qué encanto!

Holly la miró sin comprender.

—Una vez salí con un tío que se llamaba Mike. Era vendedor o algo así, nunca acabé de enterarme bien. En fin, la cuestión es que llevábamos juntos más de un año y creo que ni siquiera había dicho a sus padres que yo existía.

Apuesto a que Rupert les habla de ti todo el rato.

—¿De verdad lo crees?

Su sentimiento de culpa se elevaba ahora como un suflé con exceso de huevo.

—¡Por supuesto! En serio, Holly, no sabes lo raros que son los hombres en lo que a los padres se refiere. De hecho, que Rupert se reúna con ellos ya es una buena señal por sí sola.

—Eso es cierto, supongo —reconoció.

Aliana abrió la boca para replicar, pero Fiona eligió ese momento para aparecer majestuosamente y tender a cada una de ellas una carpeta con toda la información referente a los productos para la nueva colección de verano. Ahí había trabajo suficiente para mantenerlas ocupadas hasta final de año.

Jueves, 12 de abril de 1984

¡Sandrinita!

¡No puedo creer que te hayas ido a Zakintos sin mí! Es NUESTRO sitio. Pero supongo que es lo justo. Tengo la sensación de llevar una eternidad de vacaciones. Me gustaría decir algo profundo como que la India me ha ayudado a encontrarme a mí misma, pero solo me ha ayudado a comprender que en esta vida nunca hay que desdeñar el agua corriente y una comida decente. Si vuelvo a comer arroz, juro que me moriré de aburrimiento aun a medio plato. ¿Planeas quedarte un tiempo en la isla? ¿Estás trabajando ahí? ¿Qué ha pasado con la casa en Kent? Perdona, lo sé, demasiadas preguntas. Por favor escíbeme y cuéntamelo TODO. ¡Ahora mismo!

Te quiero un montón

Peluche Jenny xxx

5

Holly rodeó con los dedos la taza de cartón llena de café y contempló la pista. Desde su posición en el vestíbulo principal del aeropuerto de Gatwick alcanzaba a ver siete aviones, situados a intervalos regulares a lo largo de todas las puertas de embarque. El cielo por el que pronto se encumbrarían estas enormes criaturas metálicas era azul intenso, pero unas pocas nubes aparecían en la esquina oeste, como si alguien hubiera vertido un paquete de harina, pasando luego los dedos por el estropicio. En menos de dos horas, Holly estaría volando a través de esas nubes, iniciando un trayecto de más de dos mil kilómetros hasta la isla griega de Zakintos.

El runrún de excitación de los turistas en esta mañana de sábado resonaba por toda la terminal. Holly observó a un grupo de una despedida de soltero dirigiéndose penosamente hacia el bar. El novio, ataviado con tutú rosa y alitas de hada a juego, sujetaba en la mano una varita de plástico.

Pese a las bromas que siempre le hacía Aliana sobre un posible compromiso con Rupert, Holly no tenía tan claro que él se planteara proponerle matrimonio muy pronto. Por el contrario, le consideraba bastante sensato y comedido a la hora de tomar este tipo de decisiones importantes en la vida. Y si había algo que ella despreciaba de veras eran las sorpresas. No puedes prepararte para una sorpresa ni planear una respuesta o reacción. Se estremecía solo de pensar que la pillaran desprevenida, con la guardia baja. Si de repente Rupert hincara una rodilla, no tenía idea de cómo reaccionaría ella: si le haría ilusión o la aterraría por completo.

El grupo que acompañaba al novio acababa de juntarse con una panda de chicas también con atuendos de despedida de soltera. La novia iba engalanada

con grandes placas de conductora en prácticas, y lucía una diadema con un gran cipote de goma colgando en la parte delantera. El novio, tras varias muestras de aliento de sus colegas, se adelantó y lo rodeó con la boca, lo que provocó aullidos de ambos grupos manifestando su aprobación a grito pelado.

Esa mañana Rupert había insistido en acompañarla al menos hasta la estación Victoria, donde abordaría el Gatwick Express, y tras la despedida le había entregado un libro de expresiones en griego a modo de regalito para el viaje. Ella no tenía el regreso hasta dentro de dos semanas, por lo tanto iba a ser el periodo más largo sin verse desde que estaban juntos.

Pese a asegurar constantemente que le parecía del todo correcto que viajara sola, Holly entreveía que la perspectiva de dejarla marchar así lo ponía nervioso. En los últimos días le había oído un montón de bromas poco entusiastas sobre ella largándose con un camarero griego, lo cual, por supuesto, era una idea ridícula. Dudaba que alguien en toda Grecia, por no mencionar una pequeña isla, pudiera ofrecerle algo mejor de lo que le brindaba Rupert.

Durante la semana posterior a la recepción de la carta, las pesadillas de Holly reaparecieron con una regularidad agresiva. La última noche, cuando por fin se había librado del Gnomo del Insomnio, se despertó pocas horas después temblorosa y empapada en sudor. Por suerte, no había soltado ningún grito en sueños, así que Rupert continuó durmiendo a pierna suelta, ignorante de su problema recurrente. De todos modos, no podía contárselo, porque decírselo significaría destapar el recuerdo de la experiencia más traumática que había sufrido. Se estremeció mientras su mente se perdía de nuevo en ese recuerdo.

Al percatarse de que se había enfriado el café, lo tiró a la basura. Luego pasó la siguiente hora vagando sin ton ni son por las tiendas, probando perfumes libres de impuestos, y se dio el capricho de comprar unas chancletas

nuevas. A medida que se acercaba la hora de salida, empezó a notar las manos húmedas a causa de los nervios. No tenía idea de lo que iba a encontrar al llegar a la casa de su tía —bueno, ahora era su casa, se recordó— ni cómo iba a sentirse una vez ahí. Por enésima vez, la invadió una oleada de alivio por el hecho de viajar sola.

En cuanto el avión estuvo en el aire, se pidió un gran *gin-tonic* e intentó concentrarse en su nuevo libro. A la hora de escoger un título siempre se decantaba por los *thrillers* policiacos más siniestros que encontraba; algo que a Aliana le resultaba muy gracioso. Holly había perdido la cuenta de las veces que se había encontrado una colorida novela romántica sobre el escritorio al volver del almuerzo, y el rostro esperanzado de Aliana sonriéndole. Había empezado varias, pero siempre encontraba a sus personajes demasiado ajenos a ella; no se identificaba en absoluto, así de sencillo.

El hombre sentado a su lado dormitaba con un hilo de baba prolongándose desde un lado de su boca hasta el diario que tenía sobre el regazo, abierto en la página tres. La saliva iba borrando poco a poco la sonrisa de la chica de mirada insensible que exhibía sus atractivos con orgullo. Holly apartó la vista y dio un trago al combinado. La mayoría de pasajeros parecían familias con hijos pequeños, parejas de jubilados o grupos de veinteañeros. Afortunadamente, estaba claro que los grupos de solteros y solteras con los que había coincidido en el aeropuerto habían elegido otro destino para disfrutar de sus últimos días de libertad.

Con una sensación de inquietud creciente, Holly se percató de que era la quinta vez que leía el mismo párrafo y, a su pesar, decidió dejar a un lado el libro. Sacando la carta de su tía, se dispuso a leerla una última vez.

Querida Holly:

No me recordarás, pero pienso en ti a diario. Estaba presente cuando naciste y te vi a diario hasta que cumpliste cinco años. Si ahora

estás leyendo esta carta, lamento decir que he fallecido. No sé si tu madre, Jenny, te hablaba de mí alguna vez, pero me llamo Sandra y soy su hermana. O lo era, supongo. Sé que murió cuando tenías solo dieciocho años, y lamento muchísimo que la perdieras. Me preocupó mucho dejar de recibir noticias tuyas, pero me avergüenza decir que una combinación de cobardía y esperanza me impidió averiguar la verdad hasta hace bien poco. Confiaba en que el motivo fuera sencillamente que se hubiera olvidado de mí, que se hubiera hartado de mí, tal vez. Era lo que me merecía al fin y al cabo.

Sé que tendrás muchas preguntas. Preguntas sobre mí, sobre tu madre, sobre el motivo de que no te viera crecer, pero me temo que no me queda tiempo para responder a todas esas cuestiones. Confío en que si vienes a Zakintos, a la casa donde empezó todo, descubras parte de la verdad en los restos que he dejado atrás.

Lamento muchísimo que nunca llegáramos a conocernos debidamente, Holly, y confío en que encuentres lo que buscas, sea lo que sea.

Todo mi cariño

Sandra

P.D. La llave está bajo la maceta

—Señoras y señores, en breve iniciaremos el descenso sobre Zakintos. Por favor, vuelvan a poner sus asientos en posición recta y abróchense el cinturón de seguridad.

El hombre de la baba se despertó con una sacudida cuando Holly guardó la carta secándose los ojos, abriendo a continuación la persianita de plástico que tapaba la ventana.

Con el sol que empezaba a hundirse somnoliento en el cielo, la vista de la isla solo podía calificarse de asombrosa. Bajó la vista a la luz reflejada en el océano y dejó que su mirada recorriera la línea de costa, pasando luego sobre las formas irregulares de las montañas que se elevaban en la distancia. Mientras el avión giraba hacia el oeste para buscar la pista de aterrizaje, la superficie del agua pareció elevarse hacia ella a un ritmo casi alarmante. Mirando a su izquierda, Holly vio la famosa isla Tortuga sobre la que tanto había leído durante la semana anterior. Situada a pocos kilómetros de la costa, la masa de tierra parecía ciertamente una tortuga surgiendo del mar. Holly pudo oír a otros pasajeros profiriendo discretas exclamaciones al reparar también en esa forma por primera vez.

Escudriñando de nuevo lo que ahora reconocía como una playa larga y arenosa, creyó distinguir las formas de los turistas apurando los últimos rayos de sol de la jornada. Holly se sintió excitada por primera vez, tras cierta angustia experimentada aquella mañana.

La tranquilidad del aeropuerto de Zakintos resultaba inusitada después del tumulto de Gatwick; por lo visto, Holly y sus compañeros de viaje volaban en el último avión del día. Aparte de dos funcionarios de inmigración griegos, uno de los cuales le hizo un leve guiño al devolverle el pasaporte, el resto

parecía haberse ido a casa por hoy. Solo había dos cintas transportadoras de equipaje, así que Holly eligió un sitio próximo a la salida para esperar a que su maleta saliera pesadamente.

Dos chicas que aparentaban unos dieciocho años se acercaron andando hasta quedarse a su lado.

—Pues tenemos que empezar fuerte, o sea, irnos de marcha esta misma noche —decía la más bajita a su rubia amiga.

Ya iban vestidas para el clima griego, con *shorts* vaqueros microscópicos y provocadores, camisetas de colores vivos y gafas de sol de plástico colocadas con firmeza en el pelo.

—Mejor que no te tires a un camarero otra vez como el año pasado —respondió la rubia—. Te llevaste la llave y tuve que dormir en una puta tumbona.

—Tranqui, tía —fue la respuesta—. No voy a tirarme a ningún camarero esta vez..., el último me pegó ladillas.

Esto recibió una risotada como respuesta, no solo de la pequeña morena sino también de un grupo de chicos que alcanzaron a oírlo.

—Tú sabrás. Siempre dices que no volverás a hacerlo y siempre lo haces —replicó la amiga.

Holly se preguntó cómo sería que te permitieran ir de vacaciones a solas a esa edad. Sus años de adolescente fueron secuestrados por la salud deteriorada de su madre y su posterior muerte. Aparte, tampoco había tenido demasiadas buenas amigas, en realidad, y desde luego no le sobraba el dinero. Tras perder a su madre, la prioridad de Holly fue juntar recursos suficientes para alimentarse y pagar las facturas; no quedaba nada para darse el capricho de unas vacaciones.

Permaneció un rato con la mirada perdida y la primera ronda de las maletas se le pasó por alto. Las dos chicas a su lado acababan de arrastrar sus enormes maletas rosa cuando detectó su pequeño bulto negro y anodino dando vueltas tan alegre. Había atado una cinta azul al asa antes de la facturación y sintió alivio al ver que había sobrevivido al viaje. Agarrando el asa y colocándose bien el bolso, se encaminó hacia el exterior, a lo que parecía una verdadera manta de calor.

Sabía que Grecia era muchísimo más calurosa que el Reino Unido, pero nunca antes había experimentado esta sensación de bañarse literalmente en calor. De inmediato se encontró sonriendo; sus hombros se relajaron y todos sus sentidos se abrieron para absorber este nuevo y extraño entorno. Incluso el asfalto parecía calentito bajo los zapatos mientras llevaba la maleta con ruedas hasta el maletero de un taxi. Continuó sonriendo cuando el conductor se ocupó del equipaje.

Holly le sacaba una cabeza al hombre de áspero pelo gris, agrietada piel del color de un té con leche demasiado reposado y vaqueros gastados. ¡Vaqueros! ¿Quién podía llevar vaqueros con este clima?

Sacando la dirección de la casa de su tía del bolso, Holly se la tendió y sonrió a modo de disculpa mientras él la leía entrecerrando los ojos con cierta confusión.

—¿Hotel?

Ella negó con la cabeza.

—Solo una casa, creo. Lo siento, es mi primera vez..., no he estado antes aquí.

—¡Ah! —Esto pareció agradarle—. ¿Primera vez en Zakintos? ¿Primera vez en Grecia?

Estaban saliendo del aparcamiento del aeropuerto. Los ojos de Holly se

agrandaban mientras captaba las montañas, los campos de hierba sin cortar y los árboles retorcidos que pasaban fugazmente por la ventana.

—Primera vez en Grecia —confirmó.

—¿Viajas sola? —preguntó como si esto fuera algo inusual.

—Sí —contestó con cautela—. Solo yo.

—¿No marido?

Su tono denotaba un matiz descarado que hizo que Holly sonriera otra vez.

—No, solo yo.

Mientras pasaban junto a tabernas pintadas de blanco, edificios medio acabados en varios tonos de oro oscuro y tiendas de recuerdos, se le ocurrió pensar que tal vez no fuera una idea muy prudente ir contando a un desconocido en un país extranjero que eras una chica que viajaba sola. Desde luego, no lo harías en Londres; casi siempre evitaba el contacto visual con los taxistas en su ciudad. Pero, por otro lado, nada en su cabeza la ponía en guardia. Este hombre mostraba una simpatía genuina y un interés razonable. Holly siempre se había fiado de su instinto, que justo ahora le decía que no había nada de qué preocuparse.

Según recorrían las estrechas carreteras, pasando junto a sucesiones de ciclomotores, cabras y pequeños grupos de turistas, las burbujas de excitación en su interior empezaron a reventar a causa del terror que la estaba inundando. No se había permitido pensar demasiado en lo que encontraría en casa de su tía Sandra. ¿Habría ido alguien a limpiar un poco? ¿Habría comida enmohecida, sábanas sucias y cualquier otro tipo de horror? Cuando el taxi dobló otra curva e inició la ascensión hacia una colina empinada, Holly se percató de que ni siquiera se le había ocurrido comprar algo de comida o agua. Confió en que la casa no resultara demasiado remota.

Tras doblar otro recodo, Holly vio el destello de lo que parecía un pequeño supermercado al lado de un bar. Su taxista cogió el trozo de papel con la dirección e hizo un gesto de asentimiento para sí.

—Aquí —le dijo, indicando a través del parabrisas—. El coche no puede ir.

Escudriñando a través del vidrio, Holly vio un muro de poca altura justo ante ellos con una abertura que conducía a un estrecho sendero de piedra. Unos cien metros más adelante había lo que parecían dos pequeñas casas, a primera vista sin luces encendidas ninguna de las dos. Respirando hondo, abrió la puerta del coche y se reunió junto al camino con el taxista, que ya había sacado la maleta del portaequipajes y la tenía apoyada en el muro.

—Gracias —dijo, tendiéndole un billete de veinte euros y negándose a aceptar el cambio.

—En Grecia, dices *effaristo* —le indicó mientras le daba un apretujón amistoso en el brazo antes de regresar a su coche.

Holly observó cómo se alejaba, intentando pasar por alto las mariposas embriagadas que celebraban una fiesta enloquecida en su estómago. «Vamos, mujer —se reprendió—. Hagamos esto de una vez.» Cogiendo la maleta con una mano, dejó la carretera para adentrarse por el camino de piedras lisas y planas.

Ahí estaba: la casa que siempre había estado presente en su vida. La casa que tanto había significado para su madre, lo bastante como para conservarla como recuerdo hasta el día de su muerte. Pese al calor de la tarde, le recorrió un escalofrío. Las púas de la ansiedad empezaron a envolver sus entrañas con alambre de espino bien apretado.

Aunque le resultaba familiar, al mismo tiempo era aterradora. Se sintió incapaz de acercarse más mientras permanecía mirando las ventanas

oscurecidas. Había pasado la semana anterior pensando en este momento, en cómo resultaría. Sabía que venir aquí iba a ser una experiencia extraña, pero no se había preparado para el torrente de emociones que ahora pugnaba por salir a la superficie. Solo era una casa, por el amor de Dios, ¿cuánto miedo podía inspirarle?

Mucho.

Obligándose a bajar la vista, se fijó en la gran maceta asomándose entre las sombras bajo el porche de entrada. Esta debía de ser la maceta de la carta, la que ocultaba la llave de la puerta. Dando unos pocos pasos vacilantes, Holly contuvo las oleadas burbujeantes de ansiedad y empujó la maceta a un lado. Ahí estaba la llave, reluciente sobre las baldosas de piedra.

¿Y si el lugar estaba lleno de porquería y cucarachas?

¿Y si la ropa de su tía aún olía a ella?

¿Y si estaba a punto de abrir la puerta a un pasado para el que no estaba preparada?

Le temblaba la mano mientras la alargaba hacia la cerradura. Se oyó un leve clic, y ya pudo entrar.

Su primer pensamiento al dar al interruptor de la luz fue de alivio al oler a desinfectante más que a putrefacción. Cualquier miedo acerca de abrir la puerta y entrar en el paraíso de una anciana acaparadora quedó disipado de inmediato, ya que el lugar que contemplaba estaba despejado en su mayor parte.

Dejando la maleta a un lado, respiró hondo y se adentró un poco más en la casa. Se sentía igual que una intrusa. Aunque su cerebro le decía que ahora esta era *su* propiedad, que aquí debería sentirse en casa, su corazón parecía decidido a estallar en su pecho. Este había sido el hogar de otra persona, alguien que la conocía pero que por otro lado era una completa extraña. Ahora

que estaba aquí, parecía increíble su presencia en este lugar. Le costaba asimilarlo, era demasiado; unos puntos negros empezaron a motear su vista.

Mirando a su alrededor llena de desesperación, en busca de algo a que aferrarse, peinó con su mirada el espacio de planta abierta, tomando nota de la mesa y las sillas, un sofá cubierto por una manta amarilla, una mesa de centro de poca altura y un gran jarrón de flores rosadas.

¿Qué hacía aquí un jarrón de flores?

Alguien debía de haber pasado por la casa. Alguien tenía que haberlo dejado ahí.

Se echó hacia delante para agarrarse al respaldo del sofá, respirando con jadeos entrecortados mientras un sudor frío descendía por su espalda y manos. Mientras intentaba concentrarse en librarse del aturdimiento, volvió a mirar las flores. Eran hermosas de verdad, y observándolas recuperó la compostura. La sensación de ser una intrusa se extendía como un sarpullido por su piel, pero intentó concentrar la mente y consiguió llegar hasta las puertas que daban a la parte posterior, con ventanales tras finas cortinas rojas.

El espacio trasero de la casa estaba enlosado en su mayor parte con grandes piedras cuadradas, color miel y blanco, y unas cuantas macetas de terracota formando un muro improvisado a mano derecha. Una vez finalizaba la zona pavimentada había un muro bajo, similar al situado junto al sendero exterior, y más allá una caída pronunciada oscurecida por una maraña de exuberantes plantas verdes. Holly alcanzaba a ver las copas de los árboles que obviamente echaban raíces en la parte inferior de la ladera. Se aventuró por el espacio disfrutando de la sensación de encontrarse otra vez al aire libre. Al subirse al muro, soltó un jadeo: abajo, extendiéndose como un interminable tapiz de azul impenetrable, estaba el mar. Cortaba la respiración.

Permaneció así sobre el muro durante lo que pareció una eternidad,

encontrando alivio en la energía sosegadora del mar y el zumbido tranquilo de los insectos procedente de los árboles circundantes.

Sabía que tenía que regresar al interior; enfrentarse a lo que la esperaba, fuera lo que fuese, en los armarios y bajo las camas; encarar el sentimiento inconfundible de *déjà vu* que la había importunado desde su llegada.

¿Había estado antes aquí? Ni siquiera se le había ocurrido hasta ahora, pero quizá sí. El lugar despertaba una sensación innegable en su interior, algo desconocido pero imposible de pasar por alto: un susurro insistente procedente de las partes más profundas y olvidadas de su mente.

«Te vi a diario hasta que cumpliste cinco años», había escrito Sandra en su carta. Holly había imaginado que su tía se refería a una época transcurrida en el Reino Unido, pero tal vez no fuera tan simple. Si su madre había conservado la maqueta de este lugar durante tantísimos años, cabía pensar que había estado aquí... tal vez había vivido aquí. Quizás ella, Holly, también.

Bajando a su pesar de su atalaya e inspirando una última bocanada de cálido aire nocturno, se encaminó con estoicismo hacia el interior de la casa y una vez ahí subió las escaleras de piedra.

En la primera planta había dos habitaciones, una de las cuales era obvio que había sido la de su tía. Aquí, a diferencia del resto de la casa, la superficie disponible estaba cubierta de cosas y baratijas, y la cama estaba hecha con pulcritud. En contraste, el otro dormitorio estaba vacío a excepción de un pequeño armario y una cama individual. Este cuarto le recordó su propia habitación en el piso que tenía alquilado en Londres. La suya también era anodina, sin apenas decoración. Ambas estancias contaban con puertas que daban a un amplio balcón, y al mirar a través de los vidrios cubiertos de polvo distinguió una mesa y sillas.

Sintió un desasosiego incómodo en el cuarto de su tía. Aunque percibía un

leve aroma a lavanda bajo el olor más potente a desinfectante que llegaba del piso inferior, había una tristeza espantosa en este lugar. Pilas abandonadas de alhajas formando grupos polvorientos en el tocador y pañoletas de seda anudadas al espejo enmarcado, colgando lisas y derrotadas.

Holly pensó en practicar un registro de la habitación en aquel mismo instante, pero la inquietud la dominó de nuevo y salió, cerrando la puerta del dormitorio con firmeza tras ella. Cuando se encontró de nuevo en la planta inferior, el desasosiego había crecido de tal manera que la abrumaba una necesidad imperiosa de escapar. Cogió la maleta, se metió las llaves en el bolsillo y cerró la puerta de golpe, saliendo casi corriendo al camino. Lo que su boca seca necesitaba en este instante era beber agua... o tal vez algo un poco más fuerte también.

—*Kalispera.*

El griego tras la caja registradora del supermercado saludó a Holly mientras subía los escalones de piedra para entrar en su local. Sintiéndose ya un poco mejor tras poner una distancia segura entre ella y la casa, consiguió sonreír y responder con un «hola». Encontró agua, pan, queso, leche y papel higiénico, y luego añadió unos cuantos yogures. Hacía muchísimo desde que había tomado el desayuno aquella mañana y su estómago gruñía protestón.

—*Ti kanis.* ¿Qué tal estás?

El griego sonrió de nuevo mientras ella metía los artículos en bolsas. Aparentaba unos cincuenta años y tenía una gran barba oscura salpicada de canas y una barriga aún mayor que descansaba con delicadeza sobre el extremo del mostrador.

Holly, al percatarse de que estaba recibiendo una clase de griego, repitió vacilante «*ti kanis*» al tendero.

El hombre se rio.

—Soy Kostas —dijo estirándose para tenderle la mano.

—Holly —sonrió ella.

—¿Tu primera vez en Zakintos?

Estaba claro que se trataba de una pregunta habitual.

—Sí.

—Ah, eres amiga de Aidan —declaró él.

El rostro de Holly debió de denotar confusión porque Kostas la miró con ojos entrecerrados durante un segundo y volvió a reírse.

—¿Estás alojada ahí?

Esta vez indicó por encima del hombro de Holly en dirección al camino por el que supuestamente la había visto venir. No sabía bien qué decirle. ¿Cómo le explicas a un griego al que no conoces que has heredado una casa de una mujer desconocida en un país que jamás has pisado? Se contentó con asentir y tenderle algo de dinero.

Kostas se limitó a sonreír mientras le devolvía el cambio, aunque ella tuvo la impresión de que al tendero le hubiera gustado que fuera más comunicativa. Si trabajaba aquí siempre, lo razonable sería que hubiera conocido a su tía; y que probablemente la hubiera conocido bastante bien. Tendría que dejar para otro día esa conversación.

Una copa. Eso era lo que necesitaba. Por fortuna, el establecimiento contiguo estaba abierto y además servía toda clase de bebidas. Apartando un taburete de la barra, Holly dejó caer en el suelo las bolsas de la compra y pidió una copa grande de vino, intentando en todo momento silenciar el golpeteo incesante de su corazón contra el pecho.

—¿Todo bien, guapa?

Cuando la camarera se inclinó hacia ella, su moño canoso se bamboleó peligrosamente en lo alto de la cabeza. Holly reconoció el acento de Yorkshire.

—Todo bien, gracias —respondió, aunque sonó más bien como un ruido atragantado.

—Parece que hayas visto un fantasma —le informó la mujer en tono alegre, pero sin un ápice de ironía.

Holly compartía esa opinión sin reservas, pero se limitó a negar con la cabeza.

—Solo ha sido un largo día —dijo dando un sorbo al vino—. Qué bueno está.

—Es vino del pueblo —le dijo la mujer—. Elaborado aquí en la isla, mucho mejor que cualquier porquería importada de Italia o de donde sea.

Holly asintió con cortesía.

—Está muy bueno.

—Aunque no debería decírtelo —ahora la mujer susurraba—, puedes comprar todo un litro a Kostas aquí al lado por tres euros.

Holly pensó en las botellas de Pinot Grigio a veinticinco libras que Rupert había pedido en el bar la semana pasada y dio un buen trago. Este sabía mucho mejor. Era muy consciente de que se despertaría con una resaca de campeonato al día siguiente, sin duda, pero le importaba un bledo en este momento.

—Gracias por el consejo... pero, ¿no vas a buscarte problemas con el jefe?

Esto pareció divertir a su nueva amiga.

—Yo soy la jefa —respondió con una risita—. Me llamo Annie.

Se estrecharon la mano, y cuando Holly dijo su nombre, la mujer frunció el ceño.

—¿Eres la Holly de Sandra? —preguntó de inmediato con un profundo pesar en sus ojos arrugados.

—Era mi tía —admitió Holly, dando otro sorbo.

—Sandra era todo un encanto —sonrió Annie—. Ha sido una pena lo que sucedió. Era más joven que yo, por el amor de Dios.

Holly seguía sin tener idea de lo que había sucedido, pero no iba a admitirlo en este instante.

—¿La conocías bien? —inquirió

El vino ayudaba a preguntar.

—Por supuesto. —Annie pareció sorprenderse al oír la pregunta—. ¿Nunca me mencionó?

Holly estaba segura de que su tía Sandra se habría referido a ella en caso de que hubieran hablado.

—Sí, claro..., solo es que lo había olvidado —mintió, y para que quedara más creíble, añadió—: ¡Qué tonta!

Annie estaba a punto de responder, pero la interrumpió un grupo de tres parejas mayores que entraban entonces para ocupar una de las mesas en la parte delantera. Cogiendo algunas de las cartas plastificadas con su lista de cócteles del mostrador posterior, la dueña del bar se apresuró a acercarse y atenderles con todo su encanto. A Holly no le importó; le bastaba con permanecer sentada y beber el vino, disfrutando de la sensación del cálido aire nocturno en sus piernas desnudas.

Intentó imaginar a su tía en este mismo sitio, cuchicheando con Annie y hablando de ella, de la sobrina a quien nunca había conocido. Pero estaba claro que Sandra tampoco había contado toda la verdad a Annie. ¿Por este motivo le costaba tanto también a ella ser sincera con la gente? Tal vez fuera la genética, tal vez formara parte de una familia de mentirosos patológicos. Su madre, de hecho, era una experta.

—¿Lo mismo?

Annie levantó su copa vacía.

—Que no decaiga.

Holly se sentía bastante animada ahora, una vez superado el pánico que la había invadido mientras husmeaba por la casa. Con el calor del bar, la música que sonaba y la relativa normalidad de la situación, el asunto no parecía tan importante. Mañana husmearía entre las cosas de su tía y descubriría lo que necesitaba saber, así de sencillo. ¿En realidad podía ser tan duro?

—¿Ya has conocido a Aidan? —preguntó Annie tras volver de servir una bandeja de cócteles multicolores.

—No.

Holly alzó una ceja con gesto interrogante. ¿Quién era este Aidan?

—Oh, pronto le conocerás..., es tu vecino —dijo Annie, con lo que francamente parecía un guiño. Cogiendo una copa del escurridor, empezó a secarla con el paño colgado de su delantal—. Está para comérselo. Aidan, quiero decir.

—¿Oh?

Holly tuvo cuidado de mantener un tono indiferente.

—Se trasladó aquí hace pocos años con su novia..., una preciosidad, ella parecía una modelo..., pero lo dejaron —continuó—. No sé quién puso fin a

la relación, lo cierto es que fue ella quien se marchó de la isla. Qué pena, con la buena pareja que hacían.

Holly se preguntó qué pensaría el tal Aidan si supiera que los vecinos cotilleaban de él con completos desconocidos.

—Estoy segura de que ya conocerá a alguien —contestó, más bien porque parecía la respuesta adecuada—. Si es tan guapo como dices, no tendrá problemas.

—Ah, pero Aidan es de los exigentes, ¿sabes? —replicó Annie en tono conspirativo, llenándole la copa—. He visto chicas echándose en sus brazos aquí un montón de veces y él siempre se limita a rechazarlas con amabilidad. Todavía estará colgado de su ex, digo yo. Parecía una modelo.

—Suenas demasiado bonito para ser verdad —comentó Holly.

Para ahora se percataba de que Aidan era el tema favorito de Annie. Tenía las mejillas más rojas que el letrero de neón que anunciaba «CÓCTELES» tras ella.

—¿Estás, ejem, comprometida? —preguntó Annie mirando el anillo en la mano izquierda de Holly de forma harto significativa.

—No estoy casada, si te refieres a eso —contestó ella—. Pero estoy con alguien.

Annie intentó ocultar su alivio.

—Oh, qué bien. De todos modos, no olvides pasar a saludarle mientras estás aquí. A Aidan, me refiero. Al fin y al cabo está en la casa de al lado.

Guau. Este tal Aidan necesitaría un extintor para apagar el fuego que debía de salirle por las orejas con Annie parlotando sin parar de él a todas horas. A Holly le costaba creer que un hombre fuera tan perfecto como Annie lo pintaba. Lo que de verdad le apetecía era pedir a la mujer que le contara

historias sobre su tía, pero ni siquiera tres copas del vino del pueblo le dieron el valor suficiente. Su estómago volvió a rugir, esta vez con más fuerza.

—Mejor me voy —dijo a viva voz a Annie, ocupada en ese momento limpiando las mesas—. Encantada de conocerte.

—Nos vemos pronto, encanto. Pásate cuando quieras.

Hasta que no empezó a andar colina arriba, Holly no se dio cuenta de lo borracha que estaba. La bolsa donde llevaba los yogures ahora tibios le daba en las pantorrillas desnudas mientras regresaba hacia la casa medio caminando medio a trompicones. Ahora había un jeep aparcado justo al lado del sendero, y cuando intentó saltar sobre el bajo muro se precipitó contra él de lado.

—Jo —dijo entre risitas haciendo todo lo posible por volver a colocar el retrovisor en su sitio.

Al abrir la puerta unos minutos después, se percató de que se había dejado las luces encendidas y encima la ventana de la cocina estaba abierta. Maldiciéndose a sí misma por no haber deshecho el equipaje antes, abrió la cremallera de la maleta y revolvió entre su ropa tan bien doblada hasta que dio con la vieja camiseta de la universidad de Rupert. Él la había introducido en su maleta y le había dicho que se la pusiera para dormir. «Es la segunda mejor opción, ya que yo no puedo estar ahí contigo», le había dicho.

¡Rupert!

—Jo —maldijo por segunda vez.

Había olvidado por completo mandarle un mensaje para comunicarle que había llegado. Era oficialmente la peor novia del mundo. Sacando el móvil del bolso mientras subía con dificultad las escaleras, Holly lo encontró con la pantalla apagada. Con el vino removiéndose en su estómago vacío, la perspectiva de ponerse a revolver su maleta buscando el cargador del teléfono

era similar a plantearse la ascensión al campo base del Everest en bikini..., tendría que esperar hasta la mañana.

Diez minutos después, Holly se acomodó en el sofá con una vejiga felizmente vacía y una manta áspera pero de aspecto limpio que encontró en uno de los armarios del descansillo. Cerró los ojos y, durante unos segundos de aturdimiento, fue consciente vagamente de un zumbido en sus oídos. Luego se quedó dormida.

6

Pum. Pum. Pum.

Oh, Dios, alguien intentaba tirar abajo la puerta y asesinarla.

Pum. Pum. Pum.

Tal vez solo estuvieran llamando. Con un gemido, Holly se levantó y de inmediato se dio con el dedo contra la pata de la mesita de centro.

—¡La madre que te parió! —gritó.

Las llamadas cesaron.

Recogiendo la manta para taparse de la cintura para abajo, se fue pisando fuerte hacia la puerta de entrada y la abrió de par en par con un gran estrépito. De pie en el umbral, con un juego de llaves colgando de un dedo y una sonrisa irónica en la cara, se encontraba lo que solo podía describirse como un desconocido alto, moreno y guapo.

—¿Me hablabas a mí? —preguntó haciendo patente de inmediato su acento irlandés.

—¿Qué? ¡No! —exclamó Holly sintiéndose indignada.

—Así que no iba dirigido a mí, ¿cómo era..., la madre que...?

A Holly le quedó entonces claro que se burlaba de ella, a la vez que tomaba conciencia con horror de su boca seca y del hecho de que no se había quitado el maquillaje antes de quedarse dormida la noche anterior.

—Me he golpeado un dedo del pie —dijo, con cierta rabia.

Ambos bajaron la vista al mismo tiempo, pero Holly tenía los pies tapados

por la manta.

—Debes de ser Holly.

Llevaba una camiseta con unos cuantos agujeros delante, pantalones cortos azul marino y unas chancletas de aspecto usado.

—Correcto. ¿Eres tú Aidan?

No dio muestras de sorprenderse de que ella supiera su nombre, solo asintió brevemente. Holly se apoyó en un pie y luego en el otro. No le gustaba la manera en que la miraba este tipo..., era evidente que le divertía su aspecto desaliñado. No podía negarse que era guapo.

—El hombre de la tienda me habló de ti —añadió Holly sujetándose mejor la manta.

Aidan sonrió.

—¿Kostas?

Le tocaba a ella asentir. Decidió no contarle lo que había dicho Annie.

—Pasé anoche por aquí —le confió él entonces—. Pensé que estabas, al ver todas las luces encendidas.

Holly se rascó la cara con una mano, percatándose al hacerlo de las picaduras en su mejilla.

—La luz atrae a los mosquitos por la noche —continuó él, alzando una ceja mientras ella se apresuraba a bajar la mano.

Dios, qué exasperante era. No pudo evitar imaginar su espantoso aspecto, con el rímel de la noche pasada incrustado en sus párpados, picaduras de mosquitos por toda la cara y el pelo desordenado tras haberse quedado dormida en el sofá.

Aidan le tendió las llaves.

—Son tuyas. A Sandy le gustaba que yo tuviera un juego guardado, por si acaso, pero ahora que estás aquí... —Su voz se apagó—. ¿Estás llenando la bañera?

—¿Qué? —Holly le miró boquiabierta—. No. ¿Por qué?

—¿No oyes eso? —pasó junto a ella y se dirigió hacia las escaleras.

Holly lo siguió, cojeando un poco aún a causa del dolor punzante en el pie. Permanecieron ahí al pie de la escalera en silencio y, era obvio, se oía un goteo persistente procedente de la planta de arriba. Aidan subió sin pedir permiso, dejando a Holly renqueando tras él llena de indignación.

—Ah... —La voz de Aidan llegó desde el interior del cuarto de baño—. Nadie te advirtió acerca de las instalaciones de cañerías en Grecia, ¿verdad?

—¿A qué te refie...? Oh.

Holly retrocedió horrorizada intentando asimilar el panorama de devastación al otro lado de la puerta. La taza del váter, que solo había usado dos veces desde su llegada, estaba llena hasta el borde de un agua turbia semejante a la que cubría el suelo, en cuya marea flotaban unos cuantos trozos de papel higiénico en proceso de desintegración.

—Aquí no se puede tirar el papel higiénico por el váter —le dijo Aidan.

Se las apañó para explicárselo con total naturalidad, algo impresionante dadas las circunstancias.

En cambio Holly había perdido la capacidad de hablar, de modo que cuando él le dijo que iba a ir a su casa en busca de las herramientas necesarias para desbloquear el sifón del inodoro, ella se limitó a asentir con expresión estúpida. En cuanto oyó sus pisadas descendiendo por las escaleras se apresuró a entrar en la habitación de invitados y cerrar la puerta tras ella. El espejo de la pared confirmó el peor de sus temores: parecía de verdad una

cabra montañesa que no había logrado encontrar la vereda entre los cuarenta y cinco setos, o los que fueran, en su camino. Pero, en fin, con toda probabilidad Aidan tendría más presente el suelo del baño que el estado de su cara.

Paralizada por aquella humillación total y absoluta que la tenía clavada al suelo con el mismo efecto que el cemento húmedo, Holly oyó a Aidan entrar de nuevo en el baño, haciendo ruido en esta ocasión con lo que dedujo que era alguna especie de caja de herramientas. Por su aspecto era obvio que era la clase de hombre que posee una caja de herramientas como Dios manda. Y no como el modelo tan elegante que Rupert guardaba envuelto en celofán en el armario bajo el fregadero de la cocina.

—¿Holly?

Oh, Dios, la estaba llamando. Con cierto esfuerzo, despegó los pies descalzos del suelo embaldosado y regresó de puntillas hasta la puerta del baño. Seguía llevando la camiseta de Rupert y la manta, que apartó del agua sucia.

—¿Tienes un cubo? —preguntó él.

Ahora se encontraba a cuatro patas, manteniendo levantada en el aire una mano enguantada, preparada para sumergirla.

—Yo..., mmm..., no sé —dijo Holly. ¿Por qué se comportaba como una tarada?— Voy a ver —se apresuró a añadir, viendo el ceño que empezaba a formarse en la frente de su vecino.

Una vez en la planta baja, en un armario de la cocina descubrió un cubo, lejía y una pila de esponjas y paños. Haciendo una breve pausa junto a su maleta para sacar unos *shorts* de tela vaquera, subió todo hasta el baño y lo colocó con cautela en el suelo junto a Aidan, que se encontraba hurgando en la taza. No necesitaba ayuda, le dijo, pero iría bien una taza de té.

Gracias a Dios había comprado leche la noche anterior, pensó, vertiendo

con cuidado agua de la gran botella del frigorífico en el calentador de agua. Sacó dos tazas que encontró en el estante inferior situado junto a la cocina y, mientras el calentador resoplaba, Holly se pasó un cepillo por el pelo y se cepilló los dientes en el fregadero. Aún le temblaban las manos al servir el agua hirviendo.

Mientras esperaba a que reapareciera Aidan, reparó en el móvil sobre la mesa de centro y cayó en la cuenta con una punzada culpable de que todavía no había mandado ni un solo mensaje a Rupert. Se preguntó qué habría pasado si él hubiera estado aquí con ella cuando el inodoro se atascó. La idea de Rupert a cuatro patas, con aguas residuales hasta el codo, era tan absurda que Holly se sorprendió a sí misma riendo estentóreamente.

—Me alegra que veas la parte divertida.

Era Aidan descendiendo por las escaleras, un poco más aturullado y mucho más mojado que antes.

—No me reía de..., solo que..., aquí tienes.

Le tendió la taza.

Su vecino dio un sorbo y la miró.

—Es una buena taza de té. Es lo único que los griegos hacen fatal: una taza de té. El café que hacen seguramente es el mejor del mundo, pero su té sabe a meados de caballo.

—Gracias por arreglar el, eh, el problema del baño.

Holly se ruborizó.

—De nada —respondió él.

Tomaba el té muy rápido. El pobre hombre debía de estar desesperado por alejarse de ella. Holly era consciente de que debería darle un poco de conversación, interesarse por él o hacer algún comentario sobre el tiempo,

pero resultaba difícil concentrarse en dar palique a un hombre tan descaradamente guapo. Y justo cuando este pensamiento apareció en su cabeza, se sintió culpable. Aparte, había algo en Aidan que la ponía a cien. Cuando la miraba, tenía la impresión de que él podía ver a través de esa armadura corporal que tan minuciosamente había atornillado a su alrededor. Aun así, la idea era ridícula: acababa de conocerla. Probablemente solo se sentía vulnerable por el hecho de que la hubiese pillado con un aspecto tan horrendo.

—¿Cuándo hablaste por última vez con tu tía Sandra? —le preguntó.

Holly tragó saliva. ¿Debía mentir? Por algún motivo sabía que no colaría con Aidan.

—Nunca la conocí —respondió, y tomó un gran trago de té, casi atragantándose cuando el líquido hirviendo alcanzó su paladar—. Hasta hace una semana más o menos ni siquiera sabía que existía.

Por primera vez desde que ella le había abierto la puerta, Aidan pareció perder una capa de su aire imperturbable. Ahora la miraba con aire receloso.

—Pero, eres su sobrina, ¿cierto? ¿Eres Holly?

—Eso parece, lo soy —respondió.

Aunque él hubiera desatascado su inodoro, ella no estaba en absoluto preparada para destapar toda su historia familiar.

—Me contó que te dejaba esta casa en herencia —continuó Aidan mientras depositaba la taza con cuidado sobre la mesa—. En cuanto se enteró de lo de su cáncer, supo con exactitud quién iba a quedarse con esta casa: tenía claro que te la legaba a ti.

Holly jugueteó con los flecos deshilachados de los *shorts* y contuvo las lágrimas que de forma inexplicable llenaron sus ojos al oír esas palabras. De

modo que fue un cáncer lo que se llevó a su tía. Quedaba claro que Aidan daba por supuesto que ella estaba al corriente de todo, pero no estaba dispuesta a dejarle saber cuánto le afectaba aquel bombazo que él soltó de manera fortuita. Llevaba años manteniendo ocultas sus verdaderas emociones, incluso a los más allegados, y a este hombre acababa de conocerle. Sorbiéndose la nariz ruidosamente y encogiendo los hombros, profirió:

—Mira, estoy aquí solo para limpiar el lugar y venderlo. No sé por qué Sandra me dejó a mí la casa... y tampoco me importa.

Aidan se estremeció como si le abofetearan.

—No tienes pelos en la lengua, ¿verdad? Me alegra que Sandy no esté aquí para oír eso.

Ay, eso dolía. Por un momento Holly le miró desafiante al tiempo que intentaba controlar la fea espuma de rabia que bullía en el interior de su pecho. Lo último que quería era ceder a esa rabia irracional, horrible..., idéntica a la que se había esforzado por controlar desde que perdió a su madre.

—Oye, no me importa lo que pienses de mí —le dijo entonces ella con calma—. Ni siquiera sé quién eres. Vienes aquí al amanecer, llamando a la puerta como un loco, burlándote de mí...

—¡Fuiste tú quien me recibió soltando tacos! —interrumpió Aidan.

—¡Le soltaba tacos a la puñetera mesa! —alegó ella.

—¡Y te he arreglado el puto váter! —replicó él subiendo una octava el tono de voz.

A continuación, de forma exasperante, él pareció calmarse e incluso volvió a sonreír, aunque no a Holly. Sacando las llaves del bolsillo de los pantalones, la observó durante unos segundos antes de tirarlas sobre la mesa,

por la que se deslizaron hasta detenerse junto al jarrón de flores con un suave golpe metálico. Mientras la puerta de entrada se cerraba tras él, Holly comprendió consternada que seguramente era su vecino quien había colocado ahí las flores, para empezar..., y ahora la tomaba por una imbécil total.

Se contuvo para no llorar, pero eso solo afianzó más a Holly en su decisión de mostrarse despreocupada. No importaba qué pensara Aidan de ella. En cuestión de semanas estaría de regreso en Londres tras haber vendido este extraño mausoleo, y podría olvidarse por completo de Sandra y de Aidan.

No obstante, la había sacado de quicio por el modo en que casi hace aflorar su rabia hasta la superficie. Llevaba con Rupert casi un año y él ni siquiera había captado el menor atisbo de su mal genio. Cada vez que Holly notaba el primer rumor de esa parte suya amenazando con hacer aparición, siempre buscaba una excusa para quedarse a solas, ya fuese salir a correr o ir a un recado en la tienda del barrio. Temía lo que pudiera suceder si alguna vez se dejaba arrastrar por esas oleadas de ira... y con Aidan, casi había perdido el control por primera vez desde adolescente.

Nada, nada..., era obvio que él traía problemas. Tendría que hacer cuanto estuviera en su mano para evitarle durante el resto de su estancia.

—¡Cariño! ¡Por fin! Pensaba que te habían secuestrado.

Holly se moría de vergüenza mientras hablaba por teléfono.

—Lo siento. Olvidé traer el cargador y me llevó tiempo poder comprar otro.

Era asombroso lo poco que a veces le costaba mentir a Rupert.

—Oh, pobrecita. ¿Ha sido duro?

Holly reflexionó que sí, contando con el golpe en la punta del pie, las pertenencias cutres de una difunta, la explosión del váter y varias picaduras de mosquito..., pues sí, había sido un espanto hasta ahora, pero decidió que resultaría más práctico soltar otra mentira.

—Ha estado bien —le dijo—. Un poco raro, supongo, pero todo el mundo es muy amable.

Bueno, a excepción de Aidan, pensó con pesar. Pero eso no podía mencionarlo, en absoluto.

—¿Cómo es la casa? —preguntó Rupert.

Su voz sonaba diferente con la comunicación a larga distancia, como si le hablara desde el fondo de un profundo agujero.

Holly calibró la pregunta mirando a su alrededor desde su posición en el sofá de la planta baja.

—Es agradable —dijo al final—. No he tenido ocasión de explorar la isla aún, la verdad..., voy a empezar a hacerlo hoy.

Se oyó el sonido de cháchara en el otro extremo de la línea.

—Cielo, lo siento mucho, pero tengo que colgar. Una reunión.

Holly contuvo el suspiro que estaba a punto de escapar de su garganta.

—No pasa nada. —Se obligó a sonreír como era habitual, confiando en que él lo percibiera en su voz—. Mejor te llamo esta noche.

Después de colgar, se sentó un rato mirando el jarrón de flores sobre la mesa. Habían caído algunos pétalos que empezaban a arrugarse en los extremos. Aidan las había puesto ahí; «no puede ser tan malo», le susurró una voz al oído.

No pudo evitar sentirse un poco enojada con su tía Sandra. ¿Por qué había decidido revelar ahora su existencia, cuando ya era tan tarde? ¿Por qué le había dejado esta casa, que estaba trastornando su vida de tal manera? En este preciso momento, con resaca y picaduras de mosquito, Holly, humillada, deseó no haberse molestado en abrir la maldita carta.

Pero quedarse sentada sintiendo lástima de sí misma no iba a servir de nada. Esto no era lo que había permitido a Holly llegar tan lejos en la vida. Era hora de levantarse y plantar cara a la realidad, empezando por explorar un poco el lugar. La idea de adentrarse en el dormitorio de su tía aún le erizaba el vello de la nuca, pero tal vez pasar un día al sol le devolvería un poco de valor. Si de verdad había estado antes en esta isla, como empezaba a sospechar, quería echar un vistazo y ver si podía remover algún recuerdo.

No eran más que las once de la mañana, pero el sol caía sin tregua sobre sus hombros desnudos como los compases de una sinfonía implacable. Notaba el asfalto caliente bajo las sandalias. Mientras caminaba colina abajo, un diminuto lagarto se escabulló a toda prisa entre las puntas de sus pies y desapareció por la escasa maleza.

Aunque Holly no veía ningún grillo, oía sus chirridos estridentes

procedentes de los árboles. La correa de cuero de la bolsa se deslizaba por su brazo a causa del sudor. Cada vez se acumulaban más gotas en su labio superior.

Kostas la saludó en cuanto entró en su tienda como si fueran viejos amigos.

—*Yassou, koukla..., ti kanis?*

Seguramente ella puso cara rara, porque el hombre lo repitió en inglés.

—Hola, preciosa... ¿qué tal estás?

—Acalorada.

Holly le sonrió mientras se abanicaba la cara con la mano libre, estirando el otro brazo hacia la nevera para buscar una botella de agua.

—Sí, sí. Mucho calor hoy.

Parecía de hecho enorgullecerse bastante de la climatología y sonrió encantado cuando ella le tendió unas monedas.

—¿Hay...? —empezó, insegura de lo que quería preguntar en realidad.

Kostas seguía sonriendo.

—¿Quieres nadar? —preguntó él—. ¿La playa?

—¡Sí!

—Por ahí, veinte minutos. —Indicaba la salida de la tienda hacia la izquierda—. Hay autobús —añadió, dándole una palmadita en el brazo—. Uno cada hora. Ahí, afuera.

Ya había recorrido unos quince metros cuando oyó el sonido de unas chancletas acercándose a sus espaldas.

—Aquí tienes esto —dijo Kostas poniéndole en la mano un tubo de crema.

—¿Qué es?

—*¡Ti!* —se rio—. *Ti* es «qué».

Al ver que no respondía, el hombre le indicó la cara.

—Para picaduras.

—Oh. —De inmediato, Holly se llevó la mano al conjunto de bultos rosados en su mejilla—. Gracias.

—*Efjaristo* es «gracias» —le dijo con una sonrisa—. Me gusta enseñar griego para ti.

—Es muy amable por tu parte.

Holly estaba conmovida de verdad. No experimentaba a menudo actos inesperados de amabilidad; especialmente por vivir en Londres, donde si oías a alguien acercándose por tu espalda, seguramente saldrías corriendo en dirección contraria en vez de pararte a mantener una charla agradable. Se aplicó obedientemente unos pocos puntos de crema en el rostro.

—¡Bravo! —Kostas asintió con aprobación—. Mañana, no más marcas..., picaduras desaparecen.

¿Qué le había dado, una poción milagrosa?

Les interrumpió el chirrido de unos frenos, y un autobús destartado dobló la esquina en dirección a ellos. Holly, que aún no había llegado a la parada, quiso echar a correr, pero Kostas se plantó de pie en la carretera con su brazo peludo estirado. El autobús se detuvo. Tras farfullar sus gracias en griego, primero a Kostas y luego al conductor, Holly tendió una moneda de dos euros y luego se acomodó en uno de los asientos de cuero cuarteado apoyando la cabeza en el vidrio.

Según la guía de Grecia que sacó con disimulo del bolso para consultar el trayecto, Laganas era el primer núcleo turístico al que llegarían. Recordó que Aliana le había comentado que era uno de los lugares más famosos de Grecia

para salir de fiesta, y le intrigaba cuán turístico sería. Lo poco que había visto hasta ahora era hermoso, vistoso y conservaba su belleza natural, de modo que descendió los peldaños del autobús con cierto temor después de que el conductor gritara «¡Laganas!»

Se encontraba en el extremo circular de una carretera muy larga que se estiraba tierra adentro desde este punto. Justo delante de ella se hallaba el mar. La playa adyacente, de unos seis metros de amplitud, se extendía en ambas direcciones, formando una «T» con la carretera principal.

Holly se dio media vuelta para mirar la carretera, de espaldas al mar. A la izquierda había una serie de bares y a la derecha un restaurante. Al ver unos cuantos turistas desayunando tarde, su estómago protestó con envidia. Debía recordar alimentarse bien. No parecía haber demasiadas cosas interesantes en la calle, solo alcanzaba a ver bares, tiendas de regalos y restaurantes de comida rápida. Entrecerrando los ojos, distinguió en la distancia los reveladores arcos dorados del signo de McDonald's y se estremeció. Aliana tenía razón sobre que era demasiado turístico, y tan diferente de su casita aislada en la colina. Holly no pudo evitar preguntarse cómo se lo tomaría su tía Sandra, si alguna vez se molestaba o no en bajar aquí.

Según el mapa de su libro, si torcía a la izquierda por la playa podría caminar por el paseo marítimo hasta llegar al siguiente núcleo turístico, llamado Kalamaki. La guía afirmaba que se trataba de un lugar más pequeño y que no estaba tan estropeado como su vecino mayor y descuidado.

La playa de Laganas no se parecía en nada a las franjas del paraíso de arena blanca que mostraba Internet cuando buscabas «playas griegas», pensó Holly apartando la vista de dos chicas repantigadas en tumbonas de plástico, tostando al sol sus expuestos pezones. Hasta donde le alcanzaba la vista, la playa acogía bares y restaurantes variados, todos pegados y amontonados, todos con su propia colección de tumbonas en alquiler. La música que llegaba

desde cada uno de estos locales parecía fluctuar entre las tonadas tradicionales griegas y los éxitos más populares de las listas británicas.

—¡Hola, chica guapa!

Se cruzó en su camino un adolescente griego con vaqueros cortados, riñonera y una gorra de béisbol gastada por el sol. Sonreía y parecía bastante simpático, pero Holly intuía que insistiría en venderle algo.

—¿A dónde vas? —preguntó mientras ella se disponía a esquivarlo.

—Kalamaki —le dijo indicando a lo largo de la playa.

—¿No? ¿Kalamaki? ¿Por qué? ¿Estás en Kalamaki?

—Cuántas preguntas —respondió Holly.

No podía tener más de dieciséis años, decidió al ver la piel lisa del pecho, del color de una castaña de Indias recién salida de la cáscara.

—Aquí tenemos tumbonas muy cómodas para ti —continuó—. Comida muy buena. Y para ti un cóctel, ¡invita la casa!

—Igual más tarde —intentó de nuevo, pero él no iba a rendirse.

—Me llamo Sakis. Te atenderé muy bien —insistió tomando su mano para estrecharla—. ¿Cómo te llamas?

Holly se lo dijo.

—¿Holly? ¿Holly? —repitió varias veces antes de reírse—. Es muy bonito. Un nombre bonito para chica bonita.

—Qué amable, pero hoy no voy a quedarme aquí.

La expresión consternada que adoptó Sakis era propia de alguien que acabara de enterarse de un accidente mortal o una enfermedad fatal.

—El Blue Sea es el mejor restaurante de todo Laganas —continuó él—.

¿Es tu primera vez en Laganas?

—Primera vez en Zakintos —confirmó ella observando cómo se le iluminaba el rostro a Sakis.

Metiendo la mano en el bolsillo trasero, el chico sacó una tarjeta y se la tendió. Mostraba una foto del restaurante y en el dorso había un mapa dibujado de forma rudimentaria.

—Trae esto cuando vienes —dijo mientras se la ponía en la mano—, y un cóctel gratis... Para ti, especial para ti. —Pronunció «speshal».

Dándole las gracias, Holly aprovechó que se acercaba un grupo de chicas para escapar. Mientras seguía andando, oyó a Sakis soltando la misma perorata de cabo a rabo. Comprobó que cada uno de los treinta y pico bares y restaurantes playeros en el camino tenía su propio Sakis, así que veinte minutos después contaba ya con otras diez tarjetas, todas con la promesa de algo gratis si decidía volver. ¿Cómo hacían dinero estos locales? Eso sí, todos los chicos habían sido muy simpáticos y considerados, aunque no era tan ingenua como para creer que tanta adulación era sincera, sobre todo con el mal aspecto que tenía hoy.

Decidió recogerse los rizos oscuros que empezaban a pegarse a su cuello por el sudor, y lamentó mucho haberse puesto sus *shorts* más cortos y ajustados. Por mucho que corriera y evitara los hidratos de carbono, sus muslos rollizos parecían incorregibles. Pero, por otro lado, en la playa de Laganas abundaba la gente luciendo muslos mucho más voluminosos que los suyos, y a nadie parecía importarle su aspecto.

La arena, que hasta este punto resultaba dura como el cemento, empezó a volverse más suave y limpia. La concentración de bares dio paso a una serie de hoteles cuyos jardines y piscinas se ubicaban mucho más apartados de la playa. Holly se sacó las chancletas para disfrutar de la sensación de la arena

entre los dedos y se metió los tirantes de la camiseta bajo la parte superior del bikini para evitar que le quedaran marcas en el bronceado. Luego hizo una parada para ponerse un poco de crema; ahora el sol estaba en el punto más alto y caía implacable sobre sus hombros.

Pese a lo ruidosa que era la playa de Laganas, tan abarrotada de gente, una vez le dabas la espalda no podía negarse lo imponente que resultaba la vista al mirar hacia el mar. En el horizonte, en el extremo nororiental, se distinguía con claridad la isla con forma de tortuga. La bahía de Laganas formaba una curva justo delante de este islote, y allí, en la distancia, la arena daba paso a las rocas. El mar parecía relativamente calmado aquí, con un leve chapoteo cuando las olas llegaban encrespadas a la orilla.

Ahora que había menos gente, Holly se permitió reducir la marcha y prefirió seguir caminando junto al borde mismo del agua. Le gustaba ver las huellas que dejaban sus pies descalzos en la arena, para desaparecer un segundo después cuando otra ola correteaba hacia tierra, limpiando el lienzo una y otra vez, como un niño que sacude una pizarra mágica. En esta parte de la playa había algunas conchas, que recordaron a Holly la vez que fue con su madre a la playa de Brighton.

Debía de tener siete u ocho años por entonces. Era ese momento mágico en su vida previo a que Jenny comenzara a beber cada vez más. Cogieron juntas el tren en Londres aprovechando el primer día de calor de las vacaciones escolares. Su madre siempre le había hablado de cuánto echaba de menos el mar, y aquel día, sentada junto a la ventana, observando campos y casas a su paso fugaz, Holly la escuchó una vez más contando lo maravilloso que era estar en la playa mirando el mar, cómo te hacía sentir que cualquier cosa era posible.

«Te encantaba el mar cuando eras solo un bebé, Hols —le dijo cogiéndole las manos en su regazo—. Siempre te has parecido a tu madre, por eso sé que

Brighton va a gustarte tanto como a mí.»

Y a Holly le encantó. Había ido tras las olas y había chillado de gozo cuando las olas la persiguieron a ella; le había encantado construir castillos de arena y decorarlos con piedrecitas, y el sabor del helado que se derretía por un lado del cucurucho. Pero sobre todo le había encantado ver a su madre ese día: tan contenta, despreocupada y llena de dicha. Era uno de los pocos recuerdos verdaderamente fuertes que conservaba de ella. Bueno, uno de los únicos que le gustaba recordar. Había otros, por supuesto, pero quedaban relegados a una parte de su mente que mantenía rigurosamente bajo llave.

Ahora sabía que su madre, con toda probabilidad, había estado aquí, en Zakintos; tal vez justo aquí donde Holly se hallaba ahora. ¿Venía de ahí su afinidad con el mar? ¿Había contemplado la interminable extensión de azul desde esta playa, permitiéndose creer que cualquier cosa era posible? ¿Había hecho lo mismo su tía Sandra?

Holly se obligó a volverse, a dejar de contemplar la vista y continuar andando por la playa. Estos pensamientos oscuros no iban a hacerle favor alguno, ni tampoco serviría de nada plantear al universo preguntas que nunca recibían respuesta. Su madre había muerto, su tía había muerto, y ella estaba sola. Así eran las cosas.

Lunes, 14 de mayo de 1984

Querida hermana:

Gracias por responder tan pronto. ¡Tu carta me ha hecho reír UN MONTÓN! Así que vas y te enamoras de un tío de la isla, ni más ni menos ¿eh? Con eso está todo dicho: voy a tener que venir de inmediato para asegurarme de que está a la altura, por supuesto que no lo va a estar, porque tú eres la mejor persona del planeta... ¡después de mí! En fin, te escribo solo para decirte que tengo un billete reservado para volar a Atenas, así que cogeré el barco desde allí y te veré muy pronto. Entretanto, cuídate..., no te quedes preñada ni ninguna estupidez por el estilo. ¡Ja, ja!

Te echo de menos UNA BARBARIDAD. Toneladas de cariño

Jenny xxx

La playa de Kalamaki resultó encontrarse a veinte minutos andando, pero Holly estaba muy contenta de haber hecho aquella caminata. Había leído en su guía que esta zona destacaba como el principal terreno de nidificación de raras tortugas marinas, y como tal estaba protegida, casi como una reserva natural. Pese a tener un solo restaurante y apenas un puñado de tumbonas distribuidas sin orden sobre la arena, la playa contaba con varias ventajas: estaba más limpia, ofrecía más espacio y era más bonita que la de Laganas. En vez de estar bordeada de hoteles, aquí la playa tenía como fondo los extremos escarpados del acantilado, en cuyo punto más alto parecía sobresalir un mirador. Holly se prometió encontrar la manera de subir para contemplar la vista, pero primero necesitaba beber algo. Hacía rato que se le había acabado el agua, y no había encontrado una sola tienda o bar en los últimos cientos de metros de excursión por la arena.

La taberna situada al lado de la playa era grande y cuadrada, con mesas que se sucedían hasta el fondo, donde se veía una hilera de neveras y la caja registradora sobre una mesa. Allí estaba sentada una mujer muy anciana, con un chal negro echado sobre sus hombros encogidos. Unos cuantos camareros se movían como flechas entre las mesas ocupadas, y enseguida Holly captó la atención de uno que le hizo una indicación para que se sentara donde le apeteciera. Echando un vistazo, detectó una mesa vacía en la esquina de la terraza, que proporcionaba una vista impresionante tanto de la playa como del mar más allá. El gran parasol de madera y mimbre que tenía encima protegía las sillas, y Holly se acomodó agradecida en uno de los asientos bajo la luz veteada.

—*Yassou!*

Dio un brinco al oír la voz en su oído al tiempo que aparecía un menú sobre la mesa sin más ceremonias. Alzó la vista hacia el camarero, que sostenía el boli sobre una libreta de aspecto maltrecho. El hombre le devolvió la mirada con una amplia sonrisa que reveló la falta de unos cuantos dientes, así como lo que parecía un gran trozo de espinaca alojado entre dos de las piezas que seguían ahí. Holly contuvo una risita.

—*Yassou* —respondió devolviendo la sonrisa—. Tomaré un agua, por favor, y, ¿puede ser un café?

El camarero desdentado hizo una mueca.

—Mucho calor para café —le informó, moviendo el brazo hacia la playa sin señalar nada en concreto—. ¿Gusta el *frappé*? ¿Café con hielo?

—Mmm —vaciló Holly. El camarero volvió a sonreírle, asintiendo con la cabeza—. Conforme —replicó sonriente también antes de volver a examinar el menú.

Se preguntó qué habría pensado Rupert de ese pequeño intercambio con el camarero y de que le indicara qué le convenía pedir. Se moría de hambre tras el desayuno frugal de yogur y unos trocitos de queso, por lo que la boca se le hizo agua al leer la lista de los ingredientes de una ensalada griega.

—¡Café *frappé*!

El camarero ya estaba de vuelta para dejar la bebida sobre la mesa con una floritura exagerada. Holly pidió la ensalada e incluso consiguió añadir al final un «*efjaristo*», que hizo que el camarero revelara la falta de aún más dientes en la parte inferior de la dentadura. Aunque su boca pareciera un cementerio, decidió Holly, seguía siendo adorable. Cuantos más griegos conocía, mejor le caían. Todos mostraban una actitud relajada y un sentido del humor un poco descarado. No recordaba la última vez que había estado a

punto de llorar de la risa en algún lugar, pero percibía que los griegos convertían eso en una de sus prioridades diarias. Tal vez resultaba más fácil estar feliz si vivías en un lugar tan hermoso, con un clima tan maravilloso.

Londres resultaba opresiva incluso en días soleados, siempre bulliciosa y abarrotada de gente. Relajarse era más bien una actividad que decidías hacer, no una parte cotidiana de la vida, algo que la gente parecía programar entre citas en la peluquería y la compra semanal. Dio un sorbo al delicioso café *frappé* y se quitó las chancletas para estirar los pies descalzos al sol, consciente de sentirse más relajada que en meses..., tal vez años. Durante la siguiente media hora, decidió entregarse a disfrutar de esa sensación y bloquear cualquier cosa que la hiciera peligrar.

Desterrando todo pensamiento sobre su madre, Sandra, Rupert y especialmente sobre Aidan a un pequeño compartimento en la parte posterior de su cerebro, Holly se concentró en la ensalada, saboreando el dulzor de los tomates, el toque salado de las aceitunas y el aroma penetrante del queso feta al desmenuzarse sobre su lengua. Mientras comía, absorbió el entorno, observando a los turistas aplicándose más loción solar en sus extremidades curtidas y a los niños llevando los cubos y palas hasta la orilla, inmersos en juegos inventados. Una pareja alemana de mediana edad reía acerca de algo que la mujer acababa de leer en su revista, y más lejos, en la playa, una adolescente le bajaba la parte posterior de los *shorts* a su novio, después de que segundos antes él hubiera intentado arrastrarla por los pies hasta el agua.

Tardó unos momentos en percatarse de que el camarero había regresado para llevarse su plato vacío. No obstante, en vez de irse de vuelta a la cocina, el hombre permaneció un instante junto a su codo, absorbiendo también la escena que se extendía ante ellos.

—Qué bonito es esto —soltó Holly.

El hombre pareció complacido y sonrió sin mirarla.

—Estoy muy cansado.

—¿Oh?

Holly no estaba segura de cómo responder y alzó la vista confiando en expresar preocupación.

—Trabajo aquí, muy temprano, luego trabajo en hotel, muy tarde.

Mientras decía la última parte, indicaba con la mano en dirección a Laganas.

—¿Trabajas en un hotel en Laganas? —inquirió Holly, y se ganó otro gesto afirmativo.

—Sí. Es muy buen hotel, pero acabo a las dos y media de la mañana. Luego aquí a las seis y media de la mañana.

Seguía sonriendo, de modo que Holly imaginó que debía de estar contento con la combinación de ocupaciones, pese a significar que dormía tres horas más o menos por la noche.

—Eres un camarero muy bueno —le dijo ella entonces—. ¿En el hotel también eres camarero?

—Trabajo en la barra. Camarero de barra —fue la respuesta. Se lo dijo con cierta dosis de orgullo—. Soy Nikos —añadió.

Dejó el plato vacío para estrecharle la mano cuando Holly reveló su nombre como respuesta. Él se lo repitió varias veces antes de decirle que era muy bonito.

Entonces llegó lo inevitable.

—¿Primera vez en Zakintos?

—Primera vez en Grecia —contestó ella, contando con el estallido de excitación que ahora esperaba de todos los griegos.

Nikos la miró.

—¿Gusta esto? ¿Cuántos días que estás aquí?

—Sí, me gusta mucho. Y solo hace dos días qu...

—¿Estás en Kalamaki? —interrumpió.

Por algún motivo, el hecho de que un griego la interrumpiera le resultaba más entrañable que irritante, así que se rio.

—No, Lithakia —le dijo sonriendo mientras él arrugaba la frente sorprendido.

—Lithakia es muy bueno —continuó él, asintiendo y estirándose para coger de nuevo el plato—. Cerca de Porto Koukla. Muy bien. *Poli kala*. Debes ir a visitar allí.

—¿Porto Koukla? —repitió Holly

—Sí. Playa muy bonita. No como Laganas.

Mientras decía la palabra, echó el brazo hacia arriba de nuevo, y Holly se agachó para evitar que le diera con el vaso vacío de café *frappé*.

Nikos le caía cada vez mejor. Hacía mucho que no hablaba con un desconocido, pero charlar con Nikos era muy fácil, y divertidísimo. De darle conversación así a un camarero de Londres, lo más probable fuera que llamaran a los loqueros para encerrarla.

Pidió un segundo *frappé* y abrió la guía por la página del mapa. Efectivamente, justo debajo de la colina de Lithakia había una zona de playa señalada como Porto Koukla. Si el mapa indicaba lo correcto, esta playa se alojaba en una bahía justo enfrente de la famosa isla Tortuga, que en este momento veía que se llamaba Maratonisi, en realidad. Pasando el dedo por la línea de costa en el mapa, pronunció uno a uno los nombres griegos con los que estaba poco familiarizada. Todos sonaban mágicos: Agios Sostis, Marathi,

Vasilikos, Argasi. Si se hubiera tomado la molestia de aprender a conducir, podría haber alquilado un coche para ir a explorar estos lugares. Sin embargo, nunca lo había encontrado necesario al vivir en Londres. Aparte, las clases de conducir no eran baratas. En las raras ocasiones en que salían con Rupert de la ciudad, era él quien conducía o bien, aunque con más frecuencia, cogían un billete de tren en primera clase.

Holly miraba anhelante el mapa preguntándose vagamente si habría posibilidades de conocer la isla en autobús. No, vaya tontería. Estaba aquí para vaciar la casa de su tía, así de sencillo. Tal vez regresara un día para conocer mejor la isla, pero por ahora debía concentrarse en la razón verdadera que la había traído hasta aquí.

Pese a su firme propósito de autocontrolarse, Holly continuó leyendo la guía mientras el sol se deslizaba perezoso por el cielo. Después de pagar la cuenta y dejar una generosa propina para Nikos, se instaló sobre su toalla en la playa y se sentó a observar el mar y sus suaves cambios, enterrando las puntas de los pies en la crujiente arena. Sin enterarse, una hora se transformó enseguida en dos, y cerró los ojos tumbada de espaldas, permitiendo que el sonido del mar y el cosquilleo de la suave brisa le arrullara hasta dormirla.

Algo no iba bien. Holly cerró la puerta de entrada tras ella y dejó el bolso en el suelo.

Un olor empalagoso impregnaba el aire, y por instinto levantó la mano para proteger su nariz, advirtiéndole al hacerlo que empezaba a saltar el esmalte rojo que se había aplicado durante la clase vespertina de inglés.

—¿Mamá?

La voz surgió ahogada de su boca, sonó apagada por el miedo que hasta este momento no era consciente de sentir. Dando un tímido paso en dirección a la habitación delantera, miró por la rendija donde se unían las bisagras con el marco de madera. La tele estaba encendida, como siempre, pero sin volumen. En la pantalla, una mujer rubia con el pelo impecable sostenía un adorno horrible consistente en un pájaro posado en una rama. Debajo, el precio indicaba 34,99 libras. Holly soltó una risa de asombro. En el silencio sofocante del pasillo, sonó como si hubieran disparado un arma.

—¿Mamá? —intentó de nuevo, consciente de que era inútil.

Sabía lo que iba a encontrar al entrar en la habitación y acercarse a esa butaca. Esa gran butaca mullida tapizada en gastada pana marrón; el lugar al que siempre se retiraba su madre cuando se pasaba con la botella de vodka del día, hasta el punto de dejar sus piernas inestables.

Holly aguantó el equilibrio sobre las puntas de los pies, observando la moqueta salpicada de octavillas ofertando servicios de limpieza, comida rápida y compañías de taxi de la zona. Mientras miraba, los colores empezaron a entrechocarse, hasta que lo único que siguió flotando ante ella fue la negrura...

—¿Qué haces? ¡Quita!

Holly se irguió de repente y apartó la mano que la había despertado. Después de la oscuridad de su sueño, la luz del sol en la playa la cegaba.

Nikos se encontraba en cuclillas a su lado, con los pies descalzos medio tapados por la arena.

—Estabas..., te movías —le dijo con amabilidad—. Yo pienso... que querías despertar.

Holly no logró contener un gemido al recordar lo que estaba soñando un momento antes. Incluso aquí, en este hermoso lugar, la tenía obsesionada. Debía de llevar un rato dormida, porque la playa estaba prácticamente vacía a su alrededor. Un hombre mayor, menudo, con una estrafalaria visera rosa, se dedicaba a apilar tumbonas, mientras un chico mucho más joven rastrillaba la arena allanándola tras él. El Gnomo del Insomnio había escogido un momento poco oportuno para desaparecer del mapa.

—Son las siete —le informó Nikos.

Holly se frotó los ojos, maldiciendo a continuación por la arena que acababa de meterse en uno de ellos. Antes de que pudiera reaccionar, Nikos ya había retirado el tapón de su botella de agua y le estaba echando el líquido a la cara con brusquedad.

Ahora ya estaba despierta. Sacando de su bolsa abierta la camiseta que se había quitado, Holly la agitó para pegar a Nikos, que se vio saltando hacia atrás en cuclillas con una risotada.

—Qué..., qué... —le dijo ella sonriente mientras intentaba secarse el pelo desgreñado.

Pero la toalla había estado sobre la arena, con lo cual solo logró pringarse aún más.

—¿Vas a Lithakia?

Nikos era un verdadero maestro en ir directo al grano.

—Sí —asintió ella, indicando con vaguedad a lo largo de la playa.

—Coge una moto.

No era una pregunta.

—No, no —intentó decirle, pero él negaba con la cabeza.

—No estoy loco —la tranquilizó—. Vamos en mi moto.

Era poco probable que fuera a matarla, razonó Holly. Solo estaba alterada por la pesadilla. Si él intentaba algo raro, ella se encargaría de que no le quedara ni un solo diente en la boca.

Tras recoger la bolsa y sacudir con firmeza la toalla, Holly esperó junto al camino y observó a Nikos desapareciendo tras la parte posterior del restaurante. Poco después, se oyó un fuerte chisporroteo y el camarero volvió a aparecer en medio de una nube de polvo y humo negro, con sus piernas larguiruchas sobresaliendo a cada lado de un ciclomotor al modo de un patizambo borracho.

Nikos colocó la bolsa de Holly entre sus pies descalzos en el espacio para las piernas y se adelantó sobre el asiento mientras le indicaba con un ademán que subiera. No era fácil decir de qué color era el sillín, porque estaba cubierto por una serie de tiras de cinta adhesiva entrecruzadas en varios estados de desintegración. La espuma del relleno se escapaba por los resquicios donde el asiento se unía a la estructura metálica y había un gran

agujero en el armazón de la moto, justo detrás de donde Holly estaba a punto de aposentar su trasero.

Nikos daba gas con impaciencia, y en cuanto Holly pasó la pierna por encima del asiento el camarero salió zumbando por la carretera. Al percatarse que iba sin casco y comprobar alarmada que no conseguía localizar los apoyos para los pies, Holly se dejó de reticencias y rodeó con fuerza la flaca cintura de Nikos, aferrándose a su camiseta levemente sudada mientras doblaban la primera curva.

El ruido del motor era una mezcla ensordecedora de martillo neumático y avispa enloquecida, pero no tardó en disfrutar de la sensación del viento alborotando su pelo. Mientras su loco chófer griego le daba aún más al acelerador, Holly abrió la boca con una amplia sonrisa y casi se atraganta con la mosca que se coló hasta el fondo de su garganta. Bajo sus manos, notó a Nikos conteniendo una risa.

Estaba gozando demasiado con la sensación de ir en moto como para fijarse en el paisaje, pero sí advirtió unos cuantos caballos atados bajo la sombra de un gran árbol y un grupo de chicas que regresaban a pie de la playa, con las colchonetas bajo un brazo y las bolsas de plástico con bebidas y patatas fritas dándoles en las piernas desnudas.

El sol que se escondía proyectaba un relumbre naranja sobre los tejados. A Holly se le escapó otra sonrisa mientras inspiraba aquel cálido aire del atardecer. Una vez más se maravilló de lo relajada que se sentía. Era ridículo: aquí estaba ella, rodeando con los brazos a un hombre que había conocido apenas unas horas antes, recorriendo a toda pastilla estrechas carreteras de una isla que diez días antes ni siquiera sabía que existía. Casi no se reconocía.

Unos segundos después de ver un letrero que indicaba «LAGANAS», Nikos entró en el patio delantero de lo que parecía una empresa de alquiler de motos y apagó el motor, dejándola agitándose con torpeza sobre el asiento mientras

él desaparecía en el interior de una pequeña oficina tras el escaparate. Poco después oía la cháchara de varias voces masculinas en griego y unos minutos más tarde Nikos volvía a salir y le pedía treinta euros.

—Para la moto —le dijo sonriendo.

Perpleja, le tendió lo que le quedaba en el monedero y observó cómo volvía a desaparecer él, esta vez por el garaje situado en la parte posterior de un patio al aire libre. Una vez más oyó el resoplido de un motor cobrando vida y a continuación un leve zumbido mientras Nikos venía hacia ella subido en otra moto, un poco menos maltratada que la suya.

—¡Esta, tu moto! —soltó radiante, bajándose e invitándola a coger el manillar.

—¡Pero no sé conducir!

—*Ela*, es fácil. —Nikos volvió a reírse mientras indicaba el manillar y las palancas—. Aquí, en marcha. Aquí, parar.

Ahora se acercaba a ellos uno de los hombres del interior de la oficina, con expresión aburrida en el rostro y tres cascos en las manos. Holly permaneció quieta mientras le probaba cada uno de ellos. El hombre asintió cuando se quedó contento y se alejó de nuevo caminando con dificultad.

—Mi primo —le dijo Nikos—. Tienes esta moto para ti. Dos semanas.

Holly creyó entender por fin lo que estaba sucediendo. Por lo visto ahora podía hacer uso de su propio ciclomotor durante quince días.

—*Efjaristo!* —exclamó sonriendo a Nikos desde las profundidades del casco.

Al oírla, él soltó una carcajada, luego pasó los siguientes minutos enseñándole a guardar cosas bajo el asiento y a mantener en equilibrio la moto sobre el pequeño soporte metálico para aparcar. Tras un comienzo vacilante

que casi la empotra directamente contra la pared de un restaurante, Holly descubrió que conducir un ciclomotor en realidad no era tan difícil. Para cuando ella y Nikos llegaron al pie de la colina en Lithakia con el sendero que llevaba a su casa, Holly estaba que reventaba de placer.

—Hasta mañana, ¿en la playa? —preguntó Nikos, empleando los pies para hacer girar su propia moto en la dirección correcta.

Holly visualizó el dormitorio de su tía, abarrotado de cosas y cajones aún por abrir.

—Lo intentaré —prometió—. Si no, al día siguiente.

Esto sonó bien a Nikos, que asintió brevemente antes de salir zumbando de regreso por la carretera, rociándola con un montón de arena mientras partía.

9

Cuando Holly abrió la puerta para entrar en casa de su tía nadie daba señales de vida en la vivienda contigua, pero de todos modos optó por mantener la vista baja, por si acaso. Le costaba admitir incluso a sí misma cuánto le había afectado el encuentro con Aidan aquella mañana. En el breve rato que habían pasado juntos, él había logrado de algún modo que aflorara a la superficie la verdadera Holly —esa faceta que siempre se esforzaba en mantener en secreto— y eso la ponía nerviosa.

En vez de subir directamente al piso superior, al dormitorio de su tía, se sacó las chancletas, dejó la bolsa sobre la mesa y abrió las puertas traseras. Subida al muro de poca altura pudo contemplar el mar extendiéndose bajo ella en toda su inmensidad, con su profundo color negro azulado ante el inminente anochecer. Era asombroso; durante un largo rato se limitó a permanecer quieta, absorbiendo toda la escena. No era de extrañar que su tía adorara esto. En tan solo dos días la idea del paisaje gris de Londres se había vuelto una perspectiva deprimente en comparación con esta belleza tan pura y natural.

El jardín trasero de Aidan, separado del suyo por un largo seto que llegaba hasta la altura de la rodilla, también estaba desprovisto de motivos decorativos, pero al menos él se había tomado la molestia de colocar una mesa y sillas de hierro forjado bajo la sombra de la higuera. Podía oler su dulce y embriagadora fragancia desde donde se encontraba ahora. Había además una bicicleta de aspecto oxidado apoyada en la pared posterior de la casa. Le sorprendió ver que no llevaba candado, pero, claro, supuso que esta pequeña isla no era un lugar donde la gente robara.

El sol había descendido aún más, y mientras Holly desplazaba la mirada

sobre el agua, vio en el horizonte el cristal blanco de la luna iniciando su infructuosa persecución del sol. El cielo, de un asombroso azul celeste durante todo el día, se había transformado ahora en una mezcla de tonos rosados, cremas y grisáceos. El intenso calor del día había dado paso a la aceptable temperatura del atardecer. Holly se sacudió el pelo hacia atrás llena de placer y se empapó de la vista.

Unos minutos después la sacó de su trance extasiado el sonido de la puerta de un coche al cerrarse y un acento irlandés gritando «Espera ahí, granujilla» a una entidad desconocida. Volviéndose de golpe, cruzó el jardín como una gacela y cerró la puerta de golpe tras de sí justo cuando Aidan aparecía a buen paso por el recodo. No sabía si la había visto, pero no le oyó decir nada, tan solo escuchó unos segundos después el sonido de su propio portazo.

Necesitaba controlarse, estaba claro. Aidan era solo un tío más, y aparte no iba a verle después de estas dos semanas. ¿Qué más daba que hubiera metido la mano por el sifón de su váter? El recuerdo fue suficiente para hacerla escabullirse escaleras arriba, como si su vecino fuera capaz de verla a través de las paredes. Distráida por la humillación devastadora, se encontró una vez más en el dormitorio de su tía Sandra.

Este cuarto resultaba un poco cutre, pero su tía era una mujer mayor. Mientras miraba a su alrededor preguntándose si pasar de todo y largarse colina abajo en busca de más vino, los ojos de Holly repararon en una radio de aspecto antiguo encima de una mesilla junto a la cama. Poniéndose a cuatro patas, encontró el enchufe y conectó el aparato a la corriente, sonriendo con alivio cuando la música llegó hasta sus oídos.

Tras desplazar el dial por varias emisoras griegas, todas las cuales parecían poner al mismo hombre gimoteando y dándole a la guitarra, encontró una emisora donde sonaban canciones en inglés, y Tears For Fears no tardó en dispersar los últimos vestigios cutres de la habitación.

Tarareando y haciendo gorgoritos desafinados, abrió con energía un cajón y una nube de polvo se elevó por el aire provocándole un sonoro resoplido. Su tía Sandra era una fan de los motivos florales, decidió, inspeccionando con desagrado las quince camisas estampadas que más o menos había allí. Encontró una maleta marrón vacía en lo alto del armario y empezó a meter dentro la mayoría de ropa de la mujer. Decidió que un poco más tarde bajaría al bar para preguntar a Annie si había alguna manera de hacer una donación. Le parecía un enorme desperdicio tirar toda la ropa directamente a la basura, y de hecho, estudiando mejor lo que estaba sacando, comprobó que no estaba tan mal.

Aparte de las prendas más anticuadas, desenterró también algunas joyas: una blusa blanca con delicados bordados de encaje, un chal de cachemira y un precioso kimono de seda rosa claro. Dobló con cuidado estas cosas y las dispuso sobre la cama. Todo desprendía una leve fragancia a lavanda y empezó a relajarse y a tomarse su tiempo.

Cuando acabó de vaciar la cómoda, empezó a examinar los pequeños adornos agrupados por la habitación. Había diminutos pájaros de loza, ponis de porcelana y un gran número de tortugas, algunas elaboradas con conchas, otras con arcilla y una de cristal verde y marrón. Mientras se inclinaba para mirar mejor, una de las tortugas atrapó la luz y pareció relucir desde su interior. Holly nunca había sido muy aficionada a las baratijas, en realidad, pero esta tortuga en concreto acaparó su atención. Levantándola con sumo cuidado con ambas manos, utilizó la parte inferior del vestido para limpiar la capa de polvo acumulado. Experimentó una sensación de lo más extraña, como si no fuera la primera vez que la sostenía. Tal vez de niña había tenido un objeto similar.

—Te vienes a casa conmigo —susurró a la tortuga, sintiéndose estúpida de inmediato.

Mientras se reía de sí misma con una sonora carcajada, la radio captó una interferencia de repente, y en un abrir y cerrar de ojos Holly fue transportada de regreso al salón de mala muerte de su madre.

En las semanas anteriores a su muerte, Jenny Wright se había ido alejando más y más de cualquier cosa parecida a la normalidad. Bebía mucho a diario, pasaba todo el tiempo apoltronada en la butaca con la mirada fija en la tele, o desplomada en la mesa de la cocina fumando. Hubo un momento en que Holly ya no recordaba la última vez que la había visto con ropa limpia o el pelo cepillado. Había intentado ayudarla, por supuesto, pero sus empeños solo servían para que Jenny se alterara aún más.

—Ya no tengo ninguna razón para seguir viviendo —gemía, dando una calada al pitillo liado, arrojándole el acre humo al rostro.

—Vaya, qué cosas tan agradables que dices a tu hija —replicó Holly rodeando el cuerpo escuálido de su madre para buscar el abrelatas. Aquel día en concreto, al volver del colegio había birlado un par de latas de judías cocidas en la tienda de la esquina. Sabía que su madre no iba a darle ningún dinero, pues se lo gastaba todo en alcohol.

—Nunca quise que sucediera esto —continuó Jenny agitando el brazo sin fuerza, indicando la habitación con expresión desdeñosa—. Debería haber permitido que otra persona se ocupara de ti..., nos habría ido mejor a las dos.

Holly suspiraba. En otro tiempo esta clase de comentarios la habrían echo salir llorando escaleras arriba, pero hacía años que no permitía que lo que dijera su madre hiriera sus sentimientos. Cuando estaba borracha, Jenny siempre rezongaba sobre lo mala madre que era, pero luego, unos segundos después de desahogar su remordimiento, pasaba al ataque, farfullando disparates ininteligibles como que se merecía otra vida y que no era culpa suya haber acabado así. Holly había sido comprensiva en otro tiempo, antes de que su madre cayera en el alcohol por quinta o sexta vez. Jenny parecía

escoger la opción fácil; Holly sabía que podría pelear más para dejar la bebida, pero no lo deseaba lo suficiente. Encontraba muy difícil perdonar eso a su madre.

—Intenta cenar un poco, mamá —dijo indicando la tostada con judías que acababa de dejar sobre la mesa ante ella.

Jenny arrugó la nariz y estiró el brazo para coger la taza de café. A Holly la desconcertaba que se molestara en intentar disimular el hecho de que estaba bebiendo: ninguna de las dos se engañaba en cuanto a la cruda realidad. Hacía muchísimo tiempo que Holly ya no se molestaba en vaciar por el fregadero ninguna de las botellas; solo servía para tener pelea, y ya no le quedaban energías para más broncas, así de sencillo.

Siempre le había sorprendido que la muerte de su madre unas semanas después la afectara tanto. Creía que ya no podía sentir más, y qué decir de apenarse por la pérdida de una presencia tan negativa. Pero el golpe que representó su muerte la derribó como una bola de demolición alcanzando un muro de vidrio. Se desmoronó por completo, y desde entonces había intentado recomponerse sin escatimar esfuerzos.

Holly solo recordaba fragmentos de lo sucedido el día que su madre murió. Después de descubrir el cuerpo, había regresado corriendo de nuevo al pasillo, donde imaginaba que se había desmayado. Al recuperar el conocimiento, permaneció en el suelo durante lo que parecieron horas, repitiéndose una y otra vez que debía levantarse y llamar a la policía. Pero no podía; se había quedado clavada a la moqueta como el viejo manzano había arraigado en el campo trasero del colegio. Algunos chavales seguían trepando al árbol, pensando que las ramas retorcidas ocultarían los cigarrillos ilícitos que fumaban. Holly nunca iba con ellos, prefería observar desde la distancia. Se detestaba a sí misma por envidiarles, con sus zapatos de Topshop, los reflejos en el pelo y su vida fácil..., no tenían idea de lo fácil que lo tenían.

Holly les escuchaba lamentarse de su último fracaso, quejarse por no tener el último modelo de móvil, y deseaba gritarles a la cara.

No guardaba recuerdos de la llamada al teléfono de emergencias que debió de hacer finalmente, pero hacia las ocho de la noche llegó una ambulancia, seguida de un coche de policía. Mientras el personal de emergencias médicas pasaba a su lado con el rumor de sus chaquetas con rayas de neón, una mujer policía se agachó junto a ella en el suelo del pasillo y le cogió las manos.

—Ahora debes venir con nosotros, Holly. Todo va a ir bien.

Pero nunca fue bien. Nunca había ido bien desde entonces.

Asustada de repente por la tortuga de cristal en sus manos ahora húmedas, Holly la arrojó sobre la cama, donde rebotó un poco y se deslizó por el borde.

—¡Mierda!

Por suerte, la alfombra gastada había impedido cualquier desperfecto. Cuando se inclinó para recogerla, se fijó en un estuche beis asomando desde debajo de la cama y en una caja de zapatos muy sobada y cubierta de polvo.

—Oh, ¿qué tenemos aquí? —dijo en voz baja, sacando el estuche y desentendiéndose de la caja.

Al retirar la tapa, jadeó cuando apareció una máquina de coser pulida y reluciente. Era una auténtica preciosidad, y Holly notó una oleada de afecto sincero por su difunta tía. Si a Sandra le gustaba coser, tenían en común mucho más de lo que había pensado en un principio.

Hacía ya años que no cosía, pero al pasar los dedos por el carrete le entraron unas ganas enormes de desgarrar las prendas que acababa de empaquetar y volver a confeccionar algo con las telas. Lo que había empezado como una necesidad tras la muerte de su madre, cuando compraba ropa en

mercadillos y tiendas de segunda mano, se había transformado enseguida en la actividad favorita de Holly. Adoraba todo el proceso: conseguir el tejido, hacer patrones en papel para las prendas, y luego crear sus propias piezas nuevas por completo. Le encantaba crear algo diferente y bonito a partir de artículos descartados por otras personas, había cierta magia en ello.

Aunque había dejado de confeccionarse la ropa cuando consiguió su primer trabajo con un sueldo decente, Holly aún guardaba una caja con sus creaciones escondida en el fondo del armario. Rupert nunca rebuscaría en sus cosas, al fin y al cabo, y saber que la caja seguía ahí le proporcionaba una peculiar sensación de alivio.

Mientras seguía ahí de rodillas y se le dormían poco a poco los pies sobre las duras baldosas bajo la alfombra, se preguntó por qué había renunciado a su afición. Ya no necesitaba coserse la ropa, era obvio, pero ¿por qué había creído necesario renunciar a algo que le gustaba tanto? Pensando ahora en ello, se percató de que había dejado de coser más o menos cuando conoció a Rupert. Intentó visualizarse sentada en la barra del desayuno del apartamento pijo de su novio en el este de Londres dándole a la máquina de coser mientras él veía la tele. No, eso nunca sucedería. Él no le vería sentido, se reiría y se ofrecería a llevarla de compras, diciéndole que era raro vestirse con lo que desechaba otra gente. De todos modos, nada impediría que cosiera mientras se encontrara aquí, sola, sin nadie que la juzgara. Juntó una pila de ropa de la maleta y, sujetando la máquina bajo el brazo, apagó la radio y se dirigió a la planta baja preparándose para instalarse ahí durante la noche.

Había decidido empezar por algo bastante sencillo: un tapiz de retazos que podría colgar en la pared desnuda junto a la puerta trasera. Recordó haber visto unas tijeras bastante decentes en uno de los cajones de la cocina, de modo que fue a buscarlas y empezó a preparar las blusas y faldas viejas que había bajado.

Empleando dos viejos tazones para mantener el tejido estirado, marcó con un lápiz las formas cuadradas aproximadas y luego se dispuso a cortarlas. El trabajo era meticuloso, pero Holly sintió de inmediato el sosiego de la acción monótona. No tardó mucho en reunir suficientes retazos como para empezar a coser; pasó sus buenos diez minutos ordenándolos en el suelo para decidir la combinación. Estaba claro que a Sandra le gustaban los estampados y adornos. Holly sonrió mientras se imaginaba lo bonita que quedaría la creación acabada con la primera luz de la mañana colándose por los ventanales de la puerta trasera.

Le sentó genial volver a sentarse ante la máquina de coser y deslizar con diestros dedos el hilo por la bobina, estirando el material mientras la punta de la aguja subía y bajaba atravesándolo. En ese momento, casi olvidó que se encontraba en una casa extraña en un país extraño; lo único que importaba era lo que hacían sus manos, lo que veían sus ojos y lo que le decía el corazón. Así se sentía feliz.

En el exterior, el cielo pastel se fundió poco a poco con la negrura impenetrable y la ansiosa luna se apresuró a unirse a las estrellas. Mientras se desvanecía la luz del día, los grillos detuvieron su incesante coro hasta quedar solo el suave flujo y reflujo del mar como único sonido.

Mucho más abajo de donde se encontraba Holly concentrada con el ceño fruncido, apoyando suavemente las puntas de los pies descalzos en el pedal delantero de la máquina de coser, un huevo se resquebrajaba bajo la arena mojada y una cría de tortuga se retorció saliendo al exterior. Aunque la cría se encontraba sola, no estaba asustada; sabía lo que tenía que hacer. Desembarazándose de los trozos pegajosos de su primer hogar, se abrió paso hasta la superficie e hizo una pausa para bañarse por un momento bajo la luz reconfortante de la luna. Dejando apenas una marca en la arena, la diminuta criatura de blando caparazón, continuó deslizándose con torpeza hasta el agua

y se hundió sin miedo en su futuro.

Martes, 6 de noviembre de 1984

Hola Sandy:

No estaba segura de enviar esto o no, pero he pensado que seguramente querrías saber que al menos sigo viva. Siempre has sido la sensata, la cariñosa, la mejor. Planeaba poner rumbo a Australia, pero aún me queda lejos. He conocido a un hombre —se llama Nic— y en este momento me he instalado con él. ¿Sigues enfadada conmigo? Te echo tanto de menos que juro que me quema el pecho. Eres la única persona que me preocupa en la vida; solo quería que lo supieras. Confío en que las tormentas no hayan sido demasiado nocivas en la isla. No dejo de visualizarnos corriendo por la playa bajo la lluvia. Ojalá estuviera ahí. Por favor, escíbeme y mándame noticias. Mi dirección está abajo. Te quiero.

Peluche Jen xxx

10

El móvil de Holly estaba sonando. Apoyándose en un codo, se maldijo por haberlo dejado justo al lado de la cama. Al inspeccionar la pantalla mientras se despabilaba y ajustaba la vista, respiró hondo y se obligó a sonreír.

—¡Hola, cariño!

—Hola, tesoro... ¿No te habré despertado, verdad?

¿Tesoro? Eso era nuevo. Holly apretó los dientes.

—En absoluto —contestó—. Estaba a punto de ducharme.

En realidad se había acostado hacía solo tres horas, después de coser sentada ante la máquina hasta la madrugada. Lo último que quería era que la despertaran, sobre todo teniendo en cuenta que desde que se encontraba aquí en la isla le resultaba más fácil dormir. Zakintos: uno, Gnomo del Insomnio: cero. Rupert no paraba de hablar sobre cierto acuerdo que había cerrado en su trabajo y a Holly le costaba seguirle.

—¿Has oído eso, cariño?

—Lo siento, cielo..., no tengo la mejor conexión aquí.

Era mentira, por supuesto; le oía perfectamente bien.

—Este nuevo cliente que he conseguido... supone para la empresa más de diez millones de negocio. Voy a sacar una buena bonificación.

—¡Guau! Cariño, qué buenas noticias. Bien hecho.

Holly se preguntaba si sonaba tan aburrida como se sentía. Pobre Rupert. La llamaba para compartir noticias excitantes, y ni siquiera podía molestarse

en escuchar. Estaba más cansada de lo que pensaba. Se ponía de mal humor siempre que estaba agotada.

—¿Estás bien? —Rupert parecía preocupado—. No sueñas como la Holly contenta de siempre.

¿La Holly *contenta* de siempre?

—Estoy bien —respondió de manera automática—. Solo que ha sido un poco raro, ya sabes, todo esto.

—Pobrecita —respondió él con preocupación sincera en la voz, con lo cual Holly se sintió aún peor—. Te echo de menos —añadió.

—Yo también te echo de menos —susurró notando que se calmaba su mal humor al percatarse de que en realidad le echaba de verdad en falta.

Cuando Rupert estaba con ella, Holly sabía quién debía ser. Aquí en la isla sentía que otra versión de sí misma amenazaba con reaparecer en cualquier instante.

—De verdad te echo de menos —añadió Holly—. Mucho.

—Sé a qué te refieres —admitió él—. Solo han pasado unos días, pero noto tu ausencia un montón.

Dado que él pasaba mucho tiempo de viaje por su trabajo, esta revelación fue una especie de sorpresa para Holly. Nunca antes había comentado que la echara tanto de menos. Tal vez le hiciera mella llegar cada noche a su piso vacío.

—Solo son dos semanas —le recordó Holly—. ¡Menos de dos semanas! Y estaré guapa y bronceada para ti cuando regrese.

—No me importa el bronceado; solo quiero tenerte aquí de vuelta. Y anoche no me llamaste.

Ahora empezaba a sonar como un crío gruñón.

—Deberías colgar, o vas a llegar tarde al trabajo —dijo ella abandonando ya toda esperanza de quedarse en la cama hasta tarde mientras sacaba las piernas de debajo de las sábanas.

—De acuerdo, cielo —aún sonaba enfurruñado—. ¿Recordarás llamarme más tarde?

Prometió hacerlo, repitiendo obediente su «Te quiero» antes de colgar.

Holly permaneció sentada en silencio mirando el teléfono en su mano. ¿Por qué era tan horrible con el pobre Rupert? Llevaba solo unos días fuera, pero ya notaba que su vida había cambiado. Estar aquí en Zakintos y no en Londres había despertado algo en ella; todavía no sabía decir con exactitud qué era, pero sin duda se había producido un cambio. Pese a encontrarse en un entorno que comprensiblemente debería resultarle ajeno por completo, notaba que se sentía en cambio más relajada aquí de lo que recordaba haberse sentido en Inglaterra. Sacudió la cabeza por lo ridículo de la situación. Debía de haber sufrido una insolación. El calor le estaba reblandeciendo el cerebro.

Estirando los brazos por encima de la cabeza y gimiendo mientras se desperezaba y sus músculos cobraban vida, Holly permitió que su mirada se perdiera por la habitación. Había algunos trastos repartidos por el cuarto de invitados, pero cuando su mirada alcanzó el armario ubicado en un extremo, le llamó la atención en lo alto lo que parecía un papel doblado. Intrigada, buscó la banqueta del dormitorio de su tía y se subió para mirar mejor. El tiempo había arrugado las esquinas del papel, amarillento ahora, pero al desplegarlo se llevó una sorpresa que casi le hace caer de la banqueta.

«EL MAPA SECRETO DE JENNY Y SANDY» estaba escrito con boli rojo en la parte superior, y debajo había un mapa de Zakintos dibujado con torpeza. Quienquiera que lo hubiera hecho había marcado la línea garabateada de la

costa con un montón de tontas referencias, entre las que se incluían «campo que siempre huele a caca», «roca parecida a una cara de perro» y «camarero sexy». También aparecían algunos nombres de pueblos con boli negro, aunque era obvio que esto lo había hecho otra persona. Junto a un lugar llamado Porto Limnionas, alguien había dibujado un gran corazón. En el extremo septentrional del mapa había un lugar señalado sencillamente como «NUESTRA PLAYA SECRETA», con una gran estrella dibujada al lado que podría ser útil.

Holly bajó de la banqueta con el mapa en la mano y el corazón acelerado. ¿Había dejado su tía este mapa para que ella lo encontrara aquí? Tanto daba, pues lo que sí sabía era que quería visitar cada lugar marcado por Jenny y Sandra en él. Quería ir a todos estos sitios, quería nadar en el mismo mar, extender la toalla sobre la misma arena y contemplar las mismas vistas. Bajando a toda prisa las escaleras, cogió su guía y pasó las páginas hasta llegar al mapa, luego recorrió con el dedo el contorno de la isla, quedándose con los nombres que coincidían con los del dibujo.

Por lo que veía, la playa secreta de Sandra y su madre se encontraba cerca de un lugar llamado Korithi, desde luego muy distante de Lithakia. Supuso que, dado su limitado conocimiento local, tardaría horas en llegar hasta allí en moto. Aparte, ¿quién decía que fuera a ser capaz de encontrar esta playa al llegar?

Por un motivo que no sabía determinar, ese era el sitio que más deseaba ver de todo el mapa, pero sin duda necesitaría un coche para visitarlo. Mejor dicho, necesitaría que alguien la llevara en coche. Tal vez Annie pudiera. Decidió hacer una visita al bar más tarde y preguntar, pero por el momento era hora de desayunar mientras estudiaba mejor este nuevo tesoro.

Casi eran las diez de la mañana cuando por fin abrió la puerta trasera con una silla colgando con torpeza sobre un brazo y el plato del desayuno y el mapa en la otra mano. Las piedras del patio ya empezaban a calentarse bajo

sus pies y en la distancia alcanzaba a ver la luz del sol danzando alocadamente sobre la superficie del mar.

Colocando la silla para poder sentarse de espaldas a la casa, Holly se acomodó con el plato apoyado en su regazo y empezó a devorar las rodajas de tomate que acababa de cortar. El tomate aquí era mucho más dulce y jugoso, como si se tratara de alguna especie diferente de los terrosos frutos que compraba en el supermercado de Londres. Además había añadido una llovizna de miel, sazónándolo todo luego con pimienta negra. Si alguien la viera, pensaría probablemente que estaba loca, que aquello era un asco, pero le encantaba la manera en que la miel potenciaba la dulzura del rollizo fruto y la penetrante pimienta impedía que la combinación resultara excesiva.

Una vez acabó, dejó el plato en el suelo y retiró la tapa a su yogur. La ligera brisa de esta mañana le levantaba las puntas del cabello recién lavado y hacía susurrar levemente las hojas de los árboles. Perdida como estaba en sus pensamientos somnolientos, no oyó la puerta trasera de Aidan al abrirse, pero un instante después casi se encuentra derribada por algo muy peludo y muy baboso.

—¡*PHELAN!* He dicho ¡ALTO!

Aidan tardó apenas unos segundos en saltar sobre el pequeño seto para situarse junto a su vecina, pero no llegó a tiempo de salvar el yogur. *Phelan*, su setter irlandés, por lo visto sordo, ahora lo lamía feliz de la pierna de Holly sobre la que se había desparramado.

—Cuánto lo lamento —dijo el irlandés enganchando el collar de *Phelan* con el dedo y dando un resuelto tirón.

Holly, que en los últimos momentos había experimentado un aluvión de emociones que iban desde el tremendo susto hasta la diversión extrema, solo pudo mirar sus pantorrillas salpicadas de yogur y reírse.

—No pasa nada —consiguió decir finalmente—. Total, tampoco estaba tan bueno.

—Espera un momento, por favor.

Aidan se fue al galope hacia su casa, dejando a Holly llena de desconcierto mientras él desaparecía. *Phelan*, al encontrarse de nuevo suelto, se acercó poco a poco para atrapar el bote de yogur volcado, que sostuvo con esmero entre sus patas y empezó a lamer.

—Vaya, estás hecho un fenómeno —le dijo Holly.

Phelan dejó de lamer para dedicarle una húmeda sonrisa pringada de yogur, con la lengua colgando de su boca como la de un majara amistoso.

Holly ya había entrado en la cocina para limpiarse las pegajosas pantorrillas con la esponja para cuando regresó Aidan... y venía con un regalo.

—Es solo una naranja —dijo ofreciéndosela.

—Gracias. —Holly le miró de soslayo—. Pero ya sé lo que es una naranja.

—Listilla.

Aidan la observó entrecerrando los ojos. Hoy llevaba una camisa azul clara y pantalones cortos de un tono amarillo descolorido. Las pecas cubrían sus antebrazos y toda la nariz, y una de sus uñas del pie estaba negra.

—Ayer me comporté como una bruja, lo siento. —La propia Holly se asombró al oírse—. No tenía ningún derecho a echarte la bronca.

—Eres un poco quisquillosa, en eso te doy la razón —respondió él sonriendo—. ¿De ahí te viene ese nombre de arbusto espinoso, quizá?*

—¿Y ahora quién es el listillo?

Ambos volvieron la mirada hacia *Phelan* que, una vez devorado el yogur, daba vueltas tumbado de espaldas sobre el polvo.

—Es genial —sonrió Holly—. ¿Cuánto hace que lo tienes?

—Es un travieso de cuidado, pero adoro a este tocapelotas. —Aidan se puso en cuclillas para frotar la tripa expuesta del perro—. Hará un par de años lo encontré vagando por la calle, abajo en el pueblo. Estaba en un estado lamentable de verdad. Sucede mucho aquí, por desgracia. Los griegos tienen reparos a la hora de castrar a sus mascotas, y luego acaban con montones de cachorros que en realidad nadie quiere.

Holly miró al desgarrado perro, risueño y ridículo.

—Pues parece mucho más feliz que cualquier otro animal que haya visto antes... Debes de tratarlo bien.

—Nada de eso. Es un idiota efusivo.

—¿Así que ya llevas un tiempo viviendo aquí? —preguntó Holly.

Le costaba sostener su mirada. Había algo en cómo parecía introducirse en su cabeza que la ponía nerviosa. Aunque sonara irracional, Holly temía que Aidan leyera su mente si le miraba a los ojos. Se permitió por lo tanto descansar la vista en sus labios, que eran de un rosa claro, con un vago rastro de las pecas.

—Oh, hace unos cuantos años que voy y vengo —respondió, doblando su gastada chancleta—. Ya venía de adolescente. A mi madre siempre le ha encantado esto, así que cuando ella dejó la casa yo me la quedé.

—¿A dónde se fue? ¿Regresó a Irlanda? —preguntó Holly antes de apresurarse a añadir—: Perdón..., quiero decir, no es asunto mío.

—No te preocupes —la miró de soslayo—. Se mudó a Cefalonia. Es la isla más cercana.

Holly detectó algo frío en su tono, apenas un atisbo, pero no le dio la impresión de que fuera dirigido a ella. Estaba claro que el tema de su madre era un punto delicado para Aidan.

—¿Ya has conseguido ver algo de la isla? —preguntó él, cambiando diametralmente de tema.

Contenta de tener una pregunta fácil a la que responder, Holly le contó su excursión del día anterior a la playa de Kalamaki, y cómo hizo amistad con Nikos y se agenció un ciclomotor. Aidan se rio con su descripción de aquella destartada moto de Nikos que echaba humo negro y se aguantaba con trozos de cinta adhesiva.

—Suenan exacta a una que tenía yo —comentó sonriente por el recuerdo de alguna anécdota personal—. Mi madre odiaba que saliera con esa cosa, pero era la mejor manera de ligar con chicas en Laganas.

Holly hizo una mueca.

—¡Eh! No me mires así... No te llevó mucho subirte a la moto de ese tío, Nikos, ¿verdad?

Holly estaba a punto de replicar que ya tenía novio, que no le buscara ligues, gracias, pero algo la detuvo. Era consciente de la leve carga creciendo en el aire entre ellos y prefirió no continuar en esa dirección.

—Me encantaría ver algo más de la isla —dijo con timidez desplegando el mapa que había encontrado y tendiéndolo sobre sus piernas para que él pudiera verlo—. Aunque no estoy segura de poder llegar ni a la mitad de estos sitios con esa cosa que tengo aparcada fuera.

Aidan no disimuló su risa mientras leía alguna de las descripciones. Su sonido era cálido, grato... y muy contagioso.

—Oye —se detuvo durante un segundo—. Si puedes reservar pasado

mañana y los siguientes días, yo puedo ayudarte a encontrar estos lugares.

—Oh, no lo decía por eso. —Holly sintió vergüenza—. No querría acaparar tu tiempo libre.

—¡Tonterías! —Aidan alzó una mano pecosa—. ¡No se hable más! Insisto.

Holly no prestó atención a la versión en miniatura de sí misma que de golpe apareció en su hombro para hacerle un gesto admonitorio con el dedo. «No seas ridícula —susurraba—. ¿Y qué hay de Rupert? ¿Qué pensará él?»

—En tal caso, me encantaría —sonrió haciendo un metafórico gesto grosero con el dedo a su lado sensato.

—Apuesto a que soy mejor conductor que Nikos, eso desde luego —replicó Aidan, levantándose y chasqueando los dedos en dirección a *Phelan*.

El perro se sacudió ligeramente al oír el sonido. De hecho, ella creyó haberle oído suspirar. Pero al final *Phelan* se incorporó y se fue trotando, apoyando la cabeza con cariño en el muslo de su amo. Holly aún sujetaba la naranja que Aidan le había traído, y que le estaba señalando.

—No olvides comerla..., la he cultivado yo.

—Ah, entonces, ¿eres granjero? —preguntó a la espalda que se alejaba, clavando un pulgar en la reluciente piel de la fruta.

—No. —Aidan se detuvo en la esquina de su casa y le sonrió—. Soy veterinario. Nos vemos pasado mañana.

Holly se quedó sentada un buen rato en su silla al sol después de que se fuera, masticando gajos de naranja e intentando dar sentido a la peculiar sensación burbujeante en su estómago. Se sentía culpable, eso no iba a negarlo, pero además había algo más fuerte y atrayente tirando de sus entrañas. Rupert era su novio, la persona que amaba, el hombre con quien quería estar, pero Aidan era sencillamente... Tragó el último trozo de naranja mientras

buscaba la palabra. Era incorregible, eso era. A ella le gustaba el hecho de que le tomara el pelo y maldijera como un marinero, y que llevara ropas agujereadas. No fingía ser más que quien era, y por algún motivo eso hacía que ella se sintiera más a gusto consigo misma de lo habitual. Con Rupert, siempre esmeraba su comportamiento, aterrorizada por la posibilidad de que él la dejara si decía algo inconveniente o si reaccionaba de forma indebida. Con Aidan no se sentía así. Tal vez fuera la tranquilidad de saber que solo iba a pasar un par de semanas con él, y que Rupert esperaba pacientemente su regreso a Londres. Al final, lo que Aidan pensara de ella no importaba porque no iba a quedarse lo suficiente por aquí como para decepcionarle.

Hacia las tres de la tarde, Holly dejó de ordenar el dormitorio de su tía y salió a la búsqueda de Porto Koukla, la pequeña playa que le recomendó Nikos. Había dedicado buena parte de la mañana a empaquetar el resto de ropas de Sandra y a envolver en papel de periódico lo que parecían millares de adornos. Por lo que había descubierto, Sandra era una gran seguidora de la prensa local griega, pero también tenía querencia por ciertas publicaciones sensacionalistas británicas.

«¡LA ECONOMÍA GRIEGA POR LOS SUELOS!», proclamaba un titular especialmente histriónico. Holly le dio un vistazo al artículo antes de romper la página y envolver con ella un plato de porcelana con flores pintadas. Desde su llegada a la isla no había encontrado evidencias de dicha ruina económica. Tal vez fuera diferente en la Grecia continental, pero las personas que había conocido por ahora en la isla parecían bastante felices.

Por mucho que disfrutara de la vida en Londres, a Holly no le costaba imaginarse viviendo una existencia más sencilla. Aquí no veía a nadie obsesionado por lo que otros habían colgado en Facebook o por quién le jugaba una mala pasada a quién en *EastEnders*. Tampoco es que le importara demasiado todo eso, pero conocía a mucha gente que sí. Aliana, por ejemplo,

pasaba más tiempo en Facebook, Twiter, Vine, Snapchat, Tinder y Dios-sabe-qué-más, que trabajando; a Holly todo eso le parecía un disparate total. Su propio perfil *online* incluía apenas unas pocas fotos suyas con Rupert y detalles de su lugar de trabajo; no había nada sobre dónde había estudiado o cosas por el estilo.

Las pocas veces que había recibido un mensaje o petición de amistad de algún conocido de su época escolar, lo había borrado a la primera de cambio. Eran tiempos pasados, no tenía intención de remover esos recuerdos desgraciados ni permitir que nadie más lo hiciera. Por entonces era una persona muy diferente; una persona en la que ni siquiera le gustaba pensar. De hecho, le sorprendía bastante que a alguien de aquella época espantosa le diera por contactar con ella.

Pese a haber sido una niña de lo más sociable y simpática, su carácter se volvió cada vez más retraído a medida que su madre descendió por la pendiente del alcoholismo. Las niñas con las que se llevaba tan bien de pequeña dejaron de invitarla a sus casas para jugar después del colegio. Recordaba con claridad descorazonadora el día en que su mejor amiga, Daisy Davies, le dijo avergonzada que ya no podían ser amigas.

Estaban en la esquina del patio, no lejos de un grupo de chicos que jugaban al fútbol, y Daisy, con el pulgar metido con firmeza en un lado de la boca, le dijo a Holly:

—Mi madre dice que la tuya va sucia, y que es mala persona. Dice que igual me ensucio si soy amiga tuya.

Holly, que entonces acababa de cumplir nueve años, la miró boquiabierta y llena de horror. Sabía que pasaba algo raro con su madre. Por las tardes ya no hacía el recorrido de quince minutos entre su piso y la verja de la escuela, y no siempre preparaba cenas ricas como antes, pero no iba «sucia».

—Mi madre no va sucia —dijo entre dientes—. Seguramente tu madre se habrá confundido.

Daisy negó con la cabeza, con expresión triste. Llevaba una camiseta con un Oso Amoroso rosa delante, y hasta años más tarde Holly no captó la ironía de todo aquello.

—Me ha prohibido hablar contigo, y me dijo que regalará mi *Bambi* a alguien como se entere de que lo hago.

Bambi era la gatita parda que las dos niñas habían encontrado perdida en la calle al salir de casa de Daisy. La madre de su amiga miró con cara de asco al pobre animalito cuando ambas aparecieron con él en su cocina. Holly supo entonces que libraba una batalla perdida. Daisy estaba obsesionada con esa gatita. La dibujaba siempre en el dorso de sus manos cuando supuestamente practicaban sortilegios en clase de la señorita Paterson.

—De acuerdo —le dijo a su amiga—. *Bambi* te necesita. Estaré bien sola.

Y eso fue todo. Daisy se alejó arrastrando los pies para reunirse con el resto de niñas de su clase, y Holly no volvió a acercarse a ella. A partir de ese instante y hasta el momento en que terminó el colegio con dieciocho años, Holly estuvo siempre sola. Hacer amigos representaba tanto esfuerzo que no merecía la pena; sobre todo cuando la costumbre de su madre de tomarse algún que otro *gin-tonic* pasó a ser algo más peligroso. Nadie quería que le relacionaran con una borracha apestosa, ni siquiera la propia Holly. Pero, claro, ella no tenía elección.

—*Yassou, koukla!*

El alegre saludo de Kostas sacó de súbito a Holly de esa deriva desdichada por su pasado más sórdido.

—*Yassou*, Kostas —contestó saludando al pasar ante su tienda para seguir colina abajo.

Había pensado en coger la moto, pero hacía demasiado calor como para plantearse ponerse el casco. Y al final solo le llevó diez minutos andando hallar el lugar que buscaba, lo que incluyó también un encuentro con una cabra bastante tristoná.

A diferencia de las playas de Laganas y Kalamaki, la costa en Porto Koukla era estrecha, con tan solo tres metros más o menos de arena entre los escalones del rústico bar playero y el agua. Hacía más brisa que la otra mañana. Holly podía oír las sacudidas de la bandera griega en lo alto del mástil al lado de la playa mientras estiraba la toalla y se quitaba el vestido púrpura de tirantes.

Había mucha menos gente aquí que en los complejos turísticos más concurridos de Laganas y Kalamaki. Holly notó cómo se desvanecían los restos de tensión mientras adoptaba una postura cómoda y abría el libro. Pasar tanto tiempo en el interior de la casa le había dejado con los nervios a flor de piel; continuaba con la sensación de que allí la observaban. Por lo tanto, estaba decidida a vivir una experiencia de puro escapismo durante las próximas horas.

Justo había leído la primera frase del segundo capítulo cuando una sombra oscureció la página.

—¿Holly?

Annie, la dueña del bar al pie de la colina, se encontraba ahora parada a su lado. Holly observó durante unos segundos el desconchado esmalte rosa de los dedos de sus pies y respiró hondo antes de cerrar el libro.

—¿Cómo estás, Annie?

—Ooohh, de perlas, encanto. Una tarde preciosa, ¿verdad? ¿Te importa si pongo aquí la toalla?

Estaba indicando el hueco vacío en la arena justo a su lado.

—Por supuesto que no me importa.

Holly sonrió mientras la mujer se despojaba de la vestimenta ligera que llevaba puesta y dejaba al descubierto un bikini negro de aspecto bastante gastado, que le recubría un trasero y unos pechos también estropeados. Tenía la piel tan morena que parecía tratada con tinte para madera.

—Y bien —se volvió para mirar a Holly—, ¿ya has coincidido con Aidan?

Estaba claro que no solo los griegos iban al grano en esta zona.

—Sí, y es muy majo.

Holly consideró contarle lo del incidente del baño, pero luego se lo pensó mejor.

—Y también es guapo, ¿no te parece? —se rio Annie socarrona.

La mujer había comprado una botella grande de agua en el bar y se la ofreció a Holly.

—No, gracias, estoy bien.

—Entonces, qué me dices, ¿no has encontrado guapetón a Aidan?

Estaba claro que Annie no iba a dejar pasar el tema. Holly se permitió visualizar por un segundo a su desaliñado vecino irlandés, deteniendo la mente en sus amplios antebrazos llenos de pecas, el despeinado cabello oscuro y la medio sonrisa levemente burlona.

—Es bastante atractivo —admitió—. No es que sea mi tipo, en realidad, pero, sí, le veo el encanto.

—Alto, moreno y guapo, sin duda es el tipo de todas —replicó la tabernera con una risita. Luego hizo una mueca cuando Holly sacudió la cabeza—. Bien, cada una tiene sus gustos, supongo. Pero te digo una cosa, si

estuviera viviendo en la casa de al lado, seguramente para ahora estaría hecha toda una mirona.

—¡Annie!

Ahora era Holly la que se reía. Nunca había conocido a alguien que disimulara tan poco sus perversiones. Bien, al menos no en versión femenina.

Annie se limitó a responder con una risa socarrona, retirando el tapón de la botella y dando otro buen trago.

—Caramba, sí que hace calor hoy.

Holly se estiró para alcanzar la loción solar y echó un chorrito para extenderla sobre su estómago.

—Qué suerte tienes —le dijo Annie—. Con tu piel aceitunada apuesto a que no te quemas nunca.

Holly bajó la vista a su cuerpo, que estaba cogiendo color a buen ritmo, y encogió los hombros.

—En realidad nunca había pensado en ello —admitió—. No estoy segura siquiera de dónde me viene ese tipo de piel..., mi madre tenía el típico cutis de porcelana de las inglesas.

—Sandra también —le informó Annie—. No era demasiado entusiasta de la playa, la verdad. Yo siempre le decía, «Sandy, ¿por qué has elegido para vivir un lugar que te supone ir escabulléndote de un trozo de sombra a otro todo el verano?»

—¿Y qué contestaba?

Holly estaba intrigada de veras.

—Siempre decía lo mismo: que aquí estaba su hogar y que siempre lo estaría. A sus padres también les encantaba esto, por supuesto..., pero

supongo que ya lo sabes.

La chica se mordió el labio. Jenny le había hablado bastante de sus padres —los abuelos de Holly— antes de empezar a beber a diario. Estaba muy unida especialmente a su madre, le había contado, y sus ojos siempre se empañaban al pensar en ella. Murió en un accidente cuando Jenny apenas tenía diecinueve años y le dejó la casa, pero Holly nunca llegó a ver ese lugar. Por lo visto, Jenny vendió al final la casa para poner en marcha un nuevo negocio con una amiga, pero la cosa fue mal y lo había perdido todo. Su familia estaba maldita.

Al dirigir una mirada a Annie, advirtió la tristeza en sus ojos.

—¿La echas de menos? —preguntó Holly—. A Sandra, quiero decir.

—Y tanto que sí. —Annie inspiró intentando contener las lágrimas—. Era un encanto de mujer, como ya sabes.

—Bien, yo... —Holly se detuvo al recordar que había mentido la primera noche dando a entender que conocía muy bien a su tía—, no coincidí con ella demasiadas veces —concluyó de manera poco convincente.

—Ella y Aidan eran buenos amigos —continuó la mujer. Su tono se animó bastante al volver a su tema favorito—. Solían venir al bar algunas noches a tomarse unos whiskis. No te lo voy a ocultar, creo que Sandy bebía un poco los vientos por él.

—¿Perdón?

A Holly le costaba encontrar la respuesta conveniente, pero en su fuero interno resonaba un «¡Mira quién fue a hablar!»

—Oh, sí, resultaba muy tierno, la verdad. Incluso le tejió un jersey unas navidades. Tenía una tortuga en la pechera y él se lo puso casi a diario aquel invierno.

Holly no pudo contener la sonrisa al visualizar la vívida imagen que eso

evocaba.

—Él la ayudó mucho cuando la enfermedad empeoró, ya sabes, encontró un nuevo hogar para *Caretta*...

—¿*Caretta*? —preguntó Holly.

—El gato. ¿No lo conociste? Todo un personaje: vaya gigante, casi tan enorme como una tortuga de mar.

—¿Qué ha sido de él?

—Aidan le encontró un nuevo hogar al otro lado de la isla después de que falleciera Sandy —respondió—. Él quería quedárselo, pero *Caretta* no se tomó bien lo de tener un perro olisqueándole el trasero a diario.

Pese al sol abrasador y la animada música griega que llegaba desde el bar, Holly sintió un repentino escalofrío.

—¿Fue muy duro al final? —se obligó a preguntar.

Annie consideró la pregunta un momento, luego respondió fijando la vista en el horizonte:

—Sandra fue muy valiente —dijo finalmente—. El cáncer es una enfermedad malvada, eso te lo puedo decir..., pero ella mostró una actitud positiva.

Holly sintió una abrumadora punzada de tristeza por su tía, que tanto había sufrido, eso estaba claro. Al menos su madre murió sin enterarse de nada; la única persona que sufrió por esa muerte fue ella.

—Ojalá la hubiera conocido mejor —dijo Holly entonces, de corazón.

—¿Te gustaría que te contara historias de Sandra? —Annie se volvió hacia ella con una sonrisa—. Era muy divertida, tu tía, cuando se animaba con un par de copas.

—Eso me encantaría —respondió Holly con sonrisa radiante.

Annie aplaudió llena de regocijo, contenta de que le dieran permiso para cotorrear sin interrupciones.

—Te propongo una cosa, encanto..., tú te acercas al bar y traes un par de cervezas frías y yo te cuento todas las historias que recuerde.

No había que decir más. Holly ya estaba en pie.

Tres cervezas y dos horas más tarde, había decidido que su tía Sandra le habría caído muy bien. Annie no tenía idea de la cantidad de lagunas que estaban llenando sus anécdotas. Holly estaba disfrutando una barbaridad con todas. Descubrió que Sandra pasaba buena parte del año creando trajes tradicionales para el carnaval anual de la isla, que tenía lugar durante dos semanas a finales de febrero y principios de marzo.

—Si alguien quería que le hicieran algún traje, siempre recurría a Sandy —le contó Annie mientras bebían—. Hacía cientos de disfraces con esa pequeña máquina de coser suya. Trabajaba hasta que le salían ampollas, pero nunca protestaba.

—A mí también me gusta hacer ropa —admitió Holly, cuando la cerveza le soltó la lengua.

—Vaya, qué estupendo. —Annie le sonrió de soslayo—. Seguro que lo has sacado de ella..., al fin y al cabo tu madre era su hermana gemela.

¿Hermana gemela? Holly casi escupe sobre la arena la cerveza que tenía en la boca. No tenía idea de que su madre tuviera una hermana gemela. ¿Cómo era posible? ¿Y por qué iba a permitir Jenny que su propia hermana gemela se convirtiera en una perfecta desconocida? ¿Por qué iba a excluir a Sandra de sus vidas durante tanto tiempo?

—¿Aún ves a tu padre?

La pregunta de Annie irrumpió en los pensamientos acelerados de Holly como un mazo machacando un lago helado.

—Oh, no, él..., bien... —farfulló, pillada con la guardia baja.

Había crecido pensando que su padre era un guerrillero al que su madre conoció mientras recorría mundo. Según Jenny, era una especie de renegado y había acabado en una cárcel extranjera; este era el motivo de que no viniera a visitarla. Había oído la historia tantas veces a lo largo de los años que nunca se le había ocurrido cuestionarla. Para ser sincera, ella nunca había ansiado tener un padre. Jenny había sido una madre maravillosa hasta que empezó a beber, y Holly creía que las dos siempre habían formado un buen equipo.

—Aún veo a mi padrastro de vez en cuando —continuó diciendo, dando con una mentira piadosa—. Se llama Simon. Mi madre lo plantó cuando yo tenía unos ocho años, pero aún viene a verme de vez en cuando.

Annie ahora la miraba de un modo un poco raro. Parecía estar a punto de decir algo, pero se contuvo.

—Ahora vive en Canadá —siguió Holly—. Nos vamos escribiendo.

Simon había regresado al Reino Unido al enterarse de la muerte de Jenny; ellos dos habían sido las únicas personas en el crematorio el día de su triste y solitario funeral. Holly no había sabido contactar con ningún otro miembro de la familia, porque Jenny siempre había dicho que solo quedaba ella. Simon tampoco sabía de nadie más. Durante la lectura de un breve parlamento, él había intentado estirar el brazo torpemente para cogerle la mano, con las gafas colgándole del extremo de la delgada nariz y el pelo ondulado en torno a las orejas.

Lo que más quería Holly era arrojarse sobre el suelo de laminado barato y ponerse a berrear a los pies de Simon, pero estaba paralizada. El hombre se quedó una semana en Londres para ver si ella se relajaba, pero al final tuvo

que coger un vuelo de regreso y seguir con su vida, con su nueva familia. Ella no se lo recriminó en ningún momento, pero le echaba de menos. Se preguntaba ahora si alguna vez había sabido Simon de la existencia de Sandra, y en tal caso, por qué se lo había ocultado.

La sacó de estos pensamientos la cháchara de Annie, ajena al efecto que estaban teniendo sus palabras. Además de ser la costurera de la isla, parecía que Sandra había colaborado como voluntaria en la clínica veterinaria local —la clínica de Aidan— convirtiéndose en madre adoptiva de innumerables perros y gatos mientras les buscaban nuevos amos. Según dijo, *Caretta* era un gato callejero, pero por algún motivo Sandra le tomó más cariño a este enorme animal negro y blanco que a cualquier otro.

—La seguía colina arriba y abajo, como un perro —recordó Annie—. A veces, cuando ella se sentaba en una de mis mesas para contemplar la puesta de sol, ya sabes, el gato se acomodaba en su hombro.

No era de extrañar que Sandra y Aidan fueran tan buenos amigos, pensó Holly. Sonaba como si su tía hubiera sido una genuina Madre Teresa en lo referente a los animales.

Con tres cervezas vacías acomodadas en la arena junto a sus pies descalzos, Holly cobró valor para hacer la pregunta que llevaba deseando hacer toda la tarde.

—¿Coincidiste con mi madre alguna vez?

Annie pareció sorprendida.

—Oh, no, no llegué a la isla hasta el noventa y dos. —Debió de ver la sombra de decepción en el rostro de Holly porque se apresuró a añadir—: Pero he oído algunas historias sobre las andanzas de las dos hermanas.

—¿Oh?

Holly se esforzó por mostrarse indiferente.

—Vaya par de juerguistas eran las dos, por lo que he oído, bañándose en cueros en Porto Limnionas y quedándose luego a beber toda la noche en el pueblo. Sin padres para vigilarlas, supongo, disfrutaban de unos meses a lo loco.

Holly sonrió imaginándose a su madre feliz y libre. Al final de su vida se había vuelto tan gris e inactiva como un ave enjaulada, atrapada tras los barrotes de su propio hábito destructivo. Pero, claro, la culpa era suya, se decía Holly con severidad. En realidad, Jenny Wright solo podía culparse a sí misma de lo que le había sucedido.

—Así que, ¿a ti también te va la marcha, como a tu madre? —insistió Annie.

Holly consideró la pregunta e hizo memoria, recordando su pasado. Sin duda se había desmadrado después de la muerte de su madre, durante un tiempo se dedicó a salir sola hasta última hora por bares y clubs. Cualquier cosa con tal de evitar volver a casa, al lugar donde había sucedido todo. Fueron unos meses con la única misión de no pensar en nada, ni en su madre ni en su futuro ni desde luego en sí misma. Se había dicho que tenía derecho a todas las copas y a todos los hombres... Se lo merecía tras años de penurias cuidando a su madre, pero por supuesto solo sirvió para que se sintiera más vacía al final. No era una época de la que estuviera orgullosa, y no tenía intención de contar a Annie nada de todo eso.

—Nunca he hecho demasiadas locuras —respondió con un guiño discreto—. Me temo que a estas alturas me he vuelto aburrida y sensata.

Las dos miraron la pila de botellas vacías a sus pies y soltaron unas risitas.

—¡Bueno, bueno! —Holly alzó las manos—. Igual todavía me descontrolo

un poco de vez en cuando.

Las dos siguieron ahí sentadas hasta que el sol empezó a descender sobre el mar y las sombras se alargaron sobre la arena. Finalmente Holly comenzaba a creer que podía formarse una idea de quién había sido su tía, pero por otro lado la habían asaltado otras muchas preguntas: ¿por qué Jenny y Sandra se habían enemistado de tal modo? ¿Por qué se había ido de Zakintos su madre si aquí era tan feliz? ¿Y por qué Sandra esperó a que fuera demasiado tarde para ponerse en contacto?

Y para ser sincera consigo misma, mientras iniciaba la ascensión de regreso por la colina, Holly comprendió también que por primera vez estaba cuestionando muy seriamente la identidad de su padre.

Jueves, 22 de septiembre de 1987

¡Sandy!

Vaya sorpresa, ¿eh? El otro día vi esto en la tienda de Kostas y me hizo reír tanto que tuve que comprarlo. ¡Pero luego recordé que no tenía a quien mandárselo! ¡Qué idiota! Me encantaba escribirte postales cuando estaba de viaje, así que he pensado, ¿por qué no? Holly te ha dibujado una tortuga también. Bueno, me dijo que era una tortuga, aunque más bien parece un garabato verde. Aún me hace gracia que «tortuga» fuera su primera palabra, pero, claro, nunca deja esa tortuguita de cristal, ¿verdad? Oh, Dios, cuánto la quiero. Os quiero muchísimo. Me alegra muchísimo que estableciéramos nuestro hogar en Zakintos. Y ahora, vete preparando el té, por favor.

Un beso

Peluche Mami xxx

* *Holly*: acebo en inglés (*N. de la T.*)

Abrió la maleta y removió entre el revoltijo de prendas hasta dar con las tiras de la mochila de su madre. Esta mochila, junto con la pequeña maqueta de la casa y una foto arrugada de la boda de sus padres, los abuelos de Holly, era la única posesión personal que había dejado Jenny Wright al morir. Justo en el último minuto, Holly la había metido en la maleta, y aunque ahora no recordaba exactamente por qué, ahí estaba; la gastada lona amarilla con escudos cosidos en la parte delantera. Dio un respingo al reparar en que uno de ellos era una bandera griega.

Tras perder a sus padres, Jenny había recorrido el mundo entero, según le había contado, por lo tanto su hija siempre había sabido cuánto significaba para su madre esta mochila y su contenido. En el interior había un mapamundi enrollado, con agujeros en los puntos donde la joven Jenny había clavado chinchetas. En una ocasión, sentada en el sofá con Holly a su lado, su madre volvió sobre sus pasos indicando con el dedo en el mapa, enseñando a Holly los nombres de todos los lugares que había visitado: China, Sri Lanka, Tailandia, Indonesia, Bali..., la lista parecía interminable. Acomodada en el cojín contiguo, su hijita, inocente y boquiabierta, le rogó con fervor que volvieran las dos juntas a todos estos lugares. Por entonces los ojos azules de Jenny aún no habían perdido el brillo, y en aquel momento sonrieron a Holly con la promesa de que, sí, por supuesto, las dos juntas se irían a la aventura.

Era la mañana siguiente a la charla con Annie en la playa, y Holly se dispuso a releer la carta de Sandra por vigésima vez como mínimo:

...me avergüenza decir que una combinación de cobardía y esperanza me impidió averiguar la verdad hasta hace bien poco. Confiaba en que el motivo fuera, sencillamente, que se hubiera olvidado de mí o se hubiera hartado de mí, tal vez. Era lo que me merecía, al fin y al cabo.

¿Por qué? ¿Por qué era lo que se merecía?

...Sé que tendrás muchas preguntas. Preguntas sobre mí, sobre tu madre, sobre el motivo de que no te viera crecer; pero me temo que no me queda tiempo para responder a todas esas cuestiones. Confío en que si vienes a Zakintos, a la casa donde empezó todo, descubras parte de la verdad en los restos que he dejado atrás.

Pero, ¿dónde? ¿Dónde estaba esa verdad? ¿Dónde estaban las respuestas? Holly había revisado todos los cajones del dormitorio de Sandra, había abierto todos los armarios de la casa, pero la búsqueda fue infructuosa.

Sentada ahora sobre el duro suelo de baldosas con la espalda apoyada en la cama y el mapamundi de Jenny desplegado sobre las rodillas desnudas, recorrió Europa con el dedo. Descendió hacia el sur hasta encontrar con el extremo de la uña el agujero correspondiente a la marca de Zakintos. Seguramente podría viajar a todos los lugares con agujeritos de este mapa y aun así no encontraría respuesta alguna; la respuesta estaba aquí, en esta isla, sabía que aquí esperaba la verdad. Y no quería tardar ni un día más en encontrarla.

¿Cuál era el nombre del lugar mencionado ayer por Annie, donde iban a bañarse en cueros su madre y Sandra? ¿Porto no-sé-qué? Enrolló el mapa para volver a guardarlo con cuidado dentro de la vieja mochila y bajó a la planta baja para sacar el mapa dibujado a mano. Estaba debajo de una pila de retales descartados sobre la mesa de la cocina, y al desplegarlo repasó los nombres garabateados a lo largo de la costa: Porto Koukla, Porto Roxi, Porto Limnionas.... ¡Ahí estaba! Justo era el lugar donde una de las hermanas se había esmerado en dibujar un gran corazón, así que debía de ser importante.

Abrió su guía para comparar ambos mapas. No era una experta en

interpretación cartográfica, pero Porto Limnionas no parecía estar demasiado distante, tal vez unos pocos kilómetros más lejos que Kalamaki, pero en el lado suroeste de la isla en vez del sureste. Según informaba el libro, solo había que seguir las indicaciones en dirección norte hasta llegar a un lugar llamado Kiliomenos; una vez allí, aparecería el letrero de Limnionas. No parecía complicado.

Animada por su plan y con ganas de que le diera un poco el sol, metió lo más básico en su bolsa, se apuntó con boli en la mano los nombres de los lugares y cogió de detrás del sofá el casco de la moto. Si su madre podía salir a la aventura por ahí, quién decía que ella no fuera a hacerlo, qué caray.

Porto Limnionas resultó ser una ensenada natural ubicada al pie de una larguísima carretera de asfalto. La cala en sí no era visible hasta que te situabas justo encima del acantilado y te asomabas. Por lo tanto, Holly tuvo que fiarse de su instinto mientras circulaba despacio tomando giros y curvas. Según su guía, durante muchos años fue un lugar secreto, desconocido por los turistas, y como tal se había mantenido virgen en gran medida. La belleza escarpada y salvaje del paisaje y del mar a sus pies se conservaba exactamente como la naturaleza la había concebido.

En lo alto del acantilado, con vistas al mar y a las rocas planas y pulidas allí abajo, había una taberna con muros encalados y techumbre de desgastadas tejas doradas. Cuando aparcó con cierta inestabilidad ante la construcción y se quitó el casco y las gafas de sol, vio algunas mesas exteriores ocupadas y a los camareros que entraban y salían como flechas del edificio principal. Las piedras que pisaba eran de un blanco inmaculado, aclarado por el sol. Se oía el concierto de los grillos instalados en los árboles circundantes.

Pasó de largo junto a la entrada de la taberna y al asomarse al borde del acantilado soltó un jadeo. Por debajo de Holly se extendía una cala en forma de bota con rocas a ambos lados y el agua de color turquesa más intenso que

jamás había visto. Incluso desde esta altura apreciaba su belleza transparente. Había retazos más oscuros donde el agua se hacía profunda. Precisamente sobre estas pozas color azul de Prusia saltaba por turnos un grupo de chicos griegos, desde el lado más cercano al acantilado.

Aunque su cabeza le rogaba que entrara un momento en la taberna para calmar la sed acumulada tras cuarenta y cinco minutos en moto, el corazón no le permitía resistirse al mar. Pasándose la bolsa por el hombro, inició el descenso por el empinado camino pedregoso hasta alcanzar unos peldaños rudimentarios tallados en el risco. Se alegró de calzar deportivas en vez de chancletas, porque a cada paso un nuevo montón de piedritas se precipitaba por delante de ella. Costaba concentrarse en los pies con tanta belleza que asimilar a su alrededor, de modo que Holly se tomó su tiempo para llegar hasta la playa.

El sol había alcanzado su punto más alto y la mayoría de visitantes se encaminaban hacia la taberna para comer algo a la sombra. Alegrándose de la calma relativa, a excepción de algún que otro chillido procedente del grupo de saltadores del risco, no tardó nada en quitarse la ropa y estirarse en bikini sobre una roca plana. En pocos días su piel había cogido un tono moreno que Holly jamás había concebido. Se preguntó despreocupadamente qué pensaría Rupert de su bronceado, luego pensó en Aidan y su piel pecosa, un poco quemada por el sol con un tono rosado.

Intentó imaginarse a su madre aquí, desnuda y riéndose mientras saltaba al mar. ¿Con quién se bañaban en pelotas ella y Sandra? ¿O simplemente se habían retado a desnudarse la una a la otra? Holly sintió una punzada de celos al visualizar la escena..., ella no había tenido hermanos ni hermanas, por supuesto, casi ni siquiera algo parecido a una buena amiga. Pero si hubiera tenido hermanos, no habría sido tan desconsiderada con ellos como su madre y su tía. ¿Cómo dos hermanas gemelas podían llegar a distanciarse tanto?

De camino hacia aquí, en realidad no había pensado en lo que descubriría cuando llegara a la cala, distraída por todo lo que veía conduciendo la moto. Cabras en los campos, hectáreas de bosque y pueblos que parecían surgir de la nada y desaparecer en el paisaje tan rápido como los pasaba. Pero había confiado en sentir algo al llegar: un vínculo más estrecho con su madre, tal vez. Aunque Holly se resistía a admitirlo, sobre todo a sí misma, todavía conservaba un odio profundamente arraigado hacia su madre. Los dos adultos con quienes había hablado de esta cuestión —concretamente Simon y una orientadora para sobrellevar el duelo, que irónicamente se llamaba Joy**— la habían instado a dejar atrás todos esos sentimientos. Aunque había asentido y sonreído diciendo que eso haría, nunca había superado ese resentimiento.

—*Yassou!*

Un joven camarero le plantó un menú en la mesa, y Holly alzó la vista para sonreírle. Se había quedado nadando en la espléndida agua fresca hasta que vio que la taberna se iba vaciando, y entonces emprendió el regreso por los escalones de piedra, resultando mucho más sencillo que el recorrido descendente.

Dedicó un rápido repaso a la lista, aunque ya sabía qué quería: agua, café *frappé* y ensalada griega. Estuvo tentada de romper lo que había devenido una seria adicción al tomate y el queso feta, pues el menú incluía unos cuantos platos apetecibles: sardinas frescas a la parrilla, pulpo en vinagreta, salchichas del pueblo y sustanciosas albóndigas, pero se resistió por el momento. Habría tiempo para probar todas esas cosas en los próximos diez días. Mientras sorbía el frío y dulce café esperando a que llegara la comida, Holly apartó los ojos de la fascinante vista y observó el interior del restaurante que bullía de actividad.

Por lo que parecía, en Zakintos era bastante común que una mujer anciana se ocupara de la caja registradora, aunque Holly también advirtió que todas

las personas que servían comida y bebida aquí eran varones. Había niños griegos de varias edades correteando de un lado a otro y metiéndose bajo los pies de los camareros, aunque en general estos se reían y fingían reprenderles.

Una niña de unos cinco años, con el pelo oscuro recogido en dos trenzas y un rasguño en la rodilla, estaba sentada en una de las mesas comiendo un enorme helado de chocolate, con adorable expresión en el rostro de absoluta concentración. Holly sonrió. Mientras observaba, un griego con una barba muy pulcra y camisa gris se acercó a la niñita y le pasó la servilleta bajo la barbilla. Holly alcanzó a oírle mascullar lo que parecían palabras cariñosas. Cuando el hombre se volvió para regresar a la cocina, se fijó en que Holly les miraba y ella se apresuró a apartar la vista, avergonzada de que la hubieran pillado embobada. Al volver a mirar con disimulo, el hombre aún la observaba..., de hecho, parecía incapaz de apartar la mirada.

Pero qué descaro, ¿no?, se dijo con una risita, estirándose la camiseta para tapar la parte superior del bikini. Luego volvió la cabeza para contemplar de nuevo el mar. Una amplia galería rodeaba el exterior del restaurante con más mesas, con sus cuatro sillas de mimbre y un pequeño jarrón con flores silvestres. Del extremo del tejado colgaban buganvillas vibrantes, cuyos pétalos rosados creaban un contraste delicioso con el blanco de las paredes encaladas y con el mar zafiro veteado por la luz. Los oídos de Holly, acostumbrados a la sinfonía de grillos, ahora podían oír el débil sonido de las olas alcanzando las rocas.

Cuando llegó la ensalada griega, continuó contemplando la vista, dejando que sus sentidos saborearan también el momento mientras comía.

—*Yassou.*

La niña griega del helado se había acercado andando hasta la mesa de Holly, a quien ahora observaba con timidez mientras sujetaba una cañita de plástico rosa en la mano. Una de sus trenzas empezaba a soltarse.

—*Yassou*.

El limitado vocabulario griego de Holly no le permitía decir mucho más, así que las dos se limitaron a sonreírse en un silencio cordial durante unos minutos.

—¿Inglaterra? —preguntó la niña al final.

Apenas era un susurro.

—¡Sí! —Holly le sonrió radiante—. Me llamo Holly.

Mientras respondía se señalaba a sí misma con un gesto, sintiéndose un poco ridícula.

—Holly —repitió la niña frunciendo el ceño unos segundos, mascando el extremo de su caña, antes de tocarse el pecho y susurrar—: Maria.

—Maria es un nombre precioso —le dijo Holly, confiando en que al menos entendiera el sentimiento de lo que decía.

La niña se avergonzó un poco, todavía mirándola, luego dejó la caña mordisqueada en la mesa y se largó en dirección a la cocina.

Holly la miró unos segundos y luego procedió a clavar el tenedor en la cebolla roja. Qué lugar tan maravilloso para crecer, pensó, observando al resto de niños bulliciosos que iban de un lado a otro brincando contentos. A menudo sentía lástima por los críos de aspecto taciturno que veía andando penosamente por Londres, donde los peligros desconocidos de la ciudad garantizaban que nunca se alejaran de sus padres más allá de unos metros, pues no se lo permitían. Aquí los niños debían de disfrutar de más libertad y pasarían mucho rato al aire libre, en vez de meterse en bloques de muchas plantas o en aquellos locales de mala muerte para hacer alguna actividad extraescolar.

Holly no tenía demasiado contacto con niños en Londres, ninguno de los

amigos de Rupert tenía críos de momento, y aparte del caso excepcional en que alguien del trabajo trajera a su nuevo bebé de visita, rara vez coincidía con los pequeños. No le desagradaban, no se trataba de eso —la verdad, los encontraba adorables—, pero nunca había deseado tener hijos. Se preguntaba ahora si Rupert habría pensado o no en que tuvieran un niño. Nunca lo habían comentado, y gracias al cielo tampoco ninguno de sus amigos lo había mencionado aún. Les divertía demasiado salir casi cada noche y seguir con su vida social como para pensar en críos.

Después de lo que le había sucedido a su madre, Holly siempre había considerado una mala idea tener hijos. ¿Fue tal vez la tensión de tener a Holly lo que la empujó a beber? En aquellos últimos meses oscuros repetía muchas veces a su hija que se detestaba a sí misma, que era una mala madre, que les había fallado a ambas. Por ningún motivo Holly se arriesgaría a que eso le pasara a otra criatura.

Sabía que su madre se había quedado embarazada de ella con veinte años, una edad ridícula para las pautas actuales. Holly estaba a punto de cumplir treinta y aún no se sentía adulta, tal vez porque se había visto obligada a cuidar de sí misma desde una edad temprana. Ahora que por fin había encontrado cierta estabilidad, por fin empezaba a disfrutar de la vida.

«Pero, ¿de verdad eres feliz? —susurró una vocecita—. ¿De verdad tu vida en Londres con Rupert es lo que quieres?» Por algún motivo, en cuanto pensaba en Rupert, Aidan irrumpía en su cabeza. Aidan, con sus ropas desastradas, el pelo revuelto y el cantarín acento irlandés. Holly se preguntó qué hacía él aquí. ¿Por qué había elegido Zakintos como hogar? Había mencionado que su madre había residido aquí, pero debía de haber un motivo más profundo. Ella juró descubrir la razón durante la excursión del día siguiente.

La idea de pasar mañana tanto tiempo con él empezaba a ponerla nerviosa,

pero al mismo tiempo era una sensación agradable. La vida en común de ella y Rupert estaba plagada de rutinas. Holly incluso había acabado apreciando lo predecible que era su relación. Sin embargo, la situación actual le recordaba a esa agitación de la primera vez que conoces a alguien, la incertidumbre y excitación que te desborda cuando sabes que habéis quedado para veros. Había algo en Aidan que la llenaba de ilusión; pero tenía más que ver con quién era ella cuando le tenía cerca que con él mismo. Cuando estaba con Aidan sentía que tenía que ser ella misma, nada más, y hacía mucho tiempo que no permitía que esa faceta suya se impusiera a la cauta, más reservada, Holly Wright.

Un camarero pasó volando y se llevó el plato vacío. Tras levantarse de la mesa, de camino a la caja para pagar la cuenta, Holly abrió la nevera y cogió un helado de chocolate. La pequeña Maria no iba a ser la única chica golosa en este sitio. Retirando el envoltorio salió de nuevo al sol para dirigirse otra vez hacia los peldaños que descendían hasta el mar. Estaba en el paraíso, así de claro. Tenía que haber sido muy grave aquello que llevó a su madre a dejar atrás este lugar, fuera lo que fuese.

** Joy, dicha en inglés (*N. de la T.*)

12

Elegir qué iba ponerse el primer día que salía con Aidan estaba resultando mucho más difícil de lo deseable, decidió Holly arrojando un vestido por la habitación, llena de frustración.

Además, su vecino la había sacado de quicio al no concretar una hora para empezar la excursión, con lo cual ella ignoraba si quizás estaba a punto de llamar a su puerta y la encontraba sin haber decidido qué ponerse.

Eran las siete y media de la mañana y el sol aún estaba bajo. Una agradable luz matinal se abría paso lentamente sobre el suelo embaldosado. Holly se obligó a respirar hondo tres veces mientras observaba la claridad. Durante las sesiones con Joy, la orientadora, había aprendido los beneficios de una respiración lenta y acompasada. Por lo visto, la mayoría de seres humanos nunca respira correctamente, limitándose a tomar aire solo hasta la altura de los hombros antes de exhalar, cuando en realidad se supone que tienes que introducir el aire hasta el estómago. Todo eso molaba mucho, estaba muy bien, había comentado con brusquedad en su momento una malhumorada y desconsolada Holly, pero ¿quién tenía tiempo para tales cosas?

Recordó la primera cita con Rupert meses atrás, lo nerviosa que estaba y cuántos vestidos, pantalones, blusas, faldas y diferentes conjuntos de ropa interior se había probado durante los preparativos. Por supuesto, al final importó poco lo que vistiera, porque lo primero que hizo él fue llevarla a comprar un vestido nuevo, que luego insistió en que se pusiera de inmediato. Qué perfecto fue ese día...

Un poco más animada al recordar que ya había un hombre encantador en su

vida y que no debería importarle mucho este recién conocido, escogió los vaqueros cortados y metió por entre las presillas del cinturón una de las viejas pañoletas estampadas de su tía. Luego sacó una sencilla camiseta blanca de la pila colocada sobre la cama y se la puso sobre el bikini. Tendría que servir, se dijo obstinada. No se trataba de intentar impresionar a Aidan ni nada por el estilo.

Unos ladridos precedieron a unos golpes en la puerta de entrada.

—¿Lista para salir a explorar? —preguntó Aidan cuando ella abrió.

Su vecino lucía hoy pantalones cortos negros, alpargatas deshilachadas, una camiseta azul marino y una sonrisa casi tan amplia como la de *Phelan*, que jadeaba sentado a sus pies.

—Claro —contestó dedicándole una tímida sonrisa—. Cojo mi bolsa y ya estoy.

Aidan atisbó desde el umbral mientras ella recogía sus cosas de la mesa. Alejada de su ordenada vida londinense, Holly había retomado sus antiguas costumbres descuidadas. Había pedazos de tela desgarrada tirados por el suelo.

—Has estado ocupada, ¿eh?

Aidan sostenía los restos de un pareo especialmente chillón.

Holly se puso más colorada que el rojo de los jirones que él tenía en la mano.

—Me gusta coser —le dijo, preguntándose por qué de pronto empezaba a hablar como una tarada con dificultades para expresarse.

—Qué bien —comentó él volviendo a dejar la tela en el suelo.

Phelan había estado olisqueando bajo la mesa y ahora mascaba con alegría el refuerzo de la copa de un sujetador color carne de gran tamaño.

—¡*Phelan!* ¡Tíralo! ¡Déjalo!

—Oh, no te preocupes —ahora Holly se desternillaba de risa—. No es mío.

Los ojos de Aidan saltaron directamente a su pecho, mucho menos exuberante, y ella cruzó los brazos con timidez. ¿Se lo imaginaba o era él quien se sonrojaba ahora?

—Me gusta lo que has hecho en la casa —le dijo indicando el nuevo mantel.

Holly lo había confeccionado a partir de una bata de algodón de Sandra y algunos tapetes encontrados en un armario de la cocina. Además, la noche anterior había acabado la labor de retazos que había colgado junto a las puertas posteriores donde, como había previsto, quedaba preciosa con la luz del día.

—Pensé que iría bien dar a la casa un aspecto hogareño —dijo ella—. La voy a vender, por lo tanto me interesa adornarla para los posibles compradores.

Aidan alzó las cejas al oír esto, pero se cuidó mucho de hacer comentarios. Se limitó a preguntarle si podía hacer una rápida visita al baño antes de que se marcharan.

—No te preocupes —bromeó mientras se dirigía escaleras arriba—. ¡No tiraré papel!

—Oh, ja, ja —replicó ella, sin dejar de sonreír.

Al salir de la casa, *Phelan* daba brincos de excitación mientras andaban por el sendero hacia donde Aidan tenía aparcado el jeep. El exterior del vehículo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo, pero Holly lo encontró impresionantemente limpio por dentro. Al abrir la puerta le llegó un suave

olor a desinfectante. Una manta de cuadros escoceses cubierta de pelo dorado rojizo tapaba el asiento posterior al que *Phelan* trepó encantado, sacando la lustrosa cabeza por la ventana y dejando un rastro de baba sobre la mugre de la portezuela.

Holly se abrochó el cinturón y dejó la bolsa en el suelo. Ya había puesto el móvil en modo silencio por si llamaba Rupert. La noche anterior había representado el papel de novia perfecta, hablando con él durante toda una hora al regresar de Porto Limmionas. La echaba un montón de menos, había dicho Rupert. Nunca volvería a permitir que se fuera sin él, por lo visto. De hecho, su interés sonaba genuino cuando ella le contó lo que había visto de la isla, omitiendo todas las historias que Annie había referido sobre su tía. Hablar de Sandra llevaría inevitablemente al tema de su madre, y Rupert desconocía del todo lo que le había sucedido en realidad a Jenny Wright. Pero, por suerte, él ni mencionó a Sandra. Holly se preguntó si el motivo era que percibía su desinterés por hablar del tema o sencillamente no estaba interesado en el mismo.

—¿Has desayunado? —preguntó Aidan, con las manos en el volante, dirigiéndole una mirada.

—Sí. Bien, no, quiero decir, sí.

Holly se rindió. Estaba claro que era incapaz de decir algo coherente cuando estaba con este hombre.

—¡De acuerdo! —respondió él con buen humor—. Entonces creo que ya sé a dónde llevarte primero. Pararemos a comer algo y luego intentaremos dar con algunos de esos sitios que salen en el mapa de Sandy. ¿Cómo era? ¿Me lo recuerdas..., campo que huele a caca?

Holly soltó una risita, y cuando él encendió el motor, bajó la ventanilla, inspirando la dulzona fragancia de las higueras a su alrededor. Mientras Aidan

lidiaba con la palanca del cambio de marchas y maniobraba para situar el jeep colina abajo, rozó con su rodilla desnuda la de Holly, y ella notó una descarga eléctrica en el pecho. Necesitaba controlarse, en serio.

Partieron en dirección norte y durante los primeros diez minutos ninguno de los dos habló. Holly se contentaba con ir sentada y contemplar la vista, y el silencio no parecía molestar a Aidan. *Phelan* al final formó un ovillo sobre el asiento trasero y apoyó la sedosa cabeza en sus patas, mirando por turnos al uno y a la otra.

Hoy había algunas nubes dispersas, pero servían sencillamente para volver el cielo más espectacular. Tras unos kilómetros siguiendo la ruta de la costa, Aidan condujo en dirección hacia el interior y enseguida las carreteras se volvieron más empinadas. Holly aprovechó la concentración del irlandés para echarle alguna miradita furtiva y estudiarle un poco. Le gustaba la forma en que sus manos agarraban el volante y la tensión en los antebrazos al doblar una curva. Pese al viento que entraba por las ventanillas bajadas, sintió unas ganas terribles de empezar a abanicarse con el mapa doblado.

—Y dime, Holly —al final él se volvió para mirarla por un instante—. ¿A qué te dedicas en tu... ? ¿De dónde eres?

—Bien, vivo en Londres —le contestó ella. En realidad no era «de» ningún lado—. En Dalston, no está lejos de Hackney..., ¿lo conoces?

—No, lo siento —replicó él sonriente—. En realidad nunca me ha atraído Londres. Crecí en el campo y luego pasé años de aquí para allá. Creo que la gran ciudad me asustaría un poco.

Holly pensó para sus adentros que pocas cosas podrían asustar a un tipo tan grande y seguro como Aidan, pero se limitó a decir:

—Trabajo para una web de venta *online* de ropa. Se llama Flash.

—¿Flash? —Aidan no pudo contener la risa—. ¿Me tomas el pelo?

—Lo sé —ella se rio también—, seguramente es el nombre más hortera del mundo, pero hay sitios peores donde trabajar.

—Yo siempre quise ser veterinario, desde crío —prosiguió él.

En un lateral de la carretera, un hombre encorvado de aspecto mayor guiaba un rebaño de cabras para cruzarla. Aidan detuvo el jeep para dejarlos pasar.

—De niño me encontré una vez un cordero, tendría yo unos seis o siete años. El pobrecito se había enredado en una valla con alambre de espino y yo no conseguía soltarlo. Forcejeaba y sangraba, estaba a kilómetros del lugar más próximo.

Aidan hizo una pausa para gritar algo alentador en griego al hombre de las cabras, antes de volver a poner el vehículo en movimiento y mirar una vez más a Holly.

—¿Qué le sucedió al cordero? —preguntó ella con cierta preocupación en la voz.

—Murió —respondió él sencillamente, sonriendo al ver el jadeo de horror de Holly—. Recorrí corriendo los cinco kilómetros hasta la granja y lo único que hizo el capullo del granjero fue ir en coche hasta el vallado con su rifle y pegarle un tiro al pobre desgraciado.

—Debió de ser un poco traumático —comentó la joven.

—Bien, nunca lo olvidaré —admitió él—. Aquel día pensé para mis adentros: «Aprenderé a cuidar animales y la siguiente vez que suceda esto seré capaz de prestarles ayuda».

—Yo aún no sé en realidad qué quiero hacer —dijo Holly sin ser consciente de lo que decía hasta que las palabras ya habían salido de su boca.

—Bien, eso es fácil —comentó Aidan apoyando el codo en la portezuela

del jeep—. ¿Qué es lo que te apasiona?

—Me gusta coser —contestó en voz baja.

—Pues ya está...

—La cuestión es que no es tan fácil, ¿sabes? No puedo dedicarme a coser cosas y ya está.

—¿Por qué?

Por Dios, era exasperante.

—Porque Londres es un lugar muy caro para vivir.

—Seguro que todos esos diseñadores de marca, ya sabes, Dulchy y Gaffney o como se llamen, necesitan gente que cosa para ellos. O mejor aún, ¿por qué no te haces diseñadora como ellos y creas también tu propia ropa?

Él estaba hablando en serio, se percató Holly.

—¿Debería entonces hacerme diseñadora como Dolce y Gabbana? —preguntó—. ¿Empezar a hablar italiano y cobrar miles de libras por unos calcetines?

—Alguien tiene que hacer calcetines —se rio Aidan—. Pero, en serio, deberías dedicarte a lo que te hace feliz.

Por absurdo que pareciera, Holly notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Apartando el rostro, subió la ventanilla y aprovechó para secárselas con disimulo con el brazo desnudo. Aidan no pareció darse cuenta, al menos no hizo ningún comentario al respecto, solo cambió de tema tranquilamente indicando una diminuta iglesia ruinosa situada más adelante a la izquierda.

—Mi madre se casó ahí —dijo al pasar.

—¿Oh? —exclamó Holly con interés.

—No duró mucho. El matrimonio, quiero decir. —Aidan se encogió de hombros al ver la expresión de Holly—. Solo meses. Nunca se le ha dado muy bien todo eso de las relaciones. De hecho, me alucina que este último novio le esté durando, o eso parece. Si lo mío fueran las apuestas, no habría augurado más de unos pocos meses.

Holly no sabía qué decir; de pronto se sintió incómoda al oír a Aidan contándole todo esto.

—Lo siento —añadió él volviéndose para mirarla—. No era mi intención enturbiar los ánimos. Como habrás adivinado, mi madre y yo no estamos demasiado unidos que digamos.

—No te preocupes. —Holly sintió pena—. No soy quién para hablar sobre tener la mejor relación del mundo con su madre.

—¿Y qué me dices de tu tía Sandra?

Aunque era una pregunta bastante inocente, Holly optó por la discreción.

—Me entristece no haberla conocido mejor —respondió con cautela—. Tengo la impresión de que somos bastante parecidas..., quiero decir, por lo visto yo he salido a ella.

—Bien, sí que le gustaba coser a Sandra —reconoció Aidan—. Y te pareces a ella en algunos momentos, algo comedido en tus ademanes me recuerda a ella.

¿La había estado estudiando tan de cerca?

—Hasta esta semana ni siquiera sabía que mi madre y ella eran gemelas —dijo Holly—. No he visto ni tan solo una foto de Sandra.

—¿De verdad? —Esto pareció impresionarle bastante—. Debe de haber alguna en la casa, ¿no?

—Pues yo no la he encontrado —contestó ella—. Esperaba hallar más

cartas, ya me entiendes, ese tipo de cosas, pero no he visto nada.

Aidan guardó silencio unos segundos, concentrándose en doblar una curva particularmente estrecha. Los muros de piedra dejaban escasos centímetros a ambos lados del jeep. De forma refleja, Holly encogió los hombros mientras cruzaban ese tramo.

—Ya no estamos lejos —le dijo él.

Holly distinguía más adelante lo que parecía un pequeño pueblo. Los molinos eran visibles en una colina, y también lo que parecía una torre de piedra alojada entre casas blancas más bajas.

—Esto es Volimes —anunció ralentizando la marcha mientras pasaban junto a un conjunto de edificios achaparrados.

»No estoy seguro de que esté señalado en tu mapa, pero es un lugar al que me gusta venir, así que he pensado en enseñártelo.

Al llegar a una pequeña plaza, Aidan aparcó a la sombra de un gran árbol. *Phelan* aulló de entusiasmo mientras esperaba a que le dejaran salir. Luego se apresuró a levantar una pata sobre un pedazo de hierba cercano. La plaza estaba desierta, solo había un anciano junto a unos puestos improvisados. Desde donde habían aparcado, Holly alcanzaba a ver una variedad de ollas de todas las formas, tamaños y colores, además de una pila de alfombras y algunas bolsas de hierbas silvestres bien presentadas.

—A veces pasan por aquí los autobuses turísticos —comentó Aidan—. Para los del lugar es una buena manera de sacar un dinerillo extra.

Holly se dispuso a seguirle por la plaza, pero se encontró atraída por el último tenderete, con carretes de encaje adornando el tablero superior. Pasó los dedos por las puntillas una a una.

—Todo es producción local.

Aidan había aparecido tras su hombro. El anciano se había acercado arrastrando los pies a saludarles y ahora sonreía a Holly, mostrando una hilera de dientes torcidos. El irlandés le dijo algo en griego y luego se volvió hacia Holly.

—Habitualmente cobra el metro a diez euros, pero dice que a ti te hará precio especial —le informó y le guiñó el ojo.

El griego farfulló algo más a Aidan, señalando la mesa mientras hablaba.

—Te hará un trato especial —tradujo Aidan—. Ocho metros por cuarenta euros.

—¿Es buen precio?

Holly estaba pensando en todas las preciosidades que podía hacer con ese encaje.

Aidan se encogió de hombros.

—Las cosas solo valen lo que estás dispuesto a pagar por ellas.

Diez minutos después, con su alijo de encaje griego bien guardado en el jeep, se sentaron finalmente en un café. Eran los únicos clientes, pero la mujer de mediana edad que atendía el lugar tardó un rato en acercarse para tomarles la nota. Aidan sonrió ampliamente mirando la figura de la mujer mientras se alejaba.

—No puedes evitar querer a los griegos —dijo—. Podrías tirar un millón de euros desde una avioneta y se tomarían su tiempo en acabar el café antes de molestarse en recogerlos.

—No puedo decir que les culpe —comentó ella pensando en lo avasalladora y frenética que era la gente en Londres—. Todo el mundo parece relajadísimo aquí.

—Demasiado, a veces —replicó Aidan—. Resulta una tarea ardua intentar

explicar a un griego que un animal enfermo necesita cuidados de inmediato y no la próxima semana. Cuando abrí la clínica, pensé que todo el mundo traería las mascotas al local. Por desgracia estaba equivocado.

La mujer regresó con los cafés *frappés* y sonrió con timidez a Holly mientras depositaba las servilletas sobre la mesa.

—Es probable que te reconozca —dijo Aidan cuando se quedaron de nuevo a solas—. Sandy solía venir siempre aquí en coche para comprar su encaje.

Holly le miró.

—¿Y por eso me has traído?

—En parte. —No daba muestras de arrepentimiento—. Sobre todo quería que vieras cómo es la auténtica Zakintos, lejos de las zonas más turísticas. En estos pueblos la gente vive tal como ha vivido durante siglos.

—Qué tranquilo es, la verdad —se maravilló Holly.

Y hermoso también. El café en el que estaban sentados tenía paredes blancas y un emparrado que cubría la zona para sentarse al aire libre. Al alzar la vista, distinguió los racimos de uvas colgando entre los huecos, tostándose felizmente al sol.

—He pensado que podríamos subir hasta la atalaya situada sobre el Naufragio —propuso Aidan sorbiendo el café *frappé*—. Es un sitio turístico, sí, pero también el lugar histórico más famoso de la isla y, si no me equivoco, tu madre y Sandra opinaban que merecía la pena echarle un vistazo.

Holly había visto fotos de la famosa playa del Naufragio, cuya arena blanca y el mar azul parecían salidos de una caja de acuarelas. Jenny y Sandra habían dibujado un barco medio hundido en su propio mapa con las palabras «OPORTUNIDAD DE FOTO» escritas al lado.

—Suenas perfecto —ella le sonrió—. Gracias por esto..., por traerme, quiero decir. Sé que estarás ocupado.

—Tonterías —dijo Aidan levantando la mano—. Nunca estoy tan ocupado como para no pasar el día con una chica guapa.

Al oír su comentario, un sofoco invadió de calor el pecho de Holly. Empezó a reírse para librarse de aquella sensación.

—Estoy segura de que podrías ir con las chicas más guapas de esta isla —le dijo—. Annie me contó que no te faltan admiradoras.

—Vaya, ¿eso dijo? —Aidan se rio—. Esa debería cerrar el pico.

—¿No te sientes solo a veces? —preguntó Holly, lamentando de inmediato el comentario.

Hoy su boca parecía tener vida propia.

—Es imposible sentirse solo en esta isla —contestó él, removiendo el hielo en el vaso—. Una vez te haces amigo de los griegos, se convierten en tu familia más bien, ya me entiendes. Allí donde voy me reciben con los brazos abiertos.

Como si quisiera reafirmar este punto de vista, de repente la rodeó con los brazos para darle un buen achuchón. Holly, pillada por sorpresa, se percató con cierta incomodidad de lo amplio y firme que era su pecho, y lo mucho que a ella le temblaban las rodillas.

—¡Así de fácil, ya ves! —Aidan se apartó como si nada hubiera sucedido, mientras Holly intentaba dominar su sofoco—. En fin, ¿qué estaba diciendo? Ah, sí, mmm, no, la verdad, no me siento solo. Y siempre tengo a *Phelan* conmigo, no lo olvides.

Al oír su nombre, el perro levantó la cabeza y meneó la cola sobre el polvo. Había permanecido tan tranquilo a sus pies que ella había olvidado por

completo que estaba ahí. La camarera llegó de nuevo con el desayuno: una tortilla para Aidan y empanadas de queso para Holly. Había estado tentada de elegir ensalada de tomate y pedir miel adicional, pero no quería que Aidan pensara que estaba loca. De cualquier modo, las empanadas también estaban de rechupete y Holly casi gime de placer al morder la hojaldrada masa caliente con el salado queso derritiéndose dentro.

—Así que, ¿has dicho que tu madre vivía aquí? —preguntó al acabar la primera empanada.

Prefería alejar la conversación de cualquier tema que pudiera suponer hablar de relaciones. Si Aidan tenía una novia secreta bien escondida en algún lugar, no quería saberlo... Tampoco ella estaba preparada para hablar de Rupert.

—Eso es.

Aidan se había bebido el botellín de agua y empezó a jugar con la etiqueta del envase.

—¿Y trabajaba aquí también?

—Era artista. —Se volvió hacia ella pero sin encontrar su mirada, en realidad—. Cuando yo era pequeño tenía bastante éxito, pero la cosa decayó con los años. Ella no lo aceptó demasiado bien, creo.

—Es comprensible —comentó Holly.

—Bien, no tanto. —Algo se endureció en el gesto de Aidan—. No si eso significa distanciarte de tu familia y de todos quienes te aprecian.

Se hizo un silencio incómodo.

—¿Estaba deprimida? —preguntó Holly en voz baja.

—Sí, la muy burra. Ya nadie compraba sus cuadros y se lo tomó como algo demasiado personal. De hecho, fue Sandra quien la ayudó a ponerse en pie

otra vez, ya sabes.

Holly asintió y dio un mordisco a su empanada. Estaba sabrosa de verdad.

—Quizá por eso nos hicimos tan amigos, ya me entiendes, tu tía y yo. Creo que Sandra creía que también era su deber cuidar de mí, porque mi madre no estaba en condiciones de hacerlo ella misma.

Le estaba contando todo esto con total naturalidad, parecía tenerlo tan claro que Holly no pudo evitar sentir una oleada de afecto hacia él.

—Lo lamento —masculló ella al final, sin saber qué otra cosa podía decir.

Entendía a la perfección qué significaba tener al lado una persona que no estaba ahí en realidad. Pero al menos la madre de Aidan seguía con vida; al menos tenía amigos y familia que la ayudaban. Holly pensó con impotencia en su madre derrumbada en aquella butaca, con la cabeza caída a un lado, y la piel de un tono azulado.

—Ojo, con mi padre aún me llevo muy bien —continuó Aidan, recuperando por fortuna la atención de Holly y devolviéndola al presente—. Aunque al vivir en Irlanda, últimamente las visitas son escasas.

Holly pensó en mencionar a su propio padre, pero, ¿qué iba a decir? Que podía ser un guerrillero encarcelado en algún lugar o, más probablemente, un colgado cualquiera con quien su madre se arrojó unas semanas hasta que se olvidó de él. En estos últimos días había pensado mucho en quién podría ser su padre. Antes era una entidad desconocida, hacía mucho que había aceptado que nunca le conocería. Pero la carta de Sandra la obligó a cuestionar todo cuanto su madre le había contado en el pasado. Si Jenny se olvidó de hablar a su hija de la existencia de una tía, tenía sentido que se inventara también toda la historia sobre el padre. El problema era que ni siquiera sabía por dónde empezar a buscarlo.

Miró de nuevo a Aidan, que parecía perdido en sus propios pensamientos

melancólicos. Holly deslizó una tímida mano por encima de la mesa y, atónita por su valentía, le estrujó el brazo.

Mientras permanecían sentados juntos, cada uno perdido en sus propios recuerdos pero reconfortados por el apoyo mutuo, las campanas de la iglesia del pueblo empezaron a doblar.

Lunes, 25 de junio de 1990

Queridísima Sandra:

Vaya, suena fatal. Nunca te llamo Sandra, ¿verdad? Ojalá pudiera sentarme contigo y decirte cuánto lamento que sucediera, pero no puedo. No puedo decirte lo que tú quieres oír en realidad. Hace dos días que llegamos a Indonesia. Sandy, te encantaría esto... El mar parece el agua de una piscina y la gente te recibe con el corazón abierto. Estoy aquí sentada en la arena ahora mismo, escribiéndote, y un niño del pueblo le hace unas trenzas a Holly. Es adorable. Creo que nos quedaremos unos meses por aquí. Bien, a menos que tú nos pidas que volvamos a casa. Sabes que cogeríamos el próximo vuelo. Te echo de menos, Sandy, y Holly también. Todo mi cariño, ahora y siempre, tu hermanita gemela

Peluche Jen xxx

Un corto trayecto separaba Volimes de Navagio, donde se encontraba la atalaya sobre la playa del Naufragio. Pese a haberse convertido en una de las principales atracciones turísticas de la isla, los griegos no habían sacado provecho construyendo edificios en el borde del pintoresco acantilado. De hecho, aparte del aparcamiento lleno de autobuses, *quads* y coches de alquiler, lo único que había era un puesto ambulante de comida y unos urinarios que inspiraban poca confianza, alojados en pequeñas cabañas.

Llegaron al mismo tiempo que un autocar lleno de turistas alemanes, de modo que Aidan sugirió esperar en el jeep a que se despejara la costa. Casi eran las once de la mañana y hacía rato que el potente sol había despejado el cielo de nubes matinales. Holly descansaba su brazo desnudo sobre la portezuela del vehículo mientras se abanicaba con el mapa. Aún se deleitaba con el sabor a queso que le había dejado el desayuno, mientras una fragancia deliciosa impregnaba el aire por cortesía de los pinos circundantes. Entretanto, Aidan se esmeraba en extraer un trocito de espinaca que se había quedado alojado entre sus dientes, un resto del tentempié matinal.

—¡No te lo pierdas! —exclamó, dando un toque a Holly en el brazo al ver corretear junto al jeep a una joven con altos tacones de cuña y un bikini tanga.

Tenía el trasero tan redondo y moreno que parecía una castaña recién caída del árbol.

—¡Increíble! —exclamó Holly llevándose una mano a la boca para que la mujer no oyera su chillido de risa—. Qué valiente.

—Tú dirás valiente; yo digo ridícula —replicó Aidan sin molestarse en

ocultar su propio aullido de regocijo.

La joven inclinó un poco la cabeza en dirección al vehículo, pero a Holly le pareció más satisfecha que avergonzada.

—Quiero decir —continuó Aidan—, por mí encantado de que las señoras exhiban sus traseros y lo que quieran, pero hay un momento y un lugar para cada cosa. Igual en un lugar más reservado...

La idea de traseros al aire en lugares reservados con Aidan de por medio le provocó a Holly un sonrojo que ascendió desde su cuello hasta el nacimiento del pelo. Se apresuró a cambiar de tema.

—Venga, señor guía de excursión, cuénteme qué voy a ver ahora. ¿Qué es esto del naufragio?

Aidan adoptó un tono respetable para responder, que provocó las risas de ambos.

—Conocida en la zona como la cala de los Contrabandistas, la playa acoge los restos de una embarcación dedicada al contrabando de tabaco que se fue a pique aquí a finales de los setenta —anunció—. Gracias a los acantilados de caliza de esta parte de la isla, el agua de la cala y sus alrededores es cristalina.

—Eres todo un entendido —le dijo Holly, todavía sonriendo por su ridículo tono de voz.

—Hace siglos que no he subido aquí, en realidad —replicó volviéndose para mirarla—. A mi ex le gustaba venir de pícnic de vez en cuando, en primavera, cuando no hay tanto turista. Supongo que desde que se marchó no me he molestado en venir.

Holly quiso preguntar qué había pasado para que rompieran, pero no tuvo valor. En vez de ello se estiró hacia atrás y acarició a *Phelan*, que roncaba

suavemente con un ojo abierto.

—Animal ridículo —dijo su dueño, dejando el volante para llevar la mano hasta el perro y despeinar su sedosa cabeza.

Cuando rozó los dedos de Holly, ella notó un hilo de deleite propagándose por el brazo desnudo. Se apresuró a apartarse.

—Vamos —dijo él desactivando aquello que acababa de chispear entre ellos, fuera lo que fuese—. La dama del tanga ha vuelto a su autobús..., creo que no hay moros en la costa.

Holly había mirado infinidad de fotos de la playa del Naufragio antes de llegar a la isla, pero ninguna la había preparado para la asombrosa visión que ofrecía esta elevada atalaya. Desde su posición en el estrecho mirador, del que Aidan le informó con jovialidad que se encontraba «como mínimo a cien metros de altura» sobre el mar, los restos del naufragio parecían muy pequeños. Se hallaban medio enterrados en una bahía de limpia arena blanca, rodeada de un semicírculo de riscos verticales de caliza. El agua de un intenso color azul estaba salpicada de diminutas embarcaciones y gente incluso más menuda.

—¿Hay alguna manera de bajar? —preguntó.

Aidan se hallaba lo bastante cerca como para sentir la suave calidez de su aliento en la nuca, y pese al calor de esta hora de la mañana, se le erizó el vello de los brazos.

—Desde aquí no —negó él con la cabeza—. Solo puedes llegar a la cala en barco, y aun así es posible únicamente los días en que el mar está en calma. Como puedes ver, todo el mundo está aprovechando que hoy lo está.

—Es asombroso —comentó ella en voz baja—. El agua parece irreal..., es como si alguien hubiera vertido pintura turquesa desde la borda de uno de esos barcos.

—Mi madre decía lo mismo —sonrió Aidan—. Pintaba aquí arriba, por supuesto. Fue ella quien me trajo a este sitio por primera vez.

Pícnics con su exnovia, excursiones para pintar con su madre; estaba claro que Aidan conservaba muchos recuerdos asociados a este lugar. Y ella también ahora, gracias a él. Bien, se corrigió, en realidad se lo debía más bien a Jenny y Sandra. Al fin y al cabo, ellas habían señalado este lugar en el mapa. Seguramente la intención de Sandra fue que ella lo viera y que encontrase el camino para llegar hasta aquí. El hecho de saber que su madre había admirado la misma vista que contemplaba ahora le llenó los ojos de lágrimas. La circunstancia de que fuera todo tan bello solo parecía añadir un tono trágico a la situación. Deseó haber podido venir aquí con Jenny, tal vez en una de esas aventuras que su madre siempre le había prometido que compartirían. Se alegraba mucho de haber venido hoy, pero también notó una abrumadora punzada de soledad. Se preguntó si pensaría lo mismo Aidan, que se había quedado callado tras ella mientras contemplaba también la fascinante vista inferior.

Sin ser demasiado consciente de lo que hacía, Holly se reclinó justo una fracción hacia atrás hasta recostar la cabeza en el pecho del irlandés. Necesitaba ese consuelo igual que él lo anhelaba, eso percibía ella, y durante unos minutos permanecieron así sin moverse. Holly solo distinguía el sonido distante del mar y un leve murmullo de charlas que llegaba desde el aparcamiento. Le hubiera encantado quedarse ahí todo el día, pero no tardó en presentarse otro grupo de turistas de aspecto sudoroso, momento en que Aidan aprovechó para llevársela poco a poco del mirador.

Phelan, que había esperado pacientemente en el trozo de sombra más próximo, los recibió con una ducha de babas y se echó sin demora a rodar sobre la espalda para que Holly le rascase la panza.

—Parece que has hecho un amigo —se rio Aidan, tomando prestado el

móvil de Holly para hacer una foto.

Había vuelto a su trato fácil y bromista. El momento compartido en la atalaya ahora parecía olvidado, algo que Holly agradeció. Empezaba a notar un burbujeo en la boca del estómago, una sensación para la que sin duda no estaba preparada. Ojalá pudiera echarse a rodar sobre la espalda como *Phelan* y que alguien le ayudara a librarse de aquel desasosiego.

Tras dejar Navagio, Aidan llevó a Holly por el este de la isla, a una zona llamada Mikro Nissi. El diminuto pueblo costero contaba con una preciosa playa de guijarros y un puñado de bares, todos ellos orientados hacia el mar. Jenny y Sandra habían ilustrado esta zona particular con una serie de dibujos torcidos que parecían pintas de cerveza, junto a barcos poco aptos para navegar.

Holly, con polvo del largo recorrido y deseosa de poner cierta distancia de seguridad entre Aidan y ella, estiró la toalla sobre las piedras y se dispuso a meterse en el agua tan clara y serena. *Phelan* se quedó guardando su bolsa mientras Aidan se fue a charlar con un hombre que desenredaba una maraña de redes junto al agua. Por lo que pudo ver Holly, su embarcación se llamaba *Maria*.

Entendía cada vez mejor a Sandra con cada hora que pasaba en esta isla, algo que solo servía para incrementar su malestar por el hecho de no haberse conocido. Le había pasado por la mente indagar si Aidan sabía el motivo del distanciamiento entre las dos hermanas, pero, ¿no se lo habría contado ya si lo supiera? Hasta el momento él había sido bastante directo en todo, no creía que fuera de los que se guardan cosas.

La franqueza con la que hablaba de la difícil relación con su madre la había dejado impresionada. En cierto modo envidiaba poder contarlo con tal naturalidad, pero por otro lado ese nivel de franqueza la asustaba. Llevaba muchísimos años ocultándose tras el pasado diferente que se había inventado;

derribar ahora esa fachada sonaba forzado, por no añadir que le parecía la idea más aterradora del mundo. No obstante, a pesar de ello, en un par de ocasiones ya había estado a punto de contarle a Aidan sus sentimientos acerca de su propia madre. ¿Qué tenía él que le provocaba esas ganas de contarle cosas? «Y no sería muy justo con Rupert, ¿verdad?», susurró una voz en su interior. En todo caso debería abrirse con su novio, sin duda, pero ¿alguna vez sería capaz de sincerarse con él sobre quién era en realidad? Mientras consideraba todo eso se observó los pies sumergidos en el mar. Un pececito se había acercado nadando a investigar un poco y ahora le mordisqueaba la piel dura del talón. En Londres la gente pagaría una fortuna por una pedicura con peces, pensó. Y aquí estaba ella, en este hermoso y tranquilo lugar, disfrutando de una gratis.

Se distrajo mirando todas las barquitas fondeadas tranquilamente en el puerto junto a la playa. La variedad de formas, tamaños, colores y estados de abandono era heterogénea. Mientras observaba, se preguntó si su madre y Sandra habrían navegado en alguna de esas embarcaciones. Algún motivo habría para que dibujaran barcos por toda esta parte del mapa. Quizás Aidan conociera a algún dueño de una barca con quien pudieran navegar. Holly jamás había navegado en una barca, al menos no en una como Dios manda. Desde luego, el paseo en un bote de remos que Rupert y ella habían dado por el río un día que fueron de excursión a Cambridge no contaba; no era tan emocionante como salir a mar abierto.

Cambiando de postura, observó a *Phelan* dirigiéndose hacia la barca de pesca más próxima, la cual podía proporcionarle un arco de sombra. Aidan seguía charlando con el pescador, que estaba de espaldas a Holly, pero de vez en cuando los dos hombres miraban en su dirección. El hombre barbado se le antojaba ligeramente conocido, pero seguramente se debía a que todos los griegos de cierta edad parecían tener la misma barba. Este llevaba una gastada riñonera ajustada a la cintura y una camisa que sin duda había conocido

tiempos mejores. La gente no parecía preocuparse mucho por la moda aquí, eso estaba claro, pensó Holly, y digamos que le parecía admirable pese a su trabajo en Flash. Era de suponer que había cosas más importantes, como el trabajo y la familia, y disfrutar sencillamente de la vida. Al fin y al cabo, sería difícil no disfrutar de la vida aquí.

—¡Holly!

Oyó a Aidan y alzó la vista. Mientras le observaba acercándose por la playa, ella era consciente, no sin cierta culpabilidad, de cómo le gustaba la manera en que la leve brisa ondeaba la camiseta sobre su torso. Él cogió la toalla para sostenerla con educación mientras Holly salía del agua dando traspiés sobre los guijarros. Era imposible andar con elegancia si a cada paso te magullabas los pies.

—¿Qué me dices a una cerveza bien fría? —preguntó sin molestarse en apartar la mirada mientras ella empezaba a secarse.

—Sí, por favor —contestó Holly pensando de nuevo en las jarras de cerveza dibujadas en el mapa.

Ella le sonrió entrecerrando un poco los ojos a causa del sol que la deslumbraba.

Aidan, cogiéndola de la mano como si fuera la cosa más natural del mundo, la guió por la playa. Cruzaron la carretera y entraron en un bar. Holly se había puesto de nuevo los vaqueros cortados y la camiseta, pero el bikini mojado le había dejado una gran mancha en el trasero y en los pezones.

—Casi mejor que te lo quites... —sugirió Aidan, observando su busto con una mirada de complicidad que solo podría describirse como claramente insinuante.

Ahí estaba otra vez, ese chispazo de electricidad entre ellos. Holly le palmetó el brazo fingiendo indignación. El sol había secado el agua salada de

su rostro y notaba la piel tirante mientras daba sorbos a su cerveza. Se había quitado las chancletas para poder colgar los pies descalzos desde el taburete junto a la barra donde se habían sentado. Se sentía limpia, libre y deliciosa.

—¿De verdad vas a vender la casa?

Aidan no había conseguido disimular el tono suplicante en su voz, de modo que Holly soltó un profundo suspiro antes de contestar.

—Pienso que es lo mejor —dijo sin mirarle—. Me resulta raro conservarla, para ser sincera. Como te he dicho antes, no conocí a Sandra.

—Pero está claro que ella quería que tú la tuvieras —insistió él—. Era tu tía, tanto si la conocías como si no.

Por supuesto, tenía toda la razón, pero antes de venir aquí, Holly se había hecho la promesa —y también a Rupert— de que vaciaría la casa para luego venderla. Llevaba toda la vida intentando pasar página, pero aquí en la isla tenía la impresión de que el pasado la arrastraba por los tobillos. A estas alturas aún no estaba segura de si debía agarrarse con fuerza a algo sólido hasta que pasara todo aquello, fuera lo que fuese, o bien dejarse arrastrar.

—Es complicado —dijo intentando resumir en dos palabras todo lo que no podía explicar—. Mi vida está en Londres, no necesito una casa en Grecia.

—¡Es lo más demente que jamás he oído! —Aidan incluso se dio una palmada en el muslo—. El resto del mundo daría saltos de alegría por tener una casa en un lugar así.

—Pues no soy como el resto del mundo.

La electricidad seguía crepitando entre ellos, pero la chispa del coqueteo se había transformado rápidamente en tensión nerviosa. Aidan pareció notar el cambio de ánimo e hizo una pausa para dar un sorbo a la cerveza mientras la miraba aún desafiante y desconcertado.

—Mira, lo siento —dijo al final él—. La verdad, no es asunto mío lo que hagas con tu casa, en absoluto.

—Gracias —replicó Holly, sintiendo cierto alivio.

—Es solo que sé cuánto quería Sandra que te quedaras con ella —añadió él.

Exasperada, dio un brusco trago a la cerveza y acabó derramando buena parte sobre la camiseta. ¿Por qué insistía él en ponérselo difícil? ¿No se daba cuenta de que ya se sentía lo bastante culpable?

—¿Qué te contó de mí?

Si Aidan quería seguir con este juego, también ella podía ponerle en un pequeño aprieto.

—No demasiado, ya sabes, solo que eras lo único que le quedaba y tal.

Holly decidió que el irlandés ahora estaba escurriendo el bulto.

—Seguro que dijo algo más —presionó ella—. Vamos...

—¿Otra cerveza? —preguntó Aidan levantando una mano en dirección a la barra.

—Eh, no me cambies de tema.

Holly empezaba a sentirse molesta y tuvo que inspirar hondo para dominar el creciente enfado a punto de estallar en su pecho. Aidan reaccionó con una sonrisa tan displicente que ella no tuvo más remedio que devolverle la sonrisa. La sacaba de quicio el muy puñetero, en serio.

El camarero que trajo las bebidas —otra cerveza para Holly y un botellín de agua para Aidan— aparentaba unos ochenta años como mínimo. El esfuerzo de sostener la bandeja le hacía temblar las nudosas manos. Tenía grandes manchas de la vejez en las mejillas, iba descalzo y vestía una gastada camiseta

negra por cuyo cuello sobresalía una masa de áspero vello gris.

Aidan le dio las gracias por las bebidas y luego hizo una seña a Holly.

—Este es Yiorgos. Conocía a tu tía Sandra.

Yiorgos alzó su cuello encorvado para estudiar a Holly como un buitre amistoso. Le brillaron un poco los ojos, que eran de un luminoso azul claro. A ella le recordó el color del mar en Porto Limnionas. El anciano se volvió hacia Aidan y empezó a parlotear en griego, haciendo una pausa de vez de cuando para permitirle traducir lo que contaba.

—Dice que tu tía era muy guapa, pero que tú lo eres todavía más —tradujo Aidan—. Sandra hizo un vestido de novia para su nieta, hace diez años, para ella fue el día más feliz de su vida.

Holly notó cómo su corazón se henchía de orgullo y dedicó una sonrisa radiante a Yiorgos.

—Quiere saber si estás casada —añadió Aidan.

Holly negó con la cabeza.

A continuación el anciano le contó algo a Aidan y ambos hombres se rieron, pero fuera lo que fuese no merecía por lo visto traducción. Permanecieron sentados otros diez minutos mientras Yiorgos les contaba historias de Sandra. La conocía desde la primera vez que vino a la isla con sus padres, luego se hicieron amigos de nuevo cuando ella se instaló aquí tras el fallecimiento de los progenitores. También recordaba a su madre, Jennifer, y quiso recalcar lo simpática y también lo traviesa que era. Cuando Holly le pidió a Aidan que le dijera que su madre había muerto, el hombre se mostró apenado de verdad y estiró el brazo sobre la mesa para estrujarle un poco la mano.

—Vaya mujer tuvo que ser tu madre —comentó Aidan después de que

Yiorgos les diera un beso a cada uno en la mejilla y regresara arrastrando los pies al interior del bar.

—Oh, desde luego —contestó Holly, sin molestarse en disimular el desdén en su voz.

—No has mencionado cómo murió —dijo Aidan con cautela.

—Un accidente de coche —respondió de inmediato Holly.

Era una mentira muy trabajada a estas alturas. De cualquier modo, la verdad era demasiado deprimente.

Aidan permaneció en silencio unos segundos, luego señaló la botella de cerveza vacía:

—¿Te apetece la última?

Holly sabía que la tenía calada. Aidan se percataba claramente de que mentía, tal como veía que el cielo era azul. Agradeció no obstante que él decidiera no insistir en el tema, aunque no pudo evitar sentirse un poco culpable. Al fin y al cabo, su vecino había sido de lo más sincero respecto a su propia madre; la cuestión era que ella aún no estaba preparada.

La verdad llevaba enterrada muchos años, ni siquiera sabría qué palabras escoger para expresarla, por no hablar de cuál sería su reacción emocional. Aidan ya la tomaba por loca, «¿y no querrás —le susurró al oído la voz perniciosa— arriesgarte a espantarlo, verdad?»

Aidan permaneció callado durante el trayecto de regreso a Lithakia, parecía perdido en sus propios pensamientos. Por su parte, Holly, que nunca había sido buena para dar conversación, se limitó a observar el paisaje que pasaba veloz, asimilando una y otra vez con la mirada el intenso azul del mar. Solo llevaba unos pocos días lejos de casa, pero en cierta forma era como si siempre hubiera estado aquí, tal vez porque una parte de ella siempre había

estado aquí: su tía. ¿Por este motivo deseaba tanto Sandra que viniera a conocer la isla? ¿Temía dejar el lugar abandonado con su muerte?

El día había sido muy largo y los pensamientos que llenaban su cabeza empezaban a resultar agotadores. Cuando por fin doblaron el recodo para seguir colina arriba hacia sus respectivos hogares, se sintió aliviada. Por primera vez en mucho tiempo, ya no recordaba cuánto, se moría de ganas de meterse en la cama y cerrar los ojos; por una vez sabía que el sueño no tardaría en vencerla, que enseguida se quedaría dormida.

Aidan dejó salir a *Phelan* del jeep antes de acercarse hasta la portezuela de Holly. Por un momento sus miradas se encontraron a través de la ventanilla.

—Tengo que pasar la mañana en la clínica —le dijo mientras ella bajaba al sendero—. Pero he pensado que podríamos ir en coche a Keri a primera hora de la tarde...

Holly consultó el mapa. Keri no parecía estar muy lejos, al fin y al cabo. Alguien había escrito ahí —sospechó que esta vez había sido su madre— las palabras «RICURA DE CAMARERO EN OCEAN VIEW», con grandes letras entusiastas.

Aidan bajó la vista y sonrió.

—No puedo prometer una ricura de camarero, pero el Ocean View sigue en el mismo sitio. Podríamos comer allí un poco tarde, si te apetece...

Holly asintió.

—Me gustaría mucho.

Recorrieron el sendero en silencio con *Phelan* siguiéndoles sin hacer ruido. Holly permitió que la reconfortante fragancia de limoneros e higueras inundara sus sentidos por completo. En ese momento todo pareció estar bien.

—Que duermas bien, Holly —dijo Aidan antes de desaparecer.

Viernes, 4 de enero de 1991

Queridísima Sandrita Playera

Como verás en el otro lado de la postal, ya estamos de regreso en Inglaterra. Resulta muy extraño encontrarse aquí después de tantos años; y hace un frío que pela. Pero también hay alguna buena noticia: he conocido a alguien, y de verdad pienso que esta vez podría ser diferente. Se llama Simon y tiene un precioso pelo negro con mechones blancos. Así que me ha dado por llamarle Tejón, algo que a Holly le parece la cosa más graciosa del mundo. Y además él se porta genial con ella. Nos conocimos antes de Navidad en Sri Lanka. Nos ha invitado a irnos a vivir ambas con él. ¡Imagínate! Yo sentando la cabeza. Pensaba que nunca llegaría el día. He escrito la nueva dirección en la esquina, así que por favor escíbeme y cuéntame novedades. Te echo de menos cada día.

Peluche Jen xxx

Tal y como había pronosticado, Holly se quedó dormida nada más apoyar la cabeza en la almohada, y cuando despertó en el pequeño cuarto de invitados, diez horas después, no lo hizo temblando de miedo ni sudando por las pesadillas a las que estaba acostumbrada. Se sentía tan asombrosamente bien que incluso se puso a cantar a viva voz por la ventana del baño abierta mientras se daba una ducha matinal.

Diez minutos más tarde, tras descorrer la cortina empapada con un ademán airoso, se quedó paralizada al abrir la puerta del armarito de vidrio para sacar la pasta de dientes: había una foto colocada en el estante superior, en parte tapada por un frasco polvoriento que contenía perfume de lavanda. ¿Cómo no había reparado en ella?

Reconoció al instante a Jenny Wright, con el pelo castaño recogido en una coleta informal y una sonrisa torcida en el rostro. Llevaba un vestido de tirantes de intenso color amarillo con una cinta roja a modo de faja, y rodeaba desenfadadamente con el brazo a dos jóvenes de pelo oscuro y sonrisas perezosas. Dado su intenso bronceado y el hecho obvio de que la foto se había tomado en la playa, Holly creyó probable que fueran griegos. Junto a los jóvenes se encontraba otra chica morena. También sonreía, aunque con menos seguridad evidente, y llevaba una blusa metida por dentro del *short* azul claro. Cogía con firmeza la mano del hombre griego más próximo a ella.

El parecido entre esta chica y Jenny era innegable. Mientras Holly las observaba tuvo que sentarse sobre el borde de la bañera. Así que esta debía de ser la tía Sandra. Guau, estaba clarísimo que eran gemelas. Holly estudió con detenimiento la instantánea en busca de detalles. Hacía años que no quería

mirar una foto de su madre, y verla ahí tan de repente, con ese aspecto de felicidad, tan joven y libre de preocupaciones —eso era evidente—, fue como recibir un fuerte puñetazo en el pecho. Al oír los martillazos en su corazón, se obligó a respirar hondo.

Dando la vuelta a la foto, vio que alguien había garabateado «Zakintos, 1984» por detrás. Eso significaba que Jenny y Sandra debían de tener unos diecinueve años cuando fue tomada; diez años más jóvenes que la propia Holly. Era una foto preciosa, tan llena de color, vitalidad y sonrisas que sintió una punzada de pesar sincero por las hermanas. Debían de estar muy unidas cuando se tomó la foto, justo tras haber perdido a sus padres, recién llegadas las dos juntas a Zakintos. Al menos eso era lo que Holly empezaba a deducir. Tal vez quedaban demasiadas remembranzas en su país, Gran Bretaña, demasiados recordatorios dolorosos de lo que habían perdido ambas, acechando entre las sombras.

De pequeña, Holly había oído contar a Jenny que había crecido en Kent, en un pueblo con apenas unas pocas tiendas, hectáreas de tierras de labranza y bosta salpicada por toda la calle Mayor. Cuando la niña preguntó por qué no iban nunca de visita, su madre se había limitado a encoger los hombros y decirle que allí ya no quedaba nada para ellas. «No se saca nada de vivir en el pasado —le dijo, moviendo el dedo de un modo que hizo reír a la pequeña—. La única forma de seguir adelante es no volver la vista atrás.»

Sentada ahora con la foto en la mano de esa feliz Jenny del pasado, pensó que tal vez su madre estaba equivocada. Lo que llevó a esta chica radiante de felicidad a dar la espalda a esta parte de su pasado —fuera lo que fuese— debió de ser algo verdaderamente imborrable..., algo peor que el futuro en el que acabó. Holly esperó un instante y, por supuesto, ahí estaba, el enorme puñetazo de culpabilidad que siempre la alcanzaba. Ella no era suficiente para hacer feliz a su madre. Jenny había vislumbrado un futuro solo con Holly a su

lado y había decidido que el esfuerzo no merecía la pena.

Siguió sentada ahí diez minutos más hasta que alguien llamó con fuerza a la puerta, dándole un susto de muerte.

—Oh, lo siento, cielo..., no era mi intención molestarte.

Holly se ciñó la toalla por delante mientras se hacía a un lado para dejar entrar a Annie. Se reanimó de inmediato viendo a la mujer con aquel aspecto tan alegre y también un poco alocado, con su moño torcido y mejillas brillantes.

—¿Un té? —preguntó retirándose a la cocina.

—Siempre —respondió.

Annie había dejado el bolso encima de la mesa y estaba enredado entre todos los retales de prendas de Sandra.

—Vaya, cuántas cosas has hecho —comentó.

Holly se sonrojó.

—Oh, no —Annie levantó las manos—. No lo decía en el mal sentido. A Sandra le habría encantado esto. Ya me entiendes, siempre estaba dándole a esa cosa —añadió, con un gesto en dirección a la máquina de coser.

Holly ya había empezado a preguntarse cómo iba a transportarla a Londres.

—¿Lo crees en serio? —preguntó Holly, sirviendo agua caliente en dos tazas.

—Oh, desde luego que sí —le respondió la mujer con sonrisa radiante—. Te parece mucho a ella, ¿sabes? La gente seguro que os lo decía todo el rato.

—No.

Holly pensó que era mejor no mentir en esta ocasión.

Annie se encogió de hombros y cogió su taza, soplando por encima mientras Holly se iba escaleras arriba para ponerse algo de ropa. La fotografía seguía apoyada en el extremo del lavabo del cuarto de baño, pero algo le impidió mostrársela a Annie. Aún se sentía demasiado agitada como para mantener una conversación sobre su madre.

—¡Qué preciosidad!

Annie estaba junto a las puertas traseras admirando el tapiz de retazos.

—Me pareció que iría bien un poco de color aquí —respondió Holly.

Nunca se había sentido cómoda con los halagos, por lo que se avergonzó al oír a Annie tan encantada con la genial idea de crear algo tan bonito con un montón de ropa vieja.

—Ya veo que también has comprado las puntillas del lugar —comentó Annie, pasando la mano que no sostenía la taza de té sobre los preciados envoltorios de encaje que Holly había seleccionado el día anterior.

—Me haré algunas prendas con ella —le dijo decidiendo en ese momento que eso era precisamente lo que iba a hacer.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó Annie—. No me digas que has ido a las montañas en ese montón de chatarra aparcado ahí fuera...

Holly se sintió confundida por un segundo, pero se rio al recordar la motocicleta.

—Aidan me llevó en coche hasta Volimes —dijo, lamentándolo al instante.

Annie sacudió la cabeza mientras asimilaba la nueva información.

—Esa iba a ser mi siguiente pregunta —replicó mirando a Holly ilusionada—. Ya imaginaba que os habríais cruzado unas cuantas veces.

Holly volvía a sentir vergüenza.

—Harías bien en aprovechar la oportunidad —prosiguió Annie mirando su taza medio vacía—, ya me entiendes, Aidan es un buen partido.

—Haces que suene como un concurso.

—Pues si yo tuviera diez años menos... —insistió, enarcando una ceja.

—¿Por qué dejas que te frene la edad? —replicó Holly bromista—. Si tanto te gusta, lánzate.

Annie agitó los brazos delante de su cara como si una avispa acabara de entrar en la estancia.

—Me halagas, Holly, eres un cielo..., pero no se fija en mí más que en el viejo Kosta.

—No me interesa Aidan en ese sentido —le aclaró Holly—. Solo me ha estado enseñando el lugar. Me ha llevado a los sitios donde solía ir mi tía.

—Por eso vine a verte —anunció la mujer mientras llevaba la taza al fregadero y la lavaba—. Había pensado que podría llevarte al mercado donde Sandy montaba a veces su puesto, al otro lado de la ciudad. Voy a ir esta tarde, así que me pareció que te gustaría coincidir con alguno de sus otros amigos.

A Holly le conmovió mucho este gesto, estaba a punto de aceptar la invitación, pero luego se acordó de Aidan y del plan para comer en Keri.

—La verdad es que ya he hecho planes —admitió tímidamente—. Aidan me lleva a Keri.

—¿Oh?

Ahora las cejas de Annie rozaban prácticamente el techo.

Jolín... Ahora sonaba menos convincente su versión de que consideraba a Aidan solo como un amigo.

—Seguramente podría cambiar la cita —añadió poco convencida, percatándose nada más decirlo de que, aunque quisiera, no sabía cómo contactar con el veterinario.

—¡No, no no! —Annie ya se dirigía hacia la puerta—. Por ningún motivo querría interponerme entre, ejem, vuestra floreciente amistad.

Si no fuera por la alegre sonrisa, Holly pensaría que era una indirecta maliciosa.

—Quizá podemos ir otro día, ¿te parece? —le rogó Annie—. Me gustaría mucho ir al mercado.

—Por supuesto.

Annie vaciló un momento y luego se adelantó para rodear a Holly por los hombros y estrecharla en un abrazo.

—¿A qué viene esto? —preguntó Holly con voz apagada.

—Parecías necesitarlo, cariño —respondió Annie soltándola y dándole un rápido estrujón en los hombros antes de salir al sendero.

Tenía razón, pensó Holly, conteniendo las lágrimas: lo necesitaba de verdad.

Aidan llegó justo cuando Holly daba los toques finales a una nueva blusa que había confeccionado empleando una camisola color crema que había traído de Londres y algunas de las delicadísimas puntillas griegas. En uno de los cajones del dormitorio de Sandra había descubierto una bolsita de terciopelo con botones y estaba cosiendo a mano el último cuando su vecino apareció en las puertas abiertas del patio trasero.

—Estoy impaciente por salir —dijo él de inmediato, alzando luego una mano cuando ella se levantó de la silla de un brinco.

Cuando volvió a inclinarse sobre su labor, Holly percibía los ojos de

Aidan sobre ella sin necesidad de verlos. Precisó de todo su autocontrol para dar las últimas puntadas sin pincharse en el dedo a causa del nerviosismo.

—¿No viene *Phelan* hoy? —preguntó, colgando la prenda acabada de una percha para dejarla en el respaldo de otra silla.

—No. —Aidan se adelantó para sostener una manga de la nueva confección, dejando que el tejido se deslizara entre los dedos—. Al muy bobo le dan miedo los barcos; he pensado que podríamos montar en barca después de comer. Esto es precioso, por cierto.

—¿De verdad? —Holly se sonrojó con deleite—. Quiero decir, no es nada importante, tenía unas horas, ha sido por matar el tiempo.

—A lo mejor piensas que, como veterinario, se me da bien coser —dijo él—, pero soy un desastre. Un montón de pobres animales en esta isla lucen horrendas cicatrices torcidas gracias a mis dedos de bruto.

Holly soltó una risita, mirando sus propias manos menudas. Eran como las de su madre. Cuando era pequeña, Jenny siempre estiraba la mano y Holly la ponía encima para poder comparar los tamaños. No había vuelto a pensar en esto en mucho tiempo; recordarlo la hizo sonreír.

—¿Estás bien? —preguntó Aidan estudiándola.

—Sí —respondió librándose del recuerdo.

La pequeña localidad costera de Keri estaba situada en la ladera de una colina al sur de la isla, a poco más de seis kilómetros de Lithakia. Aidan tardó menos de quince minutos en llegar allí. Antes de aparcar el jeep hizo una breve ruta señalando a Holly los grupos de casas de piedra en lo alto del acantilado y en la estrecha franja de playa que separaba la carretera principal del mar. La famosa isla en forma de tortuga, Maratonisi, descansaba grande y orgullosa en el mar justo enfrente del puerto salpicado de embarcaciones de pesca, veleros e incluso algún que otro yate.

—Qué precioso es esto —comentó Holly mientras Aidan paraba el jeep en un polvoriento aparcamiento junto a la estrecha playa.

—Lo mejor de Keri es la puesta de sol —le informó—. No me importaría quedarme a verla, si te apetece.

Holly asintió al tiempo que intentaba no prestar atención a las burbujas de excitación que estallaban en su pecho. Como si fuera una señal, el móvil empezó a vibrar en su bolso. Rupert había mandado antes un mensaje para avisarle de que llamaría después de su almuerzo de trabajo, de modo que debía de ser él. Ignoró la llamada y se echó la bandolera por detrás de la cadera. Era un poco feo por su parte, lo sabía, pero este preciso instante no era el más indicado para hablar, considerando que Aidan aún desconocía la existencia de Rupert.

—Ocean View está ahí arriba —comentó su vecino señalando la pared vertical del acantilado que describía una curva en torno a la bahía.

Cerca de lo más alto, distinguió algo que parecía un restaurante con una terraza exterior, con mesas y sillas esparcidas. Pensar en los ratos que debían de haber pasado su madre y Sandra ahí le puso la piel de gallina.

Anduvieron por el paseo marítimo en un silencio amigable, Holly fijándose en los bares, restaurantes y tiendas de recuerdos y Aidan contemplando el mar. La pequeña franja de arena estaba abarrotada de familias; según comentó Aidan, en esta parte de la isla había muchas villas de veraneo.

—En realidad no es tan buena idea llevar a tus pequeñines por la calle principal de Laganas, ¿verdad que no? —dijo él en broma.

—No he estado ahí de noche —confesó Holly—. ¿Es una locura de sitio?

—Bien, depende —la miró de soslayo. La ligera brisa que venía del mar levantaba algunos de sus rizos—. Si sortear charcos de vómito es lo que te

gusta, entonces te encantará.

La cara de asco que puso ella dejó claro que no, eso no le gustaba, y Aidan se rio. Habían llegado al extremo del paseo principal y estaban ya en el puerto. Teniendo en cuenta que nunca había estado en una embarcación digna de ese nombre, a Holly le sorprendió sentirse tan atraída por las barcas de recreo y de pesca. Le encantaba que todas tuvieran nombres, y preguntó a Aidan cómo llamaría a su barca si se comprara una.

—Seguramente, como es de esperar, algo irlandés. *Trébol*, por ejemplo —respondió encogiéndose de hombros—. No he pensado en realidad en eso. ¿Y tú?

—Sería un nombre griego —comentó Holly—. Pero aún no he aprendido suficientes palabras como para escoger una buena. ¿Te llevó mucho tiempo aprender el idioma?

Aidan cogió una piedra plana y la lanzó de lado al agua. El guijarro saltó dando brincos entusiastas sobre la superficie, rebotando tres veces antes de hundirse.

—Menos de lo que tardé en aprender este truco —contestó con una amplia sonrisa—. Se me da mucho mejor hablar griego que lanzar piedras.

—No tengo ni idea de cómo se hace —replicó ella estudiándole a través de las gafas de sol y descubriendo por primera vez que tenía un solo hoyuelo, en un lado de esa sonrisa torcida.

—Venga. ¡Te enseño!

Resultó que lanzar piedras no era tan fácil como parecía. Al cabo de diez minutos de conseguir solo «plafs y plofs», tal y como los clasificó Aidan, todas las piedras que lanzaba una frustrada Holly se hundían directamente en el mar.

—Percibo que vuelve esa faceta quisquillosa tuya —bromeó Aidan mientras ella entrecerraba los ojos concentrada y cada piedra que lanzaba se hundía irremediabilmente.

—Es un juego estúpido —protestó.

Le daba el sol en los hombros y se bajó los tirantes de la camiseta distraídamente. Por un breve segundo, tan breve que pensaba que lo había imaginado, los ojos de Aidan saltaron a su carne desnuda.

—Venga, chiquilla —dijo él seleccionando una nueva piedrita de la pila que había juntado a sus pies.

Colocándose a espaldas de ella, le levantó la mano derecha y encajó la piedra caliente entre los dedos.

—Tienes que sostenerla así, ¿ves? —le enseñó, volviéndole la mano de lado y empujándole con cuidado el índice por encima de la piedra para engancharla por la parte superior.

—Si la arrojas plana, debería planear —añadió.

A pesar del calor, ella notó cómo se le erizaba el vello en la nuca. Aidan le había rodeado la cintura con la otra mano y ahora le decía que debía acompañar el tiro inclinándose un poco. Holly se mordió el labio y, obligándose a concentrarse, imaginó la piedra golpeando el agua y rebotando en la superficie.

El aliento de Aidan le acariciaba el hueco de la clavícula. Mientras el irlandés se apoyaba en ella para estirarle el brazo hacia atrás y prepararlo para el tiro, Holly percibió una vibración en algún lugar profundo de su ser que le humedeció de inmediato las manos, y justo cuando estaba a punto de tirar, la piedra se le resbaló, dando en el borde de cemento del puerto y desapareciendo bajo el agua.

—Creo que no estoy hecha para lanzar piedras —dijo, decidida a distender aquella extraña atmósfera con una risa.

Él retrocedió un paso y le soltó la mano. Algo en sus ojos provocó un escalofrío en Holly, era una especie de anhelo animal, pero él se apresuró a recuperar la compostura.

—Como he dicho, tardas un montón de años en aprender. Vamos, ya es hora de que comas algo.

Cuando Holly era niña, su madre siempre la animaba a intentar cosas nuevas. Tanto si se trataba de trepar al árbol más alto del parque, como de tejer un osito de punto o de lanzarse con patines por una colina, Jenny siempre mostraba su entusiasmo; aunque tal vez no tanto con los patines después de una docena de veces más o menos de magullarse las rodillas. Tal actitud también se aplicaba a las comidas. Holly recordaba comer tortillas de Stilton con anchoas de lata y sándwiches de plátano y lechuga. Jenny consentía cualquier combinación que quisiera probar, aunque le revolviere con toda seguridad el estómago tener que prepararla.

No obstante, cuando empezó a beber, Jenny perdió las ganas de vivir de las que siempre había hecho gala, y también las ganas de que su hija disfrutara a tope de la vida. Como resultado, recurrían cada vez con más asiduidad a calentar patatas fritas o judías en el horno o pizzas baratas en el microondas. Jenny ponía alguna de esas cosas sobre la mesa y le decía a Holly que se lo comiera «ya, antes de que se enfríe», pese a que luego ella misma se quedaba dando vueltas a la comida en el plato antes de tirar dos buenos tercios al cubo de la basura. Era como si durante todos aquellos años previos Jenny hubiera llevado una máscara: el disfraz de «madre perfecta». Después de años viendo a su madre caer más y más profundamente en la adicción y la oscuridad, a su hija le resultaba imposible creer que la afectuosa y entrañable persona con la que había crecido fuera la verdadera Jenny. Solo había estado interpretando a la madre que en realidad nunca quiso ser.

Holly no redescubrió su afición por la comida variada hasta que empezó a salir con Rupert. A él le gustaba comer fuera de casa siempre que podía, y sus

incontables almuerzos de trabajo le convertían en un experto en los mejores restaurantes recién abiertos y en tesoros ocultos. Tras unos meses de amable insistencia por parte de su novio, Holly empezó a devorar cosas como sushi, tapas indias y curris que la hacían sudar. Era algo que hacían juntos y que ella disfrutaba de veras.

No obstante, aquí en Zakintos había desarrollado un verdadero gusto por la comida sencilla. Todo estaba tan fresco y sabroso que no necesitaba demasiada elaboración; pensaba que viviría feliz comiendo estas mismas cosas aquí el resto de sus días.

Aidan era un hombre más tradicional, y tras mirar el menú unos segundos ya estaba pidiendo un filete.

—¿Qué? —dijo alzando las manos cuando Holly puso cara larga—. No salgo nunca, para mí esto es un capricho.

—No estaba juzgando, en serio —sonrió ella, eligiendo la ensalada de tomate y sardinas.

La camarera del Ocean View era joven y británica, y Holly notó una suave punzada de celos. Qué maravilloso poder vivir aquí, trabajando en un lugar así con veintipocos años. Sin embargo, cuando compartió sus pensamientos con Aidan, él se rio y dijo que era probable que la pobre chica trabajara siete días a la semana sin ni siquiera cobrar el sueldo mínimo. Solo por esta vista, pensó Holly para sus adentros, mirando el mar moteado por el sol, estaría dispuesta a trabajar gratis. Habían elegido una mesa en la terraza junto al muro exterior, y todo lo que había debajo de ellos era verde, azul y dorado. Asombroso.

Mientras esperaban a que llegara la comida charlaron amigablemente, más que nada sobre el trabajo de Aidan y los personajes que conocía, pero también sobre la pasión de Holly por la costura. Se quedó estupefacta al oírse confiándole a Aidan que llevaba más de un año sin coser. Bien, no había

cosido hasta venir aquí.

—En Londres parece que nunca queda tiempo para nada —comentó—. Todo es demasiado apresurado y frenético, a todas horas.

Aidan asintió.

—No lo aguantaría. Es lo que me encanta de este lugar, que todo el mundo se toma su tiempo, sin tanta presión de todos lados.

—A mí también me gusta eso —admitió ella, aunque hasta el momento no lo había considerado en serio.

Aquí dormía mejor, comía mejor y se sentía menos estresada en general. Con este calor y con tanta belleza a tu alrededor era difícil sentir ansiedad. Desde su llegada a la isla, tenía la sensación de estar más desahogada. Aun así, era una idea ridícula dadas las circunstancias y el hecho de que era su primera visita.

—¿Estás segura de que es la primera vez que estás en la isla? —preguntó de pronto Aidan.

¿Acaso podía leerle la mente?

—Es raro. —Holly bebió un sorbo de agua—. Todo el rato experimento momentos de *déjà vu*, como si mi cuerpo reconociera de algún modo dónde estoy. ¿Suenan muy descabellado lo que digo?

—Sí. —Aidan se rio—. Igual significa sencillamente que aquí te encuentras como en casa. Quiero decir, al fin y al cabo eres dueña de una casa aquí. ¿También eres propietaria en Londres?

—¡Dios, no! —exclamó Holly—. No podría permitirme ni pensar en comprar algo. Siempre he vivido de alquiler.

—¿Sientes que Londres es tu hogar?

La pregunta no era fácil. Holly guardó silencio mientras calibraba la respuesta.

—Supongo que sí —contestó finalmente—. Allí está mi trabajo, mis amigos, mi... —se detuvo antes de decir «mi novio».

Aidan pareció no percatarse, afortunadamente, y se limitó a decir que desde el primer momento en que pisó la isla se sintió como en casa y que en realidad no sabía explicar por qué, pero así era.

—Para mi ex fue toda una conmoción —añadió, sorbiendo su café *frappé* con la cañita y tamborileando sobre la mesa con los dedos.

No había vuelto a mencionarla desde que habían estado en la cala de los Contrabandistas, y Holly se sintió palidecer un poco.

—¿Qué sucedió? —preguntó—. Perdón, no tienes por qué contarme nada.

—Tranquila. —Aidan alzó la vista y encontró su mirada—. Vine aquí a ver a mi madre y traje a mi chica conmigo. La cuestión es que no se cayeron nada bien, para entendernos.

—¿Oh?

Holly pensó en el aperitivo de caracoles que había arrojado sobre la blusa de la madre de Rupert y sonrió.

—Estábamos genial juntos en Irlanda. Quería un montón a esa chica, y pensaba que éramos lo bastante fuertes como para afrontar cualquier cosa juntos. En ningún momento dudé que quisiera formar pareja con ella, pero tenía mis dudas sobre dónde quería vivir con ella. Era maestra y su intención era dedicarse a la enseñanza en nuestro país, pero a mí me apetecía intentar buscarnos la vida aquí. El hecho de que mi madre, por algún motivo, no la aguantara agravó las cosas.

—¿Qué sucedió? —preguntó Holly, observando el músculo que había

empezado a palpar en la mejilla de Aidan.

Estaba claro que seguía siendo un tema delicado para él.

—Me dejó —respondió sin más, tamborileando aún con los dedos—. Siempre me amenazaba con hacerlo, pero en ningún momento creí que fuera a dar el paso. Pensaba que bastaba con el amor.

Su voz se apagó. Holly estiró el brazo por instinto con intención de apretar su mano, pero se detuvo en el último segundo.

—Creo que dio por supuesto que yo iría tras ella —continuó—. Y yo pensé en hacerlo, pero al final no era lo que yo quería. Supondría conformarme con una vida que no era de mi elección, no estaba preparado para hacerlo. Supongo que ella tampoco, parece lo justo.

—¿Aún os habláis? —preguntó Holly, preguntándose por qué la ponía mala pensar en ello.

—Solo muy de vez en cuando —respondió él encogiendo los hombros—. Aprender a dejar de amar a alguien es lo más difícil que puede hacer una persona. Parece intrínsecamente un error. Durante mucho tiempo me supuso un conflicto.

—¿Cuándo rompisteis?

La necesidad de datos era superior al desasosiego que le creaba oírlos.

—Hace una eternidad. —Se encogió de hombros otra vez—. Más de tres años.

—¿Y ha habido alguien después de ella?

Aidan le echó una rápida mirada y sonrió.

—¿A qué viene esto? ¿Vas a echarme el ojo ahora?

—Lo siento —replicó ella al darse cuenta de lo hipócrita que estaba

siendo.

Él no había indagado sobre su vida amorosa, y se preguntó si la razón era que no quería saber nada o simplemente no le importaba. Ninguna de aquellas razones le pareció especialmente fácil de tragar.

—*Yassou!*

Un alegre griego de mejillas coloradas que vestía una ceñida camisa blanca y vaqueros aún más ajustados les traía la comida. Era un cuarentón, calculó Holly. Era el primer griego de esa edad que veía sin lucir una cuidada barba.

En cuanto dejó los platos en la mesa, Aidan se levantó para estrecharle la mano, estaba claro que eran conocidos; luego ambos se volvieron hacia Holly.

—Holly, este es Alix. Es el dueño del restaurante y conocía bien a tu tía.

—¿Quién es tu tía? —le preguntó Alix a Holly con una sonrisa radiante.

—Sandra era mi tía —respondió ella escogiendo las palabras.

—Ah, sí, ¡Sandy! —anunció, sin dejar de sonreírle—. La conozco desde hace mucho. Tal vez veinte años o más.

Una chispa se encendió en la mente de Holly.

—¿Entonces la conociste de joven? —preguntó ella.

—¡Sí! —El griego dio unas palmadas—. ¿Quién es tu madre?

Quedaba claro que Alix era uno de los griegos más directos, le recordó a Nikos. Holly le devolvió la sonrisa.

—Mi madre era Jenny y...

—¿Jennifer? —interrumpió Alix otra vez, y la sonrisa se le desvaneció por primera vez.

—Sí. Murió hace diez años, pero...

—¡No!

La noticia pareció desconsolar de tal modo a Alix que Aidan se levantó y apartó una silla para él.

—¿Qué sucedió? —preguntó a Holly, invadida de pronto por una sensación de inquietud.

Este hombre parecía tan encantador que la idea de mentirle le pareció detestable, pero no tenía otra opción. No después de haberle contado a Aidan su habitual versión inventada de los hechos.

—Un accidente de coche —respondió tranquila, viendo cómo se le llenaban al hombre los ojos de lágrimas.

—No puedo creerlo —dijo él sacudiendo la cabeza consternado—. Hace muchos años que la vi por última vez, pero todavía pienso en ella. Estaba tan llena de vida...

Holly se limitó a asentir, sin saber qué decir. Las sardinas a la brasa que segundos antes olían tan bien le revolvían ahora las tripas, que protestaban ruidosas.

—Yo y tu madre, nosotros éramos... —Alix hizo una breve pausa y miró a Aidan, quien asintió—. Estábamos muy unidos, en otro tiempo.

Holly pensó de nuevo en la foto que había descubierto en el baño. ¿Sería Alix uno de los hombres de la foto? Dudaba que lo fuera, pero se había tomado hacía mucho tiempo.

—Te pareces a ella —dijo él entonces, pasándose el dorso de su peluda mano por los ojos—. Pero también tienes algo de griega, ¿eh?

—¿Ah sí?

Ahora le tocaba a Holly volverse para mirar a Aidan. El irlandés no dijo nada, se limitó a sonreír con cierta impotencia, y luego empuñó los cubiertos.

—Tienes ojos y pelo de griega —le dijo Alix—. ¿Quién es tu padre?

A Aidan se le atragantó un trozo de filete, lo que provocó que Alix se levantara de un brinco para darle una palmada en la espalda entre toses y resoplidos del irlandés. Holly respiró hondo en un intento de recuperar la compostura.

—Perdona por hacerte tantas preguntas. —Alix hizo una ligera inclinación en dirección a la chica—. Ahora debo dejaros disfrutar de la comida, pero después podemos tomar algo en recuerdo de tu madre, ¿sí?

Holly logró esbozar una sonrisa.

—Eso estaría muy bien.

Aún estaba afectada una hora después cuando él regresó con una botella de vino tinto y tres vasos. Mientras permanecían sentados y brindaban en honor de Jenny Wright, Holly examinó el rostro de Alix en detalle. Había sido muy amigo de su madre, era griego... ¿Podría ser su padre? ¿Podría este hombre jovial y ágil ser el padre ausente de su vida durante todos estos años?

Pero desde luego, ella se daría cuenta si así fuera. Sin lugar a dudas, alguna reminiscencia de naturaleza biológica profundamente arraigada en su cerebro desencadenaría la señal de que estaban emparentados. No sucedió nada parecido, pero Alix continuó contemplándola con ojos empañados mientras les contaba historias de las jóvenes Sandra y Jenny.

—Tu madre disfrutaba bebiendo —dijo en un momento dado, provocando un estremecimiento en Holly—. Podía tumbarme bebiendo, ¿cómo decís, darme cien mil vueltas bebiendo?

Estalló en carcajadas con el recuerdo y Holly se rio también por cortesía.

La misma pregunta la asaltaba una y otra vez: ¿por qué su madre se fue de Zakintos si tan feliz era aquí?

Transcurrió otra hora y descorcharon otra botella. Aidan había dejado de beber tras la primera copa, pero Alix se había bebido fácilmente él solo más de una botella. Holly, mientras tanto, empezaba a sentirse un poco atontada. El calor intenso del día, combinado con el vino y la escasa comida que al final había ingerido, confundía sus sentidos.

Era consciente de que Aidan no le quitaba los ojos de encima y en un momento dado también advirtió su rodilla desnuda rozando su pierna bajo la mesa, propagando un monumental cosquilleo de expectación por toda su columna vertebral. En su bolsa, colgada del respaldo de la silla, seguía vibrando el móvil con las llamadas no atendidas de Rupert. Holly sabía que se estaba apartando del buen camino, que estaba adentrándose en territorio peligroso, pero no quería reventar esta burbuja. Deseaba permanecer aquí sentada y escuchar historias sobre su madre y su tía y contemplar la vista y sentir el sol sobre su piel. Quería bloquear el resto de su vida y fingir, al menos por el momento, que podía quedarse aquí en este lugar para siempre.

Viernes, 3 de julio de 1992

Querida Sandy:

La semana pasada Holly cumplió siete años. Es increíble lo rápido que ha pasado el tiempo, ¿no crees? Celebramos una pequeña fiesta para ella en el jardín trasero de Simon: jalea, helado y todo lo demás. Me recordó tanto a las fiestas que hacíamos de niñas que medio esperaba verte aparecer por la puerta trasera en cualquier momento. Estoy segura de que a Holly le habría encantado verte. No dejaré que olvide a su tía Sandra, lo prometo. Muy pronto la llevaré a la playa de Brighton para que vuelva a ver el mar. Parece haber olvidado cómo solíamos jugar junto a otro mar a diario. ¿Recuerdas cómo jugábamos? Pienso todo el tiempo en aquellos días. Te echo mucho de menos. Por favor, dinos que vayamos a verte y lo haremos.

Todo mi cariño

Jen xxx

Dejaron a Alix con su oscura cabeza apoyada en los brazos justo cuando empezaba a oscurecer. Sus suaves ronquidos aportaban un fondo sonoro al rumor del personal que preparaba las mesas del restaurante para la cena. Durante estas últimas horas, Holly le había tomado un gran cariño al hombre, y también había decidido que él no podía ser su verdadero padre, eso seguro. Sí, tal vez compartieran un color de pelo similar, y sí, tal vez él fuera un antiguo novio de Jenny, pero se negaba a creer que las cosas fueran tan sencillas y que nada más entrar en un restaurante de una isla griega iba a encontrar a su padre después de veintinueve años. La vida no funcionaba así.

—¿Te apetece un rápido lanzamiento de piedras antes de embarcar? — bromeó Aidan mientras bajaban del jeep junto al puerto.

—No, no me apetece.

Holly le sonrió. El sol había sonrosado un poco las mejillas del irlandés, y eso le recordó a Rupert. En una ocasión que fueron a esquiar, se había quemado mucho tras pasar el día en las pistas; le quedaron las mejillas parecidas, solo que peor. Holly disfrutó aplicándole crema hidratante y haciéndole mimos para su pronta recuperación. Pobre Rupert, debía llamarle pronto, antes de que se preocupara en serio.

Ajeno a la guerra de Holly con su conciencia, Aidan se había adelantado y lidiaba con un cabo sujeto a un pequeño bote de pesca por un extremo y a un bolardo metálico por el otro. La embarcación de poco calado flotaba en el agua clara, bamboleándose de lado a lado. El bote debió de ser azul en otro tiempo, pero la pintura casi se había desconchado, quedaban únicamente

algunos fragmentos agrietados en un lado. Holly vio que a bordo solo había sitio para que se sentaran unas cuatro personas cómodamente, y notó que su excitación previa se deshacía en nervios.

—Vamos, estarás por completo a salvo conmigo —dijo Aidan tendiéndole la mano y sujetándola a continuación por las axilas para levantarla del suelo y meterla en el bote.

Holly, aturullada, se apartó tambaleante de él y casi se cae por la borda.

Aidan la miró entrecerrando los ojos, fingiendo enfado, antes de pasarle el chaleco salvavidas. Estaba segura de parecer una idiota con eso puesto, pero no quería arriesgarse a no llevarlo. Tenía la impresión de que Aidan llevaba el suyo solo para dar muestras de responsabilidad. Él no tardó en poner en marcha el motor, alejándoles de la costa como un verdadero profesional.

Tras la impresión inicial de estar a bordo de algo que avanzaba a velocidad increíble y cerca de la superficie del agua, Holly se relajó y dejó que sus dedos dibujaran surcos en el mar. Aidan puso rumbo al este y se dirigieron directamente a Maratonisi, que desde este lado de la bahía parecía una tortuga aún más gigante.

Al igual que la playa de Kalamaki, esta isla era una importante reserva para la puesta de huevos de las tortugas, y buena parte de su perímetro estaba acordonado y tenía acceso restringido. Las embarcaciones de rutas turísticas se acercaban cada día hasta aquí desde Laganas, le informó Aidan, pero con limitación estricta del tiempo que podía permanecer la gente en la arena. Él había colaborado mucho con el grupo conservacionista local que cuidaba de las tortugas —o especie *Caretta caretta*, como se las conocía por aquí—. El cuidado de las tortugas era un tema que los habitantes de Zakintos se tomaban muy en serio. De todas las islas de la zona, esta era una a la que las tortugas decidían regresar año tras año. Para Holly, igual que para todo el mundo, eso hizo aún más especial el lugar.

Tardaron veinte minutos en alcanzar la isla. Cuando llegaron, Aidan hizo un mohín contrariado al ver un grupo de embarcaciones turísticas que habían formado un círculo no lejos de la orilla arenosa.

—Han localizado una tortuga —dijo—. La tortuga *caretta* sale a respirar a la superficie cada cinco minutos más o menos, lo cual significa que todo el mundo aprovecha para hacer su foto.

—¿Crees que las altera? —preguntó Holly, consciente del ceño en el rostro del irlandés mientras pasaban a cierta distancia de los barcos.

—No sé —respondió encogiendo los hombros—. Solo pienso que es un poco excesivo que se junte un grupo de barcos como este. Si las tortugas se desorientan, se angustian. Pero supongo que mientras donen dinero y no metan las sombrillas en los nidos que hacen en la arena, pues ya va bien.

Holly asintió. Siempre había opinado lo mismo acerca de los zoológicos: eran un poco crueles pero también necesarios. Costaba mucho más preocuparse por algo que nunca has visto que por un animal que has tenido a pocos centímetros. Iba a expresar su punto de vista, pero intuyó que Aidan sería contrario a la noción de un animal metido en una jaula. A menudo había pensado que su madre al final se había convertido en una especie de animal enjaulado: incapaz de salir de casa, con las alas cortadas tras años de abusar del alcohol. Al alzar la vista descubrió una bandada de aves encumbrándose sobre la isla, y se preguntó si cabría la posibilidad de que Jenny fuera una de ellas. Si fuera posible elegir cómo regresar a la vida, Jenny sin duda habría escogido ser un ave. Le reconfortó pensar en ella de esa manera, alzando el vuelo y buscando aventuras nuevas.

—Si seguimos un poco mar adentro, podremos ver la puesta de sol —gritó Aidan por encima del estruendo del motor.

Maratonisi se desvanecía ahora poco a poco tras ellos y por delante se

extendía únicamente el vasto mar azul. El móvil de Holly había dejado de vibrar finalmente, bien por falta de señal o por falta de batería. Pensó en vano en librarse de sus remordimientos tirándolo por la borda. No había hecho nada malo, se tranquilizó. Sí, navegaba en un bote, a punto de ver la puesta de sol con un hombre al que apenas conocía, pero aún no había cruzado ninguna línea roja. Todo iría bien si conseguía permanecer a este lado de la valla.

Aidan parecía saber con exactitud a dónde iba y, al cabo de un rato, apagó el motor y fondeó. Delante de ellos dos grandes rocas se elevaban a cierta distancia desde el agua, asomando la nariz desde la superficie como topos muy curiosos. La ardiente bola roja del sol ocupaba oronda el cielo justo sobre esas piedras, descendiendo una fracción sobre el horizonte con el estallido de cada ola contra el bote.

—Solía traer aquí a Sandra a veces —dijo Aidan quitándose el chaleco salvavidas y colocándolo tras su espalda a modo de cojín—. Sabía escuchar, tu tía, fue muy paciente conmigo durante mi época tonta tras la ruptura.

—Estoy segura de que no era tan tonta —dijo Holly.

Las palabras empleadas por Aidan para describir sus sentimientos un rato antes habían hecho mella. La idea de tener que aprender a no amar a alguien era desconsoladora, pero ¿no era eso lo que había intentado hacer ella desde la muerte de Jenny?

—Creo que ella también había sufrido algún desengaño —dijo él con cautela—. Entendía muy bien lo desdichado que me sentía, y ella nunca mentía.

—¿Mentir sobre qué?

Aquel comentario la había intrigado.

—Ya sabes, hay personas que siempre te dirán lo que creen que quieres oír, como «no te preocupes, mi viejo amigo, hay mucho más donde elegir», y

toda esa basura.

—Creo que hace siglos que nadie emplea «mi viejo amigo» —replicó Holly con una risita—. Pero, sí, entiendo a qué te refieres. La gente se harta de las desdichas de los demás. Al cabo de un rato te resulta más fácil fingir que todo va bien con tal de no aguantar la carga de su sentimiento de culpa, además de tu propia tristeza.

Aidan la miraba ahora con atención, su rostro estaba tan cerca que Holly podría haber contado sus pestañas si hubiera querido.

—¿Es eso lo que tú haces? —preguntó—. ¿Finges que todo va bien?

—A veces —respondió ella con un encogimiento de hombros, maravillada de lo fácil que le estaba resultando admitir todo eso—. Durante un tiempo es lo que hice. Me ayudó a sobrellevar la pérdida de mi madre. Interpretaba el papel de alguien que lo estaba superando, pero por dentro estaba...

Tuvo que detenerse entonces antes de que su voz revelara demasiado. Aidan también guardó silencio. El sol casi se había puesto y el cielo se transformaba en una profusión de oro, rojo y ámbar. La superficie del agua parecía una lámina de bronce ondulante recién horneado, a la cual dar forma y retorcer, lista para configurar algo diferente, algo hermoso.

—No puedes poner un límite temporal a ese tipo de cosas —comentó él comprensivo—. El desconsuelo, la pena, la tristeza..., todo eso deja una marca en ti. Querer sentirse mejor es solo el principio, puedes tardar toda una vida en recuperarte. De hecho, pienso que algunas personas no lo consiguen nunca. No creo que Sandra lo lograra.

Holly pensó en la carta, en las palabras de su tía acerca de no merecerse otra cosa. ¿Había hecho Sandra algo tan horrible a su hermana como para romper definitivamente el vínculo entre ambas? Sin duda, esa era la respuesta. Pero, ¿de qué se trataba? Se dispuso a preguntárselo a Aidan, pero se contuvo.

Si él supiera qué había sucedido, se lo habría contado, estaba convencida de ello. Pese a no conocerle muy bien, confiaba en él. Su instinto le decía que era buena persona, así que por el momento le bastó lo que él había dicho.

—Confío en lograr recuperarme —dijo ella, sin apartar la vista del sol, que ahora estaba medio tapado por el mar y brillaba con un color rojo ardiente.

Aidan le acarició el hombro con una mano grande y cálida.

—Tardar toda una vida es demasiado tiempo —dijo apretándole el hombro con los dedos—. Pero hay que desear ser feliz. Tengo la impresión de que eres demasiado dura contigo misma. No te reconoces tus méritos lo suficiente.

De nuevo estaba escudriñando las partes ocultas en lo más profundo de su ser.

—Lo que le sucedió a tu madre, no fue culpa tuya. Tienes que saberlo.

Pero sí había sido culpa suya, en cierta medida. Si ella no le hubiera supuesto tal desilusión a su madre, tal carga, quizá hubiera encontrado fuerzas para recuperarse. Si Holly no hubiera estado en clase todo el día, si hubiera llegado a tiempo de prestarle los primeros auxilios a su madre, antes de que fuera demasiado tarde, si, si, si... La palabra se le clavaba como un cuchillo, la doblaba de dolor. Apartó los ojos del sol y bajó la mirada hasta sus pies en el fondo del bote. Aidan no dijo nada, continuó masajeando el hombro con los dedos hasta que ella empezó a relajarse. Cuando volvió a alzar la vista de nuevo al horizonte, estaba negro como boca de lobo.

—Ha sido una puesta de sol maravillosa —comentó volviéndose hacia Aidan, encontrando el blanco de sus ojos en la oscuridad.

—Hay gente que prefiere el amanecer —dijo él con voz casi susurrante—. Pero yo prefiero esto. La oscuridad reinante a continuación es absoluta aquí.

—A propósito... —Holly añadió un matiz de humor a su voz—. Serás capaz de llevarnos de vuelta a la costa, ¿verdad?

Aidan se rio.

—No te preocupes. Este bote tiene un fanal, es probable que haya incluso una brújula en algún lugar.

—¿De quién es el bote, por cierto? —preguntó Holly, desplazándose un poco bajo el peso de la mano que seguía descansando en su espalda.

—De alguien que conozco, un griego —contestó entre dientes—. Tiene unas cuantas embarcaciones, creo, pero esta es la peor de todas.

—Me siento halagada —replicó ella y luego rio.

Tenía ganas de recuperar la atmósfera jovial que reinaba antes de la más seria. Era consciente de estar disfrutando de la sensación de encontrarse tan cerca de Aidan..., más de lo que resultaba prudente.

—Regresaremos a Keri dentro de un minuto —le anunció él—, pero primero quiero que cierres los ojos y que te tumbes.

—¿Que quieres que haga qué? —farfulló Holly.

Aidan se rio.

—No te preocupes, no voy a propasarme contigo, confía en mí, ¿de acuerdo?

Holly cerró los ojos y dejó que Aidan la ayudara a tumbarse de espaldas en el bote mecido por las olas. Se sintió terriblemente vulnerable al no ser capaz de ver qué sucedía. Después de que Aidan le colocara el chaleco salvavidas debajo de la cabeza, él se tendió también a su lado, rozándole sin darse cuenta con el dedo en el dorso de la mano.

—Bien, ahora ya puedes abrir los ojos.

Holly los abrió y en ese momento se quedó sin aliento. El cielo estaba salpicado de estrellas, cientos de ellas, como si alguien hubiera echado purpurina. Cada estrella brillaba con tal magia y belleza que se le hizo un nudo en la garganta. Había leído que ciertas cosas te cortaban la respiración, pero ahora era consciente de no haber vivido tal sensación hasta este momento. No encontraba palabras con que describir lo que estaba viendo, solo sentimientos. Su corazón latía con fuerza en el pecho, y también percibía los latidos de Aidan. Aunque él debía de haber visto las estrellas muchísimas veces, también se había sumido en un silencio reverente ante la majestuosidad de este cielo nocturno.

—Nunca te cansas de esta visión —susurró él, leyendo su mente como siempre parecía hacer—. La primera vez que vine aquí, supe que ya no me iría de este lugar. No lamento admitir que estas estrellas me hicieron llorar. No estaba triste, solo conmovido, y todavía me conmueven ahora.

Eso era, eso era lo que ella sentía. Era imposible no verse minúscula e insignificante aquí abajo, a tantos miles de kilómetros de esas estrellas. Pero al mismo tiempo era consciente de que el momento era espectacular, un momento que nunca olvidaría. Quiso guardarlo bien y llevárselo con ella.

—¿Estás bien? —Aidan se volvió al mismo tiempo que ella.

Por un segundo Holly pensó que iba a besarla, pues desplazó la mirada a sus labios, luego de nuevo a sus ojos. Ella apreciaba la palpitación en su propio cuerpo cargado de energía. Aidan levantó la mano y le apartó un rizo de la mejilla con delicadeza, dejando que sus dedos descansaran un segundo en el punto donde la barbilla se une con la garganta. Ella sabía que debía moverse, pero era incapaz, así que se obligó a apartar los ojos de su mirada y volvió a alzar la vista a la refulgente bóveda. Tras una pausa, Aidan respiró hondo, incorporándose hasta sentarse de nuevo. Luego estiró el brazo para alcanzar su bolsa.

—¿Es hora de irnos? —preguntó Holly, todavía incapaz de dejar de mirar la bóveda estrellada.

Aidan suspiró y dio una última ojeada al cielo.

—Sí, Holly..., es hora de irse a casa.

—¡Holly! ¿Dónde estabas?

Rupert no estaba precisamente contento.

Después de que Aidan la dejara la noche anterior, Holly había desenterrado su móvil, tras lo cual encontró diecisiete llamadas perdidas y un aluvión de mensajes de texto cada vez más inquietos. Incapaz de hablar con su novio justo después de casi besarse con Aidan en el bote, optó por apagar el teléfono como una cobarde e irse colina abajo a tomar un trago en el bar de Annie antes de acostarse.

—¡Cuánto lo siento! —replicó suplicante—. Estuve fuera todo el día y no llevaba el teléfono. Y por aquí tampoco es que haya cabinas...

Debería dejar de decir tantas mentiras.

—Estaba preocupadísimo —protestó Rupert, dejando claro su enfado—. Pensaba que te habías ahogado, qué caray.

—Lo siento —repitió ella suspirando por sentirse culpable—. No sé qué decir. Te prometo que no volverá a pasar.

Le oyó hablar entre dientes con alguien en segundo plano e intentó rebajar el tono de su malestar. Siempre les interrumpían cuando ella le hablaba por teléfono. Sabía que no era para tanto; sabía también que su trabajo era muy absorbente, pero de todos modos se tomaba muy mal que la dejara a media frase.

—¿Ya has puesto en venta la casa? —le preguntó Rupert, enfadándola un poco más.

Llevaba en la isla menos de una semana, por el amor de Dios.

—No, todavía no..., no he conseguido una cita con la inmobiliaria hasta la semana que viene.

Al menos eso era verdad, pero lo que no le dijo era que en secreto temía que llegara ese momento. Cuanto más tiempo pasaba en esta casa, más le gustaba. ¿Realmente merecía la pena venderla si la operación ni siquiera iba a permitirle comprar un estudio en una zona de mala muerte de Londres?

—Te echo mucho de menos —dijo entonces Rupert, consiguiendo que se sintiera la peor novia del mundo.

De nuevo había hecho planes con Aidan para esta tarde. En lo profundo de su ser sabía que lo que sentía por él no era tan inocente como pretendía. Desconocía cómo afectaba eso a su relación con Rupert, pero empezaba a percatarse del poco control que tenía sobre aquello. Lo más sensato sería no pasar tanto rato con su vecino, por supuesto, pero había una parte obstinada en ella que se negaba a hacerlo. Tal vez se parecía a su madre más de lo que pensaba.

—Yo también te echo de menos —le dijo.

No podía creer que en el poco tiempo que llevaba fuera hubiese cambiado tanto. ¿La reconocería Rupert a su regreso?

—¿De verdad tienes que estar ahí otra semana más? —preguntó él—. Echo de menos a mi chica, echo de menos besarte... Discúlpame, es solo un segundo.

Se oyeron más sonidos y voces de fondo. Holly aprovechó el rato para cortar unos tomates para su desayuno. Se sentía un poco culpable por el hecho de no haber vuelto aún a Kalamaki para ver a Nikos, y se preguntaba si tendría tiempo para una visita rápida en moto antes de que Aidan viniera a recogerla. Hoy planeaban tachar un par de lugares más del mapa de Jenny y Sandra, uno

apodado «punto de la hemorragia nasal» y el otro sencillamente «Cuevas Azules». Después de eso solo faltaba la playa secreta.

—¿Qué te estaba diciendo? —Rupert se había puesto de nuevo al teléfono —. Oh, sí, te decía cuánto echo de menos besarte... y no me refiero solo a tu boca, también me refiero a ese otro lugar... ¿Qué? Oh, vaya.

Holly suspiró.

—Lo siento, cari. Toby me necesita para no sé qué. Prométeme que me llamarás otra vez mañana temprano.

—Lo prometo.

—De acuerdo. Adios, cielo. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Mientras guardaba el teléfono en el bolso, Holly pensó otra vez en lo que había dicho Aidan acerca de aprender a no querer. Tenía el problema opuesto con Rupert: todavía intentaba aprender a quererle. Tenía tantas cosas adorables..., su bondad, su inteligencia, su lealtad, su amabilidad, su atractivo, su ambición. Contó con los dedos cada cualidad, esperando sentir algo.

¿Tal vez estas cosas requerían tiempo? ¿Tal vez el amor era algo que crecía mientras se convivía, algo que necesitabas nutrir, algo a lo que dedicar tiempo? Había notado una punzada mientras Aidan hablaba tan abiertamente del amor que sentía por su antigua novia. Por comparación, hacía que su relación con Rupert pareciera tonta e infantil. Holly se había sentido deshonesto momentos antes diciéndole que le amaba.

Lo cierto era que deseaba amar a Rupert. Deseaba quererle mucho, pero siempre había supuesto que el problema residía en ella. Su miedo e inseguridad era lo que impedía que sintiera algo más profundo, no tenía nada

que ver con sus verdaderos sentimientos. Rupert le repetía todo el rato que la amaba, pero ella nunca lo sentía realmente. Quería estar segura de lo que sentía, pero no lo estaba.

Sacó el teléfono del bolso y repasó las fotos. Había unas cuantas de esta casa, de la playa de Kalamaki y otras más de sus dos excursiones con Aidan, pero había sobre todo fotos de ella y Rupert. No era muy aficionada a retratarse, pero su novio era lo opuesto; la mayoría de fotos de ambos las había hecho él. Estudió su propio rostro, intentando detectar algo en sus ojos. Parecía feliz, sonreía, distinguía incluso un atisbo de risa en algunas, pero en ninguna de las imágenes le sonreía a Rupert. ¿Si sintiera amor por él no le miraría? Y si no era así, ¿no debería empezar a intentarlo con más esfuerzo?

Mientras consideraba estas preguntas sentada en el jardín trasero, se percató de que ya era demasiado tarde para ir a Kalamaki. Tendría que dejarlo para el día siguiente. Fue consciente del leve tirón de pánico al darse cuenta de que casi había pasado una semana. Hoy era viernes, eso significaba que le quedaban solo ocho días. No parecía suficiente tiempo.

El «punto de la hemorragia nasal» resultó ser una sencilla franja de tierra seca en el punto más elevado de la isla. Mientras se veían obligados a conducir por un sendero sin asfaltar, Holly se alegró mucho de que el vehículo elegido por Aidan fuera un jeep. Incluso así, iban de un lado a otro. *Phelan*, que se había pasado del asiento posterior al regazo de Holly y luego al espacio para las piernas debajo de ella, gemía mientras iban dando botes con cada bache.

—Mejor no subir aquí en moto —gritó Holly por encima del estruendo del motor.

—¡No podrías! —gritó Aidan como respuesta, con los nudillos blancos de agarrar el volante.

No quedaba rastro de los momentos embarazosos vividos por ambos la noche anterior después de la excursión. Él se había presentado en la puerta con su habitual aspecto desaliñado, vestido con un gastado polo verde y pantalones de campaña color beige. Le había ofrecido otra de sus naranjas, que Holly comió durante el camino. Para su sorpresa, *Phelan* se comió las mondas.

—Este chucho idiota se comería hasta las botellas de plástico si yo le dejara —dijo en plan cariñoso Aidan.

Hoy había nubes en el cielo, pero seguía siendo un día de sol radiante. Holly había elegido un vestido blanco en el último minuto, dejando sus leales *shorts* vaqueros en el suelo del dormitorio, decisión que ya lamentaba dada la cantidad de polvo que entraba por las ventanillas abiertas. Cuando finalmente dejaron el sendero de tierra y rodaron por el liso cemento de una carretera en condiciones, creyó oír a *Phelan* expresar su alivio.

—¿Ves esa isla?

Habían bajado del jeep y Aidan junto a ella señalaba hacia el norte. Holly miraba el mar con los ojos entrecerrados. Sin duda distinguía una masa de tierra, pero la lejanía le impedía ver con precisión las orillas.

—Eso es Cefalonia —le dijo él—. Y aquello —añadió moviendo el brazo hacia el oeste— es la Grecia continental.

—¿Cuánto se tarda en llegar? —preguntó, todavía entrecerrando los ojos.

—Kilini, en el continente, está a una hora más o menos en ferry —contestó—. Y Cefalonia, aproximadamente lo mismo, creo, aunque hace un tiempo que no voy por ahí.

—¿No es esa isla donde...?

—Sí, mi madre vive ahí. Conoció a un tipo y se mudó a vivir con él. Pero,

ya te he dicho, llevo un tiempo sin visitarla. Digamos que hemos perdido el contacto.

Aunque no lo dijo en voz alta, Holly pensó en lo agradable que debería de ser tener a tu madre a tan solo una hora de distancia. No era asunto suyo —y por el tono de voz detectaba que él no quería entrar en detalles—, pero de todos modos se sintió frustrada. ¿Acaso Aidan no había aprendido durante el tiempo pasado con Sandra que las rencillas no llevaban a ninguna parte, que eran autodestructivas? Pero, claro, ella siempre había guardado aquel resentimiento contra su propia madre.

—Qué callada estás hoy —le dijo Aidan.

Se había desplazado hasta el extremo del terreno llano para asomarse al borde del acantilado.

A Holly le resultaba raro que no hubiera vallas para evitar que la gente se cayera, pero por lo visto no había habido ningún accidente. Se lo había preguntado a Aidan nada más llegar.

—No es que esté callada, estoy disfrutando de la vista —respondió dedicándole una sonrisa.

—¿Sabes? En días claros desde aquí puedes ver el Big Ben —le dijo él.

—¿De verdad?

Holly se puso de puntillas durante un segundo y miró la lejanía.

—Sí, de verdad —respondió él, y a continuación estalló en carcajadas.

—¡Eh! —Holly cogió una piedrecita cercana y se la tiró—. Qué morro tienes.

—Me lo pones fácil. —Volvió a reírse—. Y yo que pensaba que eras una chica lista. Qué equivocado estaba...

Ella le tiró otra piedra.

—¡Casi me das! —aulló Aidan agachándose para esquivar una tercera y volvió a reír cuando *Phelan* se puso a brincar entre ellos, ladrando excitado con este nuevo juego que no entendía.

Holly también se reía ahora. Durante unos minutos siguió intentando dar en el blanco con lanzamientos poco convencidos de piedras y ramitas caídas.

—¿Venía Sandra por aquí? —preguntó dejando de tirarle cosas a Aidan para dar un trago a la botella de agua que llevaba en la bolsa.

—No, que yo sepa —respondió él frunciendo el ceño—. Al menos, no conmigo. Solo tenía ese cochecito que prácticamente se aguantaba con trozos de cordel... Si hubiera venido hasta aquí con ese cacharro se le habría caído a pedazos.

—¿Qué ha sido del coche? —preguntó ella.

—Lo mandó al desguace antes de..., ya sabes. Quería dejarlo todo organizado, para que nadie tuviera que preocuparse.

Holly hizo un gesto de asentimiento. Por lo visto, Sandra se ocupó del coche y del gato, pero no le había procurado a Holly las respuestas que tanto ansiaba obtener. Y aparte estaba la casa. ¿Por qué se mantuvo tan firme en su decisión de que Holly la heredara si nunca se habían conocido?

—Otra vez te has quedado callada. —Aidan le dio un toque con su gastada zapatilla—. ¿Nos vamos ya a ver las Cuevas Azules?

A Holly le pareció bien. Le siguió de regreso al jeep, pero en realidad aún no le apetecía dejar este lugar. El paisaje era desolador aquí arriba, el viento levantaba polvo en torno a sus tobillos y la maleza se intercalaba con restos resecos de plantas muertas hacía tiempo. ¿Qué les había gustado a Sandra y Jenny de este lugar como para merecer una mención en su mapa? Sin duda

ofrecía una buena vista, pensó, pero seguro que había algo más.

—Es un detalle por tu parte acompañarme en este recorrido —dijo cuando circulaban por la pista de tierra por segunda vez y retomaron caminos relativamente en buen estado. *Phelan*, aún sentado en el espacio para las piernas, levantaba la cabeza de vez en cuando para apoyarla en la rodilla de Holly.

—No es molestia alguna —respondió Aidan.

—Me disgusta abusar de tu tiempo de este modo —continuó ella—. Quiero decir, ¿qué pasa con todos los animales enfermos?

—Hasta esta semana no he tenido un solo día libre en seis meses —contestó él—. He dejado a otra persona en la clínica, una mujer que trabaja para mí, o sea que los animales están bien atendidos.

—Ah, bien —replicó ella mientras aparecía en su mente una mujer griega, sexy y joven, con un diminuto uniforme de veterinaria y sonrisa tímida y coqueta.

—Sí, Paloma —continuó él—. Está casada y tiene una niña.

—Oh.

Igual que antes, se comportaba como si perdiera la capacidad de hablar correctamente cuando se hallaba cerca de Aidan.

—Nuestra época de más trabajo suele ser hacia finales de temporada —comentó ralentizando la marcha mientras atravesaban un pueblecito rústico.

Dos ancianas sentadas en sillas en el exterior de una de las casas les saludaron con un movimiento de las manos.

—Los trabajadores de temporada, ya sabes, chavales que trabajan durante el verano en Laganas, recogen a menudo cachorros y gatitos que encuentran en la calle o en la playa.

—¿Eso no está bien? —preguntó ella.

—En principio sí, porque tienen alguien que los alimenta y los cuida. Pero el problema es que se domestican demasiado. Muchos gatos y perros viven en estado salvaje aquí y saben cuidar de sí mismos bastante bien. Pero cuando los seres humanos los recogemos demasiado jóvenes no aprenden las habilidades esenciales de supervivencia.

—Ya veo —respondió Holly, dando una palmadita a *Phelan* en la cabeza.

Era horrible pensar en perros y gatos viviendo por su cuenta. Sobre todo perros, a los que siempre había encontrado tan indefensos sin sus amos.

—Cuando llega octubre, los trabajadores de temporada regresan a sus casas y ponen a sus mascotas de patitas en la calle; entonces es cuando se convierten en un problema. Nos traen muchísimos al borde de la muerte. Puede ser muy desgarrador.

—¿Qué sucede entonces? —preguntó Holly, temiendo la respuesta.

—Bien, Paloma y yo intentamos realojar a cuantos podemos, pero hay casos en que las heridas y la malnutrición son demasiado graves, y en ese caso debemos sacrificarlos.

—Qué triste —dijo ella, sintiendo impotencia.

—Hay una organización benéfica que se ocupa de los animales callejeros. Les proporciona los cuidados necesarios contra garrapatas o lombrices que hayan contraído —añadió—. Sandra colaboraba acogiendo en su casa algunos de los pobres gatitos durante su recuperación. Así es como se quedó con *Caretta*.

Le gustaba esta faceta de su tía. Alguien que se preocupaba tanto por los animales no podía ser mala persona, por muchos errores que hubiera cometido. Holly no había tenido una mascota en la vida, pero pensaba que de

vivir aquí probablemente acabaría con la casa llena.

Cuando se lo explicó tal cual a Aidan, él estalló en carcajadas y le recomendó que no fuera repitiendo ese dato valioso o él terminaría instalando su clínica en la habitación que ella tenía libre. El buen humor reinante entre los dos contrastaba con el ambiente del día anterior, cuando Aidan parecía más circunspecto. Estaba claro que hoy se comportaba de forma más desenfadada, aprovechando cualquier ocasión para burlarse y hacer bromas mientras recorrían la isla.

Las Cuevas Azules estaban situadas en el cabo Skinari, el punto más septentrional de Zakintos. Solo se accedía a ellas en barco, lo cual significaba que *Phelan* debería esperar solo y que Holly y Aidan se verían obligados a compartir el transbordador con un puñado de turistas británicos que acababan de aparecer en un estruendoso convoy de *quads*.

Después de aparcar el jeep bajo la sombra de un árbol y dejar a *Phelan* atado a una rama baja con algo de comida y un cuenco de agua, Aidan cogió a Holly de la mano y la llevó por un tramo largo y sinuoso de escalones de piedra hasta un estrecho embarcadero de madera. Luego insistió en pagar él los siete euros que cobraban por persona, antes de auparla con cuidado para subirla al barco.

Los integrantes del grupo de turistas que había llegado en las motos eran bastante jóvenes y parlanchines. Holly sintió vergüenza ajena cuando una de las chicas empezó a hacer una serie de preguntas ridículas al capitán. Su novio parecía mudo en comparación, aunque por un momento se preguntó si aquellas terribles quemaduras del sol en su rostro le impedirían abrir la boca.

El banco de madera situado ante Holly y Aidan lo ocupó una pareja algo mayor, con los dedos entrelazados y mirada de dicha contenida en el rostro. Al pillar a Holly mirándoles le sonrieron.

—¿Habéis estado antes en las cuevas? —les preguntó la mujer cuando la embarcación dejaba el espigón y ponía rumbo al este.

—Él sí, yo no —contestó Holly.

En realidad no tenía ni idea, pero Aidan hizo un gesto afirmativo.

—Bien, pues vas a disfrutar —siguió la mujer—. ¿Así que estas son vuestras primeras vacaciones juntos? Yo diría que lleváis poco tiempo saliendo, si me permitís el comentario.

Aidan ocultó una risa con su mano y Holly sintió que se ponía colorada.

—No somos pareja —dijo ella, con una sonrisa—. Solo amigos.

Cuando, por un instante, la mujer aparentó confusión, su marido se inclinó hacia delante:

—No le hagáis caso —comentó—. Siempre ha sido una romántica incorregible. Ve el amor en la cara de todo el mundo, eso le digo yo.

—Me parece maravilloso —anunció Aidan, dando un ligero codazo a Holly en las costillas.

—¡A mí también! —gorjeó ella obedientemente.

Esto pareció sentarle bien a la mujer, pero cuando Aidan volvió la cabeza para contemplar el mar, aprovechó para guiñarle un ojo a Holly sin disimulo.

Apenas se tardaba diez minutos en llegar a las cuevas. En cuanto aparecieron, un coro de *oohs* y *aahs* resonó en el barco. Las rocas aquí también eran de caliza, similares a las de la cala donde se hallaba el barco naufragado, y proporcionaban una superficie blanca brillante que reflejaba el mar turquesa. El agua era tan transparente que podías ver el fondo. Holly notó un hormigueo en las rodillas, mezcla de nervios y excitación. El capitán gobernó el barquito por entre los arcos para adentrarse en la profundidad de las cuevas, donde el turquesa se tornó un verde botella intenso, entre húmedas

paredes con algas.

En cuanto el capitán apagó el motor, los turistas jóvenes se apresuraron a zambullirse en el agua, soltando chillidos al meter sus cuerpos bañados por el sol en las frías aguas.

—¿Vienes a nadar?

Holly se volvió y encontró a Aidan ya sin su polo ni los pantalones de campaña, vestido solo con calzoncillos de estampado floral. En el rostro de Holly debió de reflejarse lo que pensaba porque él se rio y bajó ambas manos con gesto brusco para ocultar lo que estaba a la vista.

—No tenía otros calzoncillos limpios. Así que, ¿vienes o qué?

Holly asintió y Aidan se zambulló al instante desde la borda, casi sin dejar una sola onda cuando su cuerpo penetró el agua. Holly se quitó el vestido blanco y de inmediato se sintió cohibida con su bikini púrpura. Mientras descendía con torpeza por la escalerilla de metal y se metía en el agua, rogó al cielo para que Aidan no estuviera mirándole directamente el trasero.

Jenny había insistido en que su hija aprendiera a nadar desde muy pequeña. Ahora Holly se lo agradecía en silencio porque Aidan ya había nadado hasta los arcos de caliza de la entrada y le hacía señas para que se reuniera con él.

Al aproximarse, el irlandés se llevó un dedo a los labios.

—No digas nada, pero creo que hay una tortuga debajo de nosotros —susurró—. No quiero que los demás se enteren o empezarán a dar berridos, y por lo que veo la acústica en estas cuevas es fabulosa.

Una gota de agua colgaba del extremo de su nariz y los rizos se le habían aplanado sobre la cabeza. Holly se felicitó por no haberse tomado la molestia de aplicarse máscara de ojos aquella mañana. Ya era bastante terrible que su

pelo pareciera el de una rata ahogada... o algo peor.

—Shhh. Creo que va a salir a la superficie —susurró Aidan—. Ahí mismo, mira.

Holly se volvió hacia donde señalaba justo cuando una pequeña cabecita moteada se asomaba a través del agua. La tortuga era mucho más grande de lo que imaginaba. Mediría un metro de longitud más o menos, y el caparazón marrón, blanco y amarillo era precioso. Tras dar una buena bocanada, pareció mirarlos durante un segundo, antes de parpadear con sus grandes e inteligentes ojos marrones y volver a sumergirse bajo la superficie.

—¡Increíble! —musitó Holly volviéndose hacia Aidan.

Él le sonreía radiante.

—Cuánto me alegro de que hayas podido ver una tortuga tan de cerca —le dijo. Un pie chocó con el de ella mientras flotaban en el agua—. Y no te ha hecho falta subirte a uno de esos horribles barcos con el fondo transparente.

—¡Misión cumplida! —reconoció ella.

Le castañearon un poco los dientes a causa del agua fría.

—Vamos. —Aidan pareció preocuparse al instante—. Mejor no dejar de nadar o vas a morir congelada.

Continuaron en el agua otros quince minutos aproximadamente. Cuando fueron a subirse de nuevo al barco, Holly se aseguró de que Aidan lo hiciera antes que ella. Sintióse de lo más traviesa, le observó ascendiendo deprisa por la escalerilla y admiró la forma de su trasero a través de los ridículos calzoncillos. Momentos después, cuando se encontró a su lado, él ya estaba envuelto en su toalla y tendía a Holly la suya. Ojalá hubiera dedicado más tiempo al gimnasio antes de venir aquí, pensó. Era inevitable que él se hubiera fijado en su tripa poco tonificada y esos muslos trémulos, pero, en fin, casi era

preferible no estar deseable para Aidan.

Las cuevas eran asombrosas, comprendía a la perfección que se hubieran ganado su lugar en el mapa, pero no había sentido nada especial al venir aquí. No tenía claro qué era lo que necesitaba sentir. Una proximidad, tal vez, o quizás el palpito de que se trataba de un lugar especial para Jenny o para Sandra. Había sentido algo así en Porto Limnionas y en Ocean View, pero en ningún otro sitio a excepción de la casa.

Aidan conducía en silencio de regreso a Lithakia. Su humor juguetón había vuelto a entrar en hibernación, parecía perdido en sus propios pensamientos. En vez de molestarse en darle conversación, Holly bajó la ventanilla y respiró la fragancia dulzona y empalagosa de los pinos y la lavanda silvestre. Aquí todo parecía tener un olor mucho más intenso, mucho más fresco; casi sentía sus sentidos abriéndose para empaparse de todo.

Había sido un día largo; el torbellino de pensamientos sobre su madre, el mapa, Rupert e incluso Aidan empezaba a resultar agotador. La perspectiva de volver a estar sola en casa no le entusiasmaba, así que ya casi tenía decidido ir a cenar algo por ahí cuando Aidan se descolgó con una propuesta:

—Me queda una botella de vino del pueblo en casa —dijo sin apartar la vista de la carretera—. ¿Te apetece que la compartamos? Quizás incluso me siento generoso y preparo algo de cenar si lo pides educadamente.

Holly visualizó a Rupert durante un segundo fugaz, con su flequillo caído rubio oscuro y la gran sonrisa empalagosa.

—Suenan genial —respondió.

Al descender del coche Holly farfulló algo sobre cambiarse antes de escabullirse deprisa por el sendero. Quería cepillarse el pelo lleno de sal y lavarse los dientes como mínimo; y aún tenía el bikini un poco mojado de nadar en las cuevas. Cuando entró en el baño para coger el cepillo de dientes,

reparó en la foto de Jenny, Sandra y sus misteriosos acompañantes apoyada en el lavabo, y la cogió.

—¿Alguna idea de quiénes podrían ser estos hombres? —le preguntó a Aidan diez minutos más tarde.

Había entrado en la casa de su vecino por la puerta trasera y lo pilló abriendo la botella de vino, pero él se detuvo para mirar la foto que Holly sostenía.

—Pues no, lo siento. —Puso cara de disculpa—. ¿Sabes cuándo la sacaron?

—En 1984 —le dijo dando la vuelta a la instantánea para enseñarle la fecha.

—Tres años después de que yo naciera. —Sacó el corcho—. Muchísimo antes de mi llegada a esta isla.

—Da la impresión de que este tío de aquí y Sandra eran pareja —insistió Holly—. ¿Tenía algún novio cuando la conociste?

Aidan se dio la vuelta para coger unas copas colocadas junto al fregadero.

—Que yo sepa, no —respondió—. A veces daba a entender que había habido alguien tiempo atrás, pero nunca me aclaró quién era.

—Me pregunto si Kostas sabrá quiénes son.

Mientras salía de su casa para venir aquí, Holly había acabado por convencerse de que si descubría quiénes eran estos hombres podría intentar aclarar qué había provocado el enfrentamiento entre las hermanas. Y si no, al menos tendrían algunas buenas historias que compartir.

—Perdona este desorden —se disculpó Aidan—. Casi nunca estoy en casa para adecentar un poco el lugar.

Dejando la foto a un lado, Holly echó un vistazo. La distribución de la vivienda de Aidan era similar a la de su tía, pero la zona de la cocina se encontraba en el lado opuesto. Alguien había añadido una pared baja que separaba las escaleras, y había cuadros por todo el espacio disponible en las paredes. Holly se levantó de la silla donde estaba sentada junto a las puertas traseras y cruzó la sala para observar el cuadro más grande. Era un paisaje, pintado con trazos decididos. Pensó en Renoir mientras recorría con la mirada las olas rompiendo en la costa y las figuras de niños pequeños construyendo castillos de arena en la playa. Una luz espléndida moteaba toda la escena. Mientras la observaba, Holly pensó que podría oír el sonido del mar en cualquier momento.

—Es precioso —le dijo a Aidan—. Casi siento que cobra vida ante mis ojos.

La firma en la esquina inferior decía «S. Flynn».

—¿Cómo se llama tu madre? —preguntó.

—Savannah. Savannah Flynn.

Aidan sostenía dos copas de vino.

—¿Es también tu apellido? ¿Flynn?

—Sí. Ella no quiso ponerme el de mi padre. ¿Y tú eres Wright, verdad?

Holly asintió. Rupert siempre bromeaba con su nombre, llamándola su «señorita Wright» y «la Wright».^{***}

No debía pensar en Rupert ahora.

El cuadro había empezado a dar vueltas ante los ojos de Holly, de modo que se volvió, chocando directamente con Aidan al hacerlo. Un poco de vino saltó de su copa y le mojó el polo verde. A diferencia de ella, Aidan no se había molestado en cambiarse al volver a casa.

—Cuánto lo siento —dijo.

Le pasó la mano sin pensar sobre la mancha y se sonrojó al palpar el pecho musculoso de su vecino.

Aidan retrocedió riéndose mientras se miraba la prenda.

—No tienes que disculparte, como podrás ver este polo me costó dos euros.

Al instante se lo había quitado y lo había colgado del respaldo de la silla más próxima, sin tan siquiera dar tiempo a Holly de contener la respiración. Alcanzó a vislumbrar el suave vello negro del pecho y una pizca de pecas que ya había visto en las cuevas antes de que él subiera a la planta alta en busca de una camisa limpia.

Obligándose a sentarse de nuevo, Holly pasó por alto los sentimientos que hacían palpar su cuerpo. Solo era el sol, se dijo. Y el vino en su estómago vacío.

—¿Tienes hambre?

Aidan había reaparecido con una camiseta de color gris.

Ella se preguntó si sería capaz de comer. Tenía el estómago en los pies después de las oleadas de deseo y remordimientos que la habían empujado ahí, pero asintió de todos modos. Mantuvieron una charla cortés mientras Aidan iba de un lado a otro de la cocina preparando un sofrito de cebolla y tomates e hirviendo agua para cocer la pasta fresca. Holly preguntó alguna cosa más sobre la obra de su madre y él le pidió que le hablara de sus amigos en Londres. Cuando llegó a Aliana, Aidan dejó de remover y alzó una ceja con gesto de curiosidad.

—Parece simpática esta Aliana, por lo que cuentas —bromeó—. Creo que deberías traerla de visita. Puede quedarse en mi casa, ya sabes, si no tienes

sitio en la tuya.

Aunque ella sabía que le estaba tomando el pelo, no pudo evitar sentir aquella punzada de celos injustificados de su amiga ausente. Gracias a Dios, Aliana no había conseguido convencer a Fiona la Arpía para que le diera también unos días libres.

Para cuando acabaron de cenar ya hacía un rato que habían vaciado la primera botella de vino y sacaron una segunda y se instalaron en el patio trasero. La oxidada silla metálica chirrió cuando él la arrastró sobre las baldosas, dando un susto a *Phelan*, que saltó a un lado.

—Será bobo este chucho —dijo Aidan frotando con afecto al animal y apartando su propia silla de la mesa, esta vez con más cuidado.

El cielo estaba despejado y las estrellas parecían estar por todas partes. Holly las contempló. No había tantas como la noche anterior en el mar, pero aun así merecía la pena observarlas. Una débil fragancia a higos y limones perfumaba el ambiente y oía el suave rumor del mar. ¿Cómo iba a soportar regresar al ruido y la suciedad de Londres?

—¿Tienes música?

Aidan volvió a entrar en la sala, y unos minutos después les acompañó la voz acongojada de Johnny Cash.

—Confío en que sea de tu gusto —dijo él llenando la copa de Holly antes de sentarse otra vez—. Siempre me ha encantado Johnny.

—Suenas tan obsesionado... —reflexionó ella—. Como si viviera atormentado.

—Cierto. —Aidan escuchó durante unos compases—. Pero creo que es eso lo que me gusta de su música, esa crudeza.

Tenía razón, la letra de la canción y la voz del cantante estaban cargadas

de dureza. Mientras escuchaba, notó que los ojos se le llenaban de estúpidos lagrimones.

—Ella le perdonó al final, ¿sabes? —dijo Aidan—. Su esposa, June Carter. Le perdonó todo el dolor porque él era el amor de su vida.

Holly trataba de no llorar.

—Me llevó mucho tiempo perdonar a mi ex por dejarme tirado —continuó él—. Escuché mucho a este tío cuando intentaba aceptar todo aquello.

—No quiero imaginar lo duro que tuvo que ser —comentó ella con voz ronca.

—Nunca es fácil perder a alguien que amas. —Aidan se volvió hacia ella—. Pero no hace falta que te explique eso, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. Le estaba costando mucho contener las lágrimas. Maldito vino.

—Aunque, ya sabes, la vida sigue. —Parecía intentar convencerla a ella tanto como a sí mismo—. Si te aferras a la rabia y el resentimiento, nunca serás capaz de continuar con tu vida.

—Debería irme a casa.

Holly se levantó con brusquedad y la copa de vino se tambaleó peligrosamente al golpear la mesa con las piernas.

—Eh, no era mi intención ponerme lacrimógeno contigo. —La seguía por el jardín—. Quédate, y ayúdame a acabar el vino al menos.

—No puedo, lo siento.

Las lágrimas corrían por sus mejillas ahora. Aceleró el paso para alcanzar el seto que separaba ambos jardines, pero cuando estaba a punto de pasar al otro lado, Aidan la cogió por la muñeca.

—Eh, ¿qué sucede? —preguntó, suavizando el tono al ver las lágrimas iluminadas por la luna.

Sin esperar a su respuesta, estrechó el rostro de Holly contra su pecho y la rodeó con los brazos, describiendo con los dedos un firme círculo a la altura de su cintura. Holly permaneció tensa unos segundos, luego se fundió con él. ¿Cómo iba a saber Aidan que había tocado una fibra sensible con toda esa charla sobre el perdón? ¿Cómo iba a saber que llevaba años intentando perdonar a su madre sin haberlo logrado todavía?

Mojó con sus lágrimas la camiseta de Ailan, cediendo finalmente a las emociones que llevaba conteniendo desde su llegada aquí. Lloró por su madre, por la tía que nunca había conocido y por sí misma y la manera en que estaba liando las cosas. Al final, cesaron los sollozos. Aidan le pasaba una mano por el pelo, sin dejar de susurrar que todo iba a ir bien. Ella cerró los ojos un breve instante y alzó el rostro hacia él para abrirlos, encontrándole con la mirada fija en ella. Por un momento solo se observaron, luego, Aidan inclinó la cabeza, muy despacio, y cuando sus labios se encontraron, Holly sintió el beso en todo su cuerpo. Notó el hormigueo incluso en las puntas de los dedos. Durante una milésima de segundo se resistió, luego separó los labios para que sus lenguas se encontraran. Era un beso vacilante, silencioso; el único sonido era el estruendo frenético de su corazón. Luego, de repente, el beso se volvió apremiante. Aidan la besó con más ímpetu, apretando su cuerpo contra ella. Holly se oyó gemir y arqueó la espalda. Notaba cuánto la deseaba él, tanto como ella a él. Como no había deseado a nadie.

Pero cuando Aidan empezó a hurgar con la mano bajo la camiseta, Holly supo que debía parar. Cerrando la boca y apartando el rostro, dio un paso hacia atrás y, poco a poco, pero con firmeza, le apartó las manos.

—¿Qué sucede?

Él estaba casi jadeante. La luz de la puerta abierta ensombrecía su rostro

bajo la débil luz.

—Tengo novio —dijo ella—. Lo lamento. Debería habértelo dicho. Pero...

Permanecieron mirándose, los dos llenos de su propio pesar. Aidan parecía horrorizado de verdad, y Holly sentía que las cosas entre ellos nunca volverían a ser iguales.

Deseaba mucho explicarle por qué no se lo había contado, pero le faltaban las palabras. Aidan también parecía apabullado, sin palabras, y se limitó a mirarla mientras pasaba despacio sobre el seto para regresar a su casa, cerrando tras ella las puertas sin hacer ruido.

*** Se pronuncia igual que *right*: correcta, idónea, justa... (*N. de la T.*)

A la mañana siguiente, cuando Holly se obligó finalmente a levantarse de la cama, no se veía el jeep de Aidan por ningún lado. Tras batallar hasta las cinco de la mañana contra su viejo amigo el Gnomo del Insomnio había renunciado a dormir y encendió la lámpara, quedándose durante horas mirando la foto de su madre, su tía y los misteriosos amigos griegos. Tenía los ojos secos y la piel irritada de pasar la tarde previa al sol. Cada vez que pensaba en que había besado a Aidan se ponía mala.

Los remordimientos no le habían permitido contactar con Rupert aún, pero eso no impidió que él llamara a las nueve para ver qué tal estaba su novia. Holly consiguió de milagro convencerle de que todo iba bien. Mientras él le contaba cosas del trabajo y de lo que había estado haciendo en Londres, ella solo podía pensar en lo mucho que había cambiado su vida. ¿Cómo no advertía Rupert que ella era una persona por completo diferente?

Cuando bajó a la tienda a buscar pan del día, el cielo estaba cargado de nubes. Kostas le informó, tan jovial como siempre, de que incluso podría caer alguna gota.

—No es buen día para ir a nadar —dijo entre risas.

A Holly no le pareció mal, pues había jurado pasar toda la mañana recogiendo el resto de la casa. Necesitaba distraer la mente de algún modo.

Empezó por el baño, tirando frascos de perfume y restos de champú a una bolsa de basura, en su afán por ahuyentar cualquier pensamiento de Aidan. Repasó a fondo al armarito sin que aparecieran más fotos, todo y tener el palpito de que encontraría algo más si seguía buscando. Para el mediodía la

planta baja y el baño estaban relucientes, con todo lo que no era esencial recogido bien en bolsas o en cajas que luego retiraría.

En un intento por mejorar al máximo el aspecto de la casa para mostrarla a posibles compradores, colgó también algunos cuadros en las paredes vacías y cambió las flores de la mesa. Al tirar las que había dejado Aidan para ella notó una leve punzada, pero se repitió para sus adentros que no debía ser tan estúpida. La noche anterior casi había esperado que él la siguiera hasta casa. Permaneció temblando junto a las cortinas cerradas durante diez minutos tras haberle dejado junto al seto. Se lo imaginaba abriendo la puerta de par en par e, ignorando sus protestas, subiéndola en volandas al instante escaleras arriba. No obstante, él no era un hombre de las cavernas. Al final Holly se rindió y se fue a la cama, donde estuvo dando vueltas durante horas con una mezcla de anhelo y desprecio hacia sí misma.

Una vez que removi6 todos los armarios y cajones, incluso sacándolos para mirar el fondo vacío, desechó la idea de que hubiera más fotos secretas escondidas. Derrumbándose sobre el sofá de la sala con un gemido de frustración, estiró el brazo para alcanzar su bolsa y sacar el mapa dibujado a mano.

Por lo que veía, la playa secreta de su madre y Sandra estaba próxima a un lugar llamado Korithi, no demasiado alejado de donde Aidan y ella habían estado bebiendo cervezas unos días atrás. Soltó otro gemido al darse cuenta: habían tardado dos buenas horas en llegar allí, y eso yendo en jeep. Supuso que tardaría bastante más yendo en la vieja moto destartalada y con su limitado conocimiento de la zona. Además, ¿quién le decía que al llegar fuera a encontrar esa playa? Necesitaría todo el día ahora que el único medio de transporte era la moto. Si salía al amanecer tal vez llegara a tiempo de explorar un poco.

Al comprender que se había acabado lo de recorrer la isla en coche con

Aidan sintió de repente el ánimo por los suelos. La energía con que se había cargado aquella mañana la abandonó con la misma brusquedad que se desinfla un globo pinchado. Ya estaba bien de limpiar por hoy. Tal vez una visita a Kalamaki lograra levantarle el ánimo: una de esas estupendas ensaladas griegas y una charla con Nikos. Sí, eso iba a hacer.

Se sintió mejor de inmediato mientras descendía la colina veinte minutos después, con el pelo agitado por el viento enroscándose bajo el casco. Por desgracia, no había rastro de Nikos cuando llegó al bar, y ninguno de los camareros supo decirle dónde estaba. Frustrada después de todo el trayecto en moto, decidió no almorzar allí y se fue con la bolsa por la playa, buscando un sitio más allá del resto de turistas para ponerse a leer un libro. El viento había amainado y el sol jugaba perezoso al escondite con los veraneantes sedientos de bronceado repartidos por la arena. Ella se ubicó detrás de unos arbustos que no permitían que se la viera desde la playa. Solo hicieron falta unos pocos capítulos sobre la fina arena para quedarse dormida, con la cabeza apoyada en la parte interior del codo.

—Mamá, tienes que despertarte ya.

Finalmente Holly había pasado del pasillo al salón y se encontraba a poca distancia de la butaca donde estaba desplomada Jenny Wright.

—Mamá, hablo en serio..., esto no tiene gracia.

Pero Jenny Wright no pretendía hacer gracia; no pretendía nada. Jenny estaba muerta.

Había una botella vacía de vodka sobre la alfombra, a sus pies, y Holly detectó el olor rancio a vómito mezclado con algo parecido a carne descongelándose. El pelo cubría el rostro de Jenny, pero Holly se percató de que la piel en torno a su pecho huesudo tenía un tono grisáceo.

Tragó saliva y dio un paso más. Sabía que debería tomarle el pulso a su madre, meterle el dedo en la garganta y despejar las vías respiratorias, pero de repente sus manos pesaban demasiado como para moverlas.

Oyó un golpetazo cuando el viento sacudió una de las ventanas abiertas de la cocina y dio un brinco, soltando un sollozo. Poco a poco se echó de

rodillas y empezó a llorar.

—Por favor, mamá..., no me dejes sola. No me dejes.

Holly se despertó sobresaltada cuando la primera tormenta griega del verano cobró vida con un estruendo. El trueno que la sacó de la pesadilla resonó en el cielo, a manera de la percusión que anticipó las gruesas gotas que caían a mares sobre su cabeza.

Desconcertada, se levantó tambaleante justo cuando el trazo fragmentado de un relámpago fustigaba el cielo. Jadeó de miedo pues nunca había visto algo así. La playa estaba ahora desierta a excepción de las tumbonas abandonadas bajo una lluvia que caía como olas sólidas. Su toalla estaba empapada y la sujetaba con una mano mientras correteaba por la arena en dirección al restaurante. La moto, que había dejado en medio del aparcamiento, no quería arrancar.

—¡Mierda! —maldijo quitándose el casco enfurecida e intentando no estamparlo contra el piso de piedra.

Al mirar desesperada en dirección a la taberna, solo encontró puertas con el pestillo echado y postigos cerrados. ¿Para qué iban a seguir abiertos con este tiempo? La fina camiseta y los *shorts* se transparentaban cada vez más bajo el diluvio incesante y las chancletas empapadas la hacían resbalar peligrosamente mientras empujaba la moto inservible para ponerla a cubierto bajo un árbol próximo.

Tenía dos opciones: quedarse aquí empapándose aún más hasta que cesara la lluvia e intentar luego poner en marcha la moto, o dejar aquí esa cafetera y regresar andando a casa. Mientras deliberaba, otro trueno retumbó con tal fuerza que los dientes le castañetearon. Esto podía durar horas... En realidad, no tenía mucha elección.

Sujetando las chancletas con dos dedos, metió la toalla mojada debajo del asiento de la moto y colgó el casco del manillar. A continuación se fue al trote por la playa en dirección a Laganas. El mar, por lo general calmado como una

bañera, rompía furioso en torno a sus tobillos. La espuma blanca enmarcaba toda la línea de costa, como si alguien hubiera vertido una dosis generosa de jabón líquido para hacer burbujas en las olas.

Corrió esquivando las ramas arrastradas por el mar y los cantos afilados de los guijarros, y acabó jadeante por el esfuerzo de arrastrar los pies descalzos por la arena mojada. Tenía el pelo pegado a la cara y le dolían los pechos de tanto botar bajo el escaso sostén que suponía su bikini. Era del todo consciente de que tendría un aspecto de lo más ridículo, pero, total, nadie podía verla. La tranquilidad era inquietante, de hecho, ya que incluso los bares más bullangueros ubicados en el extremo de la playa perteneciente a Laganas habían cerrado los postigos para protegerse de la tormenta.

Cuando notó que le faltaba fuelle y sus piernas empezaban a cansarse, su determinación de llegar a casa también comenzó a flaquear. Pero ya que había llegado hasta aquí..., ahora solo le quedaban unos veinte minutos más o menos colina arriba para darse una ducha caliente. Era increíble lo rápido que había cambiado el tiempo... y con qué furia. Pensó en la pobre moto empapada y abandonada allá en Kalamaki. Tendría que volver andando para recogerla al día siguiente..., eso si conseguía poner en marcha otra vez el viejo trasto.

No parecía que fuera a dejar de llover. Las piernas le ardían de agotamiento, así que fue aminorando la marcha hasta pararse. Se inclinó apoyada en las húmedas rodillas desnudas para dar bocanadas y llenar los pulmones de aire. Casi había llegado al punto intermedio de la playa de Laganas donde la carretera llegaba hasta la arena. Consideró la idea de intentar encontrar un taxi, pero alcanzaba a ver que no había ninguno en el lugar habitual junto al restaurante de la esquina, y la idea de empezar a recorrer descalza la calle principal se le antojaba lo menos apetecible del mundo. Había tenido suerte de no toparse con nadie por el momento, pero dudaba que fuera el caso cuando llegara a la altura del McDonald's.

La bolsa playera de lona que había traído con ella se había quedado inservible con la lluvia. Pensó con tristeza en su móvil; hacía rato que se habría quedado sin batería, eso lo sabía, pero, claro, ¿a quién podía llamar para que viniera en su rescate? Desde luego no a Aidan, no después de haber hecho el ridículo de tal manera delante suyo. De cualquier modo, detestaba la idea de ser rescatada por un hombre. Había conseguido pasar treinta años sin necesidad de un caballero con su reluciente armadura, así que no estaba dispuesta a rogar para que apareciera uno ahora, solo por un poco de lluvia.

Retumbó otro trueno ensordecedor, que casi parecía burlarse. «¿Un poco de lluvia? —se imaginó a los cielos bramando—. ¡Pues vas a enterarte, nena!»

Había llegado a la parte asfaltada del trayecto, pero las chancletas empapadas ralentizaban su marcha considerablemente. La cortina de lluvia casi no permitía ver a escasos metros, no paraba de dar traspies en el arcén de la carretera. Cuando estaba a unos diez minutos de casa, dobló la esquina un coche a gran velocidad. Holly se salvó por los pelos gracias a que se arrojó de cabeza sobre la maleza con un aullido de indignación.

—*Malaka!* —chilló, haciendo uso de la palabra griega que había aprendido para decir «imbécil».

Le escocía la rodilla en la zona donde se la había herido con algunas piedras, y la sangre descendía por su pierna. Justo cuando volvía a incorporarse tambaleante, reparó en algo oculto en la hierba a su lado. Algo pequeño y mojado, que temblaba sin control.

Olvidando su herida, se arrodilló otra vez y deslizó las manos bajo el diminuto cuerpo aterrorizado de un cachorro. Estaba escuálido y sucio, las costillitas se le marcaban por toda la espalda, pero cuando Holly lo levantó para acercárselo al pecho, sacó una lengüecita rosada y le dio una lametada decidida en la nariz.

—Pues bien —le dijo ella, sonriendo pese al estado horrendo en el que ambos se encontraban—. Creo que mejor te llevamos a casa, ¿te parece bien?

Como respuesta, el cachorro se acurrucó un poco más contra ella y dejó ligeramente de temblar.

Como nunca había tenido un perro ni conocía a nadie que lo tuviera hasta hacía apenas unos días, desconocía por completo en qué clase de estado se encontraba el animal. Percibió el diminuto corazón del cachorro golpeando con fuerza contra el suyo y comprendió con pesimismo que solo había una persona capaz de ayudar.

—¡Válgame Dios!

Aidan abrió la puerta en cuanto llamó, casi como si la estuviera esperando. Su sorpresa fue mayúscula al verla empapada y con la rodilla ensangrentada, y al fijarse en la temblorosa bola de pelaje mojado que sostenía entre sus brazos.

—Por favor, ayúdame —dijo Holly tendiéndole el cachorro—. Lo he encontrado entre los arbustos de la carretera, al caerme al pasar un coche.

Su voz se apagó. Era la primera vez desde que se conocían que él no la miraba divertido; estaba de lo más serio.

Aidan la hizo pasar, cogiendo el cachorro en una de sus inmensas manos y apoyando la otra en su cintura.

—Toma —le tendió una toalla que sacó de la nada—. Quítate esas ropas mojadas y sécate. Voy a, mmm, voy a buscar algo para que te lo pongas.

—Estoy bien, de verdad.

La idea de desnudarse en casa de Aidan la incomodaba muchísimo por otras razones.

Como para mostrar firmeza, empezó a secarse por encima de la ropa,

meneando la cabeza y sacudiendo el pelo mojado de un lado a otro.

—Como quieras —dijo Aidan.

Phelan se había acercado sin hacer ruido y escogió ese momento para meter el hocico en la entrepierna de Holly, ganándose una suave patada de Aidan.

—Vamos. —Aidan contuvo la risa—. Ocupémonos de ese pequeñín.

Holly lo siguió hasta la cocina, mirando cómo extendía un poco de papel de diario sobre la mesa y dejaba al tembloroso cachorro encima. Holly comprobó entonces que era blanco en su mayor parte, con una oreja gacha negra y la otra marrón. Tenía un respingón hocico negro y grandes ojos marrones, que ahora seguían todos los movimientos del veterinario mientras iba del armario a los cajones, sacando finalmente una pequeña bolsa negra que colocó sobre la mesa al lado del animalito.

Holly observaba a Aidan mientras examinaba los ojos del cachorro, la boca y las patas, antes de emplear un pequeño estetoscopio para auscultarle el corazón. Después de unos minutos de palpar y observar —sin que nada provocara quejas en el paciente—, Aidan buscó otra toalla pequeña y levantó en brazos al animal, secándolo poco a poco al tiempo que susurraba sonidos sosegadores a sus orejas desiguales. Holly se sentó sobre el brazo del sofá, pues por algún motivo sus piernas se negaban a dejar de temblar.

—Se pondrá bien —dijo él finalmente—. Solo se ha llevado un buen susto. La han separado demasiado joven de su madre.

—¿Es hembra?

Holly había recuperado por fin la voz.

—Pues, bien, no soy un experto... —Aidan sonrió por primera vez desde que había abierto la puerta—. Cómo que no, claro que lo soy. Eso es lo que

soy, qué tonto.

—Lamento haberlo traído..., quiero decir, haberla traído... aquí —dijo ella—. No sabía qué otra cosa hacer... Ya sé que dijiste que mejor no domesticarlos, pero no podía dejarla ahí.

—Hiciste lo correcto.

Aidan le dedicó otra sonrisa, que esta vez se reflejó también en sus ojos.

Se hizo un silencio mientras seguían observándose un instante. Holly intentó no pensar en el aspecto tan horrible que debía de tener; estaba decidida a no apartar la mirada antes que él, como siempre parecía hacer. No quería que Aidan creyera que era débil, pese a sentirse precisamente así siempre que estaba cerca de él. Y de cualquier modo, ¿no era cierto? Nada más surgir el primer problema ya había venido corriendo, había acudido a él. El rubor cubrió de nuevo sus mejillas solo de pensarlo, por lo tanto se alegró cuando él bajó la vista para seguir susurrando más tonterías a la perrita.

—Esto pasa muchas veces —dijo rompiendo el tenso silencio, señalando al pequeño animal con un ademán de cabeza—. Tiene suerte de que la encontraras, no creo que hubiera sobrevivido más allá de unos días ella sola.

Holly asintió.

—¿Qué harás con ella? —preguntó.

La expresión de Aidan se tornó adusta.

—Bien, preguntaré por la isla, por supuesto, para ver si se le ha perdido a alguien. Pero lo más probable es que acabe quedándome con ella.

—¿De verdad?

La voz de Holly se elevó varias octavas más de lo que hubiera querido.

—Al menos durante un tiempo, hasta que se encuentre mejor.

Aidan había levantado al pequeño chucho en lo alto, y Holly hizo todo lo posible para que no se le cayera la baba mientras él le daba besos y acercaba la nariz a su rostro.

Phelan, percibiendo que la atención de su amo estaba en algún otro lugar, se acercó hasta Holly y se retorció feliz contra sus piernas desnudas, dejando un rastro de baba al hacerlo. De veras, era el perro más ridículo del mundo, pensó ella con cariño, alargando la mano para acariciar su lustrosa cabeza.

—Le caes bien —comentó Aidan con una mueca cuando Holly alzó la mirada—. De acuerdo, ya sé que le cae bien casi todo el mundo, pero está claro que tiene debilidad por ti.

—Bien, yo también por él.

A ninguno de los dos se le pasó por alto el significado que contenían sus palabras, de modo que Holly mantuvo la mirada fija en el perro con decisión.

Aidan respiró hondo. El cachorro se había hecho un ovillo en el cálido espacio bajo su barbilla y se había quedado dormido.

—¿Cuál es tu historia, Holly?

Este abrupto cambio de tema la sorprendió.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir, ¿quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí en realidad? ¿Cuál es tu historia?

—¡Las preguntas, de una en una!

Intentó escabullirse, pero su mirada era implacable.

—La cuestión es —continuó él acercándose al brazo del sofá, donde ella seguía sentada— que Sandra me dijo que tenía una sobrina, pero que no podía contar muchas cosas sobre ti. Luego apareces tú por aquí, con tu punto borde,

a la defensiva.

Ella le miró airadamente.

—Venga, no me invento nada. Al principio, al menos, te comportaste así, pero luego he visto tu lado más tierno también. Como esto de hoy, esta noche, rescatando a esta cachorrita perdida. Es..., bien, es desconcertante, eso es todo.

—Tal vez sea una chica desconcertante.

Holly respondió muy bajito. No le gustaba que él hubiera estado prestando tanta atención a la manera en que se comportaba, pero una vocecita en su cabeza susurraba por otra parte que quizás eso la emocionaba un poco también.

—Me descolocas —le dijo Aidan—. Es como si mantuvieras bajo llave una parte de ti, fuera de la vista. Como todo este asunto de tu novio en Londres: ¿por qué no lo mencionaste antes?

Ahora él se había sentado en el extremo opuesto del sofá mientras seguía acariciando con un pulgar a la cachorrita dormida. Holly le observó haciendo girar el dedo primero en un sentido, luego en el otro. No era la primera vez que sentía cómo ablandaba él esa coraza protectora que se había construido a su alrededor..., pero esta vez le costaba más resistirse a Aidan. ¿Y qué si él conseguía introducir un dedo? ¿Pasaba algo porque él percibiera a la Holly real? Desde su llegada a la isla, se sentía cada vez más la persona que pensaba que siempre había sido. Zakintos hacía brotar algo con lo que nunca antes se había sentido cómoda, y estaba empezando a ver claro que ese algo en cuestión era ella misma.

—La verdad es... —dijo finalmente, atreviéndose a mirarle—. La verdad es que no tengo idea de qué estoy haciendo aquí. Hasta hace unas semanas ni siquiera sabía que existiera este lugar, ni que existiera Sandra. Pensaba que no

quedaba nadie más en mi familia aparte de mí.

Tuvo que hacer una pausa para que su voz no se disolviera en un sollozo. Aidan esperó mientras ella se tomaba tiempo para respirar hondo varias veces, mirando fijamente la pared de enfrente con expresión grave.

—Me cuesta explicarlo —continuó ella con dificultad—, pero tengo la impresión de que las respuestas están aquí, en esta isla. Cosas que necesito saber.

Aidan se acomodó en el sofá al oír sus palabras.

—¿Qué tipo de cosas?

—¡Ahí está el problema! —Holly alzó las manos con exasperación—. No sé. Solo tengo cierta intuición..., la sensación de que me espera algo.

Ahora que lo decía en voz alta, comprendió que todo esto llevaba días en su mente, infiltrándose en su subconsciente como una de las buganvillas que trepaban por una pared de la casa.

—Me gustaría ayudarte a encontrarlo, si me dejas.

Holly apartó la mirada de la pared y descubrió que Aidan se había desplazado por el sofá. Ahora estaba tan cerca que casi podía sentir el vello de su muslo rozando la parte inferior de su pierna. Aún tenía la empapada camiseta pegada a la espalda, pero había dejado de temblar. En el exterior, continuaba lloviendo a cántaros, oía la lluvia azotando los árboles y la olía en el aire que les separaba.

—Tengo novio.

No tenía previsto decirlo, y de ningún modo respondía a la pregunta de Aidan, pero parecía ser importante incluir a Rupert en la habitación con ellos. La imagen de su novio había ido desvaneciéndose a medida que pasaba tiempo con Aidan, y se detestaba por ser tan desleal.

—Eso ya lo dijiste —respondió Aidan.

Muy despacio, Aidan tiró de la manta que cubría el respaldo del sofá y envolvió con ella a la cachorrita, dejándola a un lado, hecha un ovillo satisfecha y adormilada sobre el cojín. Bastaba con que Holly se deslizara del apoyabrazos del sofá para encontrarse en brazos de él.

—Es una buena persona —susurró ella.

—Estoy seguro.

Ambos dieron un brinco cuando resonó otro trueno, pero entonces Holly se rio agradecida, aprovechando la ocasión para levantarse y coger la bolsa del suelo.

—Debería irme —se volvió para mirarle—. De verdad, debo secarme.

—Holly, Holly, Holly. —Aidan adelantó el cuerpo y apoyó los codos en las rodillas—. ¿Por qué tengo la impresión de que siempre intentas escapar de mí?

Ella intentó responder, pero era incapaz de hablar. Ambos sabían por qué se iba.

—¿Te asusta lo que pueda pasar si te quedas?

Su voz sonó amable, pero el significado era claro.

Ella asintió, incapaz de decir palabra.

—Este novio tuyo —continuó Aidan levantándose y dando un paso hacia ella—. ¿Hace que te comportes así?

Mientras lo decía pasó despreocupadamente un dedo por el rostro de Holly, que se estremeció de placer.

—No.

Fue un susurro. Pensaba que iba a besarla otra vez, pero en vez de eso le pasó una mano por el pelo, recogéndolo y escurriéndoselo. Las gotas se deslizaron por su espalda y por el brazo desnudo. Aidan observaba como petrificado el cuello expuesto, con la mano sujetando aún el cabello. Holly deseaba tocarle con desesperación, pero estaba paralizada. Se le cortó la respiración cuando él le pasó un dedo detrás de la oreja y por la clavícula. Este era el momento en que ella debía parar, apartarse y decirle que no le interesaba..., pero no lo hizo.

Empezó a temblar, no de frío sino de deseo, el deseo que ahora la inundaba, una sensación ardiente que surgía más abajo de su ombligo. Se humedeció la lengua con los labios. Al ver lo que hacía, Aidan se dispuso a besarla. Un instante antes de que sus labios se tocaran Holly los visualizó a ambos tal como haría un desconocido, fundidos en un beso. Se preguntó por un momento si serían visibles las chispas que sentía, como cuando se enciende una cerilla en una habitación a oscuras. Y entonces los labios de Aidan se pegaron a los suyos, y no pensó en nada más que en él.

Jueves, 24 de diciembre de 1992

Querida hermana:

Como verás por la imagen de la postal, hemos venido a Edimburgo para pasar las navidades. No sé cómo explicarte el frío que hace, imagínate una bañera llena de hielo, en lo alto del Everest, azotada por una brisa gélida. A Holly le encanta porque hay nieve de verdad, y en Londres nunca parece nevar. ¿Recuerdas la vez que nevó en la isla y corrimos desnudas por la playa en dirección a Porto Koukla? Era el año anterior a que perdiéramos a mamá y papá, y pensaba que íbamos a morirnos de la risa. Pienso en ti todo el tiempo, S. ¿Vas a perdonarme? Es Navidad, al fin y al cabo. Al menos escíbeme y dime que estás bien. Por favor. Confío en que tengas algún plan agradable para estas fiestas. Mi plan es emborracharme todo lo que pueda. ¡Ja, ja, ja!

Peluche Jenny xxx

No estaba segura de cuándo había dejado de llover, pero al despertar por la mañana, un fino y brillante hilo de sol se proyectaba sobre las sábanas enredadas.

Las sábanas de Aidan.

Oh, Dios bendito, estaba en la cama de Aidan.

Pero a él no se le veía por ningún lado, gracias al cielo, dado el leve acceso de pánico que le estaba entrando y la forma de colmena abollada que por lo visto había adoptado su pelo al secarse. Sintiéndose una idiota total, inclinó la cabeza para olisquear su almohada, permitiéndose una pequeña sonrisa. Permaneció ahí durante unos segundos, concentrándose en escuchar las olas rompiendo contra la costa y esperando el golpetazo de sus remordimientos en cualquier momento. Curiosamente, no se sentía en absoluto culpable. Lo sucedido la noche anterior parecía inevitable; es más, parecía lo correcto. Sofocó unas repentinas y ridículas ganas de levantarse y dar botes sobre la cama. Quería abrir las ventanas de par en par y aullar a las montañas: «¡Anoche follé con un hombre asombroso!»

—El calor me está fundiendo los sesos —dijo en voz alta, y luego se rio para sus adentros.

Estaba claro que Aidan no andaba por las inmediaciones, así que dejó de esperar y, poniéndose una camiseta usada que olía deliciosamente a veterinario alto, moreno e irlandés, descendió las escaleras.

Había una nota escrita a mano sostenida contra el calentador de agua. «SALGO A BUSCAR ALGO PARA LA CACHORRITA. ERES PRECIOSA.» ¡La perrita! Casi la

había olvidado del todo, ese pequeño amuleto de la suerte que había rescatado al borde de la carretera. ¿Le había tendido el destino una mano maliciosa, dejando ahí el animalito para que ella lo encontrara? A estas alturas de la película, parecía una posibilidad auténtica. ¿Habría sucedido todo esto de no ser por la cachorrita? La idea era inquietante, pero se la sacó de la cabeza tan rápido como entró. No, esto habría sucedido inevitablemente, de un modo u otro. Había algo en Aidan, una capa adicional en él que nunca antes había encontrado en otro ser humano... y fuera lo que fuese, había conseguido conquistarla.

«Confías en él —susurró la vocecita dentro de su cabeza—. Nunca has confiado en nadie en tu vida, pero confías en él.»

Al caer en la cuenta, comprendió también su deseo urgente de contárselo todo a Aidan: sobre su madre, su pasado, las cosas que había descubierto desde su llegada a Zakintos..., todo. Lo que un día antes la aterrorizaba parecía ahora lo más natural del mundo. Estaba impaciente por empezar cuanto antes. Los minutos le parecieron horas, y justo cuando estaba a punto de subirse por las paredes de la frustración, oyó el motor del jeep mientras el corazón le vibraba de excitación. Pasando por alto las ganas de bajar por el sendero y echarse en brazos de Aidan como una mona salvaje —por lo visto no estaba loca de remate—, se demoró preparando el té en la cocina y solo se volvió al advertir que él se encontraba a escasa distancia de ella.

—Buenos días —dijo Aidan en voz baja, enterrando la cabeza en su cabello y besándola detrás de la oreja.

Holly se retorció y soltó una risita cuando la cuchara hizo ruido contra las tazas.

—Esa camiseta te queda mucho mejor a ti —añadió mirándola de arriba abajo antes de deslizar un dedo indagador bajo el dobladillo—. ¿Sin bragas? ¿Intentas matarme?

La besó, y Holly se fundió en él durante un segundo, apartándose con cuidado al notar un pequeño hocico húmedo contra su pie. La cachorrita les miraba con grandes ojos marrones, levantando el pequeño rabo y meneándolo con deleite.

—Se acuerda de ti —le dijo Aidan levantándola del suelo y colocándola en brazos de Holly—. Es una perrita listilla.

Holly se preguntó cómo reaccionaría Rupert si ella apareciera con un cachorro, pero al instante, enfadada, se sacó el pensamiento de la cabeza. No era el momento de pensar en Rupert. Ese lío tendría que solventarlo otro día.

Como si advirtiera su repentino desasosiego, Aidan se hizo a un lado y acabó de preparar el té.

—¿Tienes trabajo hoy? —preguntó Holly. Su voz sonó horrorosamente cortés, así que puso cara de arrepentida cuando él se giró en redondo para mirarla—. Quiero decir..., si estás... ¿Tienes...?

Aidan tiró la cucharilla al fregadero riéndose, y otra vez abrazó a Holly.

—Sí, me encantaría pasar el día con usted, señorita Wright. ¿Qué le apetece hacer? He oído que el parque acuático es divertido...

—¿Cómo? —Holly estaba aterrada—. ¡Lo que hay que oír! Estaba pensando, de hecho... Bien, he tenido una idea.

Dejando el animalito en el suelo, cogió los *shorts* tirados a un lado del sofá y se los puso.

—¿Crees que podemos intentar localizar la playa? —le preguntó—. La playa secreta del mapa. Es el último sitio que queda por visitar.

Aidan la miraba a los ojos.

—Podemos intentarlo, desde luego —le contestó.

Mientras se cambiaba de ropa en su casa, Holly se dio cuenta del modo absurdo en que ya le echaba de menos. Era ridículo; solo llevaba separada de él diez minutos, pero ahí estaba la punzada de anhelo. Podía oírle en el jardín por la ventana abierta del dormitorio, diciéndole a *Phelan* que hoy tendría que quedarse en casa cuidando de la perrita.

—No me mires así, chucho idiota —le reprendió—. Esto es importante.

¿Sería cierto que ella, Holly, era importante para este hombre? No pudo contener una sonrisa mientras se miraba en el espejo, pasando el cepillo por el montón de heno en que se había convertido su pelo. Esto tenía que ser parecido a saltar en paracaídas: aterrador pero regocijante.

Cuando se acomodó en el asiento delantero del jeep minutos después, Aidan se apresuró a apoyar una de aquellas grandes manos en su muslo, inclinándose para darle un beso prolongado. Era raro cómo ella había pasado de estar con los nervios de punta junto a él a tener la impresión de llevar años juntos. Desde anoche ninguno de los dos había mencionado el tema del novio ausente.

—No puedo creer que no queden charcos siquiera —comentó Holly mientras conducían colina abajo y doblaban a la izquierda, alejándose de la costa.

Era cierto. A pesar del diluvio torrencial de la noche anterior, no parecía quedar ni una gota de lluvia. El sol, que ya brillaba sobre ellos, había secado todo resto de agua. No obstante, el aroma que se apreciaba en el aire sugería algo diferente. Las plantas parecían más fragantes que nunca y el bochorno se había evaporado, otorgando al paisaje una claridad renovada. Holly tenía la sensación de abrir los ojos por primera vez esta semana, y se preguntaba si solo eran los efectos de la tormenta o algo más.

—Lo que daría por saber qué piensas... —bromeó él.

Aidan había conseguido poner el mapa en equilibrio sobre el salpicadero y lo contemplaba mientras conducía.

—Solo pensaba en lo hermoso que es esto —respondió diciendo una media verdad.

—Acaba conquistándote, ¿verdad?

Aunque iba conduciendo, aumentó un poco la presión con la mano sobre su muslo.

—Va a ser horrible regresar a Londres —soltó ella de pronto, percatándose demasiado tarde de que esto también significaba separarse de él.

Todavía no habían hablado de qué iba a pasar a continuación. Deseaba haber medido sus palabras antes de pronunciarlas, y cazarlas como mariposas con una red.

Aidan permaneció callado durante varios kilómetros. Por lo visto prefería dejar pasar este extraño momento incómodo. Holly se encogió sobre el asiento a su lado, intentando disimular la oleada de pánico que oprimía su pecho. ¿Y si le ahuyentaba? ¿Y si pensaba que solo le había estado utilizando? Pero, en fin, ¿qué había estado haciendo?

—Está claro que la playa está cerca de la punta noroccidental de la isla —comentó Aidan mirando una vez más el mapa garabateado—. Eso tendría sentido. Hay muchas calas pequeñas en las que no he estado en esa zona. Creo que debe de estar en la misma zona que las Cuevas Azules.

—Genial. Lo que tú digas.

Sabía que se había quedado un poco apagada..., no podía evitar sentirse responsable por haber pinchado con un gran alfiler londinense su idílica burbuja griega. Justo cuando se debatía entre si saltar del jeep y poner pies en polvorosa o no, Aidan le cogió una de las manos y le dio un buen estrujón.

—Deja de preocuparte —le dijo cariñoso—. Vamos a encontrar esa playa. Ya hablaremos más tarde de las demás cosas, ¿de acuerdo?

Les llevó otra hora llegar a Korithi, y habían pasado por al menos quince campos diferentes que sin duda olían a caca. Aidan, mientras conducía, charlaba con ella y le señalaba algunas casas en las laderas, y le contaba cosas de la gente que vivía allí. Resultó que desde su traslado a la isla, se había convertido en todo un experto en cabras y pollos: los animales predominantes en Zakintos.

—¿Por qué crees que llevo la ropa agujereada? —le preguntó y se rio—. Las cabras se lo comen todo, las muy sinvergüenzas. Nunca des la espalda a una cabra, te doy ese consejo gratis.

—¿Por qué hay tantas? —preguntó Holly.

Se esforzaba por encontrar algo atractivo en los rostros caprinos que no dejaban de estudiarla desde el otro lado de los muros bajos.

—Bien, dan leche y queso. —Aidan cambió un poco de posición—. Y carne.

—¿Las sacrifican para comerlas?

De pronto ella se sintió culpable por haberlas considerado feas.

—Por supuesto que sí —Aidan ahora se divertía—. No son mascotas, ¿sabes? No como los gatos y los perros.

—Da un poco de pena —dijo haciendo un mohín—. Es que son todas muy monas.

—Mucho mejor que pasen sus días en los campos, vagando libremente con sus compañeras cabras —objetó Aidan—. En Gran Bretaña seguramente se pasarían la vida en un viejo granero de mala muerte o algo peor.

Por supuesto, tenía razón, y lo expresaba con bastante pasión.

—Estás muy sexy cuando te enfadas —le dijo ella, y Aidan se puso rojo de inmediato.

El irlandés no contestó, se limitó a sonreír y seguir conduciendo. Ella intentó no pensar en cuánto quería que detuviera el coche y la arrastrara hasta el campo más próximo. Aunque una cabra hambrienta le devorara la parte inferior del bikini, merecería la pena.

Aidan aparcó en una pequeña plaza. La idea era explorar a pie hasta encontrar la roca que por lo visto tenía aspecto de rostro perruno. Si había que fiarse del mapa, el sendero que llevaba hasta la playa secreta no estaba lejos de aquí.

Korithi era un lugar precioso. Al bajar del jeep, Holly hizo una breve pausa para absorber la belleza del paisaje. El cielo estaba hoy tan azul que diría que casi podía tomarle el peso. Resultaba extraño, pero casi nunca se nublaba el cielo. A excepción de la inusitada tormenta de ayer, Holly solo había visto unas pocas nubes desde su llegada. Hacía que el espacio pareciera mayor en cierto modo, como si pudiera escudriñar siempre con sus ojos sin encontrar nunca el final. Londres, por el contrario, había empezado a menguar en su mente. Qué tontería, la verdad, considerando que era mucho más grande que Zakintos.

—¿Lista?

Aidan había rodeado el jeep y estaba a su lado. Aunque ella no le veía los ojos a través de las gafas de sol, sabía que sonreía. Tenía una sonrisa fácil, caracterizada por una leve elevación de las comisuras de los labios. Su labio superior era más delgado que el inferior, pero el pronunciado arco era una tentación. Necesitó de todas sus fuerzas para no besarle de nuevo. Debía dejar de distraerse; tenían una misión que cumplir.

Pasearon de la mano por el pueblecito de pequeñas dimensiones. Las

ventanas de las casas tenían jardineras repletas de un derroche de colorido. Una pequeña panadería que encontraron a su paso despedía un delicioso aroma a masa y queso caliente. Aidan le informó que en esta obrador se hacía una de las mejores *spanakopita*, una clase de empanada rellena de queso feta y espinaca, de toda la isla. Se rio cuando Holly se agarró la tripa vacía gimiendo de placer, y rehízo sus pasos para entrar en el comercio y comprar unas cuantas para darse el gustazo cuando llegaran a la playa.

Dejaron el asfalto de la calle principal después de unos cien metros más o menos. Holly siguió a Aidan por un camino de piedra que ascendía hacia la parte alta del acantilado. Alcanzó a ver las aspas de un molino de viento que sobresalían por encima de las copas de los árboles, pero al doblar un recodo soltó un pequeño jadeo de placer: el molino de viento se elevaba cerca del borde del risco. La base sobre la que estaba construido, a modo de planta baja, era una taberna revestida de madera. El molino ya no funcionaba, pero era la primera vez que veía uno así tan de cerca.

—¡Qué bonito! —exclamó, pasando la mano por la piedra grisácea.

—Sí, la octava maravilla —bromeó él.

Aidan se rio al ver la expresión enojada de ella, y luego la estrechó en sus brazos y le dio un beso en la coronilla.

—Mira —dijo él.

Habían rodeado el molino y se encontraban en el borde del risco, donde una valla de aspecto destartado era lo único que les separaba de la caída vertical hasta el mar ahí abajo.

—Desde aquí se puede divisar toda la costa —añadió—. Quizás alcancemos a ver si hay alguna playa.

Los dos se inclinaron sobre la valla cuanto se atrevieron. Dada su estatura, Aidan contaba con cierta ventaja.

—Creo que veo algo —dijo—. Tal vez no sea nada, pero diría que merece la pena echar un vistazo.

—Vamos allá.

Holly se alegró de que él abriera la marcha, sobre todo cuando decidieron seguir un camino salpicado de cascajos que transcurría junto al borde del acantilado. Esta vez no había valla, por lo tanto Holly se concentró mucho en dónde ponía cada pie.

El calor era cada vez más intenso mientras andaban en silencio casi todo el rato, a lo largo del sendero. Las tripas le hacían ruido, y pensó anhelante en las porciones de *spanakopita* que llevaba Aidan.

—Toma, bebe un poco.

Aidan sacó una gran botella de agua de la mochila y se la tendió.

—Gracias. —Bebió agradecida—. ¿Hay que andar mucho más?

—No sabría decir. —Aidan se levantó las gafas de sol y la miró entrecerrando los ojos—. No alcanzo a ver la costa desde aquí. Pero no te preocupes, no vamos a perdersos.

Un lagarto salió corriendo de entre la maleza y cruzó entre los pies de Holly, que dio un bote, pegándose a Aidan mientras una cascada de piedras resbalaban por el risco.

—Tranquila, tranquila —dijo él sujetándola por la espalda con mano firme—. Pasa delante, así me resultará más fácil sujetarte la próxima vez que te asuste un pequeño lagarto.

—¡Eh! —protestó Holly—. Menos impertinencias, caballero.

Pasaron otros diez minutos mientras seguían recorriendo despacio y con prudencia el camino. Los matorrales a ambos lados arañaban los tobillos desnudos de Holly. Hacía rato que se había acabado el agua, y justo empezaba

a preguntarse si aguantaría con vida para probar la *spanakopita*, cuando al doblar un recodo se quedó paralizada, con el corazón en un puño.

Aidan, que por lo visto miraba hacia otro lado, tropezó con ella.

—¡Eh! ¿Por qué te detienes?

Ella observaba la roca junto al camino, un poco más adelante.

—¿No te recuerda la cabeza de un perro? —preguntó Holly.

La roca era mucho más pequeña de lo que se había imaginado al leer por primera vez la absurda descripción del mapa. Justo le llegaba a la rodilla. La roca tenía esculpida una especie de hocico y hendiduras en lo alto, con cierto parecido a unas orejas.

—Tiene que ser eso. —Aidan sonaba excitado—. Nunca en la vida he visto una roca tan similar a una cabeza de perro.

Holly sacó el mapa del bolsillo trasero y estudió el burdo dibujo que había hecho su madre o bien Sandra. Desde luego, parecía tener la misma forma.

—¡Vamos! —Aidan la había rebasado y empezó a descender—. Tiene que estar aquí.

Holly le siguió con cautela, consciente de que le empezaban a temblar las piernas. Si la playa estaba aquí, ¿qué iba a encontrar? ¿Sentiría algo? ¿Y si se desmoronaba y empezaba a llorar otra vez en presencia de Aidan? No obstante, la realidad era que quería ver este lugar, necesitaba verlo. No sabía explicarlo, ni siquiera a sí misma, pero de súbito sentía una necesidad que nunca antes había experimentado. Durante los días anteriores, había empezado a cobrar forma una imagen mental de su madre en la que aparecía feliz, bronceada y despreocupada..., nada que ver con el bulto nervudo, greñado y sucio que había encontrado desmoronado sobre la butaca aquel día. Esta nueva Jenny Wright estaba llena de vida y risa. Holly podía visualizarla así con

mucha claridad, la imagen ahora era tan viva que casi esperaba encontrar a su madre asomándose desde detrás de uno de los árboles que había a su paso para descender la colina.

Aidan, percibiendo tal vez su cambio de ánimo, continuó en silencio, deteniéndose solo para apartar las ramas y facilitar así el paso a Holly. Que él no interrumpiera sus pensamientos provocó en ella una oleada de gratitud.

Se acercaban ahora al mar, lo sabía porque podía oírlo más que verlo. Había sal en el aire que la rodeaba y una leve brisa hacía susurrar la hierba seca. Cuando Aidan apartó una maraña especialmente densa de maleza, de pronto allí estaba. Durante unos segundos, ella se limitó a mirar fijamente, asimilando las perfectas piedras blancas de la playa curva, el intenso azul del mar, el suave fluir y refluir del agua en la orilla...

—¿Crees que es aquí? —preguntó Aidan poniéndole la mano en el brazo con delicadeza.

Por un instante, ella no se atrevió a responder. Estaba tan convencida que casi se echa a llorar.

—Sé que es aquí —consiguió decir al final—. No me preguntes cómo, pero lo sé.

Resultó que la *spanakopita* sabía incluso mejor de lo que olía en la panadería. Holly sonrió de placer mientras la espinaca amarga y potente daba vida al feta salado sobre su lengua. Aidan había devorado la suya en dos bocados y ahora se limpiaba las migas de la barba sin afeitarse.

—Debo contarte algo —dijo Holly finalmente, doblando la bolsa de papel de la panadería en cuadrados cada vez más pequeños.

—Puedes contarme lo que quieras, sea lo que sea —dijo Aidan cubriéndole las manos con las suyas.

—Mi madre no murió en un accidente.

—Oh.

Aidan cambió de posición y se oyó el crujido de las piedras de la playa.

—Era alcohólica, lo era desde hacía años. Un día, mientras yo estaba en el instituto, bebió hasta perder la vida, y la encontré muerta al volver a casa.

—Oh, por Dios —Aidan se pasó una mano nerviosa por el pelo—. Pobrecita.

—Después me enviaron a una orientadora especializada en gestión del duelo —continuó sin apartar la vista del horizonte—. Me dijo que debía perdonar a mi madre por morir y debía perdonarme por no haber estado ahí, pero en realidad nunca lo logré. Creo que al principio no quería perdonarla; luego el odio ya había pasado a formar parte de mí. Lo que en realidad quería era olvidar que ella había existido, era demasiado doloroso pensar en ella. No quería todo ese dolor.

Sacudió la cabeza en un gesto de rechazo a su estúpida personalidad adolescente tan llena de miedo y odio hacia sí misma.

—Lo que de verdad quería era iniciar una nueva vida yo sola. Y lo estaba haciendo muy bien, hasta que apareció esta carta de Sandra. Ahora tengo la impresión no solo de que el pasado vuelve a estar presente, sino que mi vida está patas arriba.

Aidan había permanecido sentado en silencio desde que ella empezó a hablar. En este instante, sin embargo, alargó el brazo para acariciarle la mejilla. Holly había conseguido aguantar sin llorar toda la confesión, pero ahora notaba que iba a desmoronarse.

—No llores —le susurró él como si adivinara su pensamiento—. Qué valiente eres, viniendo aquí tras haber pasado por todo eso. Sabía que eras fuerte, pero no tenía idea de que lo fueras tanto.

—No soy fuerte —objetó ella—. Todo me da miedo.

—¿También yo te doy miedo?

Holly le miró a los ojos.

—Sí —admitió—. Me da miedo quién soy contigo. Ni siquiera me reconozco... ¿Suena muy loco lo que digo?

—Sí. —Aidan se animó a sonreír—. Pero esta locura es parte de lo que te vuelve tan irresistible.

—Creo que mi madre estaba un poco loca. —Holly hizo una mueca—. En realidad, ¿a quién quiero engañar? Estaba como una puñetera cabra.

—Sé que guardas muy malos recuerdos de tu madre —dijo Aidan midiendo las palabras—. Pero, por lo que he oído en los últimos días, caía bien a muchísima gente. Seguro que era una buena persona, por lo menos al principio.

—Lo era.

Holly apartó la vista y se quedó mirando la playa desierta. Sabía que su madre había estado aquí, que seguramente se había sentado en este sitio exacto ante el mismo mar. Intentó visualizar entonces esa versión de su madre, joven e intrépida, disfrutando a tope de la vida. ¿Por qué le costaba tanto admitir que Jenny había sido una buena persona?

—Era la mejor madre del mundo cuando yo era niña —le dijo entonces a Aidan—. Era mi mejor amiga. Lo hacíamos todo juntas.

—Mi madre a veces me permitía sentarme sobre sus rodillas mientras pintaba —comentó Aidan, muy concentrado en un punto en algún lugar del horizonte. Holly creyó detectar un leve temblor en la voz—. Yo era muy pequeño entonces como para apreciar las cosas, pero más tarde, cuando fui mayor y ojalá un poco más sabio, ella me enseñó que había belleza en todas partes: en cada rostro, cada colina, incluso en el cielo más negro. Pese a todo lo que ha sucedido entre nosotros durante los últimos años, nunca olvidaré esa lección.

—Creo que entiendo un poco mejor la belleza desde mi llegada aquí —comentó ella estirando los brazos a ambos lados para dar énfasis—. Todo esto es sencillamente tan hermoso... Pese a cuanto ha sucedido, aquí no puedo sentirme desdichada.

—¿Por qué crees que me vine a vivir aquí? —La miró de soslayo—. Solo tengo que contemplar la vista desde la colina cada mañana para sentirme renovado, listo para enfrentarme al mundo. Pero aparte de eso, me hace desear que cada nuevo día merezca la pena y signifique algo lo que hago. ¿Tiene sentido lo que digo?

Holly, que durante los últimos diez años se había limitado a existir en un limbo extraño y deprimente, entendía con exactitud estas palabras. Aidan

volvía a mantener la mirada fija en el punto donde el mar se unía con el cielo, una amalgama de azules entremezclados. Justo cuando Holly estaba a punto de levantarse de un brinco, él le cogió la mano.

—Holly, hay algo que... —empezó, pero luego captó la sonrisa en su rostro—. ¿Qué?

—¡Vamos a bañarnos!

Aidan soltó una risa al ver que se quitaba los *shorts* y echaba las deportivas sobre las piedras. Luego abrió los ojos como platos cuando también se sacó el bikini.

—Señorita Wright, ¿acaso está sugiriendo que nos bañemos en pelotas?

—No lo sugiero —respondió bromeando—. ¡No te dejes otra opción!

Él tardó menos de un minuto en seguir su ejemplo y, entre risas, los dos se fueron corriendo hacia el agua de la mano.

«¿Qué dirías si me vieras ahora, mamá? —pensó Holly metiéndose en la espuma—. ¿Es lo que habrías hecho tú?»

Tras el calor de la playa, la impresión del agua fría le cortó la respiración. Pero de cualquier modo era una liberación maravillosa saber que les podían pillar en cualquier momento. Se soltó el pelo y tembló mientras el agua empapaba los mechones y le hacía cosquillas en el cuero cabelludo. Al bajar la vista, distinguió sus pechos bajo la superficie, un par de piedras blancas sobre su torso color tofe. Estaba claro que Aidan también los había advertido y ahora se acercaba nadando y los tomaba en cada una de sus grandes y pecosas manos.

—¿Frío? —preguntó encontrando los pezones con los pulgares.

Como respuesta, ella alzó las piernas para rodearle la cintura, entrelazando los tobillos y acercándolo hacia su cuerpo.

—Sí —le susurró al oído—. Pero tengo la sensación de que entraré en calor pronto.

Después hicieron la plancha mirando el cielo sin nubes, dejando que el agua les mantuviera a flote de forma natural en esa bahía poco profunda. Aidan cerró los ojos con sonrisa de satisfacción. Mientras le observaba, a Holly aún le costaba creer que le estuviera pasando todo esto. Y, desde luego, no estaba preparada para calibrar en cómo afectaba a su vida en Londres, a su futuro con Rupert.

—¿Crees que puedes nadar hasta esa cueva? —preguntó Aidan entonces, devolviéndola al presente.

La cueva en cuestión parecía encontrarse a unos doscientos metros de distancia, pero Holly se sentía invencible. Dejó que Aidan se adelantara y le siguió a ritmo pausado, disfrutando de la sensación del mar sobre su piel desnuda y el calor del sol en la espalda.

El agua de la cueva era clara, de un azul brillante, y sus rocas totalmente blancas, igual que en las otras cuevas más famosas, situadas a pocos kilómetros de la costa. Parecía de cuento, pensó ella mirando recovecos y ranuras, esperando que un pequeño hobbit se asomara en cualquier momento para observarla entre la penumbra. Y entonces, cuando su mirada se detuvo en una repisa situada pocos metros por delante, detectó algo diferente.

—¿Ves eso? —preguntó a Aidan, sacando un brazo del agua para señalar—. Parece que alguien haya grabado algo ahí.

Se fueron chapoteando, y Aidan finalmente trepó por el costado resbaladizo de una roca próxima para mirar mejor. Holly admiró su trasero desde abajo, y estaba a punto de gritarle algo procaz cuando él se volvió con una mirada de pura incredulidad en el rostro.

—Creo que mejor lo ves con tus propios ojos —le dijo, agachándose para

sujetarla mientras ascendía dando traspiés y resbalando para situarse a su lado.

Ahí, en la pared de la cueva, había una estrella tallada, tan perceptible como si la hubieran grabado esta misma mañana. Y en el interior de la misma, con suma nitidez, se leían los nombres «Peluche Jenny» y «Sandrita playera»

—¿Piensas...? —empezó Aidan, pero se detuvo al instante para estirarse y sujetar a Holly, y evitar que se cayera.

El hecho de encontrarse aquí en esta cueva, sobre la misma repisa en la que sabía que habían estado juntas su madre y su tía, riéndose mientras dejaban esta señal en la isla que tanto adoraban, la había dejado sin aliento. Desde su infancia no se había sentido tan cerca de su madre, tan conectada, como en este momento. Alargó la mano para pasar un dedo inestable sobre la inscripción, resiguiendo los extremos irregulares de la estrella. Sabía que estaba temblando, pero no sentía frío. Incluso Aidan, de pie a su lado apoyando las manos firmemente en sus hombros, parecía encontrarse a kilómetros de distancia. Era como si el tiempo se hubiera estirado hasta formar un túnel largo y delgado, y ella, Holly, fuera el único ser en el agujerito de luz al final del mismo. Holly y Jenny y Sandra: ellas tres, unidas por fin.

—Holly, estás temblando.

Aidan intentaba girarla hacia él, pero a ella le costaba apartar la mirada de la roca. Se volvió parpadeante y de pronto recordó que estaba desnuda por completo.

Oh. Santo. Cielo.

—Tienes razón —dijo sonrojándose—. Deberíamos regresar a la playa.

Sin esperar a su respuesta, se apartó de él y se deslizó otra vez hasta el agua, sumergiéndose con una salpicadura que reverberó por las paredes de la cueva.

Cuando llegaron a la costa diez minutos después, tenía las extremidades doloridas de nadar, pero aun así corrió sobre las piedras para recuperar su bikini. Aidan, algo desconcertado, continuó andando con toda tranquilidad tras ella, sin la menor intención de ponerse de nuevo el bañador.

—No te hagas ahora la tímida conmigo —comentó con cierto tono perspicaz.

Holly hizo cuanto pudo para sonreírle. En los últimos minutos, el irlandés había pasado de parecerle el mejor amigo del mundo a ser un total desconocido, pero ignoraba el motivo. Se detestó por quedarse tan paralizada; sin embargo, parecía incapaz de desbloquearse. Alzó las rodillas hasta la barbilla y se meció sobre la toalla como una demente.

—¿Estás bien? —preguntó Aidan agachándose, sin atreverse a acercarse demasiado—. Te has quedado muy pálida.

—Estoy bien.

Lo dijo automáticamente y con mucha más brusquedad de la que pretendía. Aidan dio un respingo.

—Lo siento, creo que estoy en estado de *shock*. —Holly bajó la mirada a las piedras entre las puntas de sus pies—. Estoy hecha un lío —añadió—. Soy una borde total.

—Bueno, bueno —le regañó él—, de eso nada, Holly. Eres..., bien, para ser sinceros, creo que eres asombrosa, en serio.

—No —replicó ella alzando una mano—, por favor, no te hagas el agradable conmigo. No me lo merezco.

—La cuestión es que de verdad te lo mereces. —Aidan se había decidido por fin a ponerse el gastado bañador—. Probablemente más que ninguna otra persona que haya conocido. No deberías darte tanta caña.

Holly sabía que Aidan solo quería ser amable, pero también se sintió como si la regañara. Por supuesto que no era intencionado sentirse tan desdichada..., ¿no se daba él cuenta de eso? Frustrada, cogió la piedra más grande que encontró y la lanzó por lo alto hacia la playa.

—¡Toma ya! —silbó Aidan, enfureciéndola todavía más con sus risas—. Cuidado, habitantes de Zakintos —aulló levantando la toalla como escudo improvisado—. A la chica se le ha ido la olla..., ¡ahora le ha dado por tirar rocas a diestro y siniestro!

Holly se levantó y empezó a meter las cosas en la bolsa mientras Aidan bailaba a su alrededor, pinchándole en las costillas y riéndose.

—¡Y luego dices que yo estoy loca! —vociferó, dándole un empujón cuando él pisó con su gran pie descalzo un extremo de su toalla—. ¡Quita de ahí!

—No hasta que me sonrías.

De verdad, era exasperante.

—¡Que te den!

—Se nota que quieres...

Tenía razón, por supuesto, y por fin ella sonrió, pero no hasta que él se acercó para estrecharla en sus brazos otra vez. Solo hizo falta besarla, y su rabia y desconfianza parecieron fundirse. Holly nunca se dejaba ir de esta manera, pero a estas alturas se había pasado tanto de la raya que no parecía quedarle otra opción. Y lo que le esperaba era de lo más placentero al fin y al cabo.

Por la tarde, cuando pararon el coche ante sus casas, Holly empezaba a sentirse más relajada. El descubrimiento de la playa y la inscripción en el interior de la cueva la habían afectado, pero a medida que la impresión se le

pasó, una especie de calor reconfortante ocupaba su lugar. Le parecía que su madre volvía a ser aquella persona a la que quiso en otro tiempo, toda la rabia contenida durante tantos años empezaba a debilitarse. También Sandra resultaba mucho más real ahora que antes, algo que la hacía feliz y al mismo tiempo le partía el corazón. Ojalá supiera qué había sucedido para abrir una brecha tan permanente entre ambas.

—Sé que llevas sin separarte de mí todo el día —dijo Aidan, apagando el motor y buscando la mano de Holly—, pero conozco un sitio italiano fantástico en Keri...

—Me encantaría. —Ella también le apretó la mano—. Y gracias por lo de hoy. Nunca habría encontrado ese lugar sin ti.

—Ya estás otra vez —le riñó—. Dudando de ti misma. Lo habrías encontrado..., aunque también podías haberte caído al mar de cabeza desde el sendero.

—Bien, pues entonces gracias por salvarme la vida también.

Los dos se rieron, aunque aún quedaban restos de desasosiego tras sus risitas. Ella sabía que debía pensar en Rupert, tal como sabía que Aidan estaría pensando lo mismo. Pero lo estaba pasando demasiado bien como para sacar el tema, era mucho más fácil ser egoísta y seguir fingiendo que no había ningún fuego que apagar. Quería sentarse a cenar con este hombre y que le hablara de su vida aquí en la isla; quería una mesa con vistas a la puesta de sol, y que le cogiera la mano. El tema de su novio no hallaba un hueco en semejante guion. Pese a saber en su fuero interno que se equivocaba, decidió guardar ese tema en una de sus múltiples cajas internas y dejarlo ahí metido hasta la mañana.

Aidan debía de percibir su lucha silenciosa, porque soltó su mano.

—¿Quedamos entonces en mi casa dentro de media hora? —preguntó.

—¡Hecho!

Sobreponiéndose a su mala conciencia, Holly cerró la puerta del jeep y se fue por el sendero, agachándose para sacar la llave de debajo de la maceta. La casa estaba a oscuras, pero mientras cerraba la puerta alcanzó a ver su móvil iluminado encima de la mesa; ni siquiera se había dado cuenta de que se lo había dejado.

Echando la bolsa sobre el sofá, dio al interruptor y se acercó unos pasos, pero de repente una sensación de fatalidad inminente la dejó paralizada. Respiró hondo y se obligó a aproximarse hasta la mesa para coger el móvil con cautela.

El mensaje en la pantalla confirmaba el peor de sus temores.

—¡AIDAN!

Holly estaba aporreando de hecho su puerta. Podía oír a *Phelan* corriendo y resbalándose por dentro, y el sonido distante del agua corriendo en la ducha.

—¡AIDAN! —gritó de nuevo, esta vez a punto de llorar.

Phelan había empezado a ladrar, y al final se abrió la puerta. Él había salido mojado del cuarto de baño con tan solo una toalla y expresión de desconcierto.

—¿Qué pasa? —preguntó sonriente—. No puedes pasar sin mí ni siquiera diez minutos, ¿eh?

Sin decir nada, ella solo fue capaz de tenderle el móvil, con el mensaje de texto de Rupert aún en la pantalla.

—Oh, oh...

—Lo sé. —Apenas era un susurro—. ¿Qué coño voy a hacer ahora?

Aidan siguió callado unos instantes, mientras Holly observaba las gotas de

agua que caían desde su flequillo al pecho desnudo.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó él, de pronto, en un tono urgente.

—Hace cuatro horas que lo ha enviado —le dijo ella, con el corazón en los pies.

—Su avión ha aterrizado hace diez minutos...

Jueves, 12 de octubre, 1993

Queridísima S:

¿Sabes qué día es? Hace diez años que mamá y papá murieron en aquel estúpido accidente. He pensado que debería conmemorarlo de algún modo, y escribirte me ha parecido mejor idea que abrir una botella de vodka, aunque ninguna de las dos opciones hace que me sienta mejor. Ellos habrían detestado esto, ya sabes. Nosotras dos peleándonos así. Ojalá ellos no se hubieran ido a hacer ese viaje.

Ojalá hubieran estado aquí para conocer a Holly; la habrían querido muchísimo. Y yo creo que seguirían queriéndome a mí, a pesar de todo. Quizás ellos hubieran ayudado a que tú me perdonaras. ¿No vas a perdonarme? ¿Por mamá y papá? Hazlo por ellos, no por mí. Todavía te echo de menos.

Jen X

21

—¡Holly!

El grito de saludo de Rupert resonó tan fuerte en el cavernoso vestíbulo de llegadas que Holly se agachó, medio esperando que las paredes de vidrio saltaran en pedazos y le cayeran encima.

—Ru...

Fue todo lo que consiguió decir antes de que él saliera corriendo para cogerla en brazos y darle vueltas y más vueltas mientras le besaba el cuello con deleite.

—¡Qué ganas tenía de verte! Casi no te reconozco así de morena. Me muero de ganas de ver las partes que no te has bronceado.

No se molestó en bajar la voz para airear este último comentario, ganándose una risotada aprobatoria de un grupo de chavales que pasaba, sin duda camino a Laganas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Holly, esforzándose por mantener un tono alegre.

—Empezaba a pensar que te habías largado con un camarero griego —dijo riéndose—. Pensé que lo mejor era venir a reconquistarte.

Holly se obligó a esbozar una sonrisa.

—Creo que me he bebido alguna birra más de la cuenta durante el vuelo —añadió Rupert dejando ir un discreto eructo tras su mano.

Holly, que ni siquiera había tenido tiempo para darse una ducha después

del día de playa con Aidan ni para pasarse el cepillo por el pelo apelmazado y lleno de sal, se sentía horriblemente expuesta bajo las intensas luces de la terminal. Había acabado por convencerse de que Rupert detectaría inevitablemente su engaño nada más verla. La reconocería como la horrible tramposa que era. No obstante, por fortuna, parecía totalmente ajeno, aunque puso mala cara al intentar pasarle los dedos por el pelo.

—¿Ahora te revuelcas entre los matorrales o qué? —preguntó apartando los dedos de los mechones desgreñados.

—He venido directamente desde la playa —replicó Holly bajando la vista a los pies—. Tenía el móvil cargándose en casa —añadió—, por eso he llegado tarde a recibirte, ya lo siento.

—No te preocupes, corazón —la besó en la punta de la nariz—. Estás aquí, eso es lo único que importa. He comprado una estupenda botella de vino libre de impuestos, aunque para ahora estará caliente. Espero que haya hielo en esta casita tuya...

Holly solo fue capaz de asentir y sonreír. Era como si tuviera un puñado de espaguetis hervidos girando sin parar en su estómago a velocidad de centrifugado.

Rupert no le había soltado la mano desde su llegada e insistió en que se sentara en el asiento trasero con él pese a que el conductor no estaba seguro de la ruta a seguir. Como resultado, Holly pasó casi todo el trayecto con la cabeza entre los dos asientos delanteros, igual que un perro, y una mano sujeta sobre el regazo de Rupert, mientras los bordes afilados de su bolsa de bandolera se le clavaban en las costillas. Rupert miraba por la ventana del coche, gritando al azar los nombres de lo que veía pasar, como «cabra», «tienda», «árbol» y «ciclomotor», acompañándolo de resoplidos a distinto volumen. Estaba claro que durante el vuelo habían caído unas cuantas cervezas más de las que él afirmaba. En contraste con el primer trayecto en taxi desde

el aeropuerto una semana antes, en esta ocasión el conductor apenas dijo una palabra.

Cuando Rupert mencionó que acababan de pasar junto a una manada de perros callejeros, Holly pensó con desesperación en *Phelan* y la cachorrita. ¿Volvería a verlos? Había dejado a Aidan mudo y horrorizado en el umbral, mientras ella prometía que haría algo para resolver el terrible lío que había creado. Pero ahora, enfrentada a la realidad de tener a Rupert aquí, en Zakintos, solo para verla, comprendió que no iba a ser tan sencillo. Aunque quisiera, no podía contarle lo de Aidan ahora que él estaba tan lejos de casa; no sería justo. En realidad, no había contemplado hasta hoy mismo la posibilidad de romper en serio con su novio, y lo poco que había pensado al respecto mientras la idea rondaba por el fondo de su mente no incluía a Rupert apareciendo aquí en la isla. Les había imaginado a ambos sentados en un bar de Londres, o en el piso de él, mientras ella le cogía la mano para decirle que se había acabado, que los dos querían cosas diferentes en la vida. Lo que estaba pasando ahora era literalmente lo peor que podía haber sucedido. ¿Qué iba a hacer ahora ella?

Cuando el taxi inició la ascensión por la colina contuvo la respiración, pero gracias al cielo no se veía a Aidan por ningún lado. Sus ventanas y puertas estaban cerradas y el jeep había desaparecido de su lugar habitual junto al muro. No quería ni imaginar cómo se sentiría él, pero por otra parte ya sabía lo de Rupert. Al menos había sido franca respecto a esto. De hecho, había sido más sincera con Aidan que con cualquier otra persona..., algo que le provocaba aún más remordimientos ahora que Rupert se comportaba como el novio más cariñoso y afectuoso del mundo.

—¡Qué casa tan bonita! —Proclamó su novio mientras doblaban el recodo—. ¿Ves el mar desde aquí arriba?

Holly asintió.

—La vista desde el jardín trasero es fantástica. Me alegra que sea de tu gusto.

Rupert se fue directo a la nevera en cuanto ella abrió la puerta.

—¿Hay hielo para este vino, cielo?

—Lo siento, no. —Holly se esforzó para poner tono de disculpa—. Puedo acercarme un momento a la tienda si te parece.

—Voy contigo —replicó él pegándose a ella más deprisa que un cordón elástico.

A Kostas no pareció sorprenderle que Holly apareciera de pronto con un desconocido acompañante a la zaga. Sonrió como hacía siempre y estrechó la mano a Rupert cuando pagaron por las dos bolsas de hielo, tres paquetes de cervezas y varias bolsas de patatas, pero no charló tanto con Holly como hacía por regla general. Justo empezaba a oscurecer mientras regresaban a casa por la colina con los chirridos de los grillos invadiendo la maleza. Rupert iba charlando sobre el trabajo y admitió que se las había arreglado para conseguir unos días de asueto fingiendo que una tía suya había fallecido.

—Pues de hecho mi tía ha muerto —soltó Holly, poniéndose roja un instante después.

—Oh... —Rupert pareció alicaído—. Lo lamento, cari. No quería molestarte, pero pensaba que no la conocías.

—No la conocía —admitió ella intentando que su voz no dejara entrever que estaba dolida—. Es solo que... Bien, ella me ha dejado su casa.

Se hizo un silencio incómodo mientras Rupert intentaba descifrar por qué había caído de súbito en desgracia. Al llegar a la puerta de entrada, se detuvo en el sendero y tiró de Holly con suavidad.

—Te he echado mucho de menos —susurró pegando su cuerpo al de ella.

A Holly le pareció un desconocido.

—Yo también te he echado de menos —respondió dándole un besito en los labios y apartándose despacio—. Vamos, quiero probar ese estupendo vino del que no paras de hablar.

Holly sobrevivió las siguientes horas haciendo un montón de ordenación innecesaria de la casa y bebiendo también exageradamente. Sintiéndose incapaz de compartir con Rupert la camita de la habitación pequeña, sacó de allí sus propias cosas y, a su pesar, instaló a su novio en la antigua habitación de Sandra. Desenterró algunas mantas más del fondo del armario, y mientras las extendía vio a Rupert arrugando la nariz.

—Habría comprado ropa de cama nueva de haber sabido que venías —le dijo pensando con anhelo en la cena que ella debería estar compartiendo con Aidan.

—No pasa nada —contestó él sonriente mientras se sentaba.

Por primera vez desde que se conocían ella le encontraba un tanto desubicado e inseguro. Pese a la creciente indiferencia que le inspiraba, Holly sintió una punzada de lástima por él. Al fin y al cabo, aquí la mala era ella, se dijo con severidad.

—Te veo diferente —empezó a decir Rupert, mordisqueándose con nerviosismo una piel suelta del pulgar—. ¿Estás enfadada conmigo?

Ella respiró hondo.

—No. Por supuesto que no. Es solo que han sido unos días raros.

—Ni siquiera me has besado como Dios manda —replicó él haciendo un mohín—. Es lo único que deseo desde que he llegado aquí: besarte.

Holly pensó en Aidan, en sus grandes manos pegadas a su cintura, la aspereza de la barba sin afeitar mientras la besaba en el cuello.

—Bien, pues bésame.

Se percibió la vibración del silencio mientras Rupert alzaba la vista y encontraba su mirada. Levantándose a continuación, tomó ambos lados de su rostro y la besó con más pasión y decisión que nunca. A Holly, pillada por sorpresa, le flaquearon las rodillas y notó un estremecimiento en la boca del estómago. Esto no debería estar pasando. Ella deseaba a Aidan, no a Rupert.

Segundos después, cuando se apartaba con sonrisa radiante, Rupert había recuperado su seguridad.

—¿Salimos por ahí? A un club o algo, ¿te parece? —preguntó con las manos aún en sus ardientes mejillas.

—Sí, claro, por supuesto —respondió ella intentando aplacar el golpeteo frenético dentro de su pecho.

¿Qué le estaba sucediendo?

Aunque la temporada de verano prácticamente acababa de empezar, la arteria principal de Laganas estaba muy activa. Una sucesión de bares y clubs se disputaban por captar la atención, compitiendo atronadoramente con los bajos de sus equipos de sonido a lo largo de la calle. Holly nunca había cruzado la parte baja de la carretera, nunca había pasado de la playa, de modo que no tenía idea de dónde llevar a Rupert. De cualquier modo, no había que preocuparse porque una plétora de relaciones públicas británicos y griegos intentaba convencerles a toda costa de que cruzaran el umbral.

—¡Ración de pescado gratis! —gritaba una rubia con varios piercings en la lengua.

—¡Chupito gratis con cada copa —aullaba un jovencito con acento de Tyneside y la frente quemada por el sol.

—El mejor bar de Laganas. *Happy hour* toda la noche —chillaba un

griego flacucho con vaqueros cortados.

—Este sitio es una locura —proclamó Rupert con entusiasmo, riéndose cuando una chica con el vestido cayéndosele de los hombros, salió tambaleante a la calle y se apresuró a devolver un vómito rosa intenso en la alcantarilla.

—Podemos ir a Kalamaki en vez de quedarnos aquí —sugirió Holly—. Es el siguiente centro en la costa, mucho más tranquilo y mucho más, ejem, griego a la manera tradicional.

—Pues esto parece divertido —respondió Rupert, sin conseguir apartar la mirada del grupo que se acercaba bailando, integrado por chicas ataviadas con micro *shorts* a juego y camisetas de «I ♥ Zante».

Holly entornó los ojos cuando su achispado novio empezó a soltar risitas.

—Igual deberíamos ir a Kalamaki —insistió ella.

Al mirar a su alrededor se percató de que podían encontrarse perfectamente en medio del Soho londinense. No había nada del encanto y el carácter griego que había acabado por adorar. Esto carecía por completo de alma.

—Podemos ir mañana. —Rupert la agarró del brazo—. Total, he bebido demasiado como para preocuparme ahora por cenar. Vámonos de juerga, venga.

—Como te parezca —dijo Holly respirando hondo para disimular un suspiro.

La chica del vómito rosa regresaba tambaleante al interior del siguiente bar y ya se preparaba para el próximo chupito.

Siguieron andando hasta que Rupert sugirió un bar de aspecto chabacano y el dudoso nombre de Pulse, que a él le pareció divertido. Dentro, la música

estaba tan alta que ella casi no oía lo que le decía.

Aunque Rupert se dirigió a la barra con intención de pedir una botella de vino blanco, volvió minutos después con expresión de disculpa y una bandeja cargada de diversos cócteles multicolores y dos chupitos en vasos de plástico conteniendo algo que olía a anís.

—No tienen vino —dijo encogiéndose de hombros—. Me he decidido por Sexo en la Playa y algo llamado Pelotazo Zante... ¿Qué te parece?

—Por probar que no quede —replicó en broma, esforzándose por parecer agradecida.

Le costaba creer que este antro ruidoso y maloliente fuera parte de la isla tranquila, mágica y asombrosamente bella de la que ella se había enamorado durante la pasada semana. Pero, en fin, esto solo era una calle entre otras muchas. El resto de la isla parecía haber permanecido por suerte indemne.

—Me siento viejo —gimió Rupert, señalando a otro grupo de lo que parecían adolescentes irrumpiendo en el bar y exigiendo chupitos gratis.

Para Holly, que había pasado la adolescencia y el principio de la veintena en un estado de desdicha perpetua, la idea de volver a ser joven la enfermaba. Hacerse mayor no es que estuviera resolviendo exactamente sus problemas, pero le proporcionaba la estabilidad independiente que tanto había ansiado durante años.

Justo cuando empezaban a dar tragos vacilantes a los primeros cócteles, un griego se les acercó con una botella medio llena de algo de un color rojo brillante.

—¿Chupito gratis para la dama? —gritó subiéndose de un brinco a la mesa de poca altura e inclinando el cuello de la botella en dirección a Holly.

—¿Y yo qué? —dijo Rupert guiñándole el ojo a Holly y abriendo la boca.

El griego pareció contrariado por un momento, pero se recuperó deprisa para verter un sustancial trago del brebaje rojo directamente a la garganta de Rupert y también —y no tan accidentalmente, pensó Holly— sobre su camisa blanca.

Ella no pudo evitar reírse, y Rupert no tardó en sumarse a las risas. A Holly se le ocurrió pensar que si se emborrachaban lo suficiente, su ansioso novio tal vez se desmayara antes de hacérselo con ella. Si el beso compartido antes en casa la había puesto nerviosa, no quería ni pensar en lo que pudiera pasar una vez estuvieran a solas.

—Vamos allá —anunció ella, cogiendo su cóctel y vaciándolo en tres tragos—. Hoy cerramos todos los bares.

En Laganas no había nada parecido al aviso de última ronda: algo que Holly no tardó en descubrir mientras iban de un local a otro apresuradamente, luego tambaleantes, a lo largo de la arteria principal. Allí donde entraban les invitaban a chupitos. Al cabo de un rato a Rupert no se le entendía ni papa.

Holly bebía sin pausa, con la misión de erradicar la realidad de lo que estaba sucediendo, mientras su novio le seguía el ritmo encantado, poniéndose más sobón a medida que pasaban las horas. La mayoría de lugares a donde iban parecían contratar una mezcla de personal griego e inglés. Holly también detectó algún acento australiano al ir a pagar. Muchos de los camareros emulaban en las barras al Tom Cruise de la película *Cocktail*, volteando las botellas de un lado a otro, mientras otros llegaban al punto de dar un trago de combustible para convertirse en lanzallamas humanos. Impresionaba bastante en cierto modo, pero Holly no encontraba aquí nada del corazón del Zakintos que tanto adoraba. Se encontró echando de menos el acogedor bar de cócteles de Annie y el vino autóctono ligeramente caliente de la tienda de Kostas.

A las cinco de la mañana estaban bailando en un club situado justo al final de la carretera, cuyas ventanas con postigos daban a la bahía de Laganas. El

DJ pinchaba horteradas de los ochenta en la cabina instalada dentro de una motora, y las chicas vestidas con lo que parecía hilo dental, poco más, bailaban provocativamente encaramadas a la barra. Holly no había estado en un sitio así en toda la vida, pero era imposible que la atmósfera alocada no te arrastrara.

—¡Te quiero! —gritó Rupert a través de la nube de hielo seco y las extremidades danzantes.

Holly le lanzó un beso como respuesta, dando una vuelta para bailar con un hombre que llevaba un mankini verde chillón.

—Hablo en serio —repitió él arrastrando las palabras, alargando el brazo para cogerle la mano sin conseguirlo—. ¡Vente a vivir conmigo!

Holly se rio de él.

—Estás tan borracho —gritó por encima de la música— que no sabes lo que dices.

Él también se rio, más de sí mismo que de Holly, y continuó haciendo piruetas en torno a la columna próxima. Para cuando paró la música y retiraron los postigos, el sol ya empezaba a salir por el mar.

—Voy a buscar agua —masculló Rupert, dejando a su novia en la playa mientras se iba tambaleante hacia la tienda a la vuelta de la esquina.

Ella se quitó los zapatos y se sentó, subiendo las rodillas y metiendo las puntas de los pies en la arena mojada. Aunque el sol estaba aún medio tapado por el mar, se percibía ya su calor poderoso y las primeras vetas de luz ámbar rozando la superficie del agua.

Mientras inspiraba el aire del amanecer y disfrutaba de la sensación de la arena fresca en sus pies calientes, comprendió por primera vez la suerte que tenía de encontrarse aquí. Era el lugar más hermoso en el que había estado.

Ella, la insignificante Holly Wright, que había pasado sus años de adolescencia en un mugriento edificio al sur de Londres, era dueña de un rinconcito aquí.

Sabía que le encantaba este sitio, pero ¿y la gente? O, con más exactitud, la persona. ¿Cómo iba a saber ella lo que iba a suceder al venir aquí? Lo único que buscaba era alguna respuesta sobre su tía, no buscaba prendarse de un desaliñado veterinario irlandés. Sentía sus últimos vestigios de control desvaneciéndose como la arena seca con las olas. ¿Cómo había permitido que las cosas hubieran llegado a este punto?

Pensó en sus amigos de Londres y en los que había hecho durante la breve estancia en la isla. Incluía a Rupert, por supuesto, y también a Aliana, pero su joven amiga era voluble, inmadura y de buen seguro nunca llegaría a ser alguien a quien confiar secretos. Tampoco consideraba al grupo de colegas de Rupert como verdaderos amigos, en realidad, pero eso quizá fuese culpa suya. ¿Acaso no llevaba años poniéndose una máscara, mostrando al mundo exterior solo la versión cautelosa, prefabricada, de sí misma? Holly no hacía amistades con facilidad, pero estar aquí en la isla le había enseñado lo bien que sentaba ser un poco más abierta con la gente, y también que si logras encontrar en ti misma la manera de compartir un poco más, las recompensas obtenidas de los demás son enormes. Aidan le había enseñado eso. Pero también Kostas y Annie y Nikos. Aquí la gente emanaba una simpatía que en Londres no se percibía.

Pensar otra vez en Aidan le provocó una mueca de malestar. Se preguntó si habría vuelto siquiera a casa por la noche o si estaría oculto en algún lugar hasta que amainara la tormenta Rupert. Holly se debatía entre el anhelo por verle y un miedo que bullía en sus entrañas por lo que pudiera suceder si lo hacía.

—¡Cari, traigo regalos!

Era Rupert, de regreso de la tienda, blandiendo botellas de agua y polos helados.

—¿Es nuestro desayuno? —preguntó ella guardando su desánimo en el interior de la caja correspondiente—. Apuesto a que ya habrá algún garito abierto en esta calle si te apetece alguna fritanga.

Si aguantaban un par de horas más, con suerte Aidan se habría ido a trabajar antes de que ellos volvieran a casa.

Perdida en sus pensamientos, en sus sentimientos y temores, Holly no reparó en el jeep aparcado en el extremo de la playa. Mientras pasaban junto a la ventanilla del conductor e iniciaban el torpe regreso hacia el centro de Laganas, Rupert rodeó con el brazo los hombros de Holly y la atrajo para darle un beso.

El suave zumbido de la máquina de coser resultaba casi relajante después de la música ensordecedora en los clubs nocturnos de Laganas. Holly había intentado dormir tras regresar a casa, pero la combinación del pitido persistente en sus oídos más la agitación persistente en su corazón hizo que el sueño se le resistiera. El Gnomo del Insomnio se había instalado como siempre en su pecho, moviendo el dedo como para decirle: «Pasa de mí todo lo que quieras; yo no me voy a ningún lado». Tras unas horas dando vueltas y sacudidas en el pequeño espacio de cama sobre el que Rupert no estaba despatarrado, había renunciado al sueño para regresar abajo con su querido nuevo juguete.

Mientras trabajaba en un complicado vestido que había empezado a confeccionar con más encaje del que había adquirido con Aidan el primer día que salieron de excursión, Holly sintió que la angustia empezaba a aliviarse. Era mucho más fácil escuchar sus pensamientos cuando tenía las manos ocupadas. La acción monótona de pasar el bello y delicado material bajo la aguja estaba resultando extremadamente terapéutica. Ojalá lo hubiera sabido años atrás. No habría aparcado su afición de forma tan drástica de haber comprendido lo mucho que la ayudaba a relajarse.

Pese a esta revelación, seguía negándose obstinadamente a pensar demasiado en Aidan. En vez de ello pensaba en su madre y en Sandra. De pronto recordó la foto que había descubierto en el cuarto de baño, parecía que hiciera siglos..., de tantas cosas que habían sucedido en tan poco tiempo.

Holly esperó hasta llegar a una pausa natural en su labor y entonces desenchufó la máquina de coser y recogió las cosas. Era hora de descubrir

algo más sobre las demás personas en esa fotografía... y tenía la sensación de que Kostas sería de ayuda. Parecía conocer a todo el mundo por aquí. La breve estancia en la isla ya le había enseñado que los griegos eran más chismosos todavía que el más intrépido periodista de cualquier diario sensacionalista inglés.

—¿Sabes quiénes son estos hombres?

Kostas se frotó los ojos para luego entrecerrarlos y observar la foto bajo el rayo de luz que se filtraba por las persianas de la tienda.

—¡Sí! —exclamó todo ufano.

Holly esperó.

—¡Este es Dennis! —le dijo indicando al hombre que estaba junto a Sandra—. Este... —Sostuvo el mismo dedo con incertidumbre durante unos segundos—. Creo que este es Sócrates. Era policía, pienso.

—Perdona, pero... —Holly volvió a tenderle la foto—. ¿Viven aquí, en Zakintos?

Kostas puso cara rara. Tenía una mancha de café en su barba gris.

—No —respondió finalmente cruzándose de brazos como para zanzar el tema.

—¿Sabes dónde están?

—Ah, Dennis fue a Cefalonia. —Hizo oscilar su brazo en dirección a la colina—. Fue a vivir allí hace muchos años. —Volvió a encogerse de hombros—. No conozco a Sócrates, pero no está aquí desde hace mucho tiempo. Muchos años.

—Esta es mi madre —le dijo entonces Holly indicando a Jenny.

Al oír sus palabras, los grandes ojos de Kostas se llenaron súbitamente de

lágrimas. Salió desde detrás de la caja para darle un abrazo bigotudo.

—Lo siento mucho por ti —le gimió bajito al oído—. Recuerdo a tu madre. Era..., como decís..., estaba loca, pero tenía buen corazón.

Holly retrocedió un paso con calma.

—¿Y este hombre? —dijo señalando de nuevo la foto—. ¿Estaba con...?

Kostas abrió mucho los ojos al percatarse del significado.

—No —interrumpió, volviendo a cruzar los brazos y negando con la cabeza—. Dennis, él estaba con Sandy. Sí, Sandra. Creo que quizá se casó con ella.

¿Sandra se había casado? Era la primera noticia que tenía sobre ello. Antes de poder preguntar por qué habían roto, Kostas le cogió el brazo. La miró con aspecto muy avergonzado y luego dijo:

—Tu madre..., ella estaba con muchos hombres. Griegos, ingleses, alemanes, suecos. Creo que también con este —dijo señalando a Sócrates el policía mientras sacudía la cabeza con tristeza—. Lo siento.

De modo que era tal y como había sospechado Holly: parecía cada vez más probable que su padre fuera uno de los muchos hombres con los que ligó su madre cuando vivía aquí, lo cual significaba que podría seguir viviendo en algún lugar de la zona y no estar confinado en el extranjero como afirmaba Jenny. Aunque, ¿cómo iba a encontrarlo? Lo más probable era que ni siquiera supiera de su existencia.

—No pasa nada —le dijo a Kostas, quien aún parecía abatido—. Mi madre no era un ángel.

—No —reconoció él, pero sonriente ahora—. No era un ángel, pero tenía buen corazón.

Holly le dejó y regresó lentamente por la colina en dirección a casa.

Cefalonia era la isla más próxima a Zakintos, tal vez no fuera imposible localizar al ex de Sandra, Dennis. Quizás Annie supiera algo más de él y de Sócrates. Cabía la posibilidad de que Dennis ni siquiera se hubiera enterado del fallecimiento de Sandra. Fueran cuales fuesen las circunstancias de la supuesta ruptura, de cualquier modo él había estado un tiempo con su tía, y alguien debería informarle de lo sucedido.

Estaba a punto de meterse por el sendero cuando el sonido del motor de un coche la dejó paralizada. El jeep de Aidan aparcaba a su lado levantando polvo, de modo que respiró hondo para cobrar valor, volverse y mirar. Pero Aidan no estaba solo.

Cuando la portezuela se abrió, *Phelan* salió de un brinco, enterrando el hocico directamente en la entrepierna de Holly.

—¡*Phelan!* —gritó ella, exactamente en el mismo instante que lo hizo la ocupante del asiento del pasajero.

Holly abrió los ojos llena de horror cuando aparecieron dos bronceadas piernas muy largas y muy delgadas, seguidas de cerca por una diminuta cintura, vientre plano, deslumbrante sonrisa blanca y una masa de oscuros rizos pelirrojos.

—Hola —dijo la chica tendiendo la mano.

Holly la estrechó, pero no pudo hacer otra cosa que mirarla boquiabierta mientras intentaba despegar el hocico de *Phelan* de sus partes pudendas.

—¡*Phelan*, fuera!

Aidan cerró de golpe su portezuela y rodeó el jeep para acercarse hasta las mujeres. Se había abotonado mal la camisa, advirtió Holly, y parecía agotado.

La belleza pelirroja soltó una risita y enlazó el brazo de Aidan.

—¿Has dejado a *Lexi* en el jeep? —le preguntó él, provocando un chillido de alarma en la chica.

Dándoles la espalda, abrió de nuevo la puerta y sacó a la cachorrita rescatada por Holly durante la tormenta.

—¿No es una monada? —le preguntó la chica entonces, acercándose la perrita a una de sus mejillas perfectas.

—Sí.

Fue todo lo que consiguió pronunciar. Holly miró con disimulo a Aidan, pero él no levantaba la vista del suelo.

—Soy Clara —dijo la pelirroja cuando se hizo evidente que Aidan no iba a hacer las presentaciones.

Tenía un leve acento irlandés.

—Holly.

Se hizo un silencio interminable, espantoso, durante el cual Clara desplazó la vista de Aidan a Holly con confusión creciente. Él parecía incapaz de moverse, pero Holly detectó un músculo sacudiéndose en su mandíbula.

—Bien, pues deberíamos ponernos en marcha, ¿verdad, Aidan? Ha sido un placer conocerte, Holly —dijo por encima del hombro mientras doblaban la esquina.

Holly intentó no estallar en lágrimas cuando Aidan le pasó un brazo por los hombros a Clara con gesto despreocupado. Fuera quien fuese esta criatura parecida a una diosa, conocía muy bien a Aidan; y además él parecía estar a gusto con ella. Holly recordó lo que Annie le había contado sobre la pinta de modelo que tenía la exnovia, y lo que el propio Aidan dijo sobre cuánto le había afectado la ruptura. ¿Sería ella? ¿Había entrado en razón Clara y había vuelto para recuperar a su hombre? Holly no tenía ni idea, pero sí sabía una

cosa: estaba muy, pero que muy enfadada.

—¡Rupert! ¡Rupert, despierta!

—¿Queeé? —farfulló él.

Había ocupado en diagonal la cama cuando regresaron a las ocho de la mañana y desde entonces no se había movido.

Holly dejó de darle codazos y en vez de ello le levantó el brazo para meterse poco a poco bajo él hasta juntar sus rostros.

—Cari... —insistió en voz baja—. Hazme un poco de sitio, ¿quieres? Necesito mimos.

Esto tuvo el efecto deseado. Rupert abrió perezoso un ojo y la miró con una pequeña sonrisa empezando a dibujarse en su rostro. Acurrucándose un poco más cerca de él, Holly descubrió que ni siquiera una noche ingiriendo vino, cerveza, cócteles y todos los chupitos gratis que pudiera ofrecer Laganas tenía por lo visto efecto en la libido de este hombre. Se había apoyado en un codo y ahora tiraba con impaciencia de los *shorts* de su novia.

Holly cerró los ojos y suspiró. Esto no era lo que quería, pero ¿cómo podía rechazarle de nuevo? Imaginó a Aidan haciendo lo mismo con la deslumbrante Clara —levantándola para que le rodeara la cintura con esa locura de piernas larguísimas, pasándole la mano por el cabello y besando la parte blanda del cuello...— y dejó de mostrarse tan reticente. Tal vez necesitaba precisamente esto, volver a conectar con su novio. Rupert había volado desde Londres porque la echaba de menos, mientras el puñetero Aidan le había hecho creer que sus sentimientos eran sinceros para luego alardear de su preciosa exnovia ante sus narices. Era increíble, había sido tan estúpida como para confiar en un hombre que apenas conocía en vez de entregarse en su cariñoso y devoto novio. Obligándose a concentrarse en Rupert y en lo que ahora le estaba haciendo, enterró el rostro en la almohada y dejó que las

sábanas le secaran las lágrimas.

Ya había pasado la hora del almuerzo cuando bajaron a la planta principal. Rupert, excitado por el sol que entraba por las ventanas, sacó de inmediato al jardín posterior la toalla de playa y la colocó en un pequeño trozo de césped.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Holly, que se mantenía cerca de las puertas abiertas llena de nerviosismo.

—¡Cerveza, gracias! —le respondió él con sonrisa radiante.

—Me refería a un zumo —respondió ella entre dientes, pero regresó adentro de todos modos y cogió una lata. Se sentía fatal. Tras la sesión sudorosa y apresurada de la mañana en el dormitorio, él no había tardado en quedarse otra vez roque, dejando a Holly dando vueltas en la cama con una mezcla de frustración y desesperanza. No podía dejar de visualizar a Aidan con Clara. Detestaba a su vecino por hacerla sentir tan desdichada, pese al hecho de saber que esto la convertía en la mayor hipócrita de toda Grecia, seguramente del mundo entero. Miró a su alrededor por la casita, a las cortinas que había cosido y colgado de las pequeñas ventanas, a las flores puestas en la mesa junto al sofá y a los cuadros que había desempolvado y colgado de las paredes vacías. El lugar parecía de verdad un hogar, lo cual significaba que sin duda alguien querría comprarlo. La comprensión de lo que debía hacer a continuación explotó en su mente con claridad aplastante: debía dejar de vivir en esta tonta burbuja. Era hora de vender la casa y regresar a Londres. Y cuanto antes lo hiciera, mejor.

Con aire más resuelto, Holly salió al exterior con la cerveza, encontrándose a Aidan y Clara ahí de pie charlando con Rupert como si fuera la cosa más normal del mundo. Rupert clavaba la mirada en Clara sin el menor recato desde su posición en la toalla, pero tampoco se le podía culpar de eso: la ex de Aidan iba vestida ahora con unos diminutos *shorts* vaqueros blancos y la microscópica parte superior de un bikini color rojo. Aidan por su parte se

mantenía un tanto apartado, pero *Phelan* —el traidor, pensó Holly con una punzada— tenía su peluda cabeza pegada con firmeza al muslo desnudo de Clara.

—Oh, aquí estás, Holly —le dijo ella entonces, volviéndose al oír la puerta cerrándose.

¿Por qué actuaba de pronto como si fueran amigas de toda la vida?

—Aquí estoy —contestó Holly sin conseguir disimular el desdén en su voz.

Rupert, ahora incorporado, alzó un poco las cejas al oír el intercambio de palabras.

Clara, sin embargo, parecía ajena a su actitud glacial, aunque Holly estaba convencida de que cualquiera que en este momento se aproximara a tres metros de ella se convertiría en piedra a causa de la vehemencia de su desprecio. No se atrevía a mirar a Aidan, sobre todo porque temía lo que pudiera hacer como le pillara una de sus sonrisas burlonas. ¿Por qué la torturaba así?

—Nos vamos a Porto Limnionas a comer algo —estaba diciéndoles Clara ahora—. Si os apetece apuntaros, os llevamos con mucho gusto, estoy segura de que hay sitio en el jeep, ¿verdad, Aidy?

¿Aidy? ¿AIDY?

—Ya tenemos planes —se adelantó Holly justo cuando Rupert estaba a punto de decir algo—. Pero gracias.

La última parte la dijo con tal falta de sinceridad que hasta *Phelan* le puso mala cara. Mejor tenía un poco de cuidado.

Clara pareció quedarse un poco descolocada, así que Holly se apresuró a explicar que había dejado la moto en Kalamaki y que iba con Rupert a

recogerla. No había planeado nada de esto en absoluto. Pero sonó bastante convincente. Además, era cierto que quería recuperar el ciclomotor, lo necesitaba para ir a Zakintos capital, donde tenía concertada una cita en la inmobiliaria.

—Pasadlo bien —se despidió a viva voz Rupert con cierto anhelo mientras Aidan y Clara desaparecían por el lateral de la casa.

—Él no ha estado demasiado simpático —comentó Rupert cuando se marcharon, recordando a Holly el primer día que coincidió con Aidan y la estúpida discusión que mantuvieron.

—Casi no le conozco —mintió—. A ella la he visto por primera vez esta mañana.

Al ver de pronto a Rupert observándola con atención, Holly empezó a moverse con incomodidad sobre el suelo de tierra.

—Vamos —dijo cogiéndole una mano y estrujándosela—. Larguémonos de aquí de una vez.

Al final, les llevó más de una hora ir caminando desde Laganas a Kalamaki, sobre todo porque Rupert se paraba una y otra vez para volver a aplicarse loción solar en sus hombros cada vez más rojos. Fueron de la mano hasta que las palmas les sudaban demasiado con el calor de la tarde, aunque él no se alejó en ningún momento de su lado. Aunque a Rupert siempre le había gustado el contacto físico, Holly nunca lo había visto así. ¿Percibiría tal vez cómo se alejaba de él?

Por su parte, Holly se esforzaba al máximo por mantener controlada la furia creciente que le inspiraba Aidan. No se atrevía a hablar por miedo a pegar algún bufido, de modo que optó por no decir nada, limitándose a sonreír y asentir a los comentarios de Rupert sobre el trabajo y lo que pensaba de la isla hasta este momento.

Cuando llegaron a la parte tranquila de la playa en la que la suave arena se mantenía bien cuidada e intacta para que las tortugas bobas anidaran, Rupert no paró de recoger conchas y enseñárselas. Intentaba hacer cuanto podía para animarla y sacarla de su estado de preocupación, y ella deseó ser capaz de tranquilizarse. Ojalá pudiera lanzarse a corretear por la arena con él y participar del juego, pero no podía. Ni siquiera tenía efecto la visión del mar, normalmente tan sosegador. Se sentiría mucho mejor en cuanto hablara con el agente inmobiliario y la operación se pusiera en marcha. Ahora esa debía ser su prioridad.

Nikos estaba esperando en los escalones de la taberna en Kalamaki como si llevara rato viéndoles venir por la playa. En cuanto Holly estuvo cerca, la cogió del brazo y se la llevó al interior del bar.

—¿Dónde estabas? Tengo moto arreglada. Pensaba que estabas muerta en la lluvia.

Rupert, que venía justo detrás, se metió al instante en medio lleno de indignación.

—Disculpa —dijo—, pero, ¿por qué gritas así a mi novia? Déjala en paz.

Holly entornó los ojos mientras Nikos, sorprendido, retrocedía un paso.

—No pasa nada —le dijo a Rupert—. Es Nikos, es mi amigo.

El inglés miró al camarero con desconfianza. Hoy llevaba una gorra de béisbol de color rojo chillón con la palabra «ATENAS» cosida en la parte delantera.

—Solo llevas unos días aquí —objetó Rupert—. ¿Cómo es posible que sea amigo tuyo tan pronto?

—Lo es. —Holly empezaba a perder los nervios, pero respiró hondo y se obligó a sonreír—. Perdona, pero ya te había hablado de Nikos. Me consiguió

una moto, ¿te acuerdas?

—¿La moto que se escacharró? —gruñó Rupert, aunque ya no sonaba tan hostil.

Nikos, por su parte, les sonreía radiante mostrando los pocos dientes que le quedaban.

—¡Tengo moto arreglada! —repitió con orgullo indicando el aparcamiento.

Holly miró a través de la hilera de mesas y descubrió su pequeña moto, a cubierto bajo la sombra de un árbol.

—*Efjaristo*. —Cogió la mano de Nikos para estrecharla—. Eres un hombre muy bueno.

—*Poli kala!* —le dijo Nikos—. *Poli kala* quiere significar muy bueno.

—Pues eso, ejem, eso mismo —replicó ella sonriendo.

Nikos salió disparado para traerles unas cartas mientras se sentaban en una de las mesas exteriores. Rupert se pidió una cerveza y ella prefirió beber agua. No tenía nada de apetito —ni siquiera le apetecía su querida ensalada griega—, pero Rupert eligió una hamburguesa con patatas.

—¿No quieres probar algo griego? —preguntó ella sorprendida, mientras Nikos se mantenía vacilante junto a ambos, con el extremo del maltrecho boli metido entre dos de sus trozos de diente.

—No. —Rupert dio otra rápida mirada al menú—. Necesito algo con mucha sal e hidratos de carbono después de todo el alcohol que nos metimos anoche.

Bien pensado, se dijo ella. Estaba en su derecho de pedir y comer lo que le viniera en gana, así que ¿por qué la exasperaba tanto? Se obligó a estirar la mano bajo la mesa y apoyarla en el muslo de Rupert. Él se volvió y sonrió.

Era una sonrisa sincera, llena de cariño, amor y satisfacción. Estaba siendo muy injusta con él. Aquí estaba su Rupert, su novio, el hombre con el que se había sentido perfectamente feliz durante el último año. ¿De dónde había sacado que Aidan fuese mejor para ella? Estaba claro que el irlandés no era tan buena persona como Rupert, y menos aún si era capaz de volver corriendo con su ex después de tantos años para luego restregárselo por las narices. Sabía que para Aidan sería extraño verla ahora con Rupert, pero ella no lo había podido impedir... y nunca se lo restregaría por las narices ni nada parecido.

—¿Vendrás a la ciudad conmigo cuando acabemos aquí? —preguntó Holly.

En un principio había planeado dejarle en la playa e ir ella sola al despacho del agente inmobiliario, pero ahora no le parecía justo. De cualquier modo, Rupert se desenvolvía mucho mejor en todos estos asuntos oficiales, aunque no hablara ni papa de griego. Con él a su lado se sentiría más preparada, y él podría ocuparse de cualquier tema delicado.

—Por supuesto que vendré contigo.

—Oh, no, vaya, qué burra —exclamó Holly levantando una mano—. No puedes. No tengo otro casco para ir los dos en moto.

—Podemos ir en taxi entonces.

—Yo tengo casco —interrumpió Nikos, plantando la hamburguesa con patatas de Rupert sobre la mesa con tal estrépito que un puñado de patatas se cayeron por el borde del plato.

—¿De verdad? —Holly le sonrió.

—Sí, claro. Todos hombres griegos tienen casco.

Rupert soltó una risotada al tiempo que daba el primer mordisco, brindando a Nikos la excusa perfecta para darle unos golpes en la espalda.

—Yo traigo ahora —dijo retirándose hacia la cocina—. Puedes usar casco.

Y así quedó decidido.

Jueves, 2 de enero de 1996

Sandy

No sé por qué sigo escribiéndote. Ni siquiera sé si sigues ahí. ¿Estás ahí? Sé que debería ser valiente y coger un vuelo a la isla, pero últimamente parece que nunca tengo dinero. Ha volado todo lo que obtuve con la venta de la casa de nuestros padres. Simon solía controlar todo lo relacionado con el dinero, pero él tampoco está ahora. Holly es lo único que me queda, y a veces es como si también la estuviera perdiendo. Le habría ido mejor quedándose contigo. Tú habrías sido mejor madre que yo. Soy una inútil despreciable, y sabes que es verdad. Feliz Año Nuevo de todos modos, mi hermana gemela. Sé que no vas a responder, pero sigo deseando que lo hagas.

Jenny x

Holly caminó con la bolsa y los cascos hasta el pequeño embarcadero enclavado a un lado del pequeño puerto rodeado por muros de piedra. A sus pies, en el agua, se mecía suavemente un destartado bote de pesca con la pintura azul y blanca desconchándose bajo el sol.

Eran casi las cinco, y las sombras empezaban a alargarse con la luz solar que perdía intensidad.

Rupert y ella se habían ganado un respiro tras pasar una hora complicada en una de las inmobiliarias de la isla, procurando explicar lo mejor posible todo lo referente a la casa, con su limitado vocabulario griego y el breve glosario en la parte final de la guía de viajes. Cuando Rupert sugirió ir a por un café, la tentación de sentarse al borde del agua en este rincón de la ciudad fue irresistible, sobre todo dada la asombrosa vista.

Se toqueteó distraída una costra en la rodilla y la nueva piel rosada debajo, tan diferente al resto del cuerpo. En solo una semana se había puesto muy morena. Pese a conocer los perjuicios para la salud, seguía disfrutando de la sensación del sol en sus hombros. No se había quemado en ningún momento, pese a la irresponsabilidad que suponía prescindir de aplicarse crema solar. Su color natural contrastaba de forma marcada con el cutis de Rupert, y también con el de Aidan, que lo tenían difícil con el sol estival griego.

Aidan. Ahí estaba otra vez, paseándose por su subconsciente, retándola con descaro a que no le prestara atención. Ella anhelaba ceder y visualizarlo: sus antebrazos pecosos, la sonrisa torcida, su amplio pecho bajo esas camisetas gastadas... Pero sabía que no debía hacerlo. ¿Qué sentido tenía? Tal

y como le había explicado al agente inmobiliario hacía un rato, lo que ella quería era vender la casa y romper todo vínculo con la isla lo antes posible. Su madre había pasado unos años aquí —también su tía—, pero eso no significaba que ella tuviera que seguir su ejemplo. Al contrario, si había intentado durante años labrarse un futuro en Londres, ¿por qué iba a renunciar ahora a eso? Pero para ser sincera consigo misma, sin duda había calibrado la opción de trasladarse aquí. Le encantaba este lugar y en algún momento secreto se había imaginado empezando una nueva vida aquí. Una vida con Aidan.

Pero eso era antes. Hoy, Aidan había dejado claros sus sentimientos. Pese a lo que él le había hecho creer, sospechaba ahora que habría prometido exactamente lo mismo a Clara nada más verla regresar corriendo a su lado. Seguro que se relacionaba con chicas todo el año en la isla; ella no iba a ser algo especial, eso lo había pensado en todo momento. Pero tal vez sí fuera algo especial para Rupert. ¿Por qué estaba tan obsesionada con Aidan si tenía a Rupert? Suspiró cuando un pinchazo de dolor importunó su corazón. Sabía por qué, por supuesto: porque Aidan era el único hombre con quien había sido ella misma, el único en quien había confiado de verdad... y eso lo había significado todo para ella.

Respiró hondo mientras observaba fijamente el agua transparente. Sabía lo que debía hacer. Si quería tener alguna posibilidad de que las cosas funcionaran con Rupert, él tenía que saber la verdad.

—Un café para la dama.

Ya estaba de vuelta, con aspecto un poco sudoroso y mejillas sonrosadas, pero muy contento. Probablemente tendría que ver con la visita a la inmobiliaria más que con la vista de las montañas al otro lado del agua, sospechó.

Se sentó junto a ella y sonrió:

—Me voy a poner como un cangrejo.

Le indicó sus hombros desnudos con un gesto de barbilla. Se le subía la camiseta con la brisa, lo que permitió a Holly observar durante un segundo el vello rubio hirsuto alrededor del ombligo.

—Ahora ya sabes por qué siempre he preferido las laderas de la montaña a la playa —añadió él con una sonrisa.

Además se le empezaba a despellejar la nariz, advirtió Holly, que sintió su determinación flaqueando poco a poco.

—Hoy estás muy callada —dijo dedicándole una de sus miradas a-Rupert-Farlington-Clark-no-se-le-escapa-nada.

Holly se mordió el labio mientras asentía y escondía la cara tras la taza de poliestireno.

Aunque Rupert no era tan alto ni tan robusto como Aidan, su afición a correr, esquiar y jugar algún partido de rugby los fines de semana le dotaba de una buena forma física. Su gusto por la cerveza era responsable de la incipiente barriguita, pero mientras Holly le miraba con disimulo en este instante encontró eso más atractivo que otra cosa. Los hombres demasiado perfectos no le parecían tan atractivos. En lo relativo a sus gustos, prefería unos defectitos.

Como si captara sus pensamientos, Rupert estiró el brazo para estrechar a Holly contra él. De pronto se quedó también muy callado, casi parecía nervioso. Nunca antes le había visto así, no era una versión de Rupert que reconociera, lo cual no aliviaba el sentimiento de terror que la invadía.

—Debo contarte algo —empezó a decir ella, advirtiendo al instante que él entraba en tensión a su lado.

Alcanzó a ver detrás de Rupert las formas distantes de dos chavales dando

puntapiés al balón para pasárselo sobre un trozo de hierba al lado del agua y un crío más pequeño tirando piedras a las olas.

—Mira, Hols —interrumpió él—. Lamento mucho haberme presentado así, sin avisar. Ha sido una estupidez por mi parte. Pero te echaba tantísimo de menos que pensé..., bien, pensé que sería romántico.

—¡Y lo ha sido! —Holly se apartó y le levantó suavemente la barbilla con los dedos—. Ha sido un detalle muy cariñoso, de verdad. Soy yo quien debería disculparse.

—No. —La miró entrecerrando los ojos a causa del sol que reflejaba la superficie del agua a sus pies—. Ha sido como tenderte una emboscada. Lamento mucho si te ha molestado.

—Yo lamento haber actuado como una imbécil total —dijo Holly apartándose unos mechones de las mejillas—. La semana pasada ha sido muy rara. Me siento... diferente.

—¿Diferente respecto a mí?

—No —mintió ella, mordiéndose el labio—. Me refiero a mí misma. He descubierto cosas que hacen que me sienta diferente, cosas de mi pasado.

—Pero... yo pensaba que nunca habías conocido a tu tía...

Ahora Rupert parecía confundido. Holly dio un sorbo al café antes de seguir:

—No la conocía. —Tomó aliento—. La cuestión es que te mentí respecto a mis padres.

Él no dijo nada, se limitó a observarla y ver cómo le costaba encontrar las palabras para continuar.

—Mi madre no murió en un accidente. Murió atragantada con su propio vómito después de haberse bebido toda una botella de vodka. Se la bebía casi

todos los días, porque era alcohólica.

Ya estaba dicho. Ahora él la miraría con asco y le diría que no podía seguir con alguien como ella, alguien con una madre así.

—Pobrecita. —Rupert la estrechó en sus brazos de nuevo, subiendo la mano al pelo de inmediato para acariciárselo—. ¿Cuándo pasó esto? ¿Cuándo sucedió?

—Yo tenía dieciocho años.

A Holly se le hizo un nudo en la garganta. No podía creer su actitud cariñosa, no había contado con esto.

—Eras una cría, la verdad. —La miraba de hito en hito, impresionado—. ¿Y qué fue de tu...?

—¿Mi padre?

Él asintió con la cabeza.

—No tengo ni idea de quién es. —Respondió encogiéndose de hombros—. Tal vez siga vivo aún, pero lo más probable es que desconozca mi existencia.

Holly esperaba horrorizada un montón de preguntas sobre qué la había llevado a mentirle, pero Rupert se limitó a abrazarla con todas sus fuerzas. Ella notó una oleada de emociones llenando su pecho. En todo este tiempo había dudado sobre la capacidad de Rupert para afrontar la verdad de quién era ella, pero no podía estar más equivocada con él.

—Fui yo quien la encontró —le contó entonces—. A mamá. Volví a casa de clase un día y estaba muerta en una butaca. Ahí sentada, tal cual, como siempre, pero esta vez había dejado de estar ahí. Ni siquiera recuerdo haber llamado a la policía pero debí de hacerlo.

—Pobrecita mía —le dijo al oído Rupert, con la voz un poco quebrada—. Detesto la idea de que tuvieras que pasar por eso. Ojalá hubiera estado yo ahí

contigo.

—Estás ahora conmigo —respondió sonriendo contra su pecho.

Rupert tenía el vello erizado en los brazos, y el flequillo sudoroso se había secado formando unas puntas irregulares contra su frente. Ella pensó en Aidan y en cómo permaneció sentado a su lado escuchando mientras le contaba la verdad. Tal vez la considerara más fuerte de lo que Rupert creía que era, o quizá no le importaba demasiado.

—¿Por qué me cuentas ahora todo esto? —preguntó él.

Había un tono levemente desconfiado en su voz, como si temiera oír su respuesta.

—Mi madre estuvo viviendo aquí en la isla —respondió ella con una sonrisa—. Creo además que aquí fue muy feliz, porque, bien, ¿cómo puedes no serlo?

—Bueno, no sé —le respondió él con una amplia sonrisa—. Ya me conoces, yo soy más un chico de montañas nevadas.

—Sucedió algo —continuó ella—, algo por lo que las dos dejaron de hablarse, mi madre y mi tía Sandra, la que me dejó la casa. Mi tía daba a entender algo en este sentido en la carta y he estado intentando descubrir de qué pudo tratarse.

—¿No lo recuerdan los lugareños?

Rupert la miraba con ceño fruncido mientras intentaba asimilar todo aquello.

—Oh, recuerdan muy bien a mi madre —respondió con una mueca—. Pero o bien no saben por qué fue la pelea o me lo ocultan por algún motivo.

Le habló de la foto de su tía y su madre con Sócrates el policía y Dennis, el hombre con el que por lo visto había estado casada Sandra, pero omitió por

si acaso la historia de cómo había conocido a Alix en Ocean View.

—Bien, pues ahí lo tienes —le dijo Rupert—. Este tal Sócrates es el hombre al que debes buscar. Si estaba con tu madre entonces, apuesto a que sabe qué sucedió exactamente.

—Supongo que tienes razón —admitió ella—. Pero por lo visto se fue de la isla. Ni siquiera sé su apellido.

Permanecieron en silencio unos minutos, escuchando el chapaleo de las olas contra los postes de madera del embarcadero.

—Tal vez me odies por decir esto, pero... —Rupert inspiró hondo—. ¿De verdad necesitas saber qué sucedió? Me refiero a que todo pasó hace muchísimos años. Es probable que enterarte solo contribuya a aumentar tu desconsuelo. ¿No es mejor, sencillamente, ya sabes, no remover el pasado?

Holly lo consideró por un momento. Rupert no iba errado. ¿Por qué estaba tan desesperada por descubrir qué había sucedido? Tal vez tuviera razón, todo aquello solo iba a provocar más sufrimiento. Estos últimos días había empezado a perdonar por fin a su madre, era consciente de eso. Ostras, en algún momento incluso había sentido que podía volver a quererla. Descubrir algo terrible, ¿no desharía toda esa felicidad que tanto le estaba costando aglutinar?

—Es probable que tengas razón —admitió al final—. Tal vez tirar del hilo no sea lo más prudente.

—Hablando de hilos —dijo él tomando ambas mejillas entre sus manos—. ¿Qué es todo esto de que eres una especie de genio secreto de la costura?

Ella hizo un gesto contrariado.

—¡Eh! No pongas esa cara. He visto la máquina de coser y todas esas cosas que has estado haciendo. Qué bien están, Hols. ¿Por qué no las haces en

Londres?

—Encuentro los resultados un poco pobres —repuso ella entre dientes, percatándose mientras hablaba de lo equivocada que había estado por no haberse permitido coser durante tanto tiempo.

—Mira, Holly. —Esperó a que su novia dejara de mirarse los pies y alzara la vista—. Siempre he sabido que te guardabas cosas.

Vaya.

—Daba por supuesto que con el tiempo empezarías a relajarte un poco y confiarías más en mí —añadió—. No soy un ogro, ¿sabes?

—Lo sé —respondió muy bajito.

—Dios, quiero que seas tú misma y que seas feliz, eso es lo que quiero. Yo nunca fingiría ser alguien que no soy, por nadie.

Ella asintió, pues no se creía capaz de hablar.

—Si quieres quedarte en casa cosiendo en paños menores todo el santo día, deberías hacerlo —declaró él—. De hecho, estaría muy bien regresar a casa y encontrarte sentada ahí solo en ropa interior.

—¡Qué morro! —replicó dándole un pellizco poco entusiasta.

—Hablo en serio, Holly. Anoche no bromeaba. Estamos juntos casi cada noche, la verdad. ¿Por qué no lo hacemos oficial de una vez?

—Estabas borracho como una cuba cuando lo dijiste —protestó ella—. No podías decir en serio lo de querer que viviéramos juntos...

—Pues sí. —La miró y se rio—. Dios bendito, ¿de verdad asusta tanto la perspectiva? Prometo intentarlo y bajar la tapa del váter. Y no dejar las toallas mojadas encima de la cama.

—No es eso.

¿Cómo podía explicarle que la verdadera razón de sus reparos era el haber estado haciendo todo tipo de cosas íntimas y prohibidas con otro hombre? ¿Que no se lo había pensado dos veces a la hora de engañarle y mentirle?

—Pero, ¿cómo lo haríamos? ¿Dónde? —preguntó.

—Bien, ¿sabes que mis padres me dejaron un montón de dinero para comprar una vivienda?

Holly negó con la cabeza despacio.

—¿No lo sabías? Pues, sí. Soy un niño rico consentido, bla, bla, bla. Pero significa que puedes venirte a vivir conmigo gratis, hablo en serio. Y dedicarte a la costura y darte cierto respiro sin trabajar hasta que te sientas mejor. Yo puedo cuidar de los dos. De ti, quiero cuidar de ti.

Los sentimientos de confusión, sorpresa, amor y culpa se enredaban dentro de su vientre como un nudo gigante de lana esponjosa y tiras de velcro. Le daba miedo abrir la boca y que Rupert oyera los sonidos desgarradores mientras todo se deshacía en su interior.

Le veía tan serio, lleno de afecto y esperanzado, deseando oírle un sí y que le dejara cuidar de ella. ¿Y acaso no se merecía que la cuidaran un poco? Había pasado años ocupándose ella de todo..., desde los diez años más o menos, desde que su madre se dio por vencida. Intentó imaginarlo: dejar el trabajo en Flash y montar un negocio de ropa desde la comodidad del espacioso piso de Rupert mientras él pasaba todo el día trabajando, y preparar la cena para cuando él regresara cada noche y planchar las camisas. ¿No era lo que había deseado todo el tiempo, esa clase de estabilidad? ¿No le estaba ofreciendo justo aquello que había esperado en secreto desde que se conocieron? La cogió por sorpresa, desde luego, pero, ¿cuál era la alternativa?

Dándole la espalda a Rupert, se quedó contemplando la bahía, hacia donde

las montañas se elevaban desde el mar como guerreros majestuosos. El sol descendía en el cielo y una cálida luz amarilla empezaba a rodearles.

Se permitió visualizarse una vez más junto a Aidan, sobre la playa de piedras donde Jenny y Sandra se habían ocultado, en su pequeño mundo privado. Resultaba demasiado tentador en su cabeza, pero Aidan no era en realidad el hombre que ella creía. ¿No había cometido el mismo error su madre? ¿Escoger al hombre equivocado —o los hombres equivocados— una y otra vez? ¿No había preferido siempre Jenny Wright la aventura y la excitación en vez de estabilidad y seguridad?

Simon fue lo más parecido a un padrastro que tuvo, pero su madre había desgarrado cada fragmento de aquella labor de retazos de amor y compromiso que él había intentado confeccionar tan concienzudamente en sus vidas. Jenny había cometido muchos errores con los hombres; Holly no quería hacer lo mismo. Si algo le había enseñado estar aquí en Zakintos era que las cosas buenas también pueden resultar excesivas a veces. Se había permitido creer en la burbuja en la que había estado flotando la semana anterior, pero no era real. Rupert era real. Ahí estaba ahora, sentado a su lado, cogiéndole la mano y pidiéndole que viviera con él, que estuviera ahí cuando se fuera a dormir cada noche y cuando se despertara por la mañana. ¿Qué le ofrecía Aidan? Nada.

Cuando las primeras luces de colores empezaron a encenderse en los bares del puerto y la pálida luna ascendió lentamente desde su lugar de reposo tras la cortina azul marino del mar, Holly tomó finalmente la mano de Rupert entre sus dedos.

—De acuerdo, entonces, loco encantador... Hagámoslo.

A la mañana siguiente salió el sol como siempre, grande y brillante, incorregiblemente potente, aunque Holly tenía la sensación de verlo con otros ojos. Tras despertarse temprano, había salido de debajo de las sábanas dejando a Rupert con aspecto arrugado pero satisfecho sobre su almohada. La noche anterior habían cenado en la playa de Laganas, sin pasar siquiera por casa a cambiarse, con la cálida brisa del atardecer levantando mechones de su cabello cargado de sal.

Ahora Holly se encontraba de espaldas a la casa, observando el mar allá abajo, pensando en su madre. Durante muchos años Jenny Wright representó un punto negro en su mente; sin embargo, esta mañana estaba llena de color y con una vitalidad feroz, negándose a seguir oculta en los profundos recovecos de la mente de su hija. Ahora que ya había visitado tantos lugares queridos por su madre, ahora que había contemplado las mismas vistas espectaculares, comido en las mismas mesas y metido los pies en la arena de las mismas playas donde Jenny había sido tan feliz en otros tiempos, sentía que la entendía mejor. Pero aún quedaba un agujero enorme abierto ahí, una sima de vacío en ella, donde perduraban los últimos años de recuerdos. ¿Qué había sucedido para cambiar a su alegre y hermosa madre por un ser amargado y enfermo?

Debería haber permitido que otra persona se ocupara de ti...

El hecho de saber que la adicción de su madre era una enfermedad no impedía que esas palabras escocieran como un latigazo. Solo pensar en ellas se estremecía, tantos años después. Ahora tenía una posibilidad real de dejar atrás su pasado y embarcarse en un futuro con Rupert, pero no obstante aquí estaba, merodeando sola por el jardín tras escabullirse de su lado.

Demasiado tarde como para reaccionar, tras oír el sonido de la puerta posterior de Aidan al abrirse solo pudo quedarse clavada en su sitio, negándose con obstinación a volver la cabeza. *Phelan*, al que supuestamente habrían dejado salir para su meada matinal, pareció percibir que tampoco él era bienvenido y se acercó arrastrando las patas hasta quedarse inmóvil, no sin esfuerzo, a escasa distancia detrás de ella. El silencio era palpable, sabía que Aidan debía de estar ahí. Percibía la fuerza de su mirada taladrando un agujero ardiente en su espalda, pero ella siguió sin moverse. Él suponía una complicación excesiva en este momento.

Al final, mientras el sol seguía elevándose en el cielo y la superficie del agua empezaba a brillar como espumillón de Navidad usado, Holly oyó el sonido de la puerta cerrándose tras él.

—No puedo creer que mi vuelo de regreso sea hoy.

Rupert la miraba con azules ojos de sueño y una picadura de mosquito tomando forma en su mejilla. Ella había conseguido volver a meterse bajo las sábanas inadvertidamente junto a él y ahora estiraba el brazo para acariciarle el pelo.

—Lo sé. Ojalá pudieras quedarte conmigo —le dijo en serio—. Pero yo misma regresaré en unos días. Tengo que estar aquí para atender al agente inmobiliario que viene luego.

—¿Estás segura de que quieres vender? —preguntó Rupert.

Por primera vez él cuestionaba su decisión desde que había llegado la carta.

—Sí. —Asintió—. Esto es precioso, pero quiero dejar atrás el pasado, como has dicho. De cualquier modo, voy a necesitar algo de dinero para iniciar mi negocio.

—Eres una persona asombrosa, lo sabes, ¿verdad?

Rupert había empezado a besarle el cuello y ella notó la punzada de remordimiento en medio de la conocida agitación del deseo.

—Nada de eso —objetó ella, pero él la calló con un beso.

El sexo con Rupert, comprendió después, se parecía más bien a devorar un enorme donut relleno de crema: era una maravilla en el momento, pero en realidad no aportaba ningún valor nutritivo duradero. No obstante, se reprimió, nunca puede calificarse de malo poder hacer algo que sienta tan maravillosamente bien cuando te apetece. De hecho, tras la intensidad de Aidan, estar con Rupert era como ponerse ropa más cómoda. Sabía cómo actuar y cómo hacerle feliz y, ahora, al observarle mientras se largaba a darse una ducha, no veía por qué no iba a poder seguir haciéndolo durante el resto de su vida.

Al final, Rupert fue al aeropuerto montado en la parte posterior del ciclomotor de Holly, con la bolsa de gimnasio sujeta a su espalda. En su parada previa en la tienda de Kostas para comprar algún tentempié para el vuelo, Holly se topó en la caja con Annie, a quien prometió pasar a tomar algo esa misma noche. Se sentía un poco culpable de no haber hecho más caso a su nueva amiga, pero no quería que coincidiera con Rupert y tener que hacer todas las presentaciones. Annie sabía que ella había estado recorriendo la isla durante unos días con Aidan, pese a no tener idea de lo que había sucedido después. A Holly no le hacía gracia la idea de tener que hablar con la tabernera delante de su novio.

—Prométeme que me llamarás luego —dijo Rupert estrechándola un poco más en sus brazos mientras esperaban a que abriera el mostrador de facturación.

—Lo prometo —le sonrió.

—Es increíble que haya estado aquí tan pocos días y hayan sucedido tantas

cosas —añadió él.

Parecía tan relajado y feliz con su camisa blanca desabotonada, el pelo sin ningún producto capilar —algo inusitado en él— y las mejillas que empezaban a estar morenas. Holly le volvió a abrazar. Por dentro compartía sin reservas lo que él acababa de decir, aunque Rupert no se percatara del alcance de su afirmación, a Dios gracias.

Tras recoger la tarjeta de embarque, Rupert procedió a repetirle una y otra vez que iba a echarla en falta, que la llamaría en cuanto estuviera en Londres y que se moría de ganas de que fuera a vivir con él. Parecía la escena de una película empalagosa, pero lo cierto era que ella no sentía nada que se aproximara a la dicha desenfrenada que él irradiaba. El secreto enorme, oscuro, de su traición pesaba sobre sus hombros como un calamar gigante: pringoso, adherido y peligroso.

Regresó a casa tranquilamente, disfrutando del paisaje. Costaba creer que en cuestión de días ella también se encontraría de regreso en Londres, y todos estos brillantes colores azules y verdes serían reemplazados por grises, y los aromas a pino y limones tan estimulantes al olfato serían sustituidos por humos de gasolina y el nauseabundo sudor de los usuarios del tren de cercanías. El agente de la inmobiliaria vendría hacia las cuatro de la tarde para ver y valorar la casa, lo cual significaba que tenía más o menos una hora para conseguir que el lugar estuviera decente. Había metido la ropa de cama en la vieja y desvencijada lavadora antes de salir, de modo que fue a ocuparse de eso nada más llegar.

—¿Pero qué...?

Holly soltó un jadeo horrorizado mientras sacaba las sábanas y colchas antes blancas. Estaban empapadas y manchadas de —se inclinó para olisquear— barro. Gracias a Dios solo era barro. La lavadora debía de estar sucia de barro, no lo había comprobado, pero, ¿por qué iba a hacerlo?

—¡Vaya mierda! —soltó tirando la ropa empapada al suelo de la cocina, poniendo un programa corto de aclarado en la lavadora para limpiar el tambor.

Era imposible que la ropa de cama estuviera lista a tiempo, por lo tanto los colchones del piso superior ahora quedaban al descubierto, salpicados de manchas antiquísimas de Dios sabe qué.

Al incorporarse malhumorada, se dio en la cabeza con la parte inferior de la puerta de un armario y volvió a maldecir, esta vez con más sentimiento. ¿Qué hacía abierto el armario? La puerta chirrió con resentimiento y se ganó un portazo violento de Holly. No obstante, la sensación de satisfacción duró poco: un instante después se oyó otro crujido y la puerta se soltó entonces de las bisagras, cayendo al suelo, a sus pies.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Había pasado al contrataque la casa?

Se obligó a respirar hondo unas cuantas veces para calmarse. ¿Qué le había dicho la orientadora Joy acerca de la actitud negativa? Que atraía más negatividad. Si dejas que una puerta de armario rota te enfurezca, lo más probable es que te dé en el dedo. O algo parecido.

Mientras seguía ahí intentando sofocar su rabia lo mejor que podía, oyó un pitido en su móvil.

¿Cuándo regresas? —decía el mensaje—. *Este lugar es aún peor sin ti: (* xx. Estaba claro que Aliana la echaba de menos. Se percató con otra punzada de remordimiento de que no había escrito ni un solo mensaje a su amiga desde su llegada a la isla. Cuando se enterara de que se iba a vivir con Rupert le iba a dar un soponcio.

Yo también te echo de menos, tecleó como respuesta. Luego añadió: *Tengo MUCHO que contarte. Hasta pronto* xx. Si de verdad iba a intentarlo, esta nueva vida con Rupert, tendría que esforzarse más también con sus amistades

femeninas. Aliana era quizá lo más próximo a una amiga íntima, aunque todavía tenían que recorrer un buen trecho para serlo. Quizá también debería preguntar a Penelope y a Clemmie si querían ir de compras o quedar para comer algún día. La idea le hizo poner mala cara.

Oyó el pitido del móvil de nuevo. Esta vez Aliana acababa de escribir *Serás mala*, seguido de unos cincuenta signos de admiración. Holly soltó una risita al leerlo y a continuación se fue escaleras arriba, donde descubrió que dos de los cuadros que había colgado en el rellano se habían caído, llevándose algo de polvo y yeso de la pared con ellos.

—Genial, gracias —les dijo, volviendo por donde había venido para buscar la escoba y el recogedor.

Justo había metido los últimos productos de limpieza debajo del fregadero cuando oyó que alguien llamaba a la puerta.

—¡Ya voy! —gritó haciendo una pausa para poner bien el mantel y soltarse el pelo de la descuidada coleta.

Agarró el pomo y abrió de par en par la puerta intentando mostrar una expresión cordial. No era el agente inmobiliario.

Aidan tenía un aspecto espantoso. Estaba demacrado y con el pelo tieso en todas direcciones. La desaliñada barba de varios días estaba salpicada de pelos grises y pelirrojos. Una gran mancha de barro remataba su gastada camiseta azul.

—Tienes mal aspecto —soltó ella sin pensar.

Él tuvo la delicadeza de sonreír un poco al oír esto, pero sin reflejarlo en sus ojos.

—¿Puedo pasar?

Vaya morro le echaba.

—Estoy esperando a alguien —le respondió.

—¿Oh? —Alzó una ceja con expresión socarrona.

Encima se permitía el lujo de preguntar, como si tuviera algún derecho a enterarse de sus asuntos después de lo sucedido durante los últimos días. La había atraído hacia él para luego escupirla, restregándole a Clara por las narices sin la menor explicación. Cerró los puños al notar que las manos le empezaban a temblar.

—Vienen a tasar la casa. —Bajó la vista al suelo—. Necesito venderla.

—Sabes que no es lo que quería Sandy —respondió Aidan con cierta tensión.

Ella percibía que la miraba desafiante pero se negaba a alzar la vista.

—Sandy ya no está aquí para tomar o no esa decisión —le dijo con tono intencionadamente frío y severo—. Me dejó a mí la casa, por lo tanto yo decido qué hago con ella.

—¿Qué te ha pasado?

Aidan acercó el brazo para cogerle la mano, pero ella se soltó.

—He bajado de las nubes —respondió con un suspiro—. Me he dado cuenta de que había estado viviendo en un mundo de fantasía y que debía ser más sensata.

—¿Quieres decir, tu novio te dijo que fueras más sensata?

Puso un énfasis desagradable en la palabra «novio» que hizo hervir la sangre a Holly.

—No. —Ella le miró por fin—. Mi novio no me ha dicho que haga nada, pero si así fuera, tiene mucho más derecho que tú, y también más derecho que una tía a la que nunca conocí.

—¿Lo que sucedió entre nosotros no significó nada para ti? —preguntó él entonces.

Le brillaban los ojos, pero Holly no distinguía si era el enfado o que estaba afectado.

—¿Y qué importa? —replicó ella. De pronto se sintió harta de todo aquello: la casa, él, Rupert, todo este lugar—. Tengo a Rupert, y es evidente que tú vuelves a tener a Clara en tu vida. ¿Qué?

Al oírla, empezó a reírse de ella. El muy desgraciado se estaba riendo de ella.

—Me encanta que te parezca tan divertido —ladró Holly.

Aidan abrió la boca para contestar, pero en ese momento el agente inmobiliario llegaba andando por el sendero, saludando con la mano. Apartando a Aidan a un lado con firmeza, Holly hizo pasar al griego y cerró la puerta de golpe tras ella.

Una hora después aún hervía de rabia y frustración pese a que el agente había dicho que la casa era «muy bonita, sí», y que no preveía ningún problema para venderla, aunque dada la «crisis» presente podría tardar un poco. Los colchones manchados, la puerta del armario rota y los agujeros en las paredes del piso superior habían suscitado poco más que un suspiro por su parte, de modo que el plan urdido por la casa para defenderse no había dado resultado. Cuando el hombre bromeó diciendo que quizá fuese culpa de algún «fantasma», Holly notó un cosquilleo de desasosiego recorriendo su columna.

No quería arriesgarse a que Aidan viniera de nuevo a verla o que ella misma cediera a la molesta necesidad de llamar a su puerta, de modo que decidió salir al mismo tiempo que el agente, cerrando la puerta tras ella y apresurándose a subir a la moto. No tenía idea de a dónde iba, solo sentía la necesidad de conducir hasta que se rebajara un poco la efervescencia de su

inquietud. Puso rumbo a Kalamaki, pero en vez de girar a la izquierda al llegar al cruce y entrar en el pueblo, se fue a la derecha y siguió la carretera de la costa pasando por las playas de Porto Zoro y Porto Roma, entrando luego en Vasilikos. Nunca había estado en esta parte de la isla, por lo tanto estaba segura de que nadie pensaría en venir aquí a buscarla. Nadie significaba Aidan.

Aquí la playa era mucho más amplia que la de Laganas y Kalamaki, con todas las tumbonas ocupadas. Había parejas jugando a pala a lo largo de la orilla y niños llenando sus cubos de plástico con arena mojada. Holly disfrutó de la ocasión de pasear anónimamente entre ellos, deteniéndose solo a recoger algunas piedrecitas para ir dándoles vueltas en la mano. Sabía que vender la casa era la decisión correcta, la única que tenía sentido. Pero, entonces, ¿por qué se sentía tan rara? Aidan la había herido en lo más profundo con su comentario sobre Sandra, aunque solo servía para seguir adelante con el plan. También ella quería herirle, y que supiera qué se sentía. Imaginarlo junto a Clara le provocaba aún tanto dolor que le faltaba el aliento.

Venir a Zakintos le había abierto los ojos a la idea de formar parte de un lugar. Se sentía como en casa aquí, pese a llevar tan solo once días. Sería el clima o los griegos, o el hecho de que su madre pasara tanto tiempo aquí... En realidad no sabía la causa, lo único cierto era que nunca antes se había sentido igual. O tal vez estaba siendo una sentimental y, sencillamente, era aquí donde justo había encontrado por fin la manera de sincerarse sobre quién era ella de verdad. Abrirse a Aidan, aunque luego resultara un error, alteró algo en su interior. Le había dado el valor para ser ella misma ante Rupert por primera vez, y también la confianza para admitir cuál era su verdadera pasión en la vida. Por más que lo intentara —y lo intentaba en serio—, Holly no conseguía odiar a su Némesis irlandés.

Pese a que empezaba a anochecer y el aire se volvía más fresco a medida

que el sol se ocultaba tras las montañas, esperó casi a que anocheciera para regresar a Lithakia. Las carreteras eran sinuosas y abundaban los tramos sin visibilidad; por lo tanto, disminuyó la velocidad y disfrutó de la sensación del aire enredando su cabello sobre sus hombros desnudos.

Tras aparcar la moto delante de la tienda de Kostas, que ya estaba cerrada, se fue directa al bar de Annie. Estaba más concurrido de lo habitual, con casi todas las mesas desbordadas por infinidad de cócteles multicolores. Buscando rápidamente un sitio en la barra, Holly se acomodó en un taburete, pero al instante dio un brinco cuando la cabeza con el moño tambaleante apareció tras la caja registradora dándole un buen susto.

—¡Holly! ¡Encanto! Ya lo siento. No era mi intención asustarte.

La chica consiguió reírse. De hecho, sentía verdadera necesidad de reír después del día que había tenido, y Annie se apresuró a sumarse a las carcajadas.

—Esto está a tope —le dijo Holly aceptando agradecida la copa de vino que la mujer no tardó en servirle.

—Hoy ha llegado un buen grupo a la gran villa de la colina en el lado de Keri, y parece que todos tienen ganas de ponerse a gusto. No puedo culparles.

Holly asintió. El bar era el primer lugar al que se dirigió ella misma al llegar aquí. Había algo agradable y acogedor en este local, con sus sillas de mimbre de aspecto bastante gastado y los letreros parpadeantes de neón. Annie había cubierto de fotos toda la pared de detrás de la barra. Holly se quedó estudiando una en concreto tras la cabeza de la tabernera.

—¿Es esa...? —preguntó levantándose en el taburete para inclinarse y mirar mejor.

Annie frunció el ceño, se volvió hacia donde indicaba Holly y entonces levantó las manos con un chillido:

—¡Sí! ¡Por supuesto! No puedo creer que no te la enseñara la otra noche.

Estiró el brazo y retiró la chincheta dejando a continuación la foto sobre la barra.

Holly ya había hecho cálculos para entonces, deduciendo que Sandra tendría unos cincuenta años cuando murió: demasiado joven. Pero esta foto deberían de haberla tomado unos años antes, porque su tía no tenía aspecto de estar enferma, para nada. Con su brillante cabello marrón recogido en una coleta, rostro moreno y sonriente, y una botella de cerveza agarrada en la mano adornada de anillos, aparentaba la misma edad que Holly. Junto a Sandra, también con una amplia sonrisa y agarrando también una botella de cerveza, se encontraba Aidan.

—Ya te dije que ese par eran buenos amigos —dijo Annie mientras Holly contenía las lágrimas.

Parecía que Aidan justo hubiera estado riéndose en el momento en que sacaron la cámara. Tenía la mirada centrada en algo o alguien que no se veía, y el pelo hacia todas direcciones como era habitual. Holly apartó los ojos de él para mirar de nuevo a Sandra, percatándose con otra punzada de tristeza de que este habría sido el aspecto de Jenny Wright de haber cumplido más de cuarenta años.

—¿Estás bien, cariño?

Annie estaba ahora a su lado, apoyando una mano consoladora en su brazo.

Holly asintió, sin atreverse a hablar. Le encantaba la foto, pero le dolía mirarla. Tantas cosas habían cambiado desde que se había sacado..., tantas personas lastimadas y engañadas. Le rompía el corazón.

—¿Cómo supiste que Zakintos era tu hogar? —preguntó entonces a Annie, dejando la foto boca abajo sobre la barra y cogiendo la copa.

—Al principio no lo sabía —suspiró mientras acercaba un taburete, gritando algo en griego a los dos jóvenes camareros que llevaban bebidas de la barra a las mesas—. Vine aquí con mi ex. Fue idea suya abrir un local; luego él, por supuesto, se largó con otra. Me engañó todo el tiempo que estuvimos casados.

—Vaya sinvergüenza —comentó Holly intentando que no se le atragantara su propia hipocresía.

—Pues sí. —Annie hizo una pausa un instante mientras rememoraba—. Cuando al final hizo lo decente y se largó a Leeds otra vez, yo ya estaba dispuesta a venderme esto. Creía que los recuerdos serían demasiado dolorosos como para aguantar aquí.

—¿Por qué cambiaste de idea?

Holly intentaba imaginarse una Annie más joven, hecha polvo, destrozada por la traición, intentando encontrar sentido a las cosas, sola en un país extranjero. Parecía tan fuerte y contenta de sí misma ahora, que costaba visualizarla de otra manera.

—Un día me fui a la playa. Tenía que venir alguien a ver el bar esa tarde, así que me quedé sentada contemplando el agua durante horas. Estaba todo tan precioso, que comprendí que no podía dejarlo atrás, así de sencillo. ¿Y sabes qué? Nunca me he arrepentido, ni una sola vez.

Qué suerte había tenido, pensó Holly. Si al menos ella experimentara un momento así y viera las cosas con claridad, sabiendo instintivamente que se encontraba en el lugar adecuado, con la persona correcta. Estaba claro que había salido a su madre: Jenny había sido especial e indecisa hasta el día de su muerte, y por lo visto Holly había heredado tales rasgos.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó Annie—. Parece que cargues con el peso del mundo sobre tus hombros, si me permites que te lo diga.

Holly sacudió la cabeza.

—Por supuesto que puedes decírmelo. Supongo que busco respuestas, nada más. Ojalá alguien pudiera tomar todas las decisiones por mí.

Pero mientras lo decía, se acordó de Rupert pidiendo por ella en los restaurantes, eligiendo sus vestidos, hablando en su nombre en la inmobiliaria mientras ella se esforzaba por hacerse entender, diciéndole exactamente cómo sería su vida juntos. Debería ser un consuelo tener alguien que se preocupara lo suficiente como para tomar las riendas.

—Nadie puede hacer eso —se rio Annie, dándole una palmadita en la rodilla—. Mi Derek solía intentarlo, y al final fue nuestra perdición. Bien, eso y todas esas otras fulanas que se tirab... ¿Qué?

Uno de los jóvenes camareros griegos se había acercado a toda pastilla lleno de pánico porque se había equivocado con las bebidas de una mesa. Annie se disculpó y acudió a calmar los ánimos. Holly admiró la manera en que la mujer consiguió en cuestión de segundos que el hombre protestón acabara riéndose.

Apurando lo que quedaba de vino y metiéndose la foto de Sandra y Aidan en el bolso, bajó del taburete y se fue para casa. Hasta que no estuvo tranquila en su cama no encendió el móvil, permitiendo que la luz de la pantalla proyectara su débil destello por la estancia. Acurrucada bajo la única sábana limpia que quedaba en la casa, agarró el mapa secreto de su madre y su tía y siguió con el dedo las palabras escritas. Ojalá alguien pudiera dibujarle un mapa para guiarla hacia la felicidad. Ojalá pudiera sacar una brújula y seguir la ruta que la llevara allí donde le correspondía estar. ¿Era realmente su camino dar la espalda a este lugar y labrarse un futuro en Londres con Rupert? Y de ser así, ¿por qué tenía la impresión de que algo la retenía aquí, en esta isla?

—¿Estás segura de que quieres tirar esto?

Annie se encontraba de pie junto a las puertas posteriores, sosteniendo en sus brazos una caja llena de adornos.

Holly seguía sin atreverse a confesarle su intención de vender. ¿Para qué disgustar ahora a Annie, si de todos modos dentro de unos días ya no iba a estar ella aquí?

—No me van los adornos, la verdad —respondió sonriente, prefiriendo pasar por alto el hecho de que ya había guardado en su maleta la pequeña tortuga—. Me gustaría que alguna entidad benéfica sacara algún dinero con esto, si hay la posibilidad. Mejor que se los quede alguien que los aprecie.

—Pero, ¿no quedará la vivienda un poco vacía? —insistió Annie.

Tal como llegó esta mañana, la mujer había empezado a fisgonear con gran alarde por todas las habitaciones, pero sin ningún comentario de sorpresa por los cambios realizados por Holly.

—Gracias por ayudarme con esto —le dijo, sorteando con cautela la pregunta inicial.

—Oh, no es molestia alguna. Qué va.

Annie le sonrió radiante. Una parte de su escote tenía la piel colorada, claramente irritada por haber tomado demasiado el sol. Había subido en su coche destartelado para poder llenar el maletero de cajas. Holly se maravilló de que no se hundiera el chasis entero con el peso. Mientras descargaba en el asiento trasero una caja con una vajilla especialmente chabacana, Holly se fijó

en que llevaba la palanca de cambio sujeta con trozos de celo.

—¿Es seguro conducir esto? —preguntó, ganándose un grito alborozado como respuesta mientras Annie se sentaba tras el volante.

—He dado por supuesto que la última caja que hay en la habitación te la quieres quedar —dijo toqueteando el espejo retrovisor.

—¿Qué caja?

Holly parecía confundida. Estaba convencida de haber dejado despejada la habitación de su tía.

—La que está debajo de la cama —dijo Annie abrochándose el cinturón—. Si no la quieres, tráemela luego al bar, ¿de acuerdo?

—No te preocupes.

Holly le hizo adiós con la mano intentando no estremecerse mientras la mujer hacía una maniobra de ciento ochenta grados. Estuvo a punto de dar contra la pared, la moto y un gato que tomaba el sol en el bordillo. Por suerte el jeep de Aidan no estaba allí, algo que había provocado un gemido de decepción cuando Annie llegó por la mañana. «Tardaríamos la mitad de tiempo con algo de músculo adicional», había proclamado. Seguramente era cierto, pero Holly prefería hacer cajas con los dientes antes que pedir ayuda a su vecino.

Tras servirse un vaso de agua fría de la nevera, se fue escaleras arriba para examinar la misteriosa caja. Confiaba en que contuviera más material para coser. Hacía días que había desvalijado todas las existencias originales.

No era de extrañar que no hubiera reparado en ella: estaba encajonada bajo la cama en el extremo más alejado y rodeada por una maraña de polvo y pelo que la hizo toser al tirar de ella por encima de la alfombra. Con irritación, se sacudió el polvo con el que acababa de ensuciar sus pantalones

cortos limpios. La caja de zapatos parecía vieja y maltrecha, con la tapa sujeta por varias gomas elásticas. La gruesa capa de polvo que la cubría sugería que llevaba tiempo sin abrirse. Con un temblor, experimentó un mal presentimiento, igual que el día que descubrió el mensaje de Rupert en el móvil; tenía el convencimiento de estar a punto de ver algo que quizá preferiría no descubrir.

La primera tarjeta de la pila confirmó sus temores.

Viernes, 30 de junio de 2000

Sandra:

Te escribo para decirte que lo hago por última vez. Hace mucho ya que me fui de la isla y nunca he oído ni una palabra tuya. Cumplí lo que te prometí: irme para no volver nunca. Guardo el secreto de lo que hice, tal como me pediste. Ni siquiera se lo he contado a Holly, aunque me rompa el corazón ocultarle cosas. Ya tiene quince años, ¿no es increíble? Es una adolescente mucho más buena que yo a su edad. Yo salía a beber por ahí cuando tenía esos años (las malas costumbres nunca se abandonan), pero a ella solo le interesa su labor de costura. Se parece mucho más a ti que a mí. Deberías ver a Holly aunque no quieras verme a mí. Piénsalo. En cuanto a nosotras: creo que es hora de dejar de suplicar. Tengo el corazón ennegrecido de tanto odio hacia mí misma. Nunca me perdonaré haberte perdido. Adiós, Sandy.

Tu hermana gemela

Jenny x

De manera que su madre había intentado seguir en contacto con Sandra. Desde su llegada a esta isla, Holly había supuesto que la culpa del distanciamiento recaía por completo sobre su madre. Pese a las palabras de la carta de Sandra en la que afirmaba que no se merecía perdón, Holly sabía que su madre había sido bastante peculiar, o al menos lo era mientras ella crecía: inconstante, desorganizada, impaciente y al final desconectada de todo, no solo en lo referente a Holly sino de la vida en general. Había observado cómo su madre renunciaba a vivir, y por lo tanto no le costó imaginar que había renunciado incluso a su hermana gemela.

Y sin embargo, la verdad se iba haciendo más evidente a medida que Holly leía por encima la pila de postales: su madre había intentado tender puentes. Leyó innumerables veces las palabras escritas con la caligrafía familiar de su madre, preguntando a Sandra si podía volver a visitarla, rogándole que dejaran atrás el pasado. Pero por lo visto sus ruegos habían caído en saco roto.

Después de la postal final fechada en junio de 2000, y en la que Jenny juraba no volver a escribir, los mensajes de su madre cesaron. Pero había más postales enviadas a Sandra, cuyo nombre estaba cuidadosamente escrito con la letra de su madre en el espacio para el destinatario. Cada pocos meses le había enviado postales en blanco, justo hasta —Holly examinó la fecha al lado del sello— seis meses antes de su muerte.

Estas postales deberían de significar algo para Sandra. ¿Por qué iba a guardarlas si no en esta caja?

También había otras fotos, algunas de Sandra y Jenny en la isla, morenas y sonrientes, y muchas de cuando eran crías. Alguien había escrito algún dato en el dorso de cada foto con débil bolígrafo azul: *Jenny en Atenas con seis años; J&S, Zakintos, 1970*. En todas parecían muy felices.

Holly ordenó las postales por fechas y se dispuso a leerlas de nuevo, esta vez asimilando cada palabra. Había partes que le hacían sonreír:

¿Recuerdas la vez que nevó en la isla y corrimos desnudas por la playa en dirección a Porto Koukla? ...pensaba que íbamos a morirnos de la risa.

Mientras que otros fragmentos le tocaban otra fibra más profunda:

A Holly le habría encantado verte. No dejaré que olvide a su tía Sandra, lo prometo.

Según iba leyendo, Holly fue consciente con un estremecimiento de que no iban desencaminadas sus sospechas sobre haber estado antes en esta isla. Estaba claro que había estado antes en Zakintos y que incluso conoció a Sandra, pese a no guardar ningún recuerdo. Había algo ahí, tras toda esa oscuridad que ella había tapiado tan cuidadosamente, una chispa de algo brillante y lleno de dicha. ¿Podían ser sus recuerdos del tiempo pasado aquí de niña?

Escribirte me ha parecido mejor idea que abrir una botella de vodka, aunque ninguna de las dos opciones hace que me sienta mejor.

Holly siguió leyendo, confiando en dar con alguna mención de lo sucedido, pero no, todo parecían ruegos de perdón por parte de su madre. Una postal hablaba de la venta de la casa donde transcurrió la infancia de Jenny y Sandra en Kent. Su madre lamentaba el hecho de que Sandra hubiera dado instrucciones al abogado para deshacerse de todo lo que le correspondía a ella. Al final Jenny había decidido no conservar ningún mueble, pues seguía viviendo de alquiler con Holly en aquellos días y parecía demasiado complicado ocuparse de esa cuestión. Había escrito para agradecer a Sandra toda la gestión y le había dicho que planeaba invertir su parte del dinero en una nueva empresa de una amiga.

Holly desconocía qué había sido de todo ese dinero, pero no cabía duda de que al final no quedó nada. No obstante, dadas las compañías de Jenny a lo largo de su vida, no le sorprendía que la herencia se hubiera dilapidado.

Jenny le había contado cuando era aún muy pequeña que sus padres también eran hijos únicos, y que no había conocido a los abuelos, o al menos no lo recordaba. Qué pena, pensó Holly en este instante, que su familia pareciera atrapada en este ciclo espantoso que suponía la pérdida de los progenitores a muy corta edad. Jenny era demasiado joven cuando perdió a su padre y su madre, tal como Holly había perdido demasiado joven a Jenny; las cosas podrían haber sido diferentes para todos ellos si el destino les hubiera dado un respiro a todos. Mientras leía todas las postales por tercera vez, perdió la batalla contra las lágrimas.

Ya hace mucho que me fui de la isla y nunca he oído ni una sola palabra de ti. Cumplí lo que te prometí: irme para no volver nunca. Guardo el secreto de lo que hice, tal como me pediste. Ni siquiera se lo he contado a Holly, aunque me rompa el corazón ocultarle cosas.

¿Qué le había ocultado su madre? ¿Qué podía ser tan demoledor como para engendrar tanto pesar y pérdida? Cayó en la cuenta de que toda esta rencilla con Sandra de buen seguro se encontraba entre las razones que abocaron finalmente a Jenny al alcohol. Fuera lo que fuese, era obvio que la había consumido durante años, incapaz de pasar página sin el perdón de Sandra. Tal vez había encontrado refugio en la botella. Sollozó por su madre, imaginando lo desdichada que se sentiría. Hacía mucho había llegado a un punto en que casi había olvidado qué era sentirse querida por su madre, pero estas postales demostraban que la había amado.

Al final, cuando el alcoholismo dominó su vida, Jenny se convirtió en un caparazón de la persona que tanto significaba para Holly. Las líneas entre Jenny la cariñosa y Jenny la perjudicada se habían difuminado de tal manera en la mente de su hija que acabó por pensar que su madre siempre había sido así. Todo lo que hubo antes, momentos tan felices, estaba contaminado por la dura realidad de cómo había acabado Jenny. El presente empañaba el pasado, y el corazón de Holly se cerró a la idea del perdón. Ahora, sentada aquí y rodeada de las palabras de esperanza y amor escritas por su madre, supo que debía perdonarla. Perdonarla por todo. Por beber, por su negligencia, por las mentiras y por no traerla nunca a este lugar, a esta preciosa isla. Lo que Jenny más deseaba en el mundo era precisamente que Holly conociera a su tía y

pasara un tiempo en el lugar que supuestamente había adorado tanto de niña; pero era Sandra quien se interponía. Ahora Holly debía superar todo esto, lo sabía. Era la única manera de lograr ser feliz alguna vez.

Mientras juntaba las postales en una pila sin orden y se disponía a guardarlas de nuevo, advirtió un sobre amarillo en el fondo de la caja que aún no había visto. Al darle la vuelta descubrió con un sobresalto el nombre de su madre escrito delante.

Querida Jenny:

Me he sentado a escribir esta carta muchísimas veces, pero nunca he sido capaz de enviarla. Hace más de dos años que no recibo una postal tuya, por lo tanto intento no pensar lo peor. Siempre he sido una cobarde; la valiente eras tú. Tomabas la iniciativa y yo te seguía. A menudo pienso que mi vida habría sido muy aburrida sin tenerte, pero también deseo que no hubieras sido tan obstinada. Siempre tratabas de conseguir lo que querías en aquellos años, y estoy segura de que sigues haciéndolo ahora, pero ¿por qué una de esas cosas tenía que pertenecerme a mí?

Recuerdo el día que recibí la postal en que me decías que dejabas la India y regresabas, y confieso que me puse nerviosa. Tras la muerte de nuestros padres te convertiste en una versión muy frágil de ti misma, y aunque siempre habíamos estado muy unidas, ni siquiera yo conseguía abrir una brecha en ese caparazón protector que creaste a tu alrededor. Cuando decidiste marcharte y ver mundo, me quedé deshecha, pero una pequeña parte de mí sintió cierto alivio. Yo también me había quedado sin padres, pero por lo visto no podía llorar su pérdida como tú. No podía permitirme la misma pena porque estaba demasiado ocupada cuidando de ti.

Vine aquí para escapar de los fantasmas de nuestro hogar y cuando conocí a Dennis fue como si volviera a nacer. Siempre me había asustado enamorarme, ya lo sabes, pero con él resultó muy fácil. Sé que tú te percataste nada más llegar de lo que yo sentía por él, recuerdo muy bien ver una mirada en tus ojos, tal vez solo por un instante, aunque era una mirada que me decía que yo te pertenecía a ti, no a Dennis.

Sé que para ti él era un hombre más, pero lo era todo para mí. Era el motivo de que yo quisiera abrir los ojos por la mañana y de que nunca quisiera cerrarlos por la noche. Me enseñó qué era de verdad el amor, y durante un tiempo incluso empecé a quererme a mí misma. Tú nunca tuviste ese problema. ¿Cómo es posible que siendo gemelas seamos tan diferentes? Si yo hubiera sido más despreocupada, como tú, tal vez habría sido capaz de perdonarte por lo que sucedió, pero no puedo, ni siquiera después de todos estos años. Lo he intentado, lo prometo, pero estos negros sentimientos no desaparecen. Me han corrompido la vida, tal vez incluso el alma, y llevo con ellos tanto tiempo que ahora forman parte de quien soy. Pedirme que renuncie a ellos sería como pedir un pedazo de mi corazón.

A veces pienso que si me lo hubieras dicho al principio, antes de que naciera Holly, tal vez hubiera sido capaz de encontrar la manera de perdonarte, pero... ¿esperar todos esos años? Me dejaste querer a esa pequeña a sabiendas de lo que ella era en todo momento, quién era su verdadero padre. Fue cruel por tu parte, Jenny. Deberías haberme permitido decidir a quién deseaba amar, pero sabías que querría a esa pequeña con todo mi corazón.

Dennis se convirtió en alguien diferente para mí de la noche a la mañana. Me vacié de todo aquel amor que sentía por él, solo quedó este agujero enorme de rabia y amargura. Sé que me dijiste que sucedió una sola vez, que los dos estabais borrachos y que fuiste tú quién tomó la iniciativa, pero sus ojos me decían otra cosa. Por supuesto, negó saber que Holly era hija suya, pero ¿cómo podía creerle? Me he torturado imaginándoos a los tres saliendo juntos en secreto a dar paseos en barca. Compartiendo algún tipo de vínculo familiar mientras yo esperaba en casa, sin enterarme. Me enfurece tanto que os agarraría a los dos por el pelo y os sacudiría. Sé que Holly es la inocente en todo

esto, pero la idea de volver a mirar esos grandes ojos marrones suyos — los de él—... bien, me rompe otra vez el corazón. Era mío, pero te llevaste una parte de él que ya nunca iba a pertenecerme. ¿Cómo puedo perdonarte eso?

Tal vez te envíe esta carta un día, aunque dudo que tenga agallas alguna vez. Tú siempre fuiste la valiente, Jenny. Ojalá yo hubiera sido más fuerte, pero no lo fui.

No paso un solo día sin pensar en ti, sin desear que las cosas fueran diferentes, pero creo que nunca lo serán. Renuncié al amor hace mucho tiempo.

Sandra

Pues ahí estaba. Dennis, el hombre de esa foto que había encontrado, el mismo hombre que según Kostas estaba «con Sandra». Era su padre.

Durante un largo rato permaneció sentada en la alfombra, con la carta en las manos. La tinta se corrió con sus lágrimas formando rayas descuidadas en la página. Demasiadas cosas que asimilar. Jenny se acostó con el novio de su propia hermana gemela y ella, Holly, era resultado de eso. Esta era la razón por la que dejaron de hablarse. A esto debía de referirse su madre cuando decía que debería haber renunciado a ella. Y lo peor de todo: Holly había seguido los pasos de su madre y había hecho exactamente lo mismo. Se había dedicado a engañar. Tantos años prometiéndose no parecerse en nada a su madre, y va y se convierte en ella sin tan siquiera darse cuenta. Se había estremecido al reconocerse leyendo las palabras de Sandra acerca de Jenny levantando un escudo protector a su alrededor. Holly también había conocido el trauma del dolor, pero ¿era motivo suficiente para comportarse como Jenny?

Se obligó a recordar su propia actitud durante los meses posteriores a la muerte de Jenny. Hizo cuanto pudo por seguir con sus actividades, luego de repente la atrapó un maremoto de desesperanza y rabia. A veces el dolor era tan intenso que la dejaba sin aliento, incapaz de moverse. Comprendía perfectamente que ese nivel de dolor llevara a una persona a hacer cualquier cosa. Desde luego, cualquier cosa con tal de escapar del sufrimiento. Pobre Jenny, y pobre Sandra también. Una vez que toda esa tristeza las desesperó, ambas estuvieron perdidas.

La confirmación de que tenía un padre real, verdadero, presumiblemente con vida, se iba abriendo paso en su mente. La fuerte impresión de esta revelación aún resonaba, pero también percibía una oleada de emoción formándose en su pecho. Había mirado la foto innumerables veces sin

establecer la conexión en ningún momento; no le había planteado ninguna duda. Siempre se había creído ese cuento chino de que reconocería a su padre nada más verle. Se había imaginado caminando y pasando a su lado por la calle, o sentada enfrente de él en el metro. En cambio ahora se sentía confundida, alterada y muy, muy, muy enfadada.

Volvió a leer la carta de su tía Sandra, intentado no llorar, limpiándose las lágrimas de las mejillas con rabia. Daba a entender que su padre sabía de su existencia, pero él también había optado por no buscar ningún tipo de relación con ella. Aunque su madre se hubiera largado de Grecia, él podría haberlo intentado. O tal vez lo intentó. Quizá había viajado a Londres para llamar a su puerta, y tuvo que darse la media vuelta. No parecía probable, pero tampoco lo era la idea de descubrir en una polvorienta caja de postales quién es tu padre. A estas alturas, Holly creía posible cualquier cosa, literalmente. Lo que necesitaba era respuestas. Necesitaba encontrar a Dennis y preguntarle qué sucedió aquel verano. Preguntarle por qué la había abandonado. Pero, ¿por dónde puñetas iba a empezar?

Cuando sonaron los golpeteos en la puerta de la planta baja, Holly dio un brinco tan violento que se dio con el codo en el somier. Sonaban fuertes e insistentes, pero aun así no se movió. Fuera quien fuese, no quería ver a nadie.

—¡HOLLY!

La voz de Aidan sonaba amortiguada, pero podía distinguir que estaba alterado. ¿Y qué? Que se fuera a tomar viento.

—¡HOLLY! ¡Debes abrirme! ¡En serio!

Continuó sin moverse. La luz del sol entraba por la ventana e iluminaba la nube de polvo que se había levantado al desenterrar la caja. Observó las partículas danzando, abalanzándose entre ellas.

—¡HOLLY, POR FAVOR!

Pero, ¿qué le había cogido?

Holly siguió en sus trece, ni siquiera se movió cuando oyó una llave en la cerradura y el sonido de pasos corriendo por las escaleras. Aidan apareció en el umbral de la puerta un segundo después con las mejillas coloradas y un llavero en la mano. Una rápida inspección de la habitación le provocó una aparente confusión momentánea, pero a continuación hizo una seña a Holly.

—Vamos, tenemos que irnos.

—¿Ir a dónde?

Aidan suspiró y se puso en cuclillas.

—Al hospital.

—¿Qué? ¿Por qué?

Ella hacía todo lo posible por mantener la calma, pero la intensidad en los ojos del irlandés la asustaba.

—Es... —Hizo una pausa.

Durante unos segundos se quedó mirando el suelo, la pila de postales y luego miró de nuevo a Holly.

—Es tu padre. Ha tenido un infarto. Debes venir ahora.

Aidan volvía estar de pie, pero Holly sentía que no podía moverse.

—¿Qué coño quieres decir? —soltó con brusquedad cuando por fin encontró la voz.

—Holly. —Aidan agarró la manija de la puerta—. Confía en mí, tenemos que irnos. No hay tiempo para discutir ahora.

Al ver que ella no se movía, se agachó y la agarró por la cintura para levantarla y ponerla en pie.

—Vamos, yo te llevo.

—¡Suéltame! —Le apartó la mano como si la hubiera quemado—. No voy a ningún lado contigo.

Las ganas de llorar eran casi abrumadoras, pero estaba decidida a no dejar que Aidan viera de nuevo su lado débil.

Él respiró hondo y la miró con gesto firme. Holly seguía con la carta escrita por Sandra en la mano y tenía el rostro congestionado, con manchas de rímel.

—Holly —dijo él otra vez, acercándose todo lo que se atrevió—. Debes venir y ver a Dennis. No me gustaría que fuera demasiado tarde.

¿Dennis? Entonces, Aidan sabía quién era su padre. Demasiado pasmada como para responder a toda esta información y demasiado cansada como para oponer más resistencia, dejó que la llevara escaleras abajo y luego a la calle hasta su jeep.

Aidan condujo a una velocidad peligrosa de camino al hospital, esquivando por los pelos a grupos de turistas y coches aparcados. Holly iba sentada a su lado, enmudecida, estremeciéndose cada vez que estaban a punto de chocar con algo; no se fiaba de lo que pudiera decir, tal era su confusión y enfado. El mismo pensamiento se repetía una y otra vez en su mente: «Mi padre es el ex de Sandra, Dennis. Está en el hospital. Aidan sabe quién es».

¿Pero cómo lo sabía? ¿Había encontrado la carta antes que ella y había atado cabos? ¿Lo había sabido todo el tiempo? Y si así era, ¿por qué coño no se lo había dicho?

Incluso tras la llegada de Clara y su horrible actitud con Holly a partir de ese momento, seguía negándose a creerle capaz de ocultarle un secreto de ese calibre. Se había fiado de él, era una de las pocas personas en quien había confiado de verdad. No podía hacerle eso, ¿o sí?

El hospital de Zakintos resultó ser un edificio grande y cuadrado, un bloque de una fealdad voluminosa que ni la pintura amarilla y terracota que le habían aplicado conseguía disimular. El primer pensamiento de Holly, cuando Aidan se detuvo con un chirrido en medio de dos plazas de aparcamiento, fue de alivio por no haber acabado empotrados con el jeep en el camino. Este no parecía el lugar donde querías acabar después de un accidente.

Aunque el interior estaba suficientemente limpio, las sillas de plástico gris de la sala de espera en la planta baja parecían gastadas, y el verde de las paredes apagado, como si la luz del sol les hubiera arrebatado tiempo atrás cualquier intensidad. Aidan parloteó en griego con la mujer del mostrador de

recepción y en cuestión de momentos guió a Holly hacia un amplio tramo de escaleras.

Apenas la había mirado desde que habían salido de casa, pero Holly apreciaba que estaba preocupado. Un músculo se le agitaba en la mejilla sin descanso y tenía el pelo levantado en todas direcciones de tanto pasarse una mano nerviosa por él. También se le habían formado unas manchas oscuras en los sobacos y en la hendidura de la espalda, creando un efecto casi de teñido degradado en su camiseta comida por alguna cabra. Aunque Holly observaba todo esto, no conseguía procesarlo. La idea de que poder ver pronto a su verdadero padre, en carne y hueso y por primera vez en su vida, bloqueaba cualquier pensamiento racional, reemplazándolo por un terror intenso.

—Aidan.

Una mujer morena se apresuraba por el pasillo hacia ellos, con lágrimas recién derramadas manchando su rostro. Al instante empezó a hablar en griego, deteniéndose solo para mirar a Holly, encogida tras el hombro del irlandés y sin saber muy bien qué hacer. Era obvio que la mujer estaba consternada. Aidan la rodeó con los brazos obligándola a aceptar un abrazo con reticencias.

—Ha salido del peligro inmediato —dijo él en inglés volviéndose a Holly—. Llegaron aquí a tiempo.

Ella asintió, pero seguía muda. La mujer despegó el rostro del pecho de Aidan para dirigirle otra mirada de soslayo. Había algo en sus ojos que Holly no sabía identificar. No era recelo, exactamente, más bien parecía curiosidad. Tras mirar a la joven de arriba abajo, retrocedió y les hizo una seña para que la siguieran de regreso por el pasillo verde. Mientras se acercaban a una puerta abierta, Holly advirtió una niña sentada en otro triste asiento, colocado justo fuera. La pequeña, con expresión hosca, balanceaba las piernas debajo del asiento. Cuando alzó la vista, Holly la reconoció de sopetón. Había visto

antes esta cara, en la taberna sobre la preciosa cala de Porto Limnionas, aunque en aquella ocasión sonreía feliz, cubierta por manchas de helado de chocolate.

—Esta es Paloma —dijo Aidan indicando a la mujer.

Holly recordaba ese nombre: Paloma era la mujer que trabajaba con él en la clínica. De cerca parecía mucho más joven de lo que había pensado en un principio por su ropa y cabello canoso. Guardaba tanto parecido con la niña sentada en la silla que solo podía ser su madre.

—*Yassou* —farfulló Holly, esforzándose por sonreír.

Paloma la miró de nuevo de arriba abajo intentando contener las lágrimas, antes de decir algo en griego a Aidan. La pequeña dejó de balancear las piernas y se inclinó para estudiar a Holly desde detrás de su madre, abriendo mucho sus ojos hundidos bajo el oscuro flequillo. Holly se preguntó si también ella recordaba que se habían visto antes.

—Hace apenas unas semanas que Paloma supo de ti —dijo entonces Aidan, que seguía sin encontrar la mirada de Holly.

—Bien, dile que yo acabo de saber de ella apenas hace unos instantes —soltó, encontrando por fin la voz—. Y aun así no sé quién es, pese a que por lo visto todo el mundo lo sabe todo de mí.

Esta última parte la dijo con intención de herir a Aidan, y funcionó. Él se estremeció igual que si le hubiera dado un sopapo.

—Sé que esto es duro para ti... —empezó él, pero ella alzó una mano.

—No sabes nada de mí en absoluto —afirmó ella—. No te atrevas a pensar que sabes cómo me siento, ni ahora ni nunca.

—Paloma es la esposa de Dennis —le dijo pasando por alto su arrebató—. Y esta es la hija de ambos, Maria.

La pequeña, que por lo visto era su hermanastra, se atrevió a sonreír, logrando que el enfado de Holly remitiera levemente. Fue entonces cuando se percató, con palpitaciones cada vez más frenéticas, de que no solo había visto antes a la niña sino que probablemente también habría visto a su padre... que lo habría visto más de una vez. No podía culpar a Aidan del primero de esos encuentros en Porto Limmionas, cuando Dennis la había mirado desde el otro lado de la hilera de mesas, y ella había imaginado que se la comía con los ojos, qué idea más ridícula. Pero la segunda ocasión, cuando los dos hombres se quedaron de pie observándola junto al bote de pesca en Mikro Nissi, todo fue cosa del irlandés. ¿A qué había estado jugando?

Justo cuando el silencio empezaba a resultar incómodo, apareció un doctor que hizo pasar a Aidan y Paloma a la habitación, cerrando la puerta tras ellos y dejando a Holly con Maria en el horroroso pasillo verde. Durante unos segundos se limitaron a mirarse, y luego Maria arrancó a llorar. Sus sollozos sonaban tan fuertes y desgarradores que Holly se encontró arrodillándose para cogerle las manos. Maria la miró suplicante y gimió unas pocas palabras aturulladas en griego. Moqueaba y tenía dos surcos en la piel de los lagrimones que habían descendido entre sus mejillas sucias. Holly, falta de palabras para decirle que todo iba a ir bien, se limitó a acercar el brazo para acariciarle su cabello húmedo, apartándolo de la cara de su medio hermana. Tenía los mismos ojos oscuros, un poco almendrados, que ella.

Pese al hecho de ser dos totales desconocidas, Maria se aferró a ella como si fuera la persona más querida del mundo y Holly la abrazó a su vez con idéntica fuerza. Durante unos minutos, arrodillada ahí sobre el frío suelo, Holly dejó de preocuparse por lo que pudiera suceder a continuación. Lo único que importaba era Maria, su propia hermana. Ahora que la tenía, se sentía invencible. Al fin y al cabo, no estaba sola en el mundo, y caer en la cuenta de esto resultó sorprendente a la vez que mágico. Era como si tuviera un deseo y se lo concediesen, sin saber siquiera que lo hubiera pedido.

—¿Holly?

Era Aidan, tocándole el hombro con delicadeza.

—Dennis está estable, puedes pasar a verlo si quieres.

Maria por fin había dejado de llorar, pero Holly se tomó su tiempo para desenredarse de los brazos aferrados de la pequeña. A Aidan le brillaban los ojos mientras la miraba. Parecía que hubiera envejecido cinco años en la última media hora, con un matiz grisáceo en su piel pecosa y los hombros hundidos, cosa rara en él.

—Tienes un aspecto espantoso —le dijo ella con total naturalidad, mientras estrujaba por última vez la mano de Maria antes de soltarla.

Paloma también había salido y observaba otra vez sin reparo a Holly. Su ostensible curiosidad era tan clara como el cielo sin nubes del exterior.

—¿Acabamos con esto entonces? —preguntó Holly dirigiéndose a ambos.

—¿Estás segura de que estás preparada? —dijo él.

¿Estaba loco?

—No, no estoy segura —contestó empezando a enfadarse una vez más—. Pero dado el modo en que irrumpiste en mi casa y me ordenaste venir aquí, creo que no tengo otra opción en este asunto ahora, ¿cierto?

Él asintió con aire avergonzado. Holly dedicó una última mirada a Maria y a continuación siguió al irlandés hacia el interior de la habitación, en dirección a la figura que se hallaba bajo las sábanas.

Cuando Holly aún era niña y propensa a inventar todo tipo de historias en su imaginación, su cuento favorito era el que creó sobre su padre. En su fantasía, él siempre era alto y mucho más guapo que cualquier otro padre que conociera, con ojos centelleantes, una sonrisa de oreja a oreja y los mejores abrazos del mundo. Solía imaginarle llamando a la puerta tras años recorriendo los lugares extranjeros de los que su madre le había hablado, y ella salía a abrir y le contemplaba maravillada. Entonces él sonreía de ese modo suyo tan encantador y se agachaba para auparla, repitiéndole una y otra vez cuánto la había echado de menos y lo orgulloso que se sentía. Era una historia tonta, pero siguió pensando en ella según se hacía mayor, deseando que fuera cierta pese a saber que era imposible. Su madre cambiaba tanto de casa que, aunque su padre quisiera seguirles la pista, nunca podría encontrarlas. Cuando aún era pequeña le había planteado esa cuestión a Jenny unas cuantas veces, pero esta se había limitado a negar con la cabeza y sonreír. «Si quiere, nos encontrará», solía decir, dejando a Holly pensando por qué no venía.

Tal vez fuera por esta fantasía idealizada de la infancia que le temblaran las piernas de nervios cuando por fin vio a su padre, o tal vez fuera la impresión causada al salir todo a la luz en estas últimas horas. Pero desde luego no era para nada como ella se lo había imaginado. Para empezar, Dennis no sonreía. Tenía los ojos abiertos y la miraba directamente, pero su expresión estaba crispada por el sufrimiento y por lo que a Holly le pareció miedo. Advirtió las lágrimas por todo su rostro justo cuando ella derramaba las primeras.

Dennis abrió la boca para hablar, pero parecía demasiado débil para lograrlo. Al verlo tan atormentado, Holly acercó el brazo por instinto para cogerle la mano. Estaba fría. Cuando Dennis apretó sus dedos con suavidad, ella se estremeció. Él volvió a intentar hablar, pero Holly seguía sin entender lo que decía por lo ronco que sonaba. La máquina que monitorizaba sus constantes pitaba con tranquilizadora regularidad; Holly se encontró observando fijamente una lucecita roja que parpadeaba.

—Dice que lo lamenta —susurró Paloma al lado de Holly.

La mujer había dejado su lugar junto a la puerta para unirse a Holly al lado de la cama, y ahora le indicaba con un gesto que debía inclinarse para oír lo que Dennis estaba diciendo. Aidan se había desplazado hasta la ventana, dándoles la espalda. Le tembló un poco la mano cuando la levantó para correr la cortina a un lado. Holly cerró los ojos y se inclinó hacia Dennis. No quería estar pendiente de Aidan. Si no le veía, sería capaz de fingir que no estaba ahí. Para ser sincera, la contrariaba que se encontrara aquí en la habitación con ellos, entrometiéndose en su vida durante un momento tan íntimo.

—Lo siento —repitió Dennis en voz baja.

Apenas era un susurro.

Holly levantó la mano justo a tiempo de impedir que sus lágrimas se derramaran sobre el hombre convaleciente, y un sollozo surgió de algún lugar en las profundidades de su pecho. Paloma le apoyó la mano en la cintura y le frotó la espalda formando un círculo de afecto. Fue algo tan maternal, hecho por instinto, que Holly recordó terriblemente a su madre de nuevo, algo que desató otro diluvio de lágrimas.

—Yo también lo siento —consiguió decir por fin, abriendo los ojos y mirando al hombre que descansaba sobre la almohada—. Lo siento mucho.

Y lo lamentaba. Lamentaba llorar cuando era él quien se encontraba en una

cama de hospital; lamentaba no poder expresar con palabras cómo se sentía, lo contenta que estaba de haberle encontrado; lamentaba también haberse conocido de esta manera, tanto tiempo después de cuando deberían haberlo hecho.

Mientras se calmaban sus sollozos temblorosos y la habitación volvía a quedarse en silencio, Paloma la ayudó a sentarse con cuidado en la silla junto a la cama para luego apartarse sin hacer ruido. Holly percibió que Aidan, sin verle en realidad, salía también de la habitación, y durante un largo rato tras su marcha se limitó a descansar la frente sobre el extremo del colchón, con los dedos fríos de Dennis acariciando su mano con un tímido movimiento.

Ya no estaba sola.

Después de pasar treinta y seis horas completas en el hospital, una buena parte de las mismas sentada en la cutre silla de plástico en el exterior de la habitación de Dennis, una enfermera convenció por fin a Holly de que se fuera a casa y durmiera un poco. Pero después de cuatro horas contemplando el techo con aire taciturno, admitió la derrota a manos de su viejo amigo el Gnomo del Insomnio y salió al exterior por la puerta de entrada sin hacer ruido, llevándose la moto colina abajo sin siquiera arrancar el motor. No pensaba que Aidan se atreviera a asomar la cabeza, pero tampoco quería arriesgarse a toparse con él.

Seguía sin poder creer que hubiera hecho desfilar a Dennis ante ella sin decirle nada. Que la hubiera escuchado abriendo su corazón acerca de su madre, acerca de los largos años que había pasado sola, y aun así no hubiera dicho nada. Era imposible que ahora pudiera verle sin soltarle alguna burrada espantosa, algo que sin duda cortaría el vínculo entre ellos para siempre. La idea de perder a Aidan de forma permanente, pese a sus crímenes, le provocaba náuseas. Sabía que debería odiarle, pero su presencia en el hospital la había consolado, a su pesar, durante las horas que él permaneció

con ella. De cualquier modo era un caso perdido. ¿Cómo iban a volver al estado en que estaban las cosas unos días atrás? ¿Cómo iba a confiar en él? Había tardado muchos años en encontrar a alguien con quien sentirse lo bastante a gusto como para bajar la guardia, y esa persona resulta que le había mentido en todo momento. No era justo, así de claro.

Condujo sin pensar en realidad y acabó dirigiéndose a Kalamaki, aparcando la moto junto a la playa y caminando después hasta la atalaya superior que había advertido en su primera visita. Parecía que hiciera una eternidad. Aún tenía que salir el sol, pero ya se distinguía una estela de luz azul grisácea en el horizonte. Se tomó con calma la ascensión por el camino de piedras hacia lo alto del acantilado, donde la saludó todo el esplendor de la luna, que parecía mucho mayor y más brillante que en Londres. Pese a todo, Holly encontró que no conseguía apreciar del todo su belleza. Un dolor punzante persistía en su cabeza a causa de la fatiga y tenía la espalda molida por las horas sentada en la dura silla de plástico. Tras permanecer unos minutos absorbiendo la vista, se sentó en el suelo polvoriento y colgó los pies por el lado.

Tenía un padre.

Todo el mundo tenía un padre, por supuesto, pero ella nunca había tenido uno que estuviera vivo, que respirara. Simon había sido un padrastro atento durante los pocos años que él y Jenny habían vivido juntos, pero su madre nunca la había animado a referirse a él como su «papá», y ciertamente no pensaba en él como tal. Seguía creyendo firmemente en su padre como un héroe, alguien que había dedicado su vida a luchar para que el mundo fuera un sitio mejor. Por supuesto, la realidad era que el verdadero padre de Holly no era ni un héroe ni tampoco un buscavidas. Era un hombre como otro cualquiera. Un hombre que había cometido errores que le salieron muy caros.

Holly escudriñó bajo las puntas de sus pies, donde las olas se abrían paso

por la arena.

—Tengo un papá —dijo en voz alta, esperando sentirse absurda.

Pero era demasiado real, de todos modos: de un modo demasiado horrible y genial, y al mismo tiempo demasiado traumático como para reírse. El nudo en su estómago parecía una pelota de alambre de espino enrollado. Y lo sentía en este instante, era como si lentamente le desgarrara las entrañas en pedacitos.

¿Cómo podía haberse quedado Aidan ahí tan tranquilo aquel día en la playa sabiendo que su padre se encontraba a escasos metros de distancia?

Holly dejó de mirar hacia abajo y alzó la vista a tiempo de ver una gruesa cuña de luz solar deslizándose sobre la superficie del mar. Durante un rato se limitó a permanecer sentada observando con ojos entrecerrados las crestas centelleantes de las olas.

Dennis estaba bastante grogui durante las primeras horas que ella pasó en su habitación, pero había encontrado de todos modos las fuerzas para cogerle la mano. Un poco aturdida, Holly había observado, cómo la estrechaba suavemente con sus dedos, dando vueltas con el pulgar sobre su muñeca. Era como si con un gesto intentara decir lo que era incapaz de expresar con palabras. Holly se quedó enmudecida observándole, esforzándose por no volver a llorar. Cuando por fin tuvo valor para encontrar su mirada, él sonrió, y ella sintió que parte del dolor se desvanecía. Eran tantas las preguntas que quería hacer..., pero comprendía que podía esperar a sus respuestas por el momento.

La verdad, su verdad, la que había estado buscando desde su llegada a Zakintos, la asustaba de repente. Holly no estaba segura de estar preparada para oír toda la historia de lo que había sucedido tantos años atrás; sobre todo si ello significaba volver a donde había empezado: odiando a su madre.

¿Quedaba algo más por perdonarle? Estaba segura de que habría algo más, y no tenía fuerzas para enfrentarse a ello.

—Lo que daría por saber qué piensas.

Estaba tan perdida en sus pensamientos que no había oído a Aidan subir por el acantilado detrás de ella. Asustada, se dio la vuelta, lanzando un montón de piedras por encima de la repisa.

Aidan se precipitó hacia delante para sujetarla, pero ella le dio en las manos.

—No me toques.

—Holly... —empezó él, pero se detuvo al ver la mirada en su rostro—. ¿Puedo sentarme?

Ella se encogió de hombros.

Era difícil para alguien del tamaño de Aidan empequeñecerse hasta formar una bola pequeña y discreta, pero de algún modo lo logró mientras se agachaba y se sentaba encorvado sobre la repisa. Tenía una gran postilla en la rodilla, y también unas marcas en los tobillos de los calcetines que se habría quitado hace poco. Él tuvo cuidado de no aproximarse tanto como para que ella pudiera alcanzarle, una medida prudente dado que Holly consideraba en serio arrojarle por un lado del risco sobre la arena húmeda de abajo.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le preguntó al cabo de un rato.

—Te seguí. —Se arriesgó a esbozar una media sonrisa—. Estaba sentado en mi ventana, esperando a que te levantas. Imaginaba que no te quedarías metida en casa mucho rato.

—¿Y qué te hace pensar que quiero verte aquí? —preguntó sin molestarse en disimular el veneno en su voz.

No iba a ponérselo fácil.

—No lo pienso. Lo único que pensaba era que alguien debería cuidar de ti. Has vivido una fuerte impresión.

—Y tú no tienes nada que ver...

—Exacto. Tal vez por eso me siento responsable.

Se hizo una larga pausa. Mientras a Holly le hervía la sangre, Aidan contemplaba las formas oscuras de las montañas. Parecía afectado de verdad, pero esto la enfadaba todavía más.

—La situación no ha cambiado —le dijo entonces—. Voy a vender la casa de todos modos.

Aidan alzó los hombros y luego volvió a hundirlos. Holly sabía que en realidad él solo fingía que le daba igual; una gota de sudor descendía despacio por el lado de su rostro.

Su silencio empezaba a resultar crispante.

—¿No tienes nada que decirme? —quiso saber Holly.

Empezaba a notar el culo dormido sobre este terreno duro y pedregoso, de modo que se movió con irritación.

Aidan alzó la vista y esperó a que ella encontrara finalmente su mirada antes de responder.

—No tuve elección. Hice una promesa. Sandy me hizo prome...

—¿Prometer qué? ¿Llevarme a hurtadillas a ver a mi padre y luego no decirme siquiera quién era? ¿Quedarte sin decir nada mientras yo te abría el puñetero corazón? ¿Contemplar una foto de mi padre y fingir que no tenías ni idea de quién era?

Aidan encogió otra vez los hombros. Holly tomó una de las piedrecitas y se la arrojó.

—¡No te quedes ahí sentado encogiendo los hombros! Confiaba en ti.

Su voz se quebró cuando empezó a gritarle. Había confiado en él. No había confiado en nadie durante muchísimos años; bajó la guardia con él... y él lo había despreciado todo.

—Holly, por favor. —Parecía que Aidan fuera a echarse a llorar—. Intenta comprender...

—No, Aidan. No quiero entender cómo alguien llega a hacer lo que has hecho. Cómo alguien puede mentir y engañar y...

Se detuvo al percatarse con una nueva punzada de remordimiento de que ella también había mentido y engañado. No era mejor que él.

—Nunca fue mi intención hacerte daño —dijo Aidan.

Holly se sentía como si alguien hubiera metido una cuchara para servir helado en sus entrañas y hurgara hasta sacarlas todas fuera.

—Sandra se estaba muriendo. Era amiga mía y se lo debía. ¿Cómo iba a decirle que no? Pensaba que solo tendría que esconder unas cuantas cosas por la casa para que las encontraras y orientarte así en la dirección correcta...

—¿Qué acabas de decir? —Holly lo fulminó con la mirada—. ¿Escondiste cosas en mi casa?

—El mapa —respondió él encogiendo los hombros con incomodidad—. Sandra me lo dio no hace mucho... Bien, ya sabes.

Holly cerró los puños sin decir nada. Había sentido tal oleada de ilusión al encontrar ese viejo pedacito de papel gastado que contenía tantos secretos maravillosos. Creyó que se trataba del destino. Pero no, había sido Aidan, jugando con ella en todo momento.

—¿Y qué más? —quiso saber, observando cómo él se encogía bajo el peso de su mirada.

—La foto —dijo bajito—. La de Dennis y Sandra y Sócrates y tu madre y...

—Ya sé quién aparece ahí —interrumpió ella, pasando por alto el estremecimiento de incomodidad en Aidan.

—Escucha, Holly. No tenía idea de que esto iba a suceder, no sabía por cuánto habías pasado ya con tu madre muriendo de ese modo. Y luego empecé a sentir algo por ti y cada vez fue más difícil incluso decirte la verdad. Fui un cobarde. Quería mantener intacta esa burbuja en la que nos encontrábamos. Sabía que si te contaba lo que había hecho, te perdería.

—¡Calla! ¡Cállate! —Le lanzó una mirada desafiante—. No te atrevas a decirme eso. No te atrevas a encubrir lo que has hecho con la pobre excusa de sentimientos verdaderos. Si te preocuparas por mí lo más mínimo nunca habrías permitido que sucediera esto.

Aidan levantó una mano.

—Sabes que me preocupo por ti. Fuiste tú quien me dejó tirado al minuto de aparecer tu novio.

—No le metas en esto —soltó Holly—. Es un millón de veces el hombre que tú nunca serás.

—Está claro.

Aidan se estaba haciendo mala sangre ahora. Una vena le palpitaba en la sien y su rostro había adquirido un feo tono morado.

—Y mira quién habla de largarse con otra persona —añadió ella pensando con dolor en Clara, la joven de piernas largas y cabello rojo tiziano.

Aidan abrió la boca para replicar, pero volvió a cerrarla. Permanecieron sentados en silencio unos segundos, distraídos por la salida del sol que se había colado tras ellos. Pese al mal genio, Holly notaba sus ojos agrandándose

para admirar la vista.

—Sandy pensaba que sería demasiado para ti, aparecer aquí y tener que hacer frente a un padre el primer día —le dijo Aidan—. Me pidió que esperara a encontrar el momento adecuado. Pero luego Dennis sufrió el infarto y..., bien, la situación se volvió demasiado confusa.

—¿Confusa? —Holly se rio un momento—. ¿Qué podía crear confusión? Sabías quién era mi padre y no me lo dijiste. Yo lo veo bastante claro. ¿Y si el infarto lo hubiera matado? ¿No me habrías hablado nunca de él?

—Por supuesto que sí. —Aidan apoyó la cabeza entre las manos—. Pero nadie podía haber pronosticado lo que le sucedió a Dennis.

—¡Exacto! —Holly volvía a gritar—. Eso es justo lo que quiero dejar claro. Podría haber sucedido en cualquier momento. Deberías haberme hablado de él en cuanto llegué aquí, sabes que es así.

—Solo intentaba hacer lo más conveniente para todo el mundo. —Aidan hablaba cada vez más bajo—. Para ti, y para Dennis y Sandy. Dennis no estaba convencido de que fueras hija suya hasta que te vio aquel día en su restaurante.

—¿Qué quieres decir? Oh, ¿es el dueño del restaurante de Porto Linnionas?

Aidan hizo un gesto afirmativo.

—Regresó aquí poco después de marcharse mi madre. Paloma empezó a trabajar conmigo en la clínica y entonces todos nos hicimos amigos. Todo salió a la luz un día que mencioné el nombre de Dennis por casualidad charlando con Sandra. La idea de encontrarse con él la aterrorizaba. Me hizo prometer que nunca le diría que seguía viviendo en la isla, y ahora también tengo que vivir con eso.

Holly intentó asumir esta nueva información. Dennis había estado aquí al

mismo tiempo que Sandra, pero los dos no se habían visto. Era descorazonador y muy, muy estúpido.

—Entonces, ¿Dennis no supo hasta hace poco que tú conocías a Sandra? —le preguntó.

Su cabeza daba vueltas a todos estos datos importantes como si de un preparado pringoso para un pastel se tratara, mientras intentaba encontrar algo de sentido en lo que oía.

—No. —Aidan negó con la cabeza. La luz oblicua del sol alcanzaba su rostro, permitiendo a Holly ver las canas intercaladas entre el pelo negro de las patillas—. Yo desconocía la magnitud de todo lo sucedido entre ellos hasta que..., bien, hasta que Sandra se encontró ya muy delicada. Tras su muerte, le pedí a Dennis que nos viéramos y entonces se lo conté todo. También le advertí de que tú podrías presentarte en la isla en cualquier momento —añadió—. Sandra me habló de ti solo al final.

Holly permanecía callada esperando a que él continuara.

—En cuanto llegaste a la isla, me fui directo a Porto Limnionas para comunicar a Dennis que estabas aquí, y que te llevaría a verle en el momento adecuado. Pero luego tú vas y te presentas por tu cuenta por allí. Te reconoció de inmediato, por supuesto. Te parece mucho a él.

—¿Por qué no dijo nada?

Holly no estaba segura de que Aidan supiera la respuesta, pero se sintió mejor diciéndolo en voz alta.

—No sé. —Aidan cogió una piedrecita y le dio vueltas en sus grandes manos—. Supongo que estaba alucinando. De haber dicho algo, te habría dado un buen susto, está claro. Uno de estos resueltos griegos barbudos se acerca boquiabierto y te dice que es el padre al que nunca has visto.

Seguramente eso era cierto, pero no era suficiente para que dejara de mirarle con aire desafiante.

—¿Y por qué de repente eres un experto en cuándo es el momento adecuado? —le preguntó en silencio—. ¿Quién te ha nombrado Dios?

Al oír esto, Aidan suspiró. Holly se percató de que estaba perdiendo la calma con ella, pero no tenía intención de recular. La rabia que tanto le había costado controlar durante la última década ahora se acercaba peligrosamente a la superficie.

—Holly —acercó el brazo para tocarle la mano, pero luego se lo pensó mejor—. Me contaste lo confundida que estabas. Sabía que aún lo pasabas mal por la muerte de tu madre. No pensaba que te encontraras lo bastante fuerte como para afrontar de golpe tantas cosas. Enterarte de lo de Sandra ya fue un palo, qué decir de tener un padre de repente.

Su voz se apagó al ver la expresión de Holly.

—Burro arrogante. No tenías ningún derecho a decidir cuándo debía enterarme de que tenía un padre. No necesito que un desharrapado idiota irlandés tome decisiones por mí. No soy un cachorrito al que rescatar.

—Pues eso eres exactamente —interrumpió Aidan con tono decididamente glacial—. Sé sincera, Holly, te morías de ganas de contar tu historia lacrimógena. Querías que cuidara de ti. Te dedicas a atraer a la gente, para luego darles la patada. Me hiciste creer que había una conexión real entre nosotros, algo que no he sentido por nadie desde hace mucho tiempo, para luego volver corriendo con tu novio. Fue como si yo de repente hubiera dejado de existir.

Eso sí que la hirió. Holly sentía una mezcla de rabia y horrible sufrimiento bullendo como ácido en su paladar. ¿Por qué intentaba recriminarle lo de Rupert cuando él había vuelto corriendo con Clara? Tenía la cabeza a punto de

estallar por el esfuerzo de intentar reconstruir las cosas. Sentía que iba a perder el control de sus emociones derramadas como un torrente. Era demasiado. Era excesivo.

—Confíe en ti —dijo mientras se ponía de pie.

Miró a Aidan por última vez.

—Eras la primera persona en quien confiaba en mucho tiempo —manifestó—. Pensaba que había encontrado a alguien que de verdad me entendía, pero estaba siendo una estúpida ridícula, ahora lo veo claro.

—No huyas. —Aidan le había cogido la mano. Se percibía un matiz de pánico en su tono mientras la agarraba—. Tu familia está aquí. Tu sitio está aquí.

—¿Cómo puede ser mi sitio un lugar donde tú te encuentres? —preguntó librando los dedos uno a uno de su asimiento—. No soy de ningún lugar. Nunca lo he sido y lo más probable es que nunca lo sea. Es hora de dejar de pensar que estaré más a gusto en otro sitio, porque no es cierto. En serio, no lo es.

Aidan no intentó seguirla cuando inició el descenso por el camino para seguir a lo largo de la playa. Más adelante, Holly pudo ver los postigos de la taberna abriéndose de par en par y los primeros turistas entusiastas poniendo la toalla en la arena. Seguía esperando que le saltaran las lágrimas, pero no salió ni una. Sabía lo que tenía que hacer ahora, y lo tenía que hacer hoy mismo.

Dos meses después...

Tras un lluvioso mayo anormal para la época, el sol había llegado por fin a Londres. Las nubes grises se habían plegado como capullos primaverales dejando caer gradualmente la última lluvia, de manera que para julio la tierra de los parques ya estaba dura y agrietada. Al norte de la ciudad, en Camden, el canal lucía un impenetrable azul oscuro —reflejo perfecto del lienzo despejado situado directamente encima— y las ocas de la zona entraban y salían del agua, con sus graznidos de advertencia acallados por la calma de otra mañana impecable.

Holly se abrió paso entre envoltorios de kebab y botellas de cerveza tiradas en el sendero del canal y saludó sonriente al barrendero de la calle. El hombre llevaba una radio portátil sujeta a un lado del carrito, junto con las escobas y bolsas de basura de repuesto, y canturreaba una canción de Bob Marley mientras iba haciendo su trabajo. Cuando llegó al puente situado al lado de la serie de esclusas principales, las bailarinas de Holly resbalaron ligeramente sobre la cubierta mojada. Cada mañana pasaban la manguera antes de que los comerciantes del mercado montaran sus puestos, motivo por el cual una cortina de condensación flotaba en el aire por encima de los adoquines empapados.

Era su momento favorito del día en el mercado, tanto que se levantaba cada vez más temprano por sus ganas de venir aquí cada mañana. Tenía garantizado un puesto hasta las siete de la tarde siempre que se inscribiera antes de las ocho y cuarto a más tardar y pagara su cuota diaria. Ella e Ivy habían acordado hacer turnos para organizar el puesto por la mañana, pero

Holly prefería estar aquí con tiempo de sobra. Había algo metódico y sosegador en preparar todas las cosas, y mientras lo hacía sentía que su cerebro empezaba a despertar, capa a capa. A pocos metros de su parada había un pequeño chiringuito que hacía café griego, y a ella le gustaba pedir café *frappé* para llevar, ir al estrecho puente adoquinado sobre el canal y allí tomarlo observando la luz sobre el agua mientras se preparaba para empezar el día. Una vez el mercado comenzaba a llenarse, lo cual sucedía por lo general muy rápido, el tiempo parecía volar, y como resultado estas pocas horas de la mañana se habían convertido en las más preciadas.

Esta radiante mañana de sábado Holly estaba especialmente ilusionada porque traía una gran caja con material nuevo acabado la noche pasada. Annie había cumplido su palabra y seguía enviándole paquetes del encaje típico de Zakintos, negándose a cobrarle a su amiga más allá de los gastos de reembolso del envío a Gran Bretaña. Le habría hecho feliz a Sandra, decía, ver a su sobrina creando cosas tan preciosas igual que ella las confeccionó en otro tiempo. Como respuesta, Holly dedicó cada minuto libre a crear las prendas que planeaba vender.

En cuanto el puesto estuvo en marcha, no había tardado mucho en correrse la voz sobre la delicada belleza de su ropa exclusiva. Las creaciones que colgaban de cinco percheros se vendían ahora deprisa nada más reponerlas. El piso de Rupert parecía bombardeado por tejidos la mayoría de noches, pero a él no parecía preocuparle. Las raras noches en que no tenía que tomar unas copas después del trabajo, Holly lo recogía todo en cajas y preparaba la cena. Rupert adoraba sus mimos y encontrarse la cena en la mesa al llegar a casa. Holly estaba dispuesta a cualquier cosa para tenerlo feliz.

Renunciar a su trabajo en Flash había sido mucho más sencillo de lo que pensaba. Su jefa, Fiona la Arpía, había sido sorprendentemente comprensiva —y poco arpía— y había reducido las seis semanas de preaviso a dos, e

incluso prometió poner en contacto a Holly con algunos de los diseñadores de colecciones pequeñas cuyo trabajo aparecía en su página web. A Aliana, por otro lado, no le había hecho tanta gracia ver marchar a su compañera de mesa, pero de algún modo se había consolado cuando Holly le prometió establecerse al otro lado de la calle, en el mercado de Camden, lo cual significaba que ambas podían seguir compartiendo la hora del almuerzo como siempre. Cada día laborable, Holly esperaba ilusionada el mediodía, cuando su amiga se abría paso entre el gentío del mercado y la entretenía con los cotilleos de la oficina, además de ponerla al día de sus desastrosas citas con tíos.

Tres semanas después de empezar a trabajar por su cuenta, Holly conoció a Ivy, que estaba montando su expositor de joyería justo en el puesto de al lado. Se cayeron bien al instante. Ivy, un poco más veterana que ella, se quedó embelesada con las asombrosas creaciones de encaje que confeccionaba. Su propio material era una mezcla de piezas artesanas y género *vintage*, y enseguida descubrieron que la ropa de una y las joyas de la otra lucían juntas aún mejor. El siguiente paso fue tan obvio y sencillo que casi no tuvieron que hablarlo. Poco después había nacido Holly & Ivy, y desde ese momento no echaron la vista atrás.

Al igual que la madre de Holly, Ivy también había viajado mucho en su época, y le recordaba a la Jenny de los años anteriores a tirarse a la bebida. Ahora que había conseguido dejar atrás parte de aquella amargura con la que había cargado durante tanto tiempo, había descubierto que era capaz de recordar mucho más cosas de su madre, que no todo estaba teñido de tristeza y resentimiento. Se había desvanecido aquella oscuridad que colgaba como una lona sucia sobre sus recuerdos. Ahora, pensar en su madre no venía acompañado de una punzada automática de dolor o rabia. Por primera vez desde su muerte, y los espantosos y siniestros meses siguientes, Holly se permitía sonreír con los recuerdos y sentir afecto por su madre. Era un gran paso.

Mientras observaba el canal, un pato solitario salió chapoteando de debajo del puente, con su plumaje verde esmeralda brillante bajo el sol. Respiró hondo y dio los últimos tragos al café *frappé*. A veces la enormidad de la transformación que había experimentado su vida la dejaba sin respiración. Hacía solo dos meses estaba perdida, y ahora en cambio se sentía en el camino que había elegido en la vida. Londres no estimulaba sus sentidos ni hacía vibrar su corazón igual que Zakintos, pero Holly seguía recordándose con obstinación que aquí, en esta ciudad, tenía cuanto necesitaba. «Bien — susurró una voz desde lo más profundo de ella—, casi todo.»

Ivy estaba haciendo su agosto aquella mañana, sobre todo gracias a la selección de joyas y baratijas que había escogido en una feria de anticuarios en Francia el fin de semana anterior.

—¿Quién es? —preguntó Holly cogiendo un colgante cuando finalmente tuvieron un rato de tregua. Una foto en forma ovalada donde aparecía un hombre joven, y que por el tono sepia y el vello facial un tanto ridículo que lucía debía de tener bastantes años.

—No tengo ni idea —respondió su socia encogiendo los hombros—. Compré una serie entera. La *madame* me dijo que estaban hechas a partir de una vieja foto de un equipo francés de rugby.

—¡Creo que deberíamos ponerles nombre! —declaró Holly escudriñando por turnos los diez collares de la misma colección—. Este podría llamarse Philippe.

—Y voy a llamar a este Bernard —se rio Ivy, escogiendo al más guapo del grupo con diferencia.

—¡Eh! ¿Estáis mirando a otros tíos a mi espalda?

Era Rupert, con el pelo mojado del gimnasio y la bolsa deportiva colgada del hombro. Desde que Holly dedicaba los fines de semana a su puesto en vez

de consagrarlos a Rupert, él había empezado a frecuentar el club pijo de squash en la cercana Primrose Hill. Estaba guapo con sus duras facciones sonrojadas, y Holly así se lo dijo, al tiempo que aceptaba con una sonrisa su oferta de traer café y tarta.

—Qué encanto de novio tienes —dijo Ivy observando a Rupert abriéndose paso entre el tumulto de turistas que se agrupaban en torno a los puestos de comida.

—Lo es —asintió Holly.

Las cosas entre los dos habían ido bien desde su regreso de Zakintos, pese a seguir arrastrando un poso de remordimiento por lo que había estado haciendo a sus espaldas. Se decía a sí misma que entonces era una persona diferente, y que sus escarceos con Aidan habían tenido lugar en un momento de locura, cuando su mundo parecía derrumbarse a su alrededor. No traería nada bueno que él se enterara y, de todos modos, se recordó, Aidan era una historia del pasado, como esos jugadores de rugby en las fotos de los colgantes de Ivy.

Aquella última mañana en la isla se había hecho la promesa de sacar adelante las cosas con Rupert. Sabía cómo sería su futuro junto a él: seguro y predecible. Y nunca acabaría como su madre, sola, deprimida y consumida por el arrepentimiento. En cuanto guardó en el fondo de su mente cualquier recuerdo de Zakintos que aún perdurara, Holly se lanzó a su proyecto con Rupert con un entusiasmo sorprendente incluso para ella. Nada más regresar a Londres, avisó con antelación que dejaba el piso y a las dos semanas se presentó en la puerta de Rupert con sus modestas posesiones empaquetadas en cajas y bolsas. Su única extravagancia era la máquina de coser nueva, aunque aún echaba de menos la chirriante y vieja máquina que se vio obligada a dejar en la isla.

Vivir juntos era una experiencia nueva para ambos, pero Holly estaba tan ansiosa por que funcionaran las cosas que pasaba por alto detalles como

toallas mojadas encima de la cama, malolientes zapatillas deportivas apestando en el pasillo o la tapa del váter levantada cada mañana. Durante las primeras semanas, Rupert se mostró un poco más reservado, incluso algo cohibido delante de ella, pero se había relajado en cuanto ese periodo inicial pasó sin contratiempos. Holly estaba tan concentrada en el puesto y en confeccionar género nuevo para vender que no tenía mucho tiempo para pensar en el estado de su relación, y por otro lado Rupert pasaba más tiempo fuera del piso que dentro. La situación se amoldaba a ambos a la perfección.

—Toma —dijo él poniéndole una porción de tarta de plátano en la mano y dejando un café en envase para llevar a su lado—. Ya sé que no te queda tiempo para comer cuando hay tanta gente en el puesto.

Había traído tarta y café también para Ivy, que le sonrió radiante, con una adoración poco disimulada. Al principio a Holly le preocupaba que su nueva compañera de parada, con sus rastas en el pelo, la ropa étnica de volantes y los numerosos tatuajes, no le hiciera demasiada gracia a su novio más convencional, pero ambos habían congeniado desde el principio. En este preciso instante observaba divertida a Ivy desmenuzar su propia tarta para acercarla a la boca abierta de Rupert.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —preguntó Holly, limpiándose las migas de sus labios con una servilleta de papel.

—Oh, ya sabes, me quedaré por casa, echándote de menos —respondió guiñándole un ojo—. ¿Sigues en pie lo de ir a cenar esta noche?

Por insistencia de Holly, habían acabado quedándose en casa la noche de su trigésimo cumpleaños a finales de junio. Cuando llegó la fecha, sencillamente, no estaba de humor para ninguna celebración, y además le parecía un enorme gasto pagar por una gran fiesta cuando quería poner en marcha un negocio. Aun así, Rupert no había olvidado que tenían pendiente celebrarlo, y estaba decidido a sacarla una noche tanto si le gustaba como si

no.

—Mejor no vamos a ningún sitio demasiado caro —reprendió ella.

Rupert se limitó a alzar una ceja, luego se inclinó hacia Ivy y le susurró algo al oído.

—¡OH, DIOS MÍO! —chilló—. ¡Es el mejor sitio de la historia!

—Para mi chica, solo lo mejor —replicó sonriente, cogiendo la bolsa del suelo y colgándosela del hombro—. Voy a ponerme guapo. Nos vemos luego, preciosa.

Las dos mujeres le observaron mientras avanzaba entre la muchedumbre y desaparecía de su vista. Holly se rio cuando Ivy soltó un profundo suspiro.

—¿Y qué hiciste para merecerlo? —musitó.

Holly se obligó a sonreír como respuesta, pero lo único que pudo pensar fue: «*No me lo merezco. No me lo merezco en absoluto*».

Cuando llegaron las seis, Ivy echó a Holly del puesto, insistiendo en que se fuera a casa temprano y se preparara para su gran noche.

—Puedo recogerlo yo todo —dijo—. De todos modos, has vendido casi todo el género.

Así era, Holly se había forrado esa tarde. Dio un abrazo de despedida a su amiga y se dispuso a cruzar hasta la salida del mercado, pero en vez de girar a la izquierda para ir hacia la estación, dobló a la derecha y siguió el camino del canal hacia Regent's Park. El sol empezaba a bajar, pero el agua aún relucía con el calor del día. El sendero estaba salpicado de envoltorios vacíos de comida, y los turistas todavía se sentaban agrupados en los espacios donde aún daba el sol, con las rodillas recogidas para evitar dar con los pies en las barcas ahí amarradas, pegadas a un lado del canal a lo largo de casi todo el recorrido. Holly inspiró el olor de las cocinas de leña y admiró las coloridas

cajas de flores que los propietarios más detallistas habían ubicado en la cubierta de sus embarcaciones.

Dejó el sendero justo después de pasar junto a la famosa pajarera del zoo de Londres, haciéndole una mueca a un pavo real que la observaba a través de los barrotes. En la otra orilla, algunos perros de caza recorrían el límite de su recinto situado al lado del agua. Holly siempre pensaba que era una crueldad añadida alojarlos tan próximos a los jabalíes verrugosos: el olor de esas fastidiosas criaturas debía de volver locos de ansiedad a los pobres animales.

Regent's Park estaba vivo con el bullicio y ajeteo del verano. Holly pasó junto a grupos que jugaban a vóleibol y se lanzaban *frisbees*, familias compartiendo el pícnic y perros que husmeaban en la hierba junto al lago de los botes. A *Phelan* le habría encantado esto, pensó, antes de bloquear apresuradamente la imagen del tonto setter pelirrojo y sacársela de la mente. Un viejo sauce dibujaba surcos en el agua con sus ramas. Se sentó durante unos minutos y observó la luz danzante a través de la maraña de hojas, calentando los botones redondos de las margaritas que se extendían a sus pies en un desorden caótico. Aunque actualmente ella parecía hacer cuanto podía para no pensar en Zakintos, la isla estaba siempre ahí, como una mancha de luz en una esquina de su subconsciente. Pero por lo visto no había manera de hacer caso omiso de su presencia ahí. Sacudiendo la cabeza para salir de su trance, sacó el móvil.

La primera vez que habló con Dennis por teléfono, se hizo palpable que el momento era embarazoso para ambos. Toda una vida consagrada a atender turismo británico había proporcionado a su padre un buen dominio del inglés, así que esa no era la cuestión; se trataba más bien de poder hablar de lo que de verdad querían. Holly no había tirado la toalla de ningún modo, decidida a que logaran mantener algún tipo de relación, aunque requiriera tiempo y esfuerzo.

La primera llamada la había hecho ella pocos días después de su regreso,

y ahora se aseguraba de que hablaran al menos una vez por semana. Dennis siempre respondía y cada vez sonaba más contento al recibir noticias desde Londres. Acababa de volver al trabajo, después de la baja por el infarto, y se quejaba bastante sobre las pérdidas económicas que había supuesto caer enfermo durante la temporada alta de los meses de verano. No era del todo cierto, por supuesto: su esposa Paloma dedicaba ahora todo su tiempo a trabajar en el restaurante de Porto Limnionas en vez de hacerlo en la clínica, pero era típico de los griegos tener siempre algo de lo que quejarse; lo había captado bastante rápido desde el inicio de las llamadas semanales.

Charlaban de la infancia de Dennis, de su trabajo y, con más frecuencia, de Maria. Holly echaba de menos a su hermanastra, con un anhelo sorprendente que a veces pensaba le iba a romper el corazón. Así, era un enorme consuelo saber lo que había estado haciendo en los últimos días. Según su padre, era igual que él de pequeño: caradura, malcriada y propensa a buscarse algún lío a diario. Estos comentarios solo servían para que Holly adorase cada vez más a la niña.

Los únicos temas que evitaban tocar eran los que tenían que ver con la manera en que fue concebida ella, y Aidan. Holly desconocía qué sabía Dennis o no de la situación, pero él parecía respetar el hecho de que el tema de Aidan estuviera vetado. Ella lo atribuía a que el irlandés habría advertido de algún modo a Dennis de que no le mencionara, lo cual era un alivio, fuera cual fuese el motivo. No quería pensar en Aidan, qué decir entonces de hablar sobre él.

Dennis tardó en contestar un poco más de lo normal, y cuando lo hizo había ruidos en la cobertura.

—¡Estoy en mi barca! —le dijo a Holly con orgullo, y ella soltó una risita al visualizarlo.

—Me alegro por ti —respondió, y no tardaron en iniciar su chachara acerca del tiempo en Grecia y cuánto había pescado hoy.

—Quiero cocinar pescado para ti —dijo él al cabo de un rato—. Es el mejor pescado de toda Grecia.

Holly volvió a reírse. La humildad de un griego era algo inigualable.

—¿Cuándo vienes? —quiso saber él.

Se hizo un silencio embarazoso mientras ella se mordisqueaba el labio inferior.

—Pronto —murmuró—. Prometo que muy pronto.

Dennis respiró hondo. Holly pensó que podía oír los sonidos del agua chapoteando contra los flancos del bote.

—Tengo cosas que contarte —empezó a decir, estaba claro que no le resultaba fácil—. Necesito contarte estas cosas en persona. No quiero decírtelas por teléfono. ¿Entiendes?

Holly entendía, porque sentía exactamente lo mismo. Sabía que él quería hablarle de su madre, de lo sucedido tantos años atrás; pero la idea todavía la asustaba. Estaba contenta en este momento, y la perspectiva de agitar las aguas, como suele decirse, no resultaba atrayente. Quería poder conocer mejor a este hombre antes de entrar en aspectos delicados relativos a su madre.

—¿Holly?

Había estado asintiendo al teléfono sin hablar, o sea que se apresuró a decir que sí ahora, primero en inglés y luego en griego.

—Estoy muy ocupada con mi trabajo —dijo—, pero vendré a veros a todos. Lo prometo.

Eso pareció servir, y Dennis cambió de tema, soltando a continuación una larga perorata sobre una de sus hermanas mayores que le estaba dando la lata como si fuera su madre para intentar convencerle de que se vendiera el bote.

—Es la cosa más importante que yo amo —dijo antes de reírse y añadir—, después de mis hijas. ¡Y mi mujer!

Holly se rio nerviosa. Dennis era su padre y, aunque había conseguido meterse eso en la cabeza, aún le resultaba raro oírle refiriéndose a ella como su hija.

—¿Qué haces esta noche? —preguntó él.

Se percató entonces de que ya debían de ser más de las ocho y media en Zakintos, así que Holly le preguntó cuándo planeaba volver a tierra firme con su barca.

—Eres igual que mi hermana —aulló él entre risas—. Ya soy mayorcito. Estoy más feliz en el agua que en tierra, como la tortuga boba.

Holly no quería decirle que le esperaba una romántica velada con Rupert, de quien nunca habían hablado en realidad, de modo que respondió algo vago entre dientes sobre irse a descansar temprano. Esto le ganó otra reprimenda bromista desde el otro extremo. Según Dennis, alguien tan joven como ella debía salir a divertirse, no quedarse en el sofá viendo la tele.

—Se te pudrirá la mente —advirtió con más risotadas—. Maria solo ve una hora de tele por la mañana, luego está en el restaurante o se va a nadar.

Parecía una manera idílica de pasar el tiempo.

—Debo colgar —le dijo a Dennis, sin molestarse en dar más explicaciones.

Una de las cosas agradables que había descubierto de los griegos era que no precisaban excusas. Si ella necesitaba colgar, pues no había más que hablar. Dennis le dio las gracias con afecto por haber llamado y le hizo prometer que telefonaría la semana siguiente. Se quedó quieta en el mismo sitio durante un largo rato después de haber colgado, intentando imaginárselo

recogiendo el ancla y regresando hacia la costa con el bote. Zakintos seguía tan viva en su mente que si se concentraba podía recordar hasta el olor del mar. Se había enamorado de aquel lugar y superarlo estaba resultando mucho más difícil de lo que había previsto.

El móvil volvió a sonar mientras regresaba por el parque, pero esta vez se trataba de Aliana.

—¡No vas a creer lo que este capullo de Andy ha hecho ahora, ni de coña!
—Fue cómo empezó la conversación.

Holly puso una mueca. Aliana y su desastrosa vida amorosa era la distracción que necesitaba.

—¿He mencionado ya que estás preciosa esta noche?

—Solo unas veinte veces.

Alargó el brazo para cogerle la mano a Rupert. Él había insistido en darse el lujo de coger un taxi para ir al misterioso destino de la cena, y ahora Holly admiraba las luces de neón del West End relumbrando a través de las ventanillas.

—Pero, ¿a dónde vamos? —preguntó suplicante.

—Ya lo verás.

Era lo único que conseguía sacarle. Cuando pararon minutos después en el exterior de una pared de vidrieras coloreadas, Holly soltó una risa de placer. No era de extrañar que Ivy estuviera tan impresionada: era su restaurante homónimo.

—¿El Ivy? —exclamó radiante—. Nunca he estado aquí.

Rupert la cogió del brazo mientras el portero del restaurante se adelantaba para abrirle la puerta del taxi.

—Lo sé —sonrió él—. Me pareció que ya era hora de que vinieras.

Estaba muy guapo esta noche, con una camisa azul marino que le iluminaba los ojos y unos pantalones grises tan ceñidos al trasero que a Holly también le brillaba la mirada.

Les hicieron pasar directamente a través de una pequeña zona con guardarropa y luego hasta su mesa, que parecía ser la única que quedaba libre

en el concurrido comedor. Pese a funcionar a pleno rendimiento, con los camareros yendo de un lado a otro como moscardones, el Ivy aún conseguía ofrecer a sus clientes una sensación de verdadera intimidad. La iluminación superior era mortecina y justo al sentarse les encendieron una vela en el centro de la mesa. Holly distinguió a Jonathan Ross sentado en el extremo más alejado y se lo indicó a un sonriente Rupert.

—Tranquilízate, ¿quieres? —bromeó él riéndose al ver la mirada en su cara.

Holly suponía que él frecuentaba lugares así todo el rato por su trabajo, pero ella nunca había visto a una *celebrity* en carne y hueso antes. Se alegró de llevar el vestido que su novio le había comprado para la primera cita; intuía que una de sus creaciones no habría estado a la altura en un entorno como este.

—¡Champán, por favor! —dijo Rupert al camarero, que ya les había traído agua y pan, después de llevarse sus chaquetas para guardarlas donde correspondiera.

—Qué sitio tan increíble. —Holly dio un sorbo al agua y le sonrió—. Muchas gracias por traerme aquí.

—Ya lo he dicho, te lo mereces.

Rupert entornó los ojos desde su lado de la mesa. Parecía tan ilusionado y feliz que era contagioso.

Se tomaron su tiempo para pedir, y Holly accedió finalmente a probar las ostras, siempre que pudiera tomar una copa de vino tinto después. Rupert escogió el bistec como plato principal, como era de predecir, mientras Holly se decidía por las aletas de raya con salsa especiada de gambas y mantequilla. Se moría por comer pescado después de su conversación con Dennis, que le había hecho recordar lo asombroso que sabía el pescado fresco cada vez que

lo pedía en la isla.

Rupert le habló de una nueva clienta con la que trabajaba, que había puesto en marcha un negocio de lencería empezando desde cero. Por lo visto, era italiana y tenía solo veinticinco años. Holly silbó con admiración, pensando en lo que diría Aliana si estuviera aquí. Algo en la línea «¿No estás celosa de que tu novio pase tanto rato con una joven y excitante pava italiana?» Pero no creía que Rupert fuera a caer tan bajo como para engañarla. Era mejor persona que ella.

La conversación se centró entonces en la ropa de Holly, y ella le contó lo bien que había ido el día en el mercadillo.

—Deberías pensar en ampliar —le animó él—. Estoy seguro de que Flavia querrá quedar un día para comer y hacerte algunas sugerencias.

—Igual otro día —respondió sonriendo—. Estoy bastante contenta de cómo van las cosas por el momento. No quiero precipitarme con algo nuevo.

—Bien, lo que te parezca mejor. —Chocó su copa de champán con la de ella—. Creo que estás destinada a triunfar a lo grande.

La primera botella cayó en un visto y no visto, de modo que Rupert pidió una segunda, apremiando a Holly para que apurase su gran copa de vino tinto y así poder hacer otro brindis. Al poco rato ella empezó a notar los párpados pesados y a arrastrar las palabras.

—Creo que estoy pedo —le informó contenta a Rupert.

En comparación, a él se le veía perfecto.

—Mi encantadora peso ligero —bromeó acariciándole la mejilla.

Rupert no pareció sorprenderse demasiado cuando, al volver de Zakintos, Holly le contó entre un mar de lágrimas que había encontrado a su padre biológico. Después del escandaloso relato sobre el final de su madre, parecía

que nada podía impresionarle, ni siquiera un padre griego ausente durante años que ahora reaparecía al borde de la muerte en la cama de un hospital. Aun así, no había mencionado las conversaciones telefónicas semanales con Dennis, aunque no estaba segura del motivo. Por un momento se preguntó si su padre habría contado a alguien en Grecia sus charlas, y en tal caso, a quién.

Cuando Rupert aceptó la carta de postres, Holly negó con la cabeza.

—Estoy llena —gimió—. ¡No me tientes!

—¡No te rajes!

Rupert le llenó la copa. La base de la botella de champán estaba mojada y unas gotas heladas cayeron en las rodillas desnudas de Holly.

—Tomaremos dos *fondants* de chocolate —indicó al camarero que apareció a su lado como por arte de magia.

—Muy bien, señor.

—He pensado en visitar a mis padres el fin de semana que viene —dijo entonces Rupert.

Holly casi se atraganta con las burbujas.

—¿Y qué hay del puesto en el mercadillo? —farfulló.

—Ivy te sustituirá. —Puso carita de cachorro herido—. Tienen verdaderas ganas de verte otra vez, y viene mi hermano, también. Hace meses que no le veo.

—No sé si es...

Hizo una pausa cuando les sirvieron dos *fondants* de chocolate con una floritura.

—Creo que vas a cambiar de idea.

Sonaba muy seguro. Holly cogió la cucharilla, pero volvió a dejarla. Había algo en su actitud esta noche, cierta suficiencia, que empezaba a ponerla de los nervios. Se dijo con severidad que mejor dejaba de pensar como una borracha reaccionaria. Mejor hablar de esto al día siguiente, sin haber bebido dos botellas de champán y una pinta de vino tinto.

—Es una absoluta delicia —le informó Rupert, lamiendo de los lados de su cuchara el pegajoso centro del postre.

Estaba llena, cierto, pero tal vez este postre la ayudara a despejarse un poco. Cogiendo de nuevo la cucharilla, la hundió en el núcleo del *fondant*; no obstante, encontró algo duro y rígido ahí.

—Hay algo en mi postre... —empezó a decir, pero se quedó muda cuando, al volverse, encontró a Rupert arrodillado a su lado.

—¡Oh, Dios mío! —jadeó, levantando las manos hasta su boca.

—Entonces, sácalo de ahí.

A Rupert le temblaba un poco la voz.

Con sumo cuidado, ella empleó la cucharilla para remover las profundidades del pringue de chocolate hasta poder distinguir que era un anillo de diamantes. Incluso cubierto de salsa, relucía precioso bajo la luz de la vela.

—Holly Wright... —empezó Rupert.

Le había tomado la mano y la gente miraba con interés desde las mesas próximas. El camarero, un poco apartado a un lado, parecía a punto de empezar a dar saltos mortales de alegría. Holly contempló los restos de su *fondant* y se concentró como pudo en no vomitar las ostras, las aletas de raya y los litros de alcohol.

—Por favor, mírame.

Rupert se había inclinado hasta pegar el pecho a la pierna de su novia. Holly, notando la mano de su novio cada vez más sudorosa tomando sus dedos, se sorbió la nariz ruidosamente para contener las lágrimas.

—Por favor, siéntate —rogó en voz baja—. Este no es el lugar.

—Holly, por el amor de Dios, intento declararme.

Lo dijo apretando los dientes, pero varias personas se volvieron otra vez para mirarles. Si existiera un momento indicado para que te tragara la tierra, pensó Holly, ahora era la ocasión. Estaba claro que Rupert no iba a incorporarse, pues en este instante acercaba el brazo al anillo para cogerlo con una servilleta.

—Por favor —susurró ella.

Las lágrimas que tanto le había costado contener empezaban a derramarse, llevándose con ellas el rímel aplicado con sumo cuidado. El camarero carraspeó para manifestar su malestar y retrocedió un poco mientras, dos mesas más allá, una mujer de mediana edad sacudía la cabeza llena de consternación.

—Holly, sé que estás asustada, pero te amo de verdad, y creo que tú también a mí. Quiero hacerte feliz el resto de tu vida.

«Este debería ser el momento más feliz de mi vida», pensó Holly al mismo tiempo que se preguntaba muy en serio si le daría tiempo a echar a correr hacia la puerta de entrada y parar un taxi mientras Rupert se levantaba de la moqueta y salía tras ella.

—Eres la persona más maravillosa que conozco —continuó—. Quiero que seas mi esposa.

Tras decir esto hundió la punta de la servilleta en la copa de agua y limpió el anillo, que ahora sostenía justo debajo de la nariz de Holly. El tamaño del

diamante era obscenamente grande. Holly alcanzó a ver que estaba grabada la fecha del día en el interior del aro de oro. Aunque debería estallar de alegría, su corazón sin embargo parecía reventar en pedazos.

—Estás haciendo el tonto —probó a decir de momento, sacudiendo la cabeza para detener las lágrimas.

—No hago el tonto, Hols. Nunca me he sentido menos tonto en la vida —dijo él con expresión ligeramente avergonzada.

Estaba de rodillas en el suelo del Ivy, al fin y al cabo, y parecía incapaz de reconocer el hecho de que ella se andaba con rodeos.

—Creo que deberíamos hablar más tarde de esto —susurró ella—. No es el lugar indicado para mantener esta conversación.

Rupert bajó una pizca su mirada amorosa mientras asimilaba esta respuesta. Holly estaba segura de oír el sonido de su propio corazón descomponiéndose. Hubo un tiempo en que solía imaginar este momento, y en su fantasía ella siempre se emocionaba. Caía en sus brazos y los dos eran felices y comían perdices desde ese instante. Pero siempre había sido exactamente eso: una fantasía. Llevaba tanto tiempo intentando amarle, que ni siquiera había advertido que nunca le había querido.

—No es necesaria una conversación —le dijo entonces Rupert—. Solo tienes que decir que sí. Podemos aclarar los detalles más tarde, cuando estemos a solas, pero ahora mismo lo único que quiero es que digas que sí, Holly. Necesito que digas que sí para poder levantarme del suelo y besarte.

—Por favor —ella empezó a llorar otra vez.

No quería tener que contarle la verdad aquí, en una posición tan vulnerable. No con toda esta gente observándoles, gente deseando que dejara de torturar a este pobre hombre.

—Holly, venga ya.

Rupert empezaba a irritarse. Sus mejillas sonrosadas ahora estaban de un tono inflamado y había una dureza en su mirada que antes no había visto.

—No puedes dejarme así toda la noche —añadió—. Sé que me quieres. Me quieres, ¿verdad?

Holly tragó saliva.

—Respóndeme, Holly.

Ella negó con la cabeza y estiró la mano para que él se levantara, pero Rupert dio una sacudida hacia atrás.

—Hay algo que no me cuentas —adivinó él, ahora ya sin rastro de afecto en sus facciones.

Holly asintió con la cabeza.

—Debo contarte algo —dijo bajito—. Pero de verdad pienso que antes deberíamos marcharnos.

—Pues de verdad yo pienso que deberías contármelo aquí mismo, ahora mismo —manifestó.

Su rostro era una mezcla de rabia y miedo, y al verlo Holly cerró otra vez los ojos para bloquearlo. Pensó en Aidan, en cómo le había pasado sus grandes manos por el cabello, acercándole el rostro para besarla con una ferocidad que hizo que le ardiera el pecho.

—Holly, hablo en serio. ¡Más vale que me lo cuentes de una puñetera vez!

Durante unos segundos, permanecieron mirándose, Rupert desafiante y Holly derrotada. Entonces ella se rindió:

—Te engañé.

El anillo tembló en la mano de Rupert.

—¿Qué?

—Me acosté con otro.

Finalmente Rupert dejó de inclinarse y se sentó sobre los talones. Seguía con el anillo en la mano, que dejó caer lentamente sobre su regazo. Parecía totalmente abatido. Holly notó una oleada de desprecio hacia sí misma inundándola.

—¿Quién?

—Por favor, ya te lo he dicho, ¿podemos hablar de esto en casa?

—¿QUIÉN?

Su grito hizo que varios comensales dieran un respingo en sus asientos. El camarero correteó hacia ellos con aspecto preocupado, y Rupert alzó una mano para detenerle.

—Este no es el lugar, de verdad —insistió ella—. Vayamos ahora a...

—No. Quiero que me digas el nombre de ese hijo de perra AHORA MISMO.

¿Cómo podía no saberlo?, pensó Holly, recordando lo incómoda que se había mostrado ella aquel día en el jardín, cuando Aidan y Clara aparecieron, proponiéndoles ir juntos a comer.

—Fue Aidan —dijo tan bajo como se atrevió.

Rupert acercó la cabeza hacia ella con irritación.

—¿Quién? Deja de susurrar y habla más alto, ¿quieres? Estoy seguro de que todo el mundo aquí se muere por saberlo.

—Para.

Holly ahora lloraba sin poder contenerse. Todo el mundo en el restaurante estaba indignado con ella, pero nadie podía odiarla tanto como se odiaba a sí misma.

—Aidan —repitió—. Aidan de Zakintos. Mi vecino.

Se hizo un silencio espantoso mientras Rupert la fulminaba con la mirada. Ella supo que estaba visualizándole, visualizando a los dos juntos, y juntando todas las piezas.

—¿O sea que ese era el motivo de que estuvieras tan fría conmigo cuando llegué a Grecia? —dijo despacio, con una mirada de comprensión atroz recorriendo su rostro—. Era porque te estuviste tirando a tu vecino todo el tiempo.

—No fue todo el tiempo —respondió y al instante se percató, una milésima de segundo demasiado tarde, que desde luego no era lo mejor que podía decir.

—Oh, bien, entonces no pasa nada —se rio Rupert, pero su risa sonaba desagradable e insensible.

—No es eso. —Holly se atrevió a mirarle—. Siento no habértelo dicho, pero estaba asustada y...

—¿Estabas asustada? —se mofó, dando un trago al vino con actitud agresiva—. Estabas tan asustada que te abriste de piernas en cuanto te di la espalda. Sí, suena exactamente así.

Ahora apenas se oía algún sonido en el comedor. Unos pocos comensales menos escrupulosos incluso habían vuelto las sillas para poder ver mejor. Holly les odiaba a todos, pero aún se odiaba más a sí misma.

—No significó nada —mintió—. Solo fue un momento de locura. Había estado bebiendo, hubo una tormenta y...

—Guau —interrumpió Rupert, mirándola como si fuera una total desconocida—. Realmente has salido a tu madre. ¿No se lio con el novio de su propia hermana gemela?

Holly se sintió como si le hubiera arreado un bofetón, pero, ¿qué podía decir? Tenía toda la razón: había hecho exactamente lo mismo que su madre. No era mejor que Jenny Wright en sus peores momentos. Era una causa perdida, una persona mala y una pérdida de tiempo para todo el mundo.

—Lo siento muchísimo.

Rupert estaba demasiado enfadado como para seguir ofendido todavía, pero ella sabía bien que soltaría las lágrimas más tarde. No podía soportar pensar que él sufría. «Deberías haberlo pensado antes», se reprendió. No servía de nada lamentarlo ahora, tantas semanas después.

—Yo también lo siento. —Finalmente volvió a sentarse en la silla—. Siento haberte conocido alguna vez. Siento haber creído que eras tan especial, y siento haberme enamorado de ti. Siento haber planeado esta noche y haberte comprado ese anillo. Siento haber llamado hoy mismo a mis padres para decirles que iba a proponer matrimonio a la mujer de mis sueños...

Fue en ese momento cuando su voz se quebró. La mujer sentada a dos mesas más allá sollozó ruidosamente contra su servilleta y varias personas, desde todos los rincones del comedor, chasquearon la lengua en señal de desaprobación. Hasta Jonathan Ross la odiaba.

—Aidan no significa nada para mí —continuó ella, estremeciéndose en su interior al oír la mentira—. Me estaba volviendo loca mientras estaba allí. Todas esas cosas sobre mi tía y mi madre, y heredar esa casa, me volvió loca, así de sencillo. Sé que no es una excusa, pero quiero que sepas que nunca fue mi intención hacerte daño o engañarte.

En este momento a Holly le parecía casi una extravagancia el haber

considerado la idea de estar enamorándose de Aidan. Se dio un momento, por supuesto, en que la intensidad entre ellos alcanzó un punto álgido y ella pensó que lo que sentía era real, pero luego él la había traicionado con sus mentiras, y entonces solo pudo sentirse furiosa y ridícula. Su querido y cariñoso Rupert era mucho mejor que Aidan en tantos aspectos, y aquí estaba ahora, tirándolo a la basura. ¿Qué le pasaba?

—Yo nunca te habría engañado, Holly —añadió él—. Dijiste que me querías, pero ¿cómo puedes hacer algo así a una persona a la que amas? ¿A mí?

—No sé. —Sacudió la cabeza y se secó las lágrimas de las mejillas—. Pero no puedo mentirte más. No quiero ser como mi madre; lo que ella hizo ocasionó mucho dolor a demasiada gente, no puedo cometer los mismos errores.

—Pues ya lo has hecho —le recordó Rupert, que había dejado de gritar.

Holly no estaba segura de que esta versión derrotada y rota de él fuera preferible a la furiosa. Este Rupert la asustaba.

—Lo siento tanto —susurró, detestando lo vacía que sonaba su voz.

Oyó a una mujer soltar un resoplido de incredulidad desde una mesa próxima.

—¿Sabes qué? —Rupert alzó hacia ella su mirada agotada—. Seguramente podría intentar perdonarte por engañarme con ese irlandés tan raro, pero solo si consiguiera creer por un segundo que en efecto me amabas.

Ella quiso arrojarse a sus pies y decirle que lo amaba, que todo el asunto había sido un error, que quería envejecer a su lado, pero no era verdad, así de sencillo.

—En realidad, no me quieres en absoluto, ¿verdad? Durante el año que

hemos estado juntos ni siquiera eras tú misma cuando estabas conmigo. Yo confiaba en ti todo el tiempo, pero tú nunca has confiado en mí, ni siquiera para sincerarte conmigo sobre tu pasado ni nada más. Es como si te hubieras dicho a ti misma que era mejor no perder la cabeza por mí, y al final así era.

Estaba tan atinado que por un momento Holly se quedó sin palabras.

—No me lo dije —susurró—. Simplemente, no sabía que pudiera amarte. Aunque suene una locura, lo sé, es la verdad.

—¿Y cómo puedo creer lo que digas ahora?

Sonaba casi apenado. Ella notaba cómo se alejaba y también notaba el pánico creciendo en su pecho.

—Por favor, no hagas esto —dijo, sin importarle ya que todo el mundo en el Ivy les estuviera observando—. No puedo soportar que acabe así. Cambiaré.

Rupert suspiró y se reclinó en la silla.

—Esa es la cuestión, Holly. No quiero que cambies, nunca lo quise. Lo único que quería era a la verdadera Holly. ¿Por qué piensas que debes convertirte en alguien diferente?

—No lo pensaba. No lo pienso —mintió.

Rupert se quedó mirándola, sacudiendo la cabeza. La tristeza en sus ojos era tan insoportable que Holly empezó a retorcer con furia la servilleta que tenía aún en el regazo.

Le oyó ponerse de pie y observó, inútilmente, cómo volvía a meter la silla bajo la mesa. Durante unos segundos se limitaron a observarse, luego él se dio media vuelta para marcharse.

—¿Tienes algún sitio para pasar la noche? —preguntó, casi como una idea de último momento.

Ella se limitó a asentir, luego le observó en silencio mientras se abría camino rodeando las mesas para atravesar la cortina que daba al guardarropa y salir de su vida.

«!El verano más cálido desde que existen registros!», proclamaba la prensa sensacionalista.

«¡Ofertas a mitad de precio en todas las barbacoas!», aullaba la voz en off masculina en los anuncios televisivos de Argos.

Hacía un calor achicharrante en Londres. Cuando el agradable y templado junio dio paso a un bochornoso julio sin lluvia, la alegría inicial de los habitantes de la capital se transformó en un leve pánico. Ahora hacía demasiado calor, protestaba todo el mundo. Los usuarios del metro se desmayaban de camino al trabajo y se adelantaba cada día la hora punta de los borrachos de Camden, a los que despertaba el calor incesante, sintiéndose de inmediato tentados por una lata de sidra bien fría y sus cualidades para apagar la sed. En Lockside, Holly e Ivy estaban sentadas en silencio a la sombra del puesto, cualquier conversación que pudieran tener cancelada de momento por las temperaturas que seguían disparadas. Holly solo podía pensar en lo agradable que sería estar de vuelta en Zakintos, donde contaban con recursos más eficaces para este tipo de clima. Aún esperaba noticias relativas a algún posible comprador de la casa.

—Voy a buscar más agua —le dijo con voz ronca a Ivy, que se limitó a abanicarse el rostro como respuesta.

Aunque sin duda el clima atraía gentío al mercado, parecía que nadie se gastaba dinero en otra cosa que en sombreros, polos y loción solar. El día había transcurrido lentamente.

Holly se llevó la bebida a su lugar favorito en el puente. El cielo tenía el

color de un Slush Puppie azul, con un puñado de nubes regordetas enclavadas en el oeste.

Sacó el móvil y pasó los mensajes hasta llegar al último de Rupert. No era nada novedoso, solo un «gracias» por dejar las llaves en la recepción de su trabajo seguido de un «cuídate». Holly había esperado desmoronarse en cualquier momento, asumir lo acaecido y deprimirse; nada de esto había sucedido. Tras la primera y horrorosa noche, cuando Rupert se largó dejándola en el Ivy y Holly vagó aturdida y llorosa por el Soho hasta encontrar valor suficiente para llamar a Ivy y rogarle una cama para pasar la noche, no había sentido nada más que una especie de atontamiento y —algo que nunca admitiría a nadie— cierta dosis de alivio. No estaba segura de si el motivo era haber revelado finalmente el secreto de lo sucedido en Zakintos o librarse de una relación que en su fuero interno la apreciaba incorrecta, la cuestión era que se sentía más ligera en cierto modo, capaz de desplegar las alas, como suele decirse, y alzar el vuelo con rumbo hacia donde le diera la gana.

No obstante, no lo había hecho: seguía en su puesto. Habría sido fácil hacer las maletas y largarse, pero no quería abandonar el negocio ni a Ivy. Y total, ¿a dónde iba a ir? Su cabeza solo la llevaba a un único sitio, percibía que su viaje —aunque despreciara describirlo así, incluso a sí misma— la había traído por algún motivo hasta donde se encontraba ahora. Empezaba a pensar en el destino como una entidad similar al hada Hope de su infancia, o mejor dicho a su desagradable Gnomo del Insomnio, una criatura maliciosa y astuta que le ponía obstáculos en su camino allí donde iba. Aun así, no lograba enfadarse con ella ni asustarse. No era posible combatir lo inevitable.

El móvil empezó a sonar en su mano, sobresaltándola tanto que casi se le cae al canal.

—¿Sigue en pie lo de esta noche? —Aliana siempre iba al grano.

—Sí. —Se obligó a sonar más entusiasmada de lo que en realidad se

sentía.

—Vendré a buscarte al puesto —le informó—. Y no tengo dinero, así que las dos primeras rondas corren de tu cuenta.

—Supongo que sí —contestó—. Ya sabes que soy incapaz de negarte nada.

—Eso está bien —replicó alegremente Aliana, y Holly no tuvo otro remedio que reírse.

—¿Crees que debería comprarme un depilador eléctrico?

Aliana había estirado las piernas desnudas sobre el banco y toqueteaba un pelillo enquistado con cara de asco. Habían quedado en el pub Pembroke, no lejos de Primrose Hill, cuyo jardín-cervecería estaba desbordado de grupos escandalosos de gente de la zona, un poco embriagados.

Holly alargó el brazo y retiró una pestaña caída en la mejilla de Aliana, que luego sopló al aire.

—Ya está —dijo—. He deseado que no vuelva a crecerte el vello en las piernas.

—Si lo dices en voz alta ya no va a cumplirse —chilló Aliana, que se estaba riendo.

Holly se quedó mirando el fondo del vaso. Debía contar algo a su amiga, pero esperaba encontrar el momento adecuado. Conociéndola, la reacción iba a ser muy escandalosa.

—¿No me lo vas a preguntar? —dijo Aliana de súbito, dando a su amiga con la sandalia por debajo de la mesa.

—¿Preguntarte el qué? —Holly estaba despistada de verdad.

—Vi a Rupert anoche.

—¿Y cómo iba a saberlo yo? —preguntó—. ¿Está bien? Es lo único que

quiero saber.

—¿Por qué te preocupas siquiera? —Aliana estaba boquiabierta—. Se largó dejándote sola en el puñetero Ivy. ¡Yo no perdonaría eso a nadie!

—Me lo merecía.

Holly cogió otra patata frita de las de triple cocción que habían pedido. Estaban aceitosas, y empezaban a enfriarse, pero la engulló de todos modos antes de seguir hablando.

—Al menos pagó la cuenta antes de irse, aunque yo acabase de romperle el corazón en mitad de la cena. Yo diría que eso le convierte en el hombre más decente del planeta.

Aliana hizo una mueca.

—Me alegra que lo veas así.

—¿Qué pasa? —insistió Holly, advirtiendo la expresión un tanto avergonzada de su amiga.

—Ha empezado a salir con alguien.

Aunque esperaba sentir una punzada de dolor al oír la inevitable noticia, ahora que había pasado se daba cuenta de que lo llevaba bien. De hecho, casi se alegraba: ahora por fin podría superar parte de los remordimientos asfixiantes que venía arrastrando como un saco de cemento húmedo.

—Me alegro por él —replicó.

—Ella es una cabeza hueca total —siguió Aliana—. Acepta todo lo que dice él, así que está como loco, por supuesto. No es que no estuviera loco por ti —añadió al instante.

Holly se rio y dio un trago a su bebida. Aliana seguía con su actitud rebelada, aunque Holly sospechaba que seguramente tendría más relación con

el hecho de que Rupert hubiera empezado a salir con alguien que no fuera ella. Siempre había sabido que Aliana estaba chiflada por él, aunque nunca hubieran hablado claramente de la cuestión.

—¿Echas de menos Zakintos? —preguntó entonces Aliana, sorprendiendo a Holly con aquel momento raro de perspicacia.

—Un montón —soltó, censurándose con la mano en la boca al percatarse de lo que había dicho.

Aliana se rio y le hizo un gesto admonitorio con el dedo.

—No pasa nada por echar de menos ese lugar, ¿sabes? Incluso puedes irte a vivir allí si tanto lo echas de menos. ¿Por qué ibas a querer vivir aquí de todos modos, teniendo una casa en Zante?

Durante un segundo, Holly sintió su corazón inundado de placer solo de pensar en ello, pero luego negó con la cabeza.

—De hecho, hoy ha sucedido algo que significa que debo estar aquí —bromeó, riéndose al ver cómo abría los ojos Aliana, llena de intriga.

—Bien. —Su amiga literalmente daba brincos en el sitio, de modo que Holly esperó a que dejara de sacudir la mesa—. Antes ha venido un tío al puesto y me ha dicho que trabaja como cazatalentos para un diseñador con mucho futuro. Había tenido una reunión con Fiona, nada menos.

Las cejas de Aliana se elevaron tanto que corrían peligro de chocar con un avión que pasaba en ese momento.

—¡Lo sé! —continuó Holly—. De hecho, le enseñó unas prendas más que tenía fotografiadas en su iPad y le dijo que viniera a verme aquí. Me siento culpable por haber dicho pestes de ella tantas veces. Total, que he hablado con este tío un rato, se marcha pero regresa a los diez minutos con su jefe a la zaga. Entonces él mismo mira mi género y, bien, me pide que confeccione unas

prendas para un desfile que prepara para dentro de poco y...

—¡QUÉ MARAVILLA! —gritó Aliana, saltando de su asiento y derramando buena parte de la bebida de Holly al hacerlo.

—¡Lo sé! —se rio su amiga—. Solo tengo tres semanas para crear cinco prendas desde cero, así que voy a estar muy ocupada, pero creo que podría ser genial para mí, y para el negocio. Por lo visto dedica una parte de cada desfile a diseñadores desconocidos y, bien, a gente como yo. No me considero en realidad una diseñadora, pero supongo que lo soy.

—¿Y cómo se llama el menda? —preguntó Aliana, volviendo a sentarse.

—Anton Bazanov. Es ruso.

—¿No será el Anton Bazanov de AB Couture? —Su amiga casi echaba espuma por la boca—. ¡Es, digamos, el diseñador más prometedor del planeta, ni más ni menos!

—Pensaba que me sonaba el nombre —sonrió.

—No puedo creer que Anton Bazanov te haya pedido formar parte de su desfile. —Aliana sonaba casi asqueada—. ¡Y además es un tío superguapo! Si no te quisiera tanto estaría loca de celos. Mira, qué cuernos: estoy loca de celos. Y te odio con todas mis fuerza —añadió provocando las carcajadas de ambas.

La ola de calor veraniego continuó avanzando resuelta desde julio hasta agosto, provocando que los locutores hablaran con fervor sobre restricciones de riego y sobre riesgos de incendios. La mayoría de mañanas, Holly descubría al despertarse que el mapamundi de su madre se había caído de la pared porque la masilla adhesiva se había fundido durante la noche en su pequeño estudio. Había añadido su propia chincheta, de otro color, al pequeño punto verde que constituía la isla de Zakintos, y pasaba mucho tiempo echada en su estrecha cama observando el mapa, pues sabía que Jenny habría hecho lo

mismo en su momento, soñando con todos esos sitios que podía explorar.

Tenía ampollas en los dedos por la cantidad de horas extras que estaba dedicando a coser y a tenerlo todo preparado para el desfile de AB Couture, que se celebraba esa misma noche en Hoxton, al este de Londres, en una instalación especial para la ocasión. Anton se había pasado en persona por el puesto unos días atrás para comprobar que lo llevaba todo al día y para darle todos los detalles.

El ruso le dijo que debía llegar al recinto no más tarde de las cuatro, con tiempo para todo el montaje y para conocer a los modelos que iban a vestir la «colección», como él la denominó.

—Rreconozzco el talento nada mazzz verlo —dijo con aquel glorioso bramido en ruso que a Holly le puso el vello de los brazos de punta—. Quiero ofrrrezzzer la oporrrtunidad a toda la gente de talento que conozzco.

Y vaya oportunidad era, desde luego.

La Hoxton Gallery se ubicaba en una arcada inutilizada de las vías del tren en el extremo de Old Street que daba a Kingsland Road, calle que conectaba el distrito de Hackney con la City. Aparte de eliminar todo el mobiliario urbano innecesario y los escombros, el espacio había quedado casi intacto, con el enladrillado a la vista, curvado desde el suelo hasta el techo formando una media luna. El diseño lineal, además de adaptarse a la perfección a la simplicidad moderna adorada por los diseñadores de la capital, ofrecía también un lienzo en blanco muy apetecible para cualquiera que lo quisiera alquilar por una noche.

Anton Bazanov, por lo que había averiguado Holly tras muchas sesiones *googleando* hasta altas horas de la noche, era un gran admirador de los diseños simples y discretos en lo relativo a ropa (excepto los sombreros extravagantes que tanto le gustaba llevar), y esto se traducía también en la

disposición del desfile de esta noche. En vez de colgar hileras de luces de colores y colocar altavoces del tamaño de coches utilitarios, había optado por una pasarela negra básica con una pantalla en el extremo más distante, y unos cuantos espejos con manchas del paso del tiempo apuntalados entre las filas de asientos. Un ventilador de tamaño industrial al final de la pasarela esperaba a ser enchufado, y allí donde Holly miraba, un ejército de empleados de Anton corrían ajetreados de un lado para otro con bolsas de ropa, maletines de maquillaje y secadores de pelo de aspecto muy complejo. En el aire se percibía un runrún de expectación. Holly por su parte empezaba a notar las burbujas que delataban su estado nervioso ascendiendo de su vientre a la garganta.

—¿Quién eres? —ladró una voz que sonaba hastiada.

Holly dio un respingo con gesto de culpabilidad.

—Soy, eh, Holly. Holly Wright.

La mujer frunció el ceño y pasó un dedo delgado por la tablilla que sostenía. Llevaba las uñas limadas formando puntas y pintadas de negro a juego con la pulida pasarela.

—Oh, eres esa Holly..., la diseñadora. Deberías haberlo dicho. Sígueme.

Así lo hizo, pensando para sus adentros que ya lo había dicho, aunque luego creyó que quizá fuera preferible quedarse callada. La cabeza le daba vueltas mientras asimilaba la escena de caos organizado que se desenvolvía a su alrededor. La Mujer Tablilla la guio más allá de la pasarela y levantó el extremo de una cortina negra para hacerle pasar por debajo. El fondo de la estancia quedaba tapado a ambos lados y separado por rieles con ropa colgada, formando secciones rectangulares de tamaños variables. Le indicó una de estas zonas a Holly para que organizara sus cosas y esperara a los modelos. Le tendió un horario e indicó vagamente dónde estaba la zona de

lavabos. A continuación salió de nuevo correteando, y a punto estuvo de chocarse con un hombre de pelo verde brillante que mantenía una escalera de mano en precario equilibrio.

—Sé lo que estás pensando, y tienes razón: estamos todos chiflados.

Al oír la voz, Holly se volvió y encontró a un hombre de pie en el pequeño nicho que le habían adjudicado. Era tan alto que el cuello se quedaba dolorido al mirarle, y llevaba el pelo aclarado, como crema de limón.

—¿Eres uno de mis modelos? —dedujo Holly.

Él asintió tendiendo su larga y delgada mano.

—Soy Bernie —le dijo—, pero todo el mundo me llama B, y no me importa lo más mínimo, porque así llaman a Beyoncé todos sus amigos, y ella es la reina de este maldito mundo.

Se estrecharon la mano y Holly le dijo quién era, algo completamente innecesario.

—Ya he hecho mis deberes en lo que a ti respecta —Bernie le sonrió señalándola con el dedo como si fuera la batuta de un director de orquesta—. Solías trabajar en Flash, pero ahora tienes tu propio puesto en Camden, ¿cierto?

Holly detestaba la idea de que cualquier pudiera hacer sus «deberes» respecto a ella, pero suponía que en este caso era mejor fingir sentirse halagada.

—Lo sé, ¡soy un acosador!

Bernie se rio de nuevo pasándose la mano por aquella mata de pelo de punta.

—No tenía ni idea de que cualquiera pudiera saber quién soy —le dijo ella con franqueza.

—Encanto, eres una chica AB. ¡Uno de los actos estelares! Conseguir un espacio en su espectáculo de Londres es, simplemente, ya sabes, un honor superespecial.

—Dudo mucho que sea un acto estelar —replicó ella volviéndose para disimular el sonrojo y empezando a colgar su modesta colección de prendas. Incluso después de todos estos meses, el olor y la textura del encaje de Zakintos le ponía de punta el vello de la nuca.

—¡Va en serio! —chilló Bernie estudiándola con ojos entornados—. En la pasarela corre la voz de que eres su último gran descubrimiento.

Mientras decía esta última parte levantó sus largos dedos para imitar unas comillas. Holly notó cómo se intensificaban sus nervios anteriores a toda prisa.

—Oh, guau, encanto, ahora veo a qué viene tanto revuelo. —Bernie sostenía una blusa de seda con intrincadas secciones de encaje—. Son algo especial de verdad. Me muerdo de ganas por notar ese encaje sobre mi piel.

—Gracias —Holly le sonrió—. Es la primera vez que hago algo así, y estoy un poco... —Su voz se apagó y encogió los hombros al ver la expresión divertida de él.

—¡Vamos, encanto! —le dijo cogiendo su mano sudorosa—. Voy a darte una visita guiada.

Tras presentarle al menos a otros veinte modelos, un puñado de artistas de maquillaje y dos estilistas de aspecto agobiado, Bernie la llevó directamente al cuarto donde tenían montado un bar improvisado.

—Qué tontería, querida —la reprendió cuando ella rechazó el benjamín de champán que le puso en la mano.

En estos actos la norma era ir totalmente colocado, le aseguró metiendo

una cañita rosa en el cuello del botellín.

Según el horario, su colección pasaría después del acto principal, junto a otros tres diseñadores que Anton consideraba dignos. Poco después de Holly, llegó una de estas almas afortunadas a la que asignaron el nicho contiguo a ella. Dedujo por su aspecto y acento que también era ruso, y que su especialidad eran los sombreros. Holly entendió de inmediato por qué Anton se había enamorado de sus diseños atrevidos.

La estancia se iba llenando gradualmente y los modelos masculinos y femeninos se paseaban de un lado a otro en diversos grados de desnudez, con una cañita pegada firmemente a su labio inferior. Bernie tenía razón: todo el mundo bebía mucho. Cuando el propio Anton apareció a través de la cortina entre sonoros vítores, agarraba su propia botella de champán con gran firmeza. Holly intentó encontrar su mirada cuando pasó a su lado, luego se censuró por pensar que tendría tiempo para intercambiar cumplidos con ella. Había colgado todas sus prendas en el orden correcto y todo estaba etiquetado con esmero. La Mujer Tablilla había vuelto con un taco de notas autoadhesivas con nombres y las había pegado torpemente en cada percha. Una de las modelos se llamaba Clara, advirtió Holly, torciendo el gesto al instante con disgusto. Sabía que era extremadamente injusto odiar a la mujer que Aidan amaba, pero por otro lado le hacía sentirse mejor. Durante meses se había obsesionado con los recuerdos de la chica despampanante que él le restregó por la cara, y ahora cada dos por tres se examinaba en el espejo su figura mucho más curvilínea y menos escultural.

En ese momento una voz la despertó de su ensueño.

—Holly, ¿eres tú?

Ese débil acento irlandés...

Esas piernas interminables...

Ese pelo...

No podía ser.

—¡Eres tú!

Clara dio unas palmadas.

Holly se sentía en una vitrina. ¿Cómo podía estar aquí Clara? Esa Clara. La misma mujer exageradamente atractiva que torturaba sus recuerdos de la estancia en Zakintos. ¿Cómo podía estar sucediendo esto?

—Estás pálida —se apresuró a decir la joven, adelantándose y rodeando con su brazo delgado los hombros de Holly—. ¿Te encuentras bien?

—Sí.

Surgió como un graznido, y a continuación tosió con fuerza.

—Sí —repitió—. Estoy bien. Solo que muy sorprendida de verte, eso es todo.

Clara frunció su frente libre de imperfecciones mientras retrocedía un poco.

—Ojalá no te haya asustado, espero —se rio—. Soy modelo al fin y al cabo.

—Por supuesto.

Holly requirió cada gramo de su autocontrol para no permitir que el sarcasmo se colara en su voz. Bajando la botella de champán en miniatura, se pellizcó con fuerza en el brazo. No, no se encontraba en medio de una pesadilla.

—Qué preciosidad. —Clara ahora estaba repasando las prendas colgadas

del riel—. ¿Las has hecho todas tú? Vaya, qué talento.

¿Por qué tenía que ser tan agradable la puñetera?

De pronto Anton apareció en medio de una lacrimógena nube de penetrante aftershave y chispas de champán.

—¡Ya os habéis conozzido! —Cacareó, encantado por lo visto—. La musa y el talento. ¡Sois mis damas esta noche!

Las abrazó con afectación a las dos, consiguiendo casi que se le cayera el sombrero, que hoy era extremadamente alto e iba envuelto en encaje púrpura.

—¿Verdad que es el mejor? —canturreó Clara mientras Anton se alejaba majestuosamente—. Le conocí en París el año pasado y desde entonces ha exigido mi participación en cada desfile.

—Es genial —contestó Holly, pensando que no era para tanto.

Si, por casualidad, Anton quisiera que ella continuara trabajando con él después de hoy, ¿significaría eso enfrentarse a Clara cada dos por tres? Por el momento se había esforzado bastante en no pensar en Aidan, pero esto era demasiado. De pronto se le ocurrió pensar con una oleada de náusea que tal vez estuviera él aquí, en esta misma estancia, listo para animar a su novia cuando saliera a lucirse por la pasarela. Holly succionó la cañita del champán con más fuerza.

—Este encaje es de Zakintos —manifestó Clara.

Sostenía unos *shorts* bordados etiquetados con su nombre y frotaba el delicado tejido entre sus dedos.

Holly sintió la frialdad avanzando por su cuerpo; no quería hablar de Zakintos con esta chica. Era el sitio de Holly.

—¿Vas a volver pronto? —preguntó Clara.

O bien estaba ajena por completo al malestar ostensible en Holly o pasaba de hacer caso.

—Tal vez.

—Estoy segura de que a Aidan le gustaría verte otra vez.

—Pues yo estoy segura de que no —soltó Holly como respuesta, mucho más alto de lo que pretendía.

Clara se dio media vuelta con gesto preocupado.

—¿Qué pasa? Pensaba que vosotros dos erais muy amigos...

—No tanto como vosotros dos.

Holly se horrorizó al oír el desdén en su propia voz.

Clara la miraba incrédula.

—Bien, supongo que no, pero, claro, es mi hermano. Estamos bastante unidos, como pasa entre hermanos, pero ni siquiera nos conocimos hasta... ¿Holly? ¿Estás bien?

Holly se había sentado con brusquedad en el suelo y Clara se agachó a su lado. Llevaba un minúsculo mono corto azul marino con conejitos blancos estampados por toda la prenda. Holly tragó su bilis.

—¿Eres hermana de Aidan? —consiguió decir al final.

—Sí, su hermanastra. —Clara se sentó sobre sus talones. Incluso con las piernas dobladas bajo ella, los muslos seguían siendo una tercera parte el tamaño de Holly—. Pero eso tú ya lo sabes.

Holly negó con la cabeza.

—No lo sabía. Pensaba que tú y él erais... Bien, ya sabes. Te tomé por su exnovia.

Al oír esto, Clara empezó a reírse. Era una risa profunda e indecente también, como si tuviera al actor Sid James de las películas *Carry On* alojado en secreto en el fondo de su garganta.

—¿Pensabas que me estaba tirando a mi propio hermano? —Aulló con lágrimas de regocijo corriendo su maquillaje inmaculado—. Lo siento —farfulló al advertir la mirada en el rostro de Holly—, pero es la cosa más graciosa que he oído en siglos, creo.

—Qué estúpida me siento —admitió Holly.

Seguía sentada en el suelo y Clara la cogió de las manos para auparla.

—Venga, vamos a ponerte de pie. Ya está bien de champán por hoy.

Meneó el dedo fingiendo severidad en el rostro.

—No puedo creer que no me lo dijera —respondió Holly, hablándose a sí misma más que a Clara.

Rememoró el momento en que había puesto los ojos en la pelirroja piernas largas y en lo que había sucedido entre Aidan y ella justo horas antes. ¿Había mencionado él que tenía una hermanastra? No, estaba bastante segura de que no.

—Aidan puede ser muy reservado —le informó Clara con alegría. Estaba observando a Holly con fascinación no disimulada—. Pero le ilusionaba mucho haberte conocido. Quiero decir, en parte aparecí de visita porque le llamé por teléfono y no me habló de otra cosa. De todos modos estaba en Atenas para una sesión de fotos, o sea que, bien, parecía la oportunidad perfecta. Me quedé un poco cortada al aparecer y encontrarte en la casa de al lado con tu novio pegado a ti, pero Aidan se negó a hablarme del tema. Se limitó a decir que era complicado. Y tú casi no le dirigías la palabra tampoco, ni a mí, así que pensé que él debía de haberlo entendido todo mal y le resultaba demasiado embarazoso admitirlo.

Miró a Holly esperando una confirmación, pero a Holly le daba vueltas la cabeza. ¿Por qué no le dijo la verdad sin más? ¿Por qué le dejó creer que Clara era su exnovia?

—Creo que tenía unos celos tremendos de tu chico —continuó Clara como si le leyera el pensamiento—. ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Rupert.

—Sí, ese tío. Es muy guapo, si no te importa que lo diga. Un poco bajo para mí, diría, pero me gustan los rubios. A Aidan le cambiaba la cara cuando estaba cerca ese tío.

—Hemos roto —le confió Holly—. Le conté lo que había pasado entre tu hermano y yo. No le hizo demasiada gracia.

Clara soltó un silbido largo y grave.

—No me sorprende. Entonces, ¿por qué no has estado en contacto con mi hermano mayor? Estaba claro que habíais estado muy unidos.

Holly alzó la vista con gesto de sorpresa.

—¿No te ha contado qué sucedió después de marcharte? ¿Lo de Dennis?

—¿Qué Dennis? —Clara se cruzó de brazos—. ¿El marido de Paloma, ese tío del restaurante? ¿Ese Dennis?

—Es mi padre.

A Holly le maravilló lo fácil que salía todo de sus labios. Esta misma mañana, la chica que tenía delante era su enemiga, y ahora le estaba contando cosas que nunca había contado a sus supuestas mejores amigas. Resultaba obvio que esta chica y Aidan tenían algo en ellos que ayudaba a que la gente se abriera.

Clara dio otro silbido.

—No tenía ni idea —contestó—. ¿Lo sabía Aidan?

Holly se limitó a asentir, pensando en aquel momento espantoso, cuando él la encontró en el suelo de casa de su tía, rodeada de pilas de secretos que salían a la luz tras décadas enterrados.

—Me dijo que Sandra le hizo prometer que guardaría el secreto. Le dio cosas para esconderlas por la casa, para que yo las fuera encontrando, como un mapa y esta foto de mi padre con mi madre y mi tía. Fue él quien le dijo a Dennis quién era yo en realidad, mientras los dos me observaban. Pero luego Dennis sufrió un infarto y Aidan me hizo ir corriendo al hospital y...

Tuvo que dejarlo antes de que le saltaran las lágrimas. Clara le apoyó una mano en el hombro para reconfortarla.

—No me extraña que estés cabreada con él —dijo sacudiendo la cabeza con indignación aparente—. Vaya, debe de haber sido un golpe terrible.

—Un poco —Holly se obligó a sonreír—. Pero él está bien... Dennis quiero decir. Ahora hablamos por teléfono muy a menudo.

—Lo siento, pero estoy un poco confundida —dijo Clara—. ¿Quién es tu madre?

—Se llamaba Jenny —respondió Holly—. Dennis vivía con su hermana, mi tía Sandra, pero ellos, mmm, ya sabes...

Clara abrió los ojos con incredulidad.

—Guau..., vaya lío tan complicado. —Soltó una profunda exhalación—. Me pregunto por qué lo hizo él.

—No tengo ni idea —admitió Holly—. No hemos hablado de eso. Es lo único de lo que no hablamos, de hecho. Quizá sea porque me parece mejor no preguntar.

—¡Tonterías! —Clara levantó la mano—. Tienes todo el derecho del

mundo a saberlo todo sobre tu origen. ¿Sabías que la madre de Aidan se largó y le dejó en Belfast cuando era pequeño?

—¿Eso hizo?

A Holly le picó la curiosidad.

—Conoció a Jerry, el padre de Aidan, que además es mi padre por cierto, en la escuela de arte cuando apenas eran un par de adolescentes. Y, ya sabes, lo siguiente es que está embarazada y la familia no acepta a Jerry; no quieren verlo ni en pintura. Savannah se quedó con Aidan, pero se le hizo todo muy cuesta arriba. Al final se largó a Grecia y lo dejó con su abuela para que lo criara. Ni siquiera conoció a sus padres hasta que cumplió los dieciséis.

Holly sacudió la cabeza.

—Nunca me ha contado nada de eso, solo le oí decir que las cosas con su madre estaban complicadas.

—Ya te digo —resopló con desdén su hermana—. Es reservado, ese. La mitad de las veces él mismo es su peor enemigo.

—Es un arrogante de cuidado —dijo entre dientes Holly, pasando por alto el ceño contrariado de Clara—. No tenía derecho a decidir cuándo debía conocer yo a mi padre; no le correspondía eso. Me mintió y me manipuló y me hizo quedar como una idiota.

—¿Te has quedado prendada de él, verdad? —adivinó Clara, frunciendo otra vez el ceño al verla sacudir la cabeza con violentos movimientos de lado a lado—. Enamorarse de alguien no te convierte en una idiota, ¿sabes? No fue sincero al cien por cien contigo, lo cual está muy feo, pero pienso que su intención era buena. Conozco a mi hermano, y su principal defecto es que siente la necesidad de cuidar de la gente: sobre todo de las chicas.

—No soy un cachorrito herido —gruñó Holly frotándose los ojos.

De pronto la invadió la fatiga. Sintió ganas de tumbarse sobre el suelo sucio de cemento y dormir todo un mes.

—No estoy diciendo que debas perdonarle —dijo entonces Clara—. Pero deberías saber que te aprecia. Sus sentimientos son sinceros..., te admira muchísimo.

Holly estaba a punto de responder, pero en ese instante reapareció la Mujer Tablilla y ladró a Clara para que se pusiera en marcha y acabara de peinarse y maquillarse. El espectáculo empezaba en menos de una hora. Con una mueca de disculpa, y prometiendo a Holly que luego retomarían la conversación, Clara se fue pitando.

Justo cuando Holly salió de la cabina climatizada al aire cálido de las primeras horas de la mañana, supo que había tomado la decisión adecuada. El calor la envolvía como un abrazo de bienvenida mientras descendía por la escalerilla metálica hasta el pavimento caliente. En vez de andar, se fue saltando hacia el bus lanzadera que esperaba. Notaba sus sentidos cobrando vida mientras respiraba el aire polvoriento y contemplaba las montañas en la distancia. Había algo tan tranquilizador en poder contar con esa presencia ahí, tan sólida, tal como las recordaba. Captó la fragancia a cítrico en el aire y cerró los ojos con placer: era el aroma de estar en casa.

Aunque había imaginado a todo el mundo desconcertado por su decisión de dejar atrás la vida que se había construido con tal esfuerzo durante los últimos meses, no podía estar más equivocada. Ivy le había cogido la mano diciéndole que se animara a lanzarse, mientras Aliana sencillamente se había limitado a soltar «ya era hora, so burra». Holly les contó lo mismo a ambas: que podía seguir en Londres y hacerse una vida allí, pero se había dado cuenta de que le faltaba algo. Zakintos se había colado en ella, la había cautivado, y sabía que el anhelo que sentía en su corazón solo lo aliviaría su regreso aquí.

Era aquí donde vivía su familia, y quería compartir una vida con un padre y una hermana, y con el tiempo, también incluso con una madrastra algo reacia. Quería verles a diario, ver crecer a Maria y enseñarle a coser. Quería despertarse con la vista del jardín trasero y respirar el aire cálido perfumado por la higuera; quería mirarse en el espejo y que le gustara lo que veía. Zakintos era el único lugar donde había conseguido eso. Y, por supuesto, quería hacer las paces con Aidan.

Su sitio estaba aquí, era así de sencillo, y asimilar ese hecho, mientras esperaba en el vestíbulo del aeropuerto a que saliera su maleta, tenía algo de milagroso.

En vez de coger un taxi directo a su casa en Lithakia, Holly pidió al parlanchín conductor griego que se dirigiera a Zakintos. Iba a reunirse con Dennis en la plaza para tomar café, almorzar y, según había escrito en su críptico mensaje con su torpe ortografía, una «SOSPRESA ESPESIAL». Mientras pasaban junto a hoteles, tiendas de regalos, restaurantes y campos cubiertos de maleza salpicados de olivos, Holly notó que se evaporaba el resto de tensión londinense. Incluso rio a carcajadas cuando se detuvieron ante un semáforo para permitir que cruzara caprichosamente la carretera una cabra al trote y sin correa alguna.

Había pensado que la perspectiva de volver a ver a su padre la intimidaría un poco, pero mientras se acercaba a la ciudad, fue consciente de que en realidad la llenaba de emoción. Ahora que ya había regresado, Holly se preguntó por qué había esperado tanto. ¿Qué le daba tanto miedo? Seguramente iba a tener que oír más cosas sobre su madre que podrían afectarla un poco, pero era algo asumible. Estar de regreso aquí en Zakintos la daba fuerzas, como si las montañas en el horizonte fueran sus ángeles de la guarda y las tortugas de la playa soldados de su pequeño ejército personal.

La plaza Solomós se ubicaba justo a una calle de la línea de costa, con unos cuantos parterres ajardinados en un extremo y un gran museo en el otro. Una estatua del poeta griego Solomós miraba a los transeúntes desde un pedestal impresionante en el centro, y una cantidad de pequeños chiringuitos de café se distribuían por los bordes.

La última vez que Holly había visto a su padre estaba tendido en una cama de hospital con aspecto demacrado y palidez extrema. Entonces le pareció increíblemente menudo y frágil; por lo tanto, fue una sorpresa agradable verle

salir de debajo de la densa sombra veteadas que proyectaba uno de los muchos árboles de la plaza para darle un fuerte abrazo.

—Mi niña —dijo sonriente mientras retrocedía un paso—. Estás aquí.

Lucía unas mejillas sonrosadas mientras le sonreía radiante. Holly advirtió en su barbilla los reveladores rasguños de un afeitado reciente. Llevaba una camisa azul marino metida por dentro de los pantalones de lona cortos, y sujetaba una botella de agua. Hubo una breve pausa pues ninguno de los dos se decidía a decir algo, mudos de sobrecogimiento por el absoluto placer de volver a verse. Holly se encontró dominada por la timidez, como si sus largas y bulliciosas charlas telefónicas no hubieran tenido lugar durante los últimos meses. Sabía cómo hablarle a este hombre, pero encontrárselo ahora cara a cara, de pie, fuerte y alto y orgulloso, resultaba bastante abrumador.

Dennis la miraba con una mezcla de lo que a Holly le pareció admiración e inquietud, y se preguntó cuánto reconocería de su madre en ella. Era algo que la había preocupado de más joven: lo poco que se parecía a su madre. Mientras ella era más bien rellenita y con la piel aceitunada, su madre era angulosa y pálida. Cuando aún era pequeña, antes de que Jenny cayera de cabeza en el alcoholismo, la consideró la mujer más guapa del mundo entero, y le disgustaba mucho no ser igual que ella. No obstante, ahora que se encontraba aquí delante de Dennis, le quedó claro cuáles eran exactamente los rasgos dominantes. Nadie podía negar que era hija suya.

—¿Estás lista para la sorpresa? —le preguntó él entonces, aún radiante.

—Eso depende. —Levantó una ceja juguetona—. ¿De qué se trata?

Dennis soltó una risotada y señaló hacia el puerto que quedaba tras ellos.

—Vamos a salir en mi barco —declaró—. Quiero contarte una historia, y no hay mejor sitio para escucharla que el agua.

Holly le miró a los ojos, tan parecidos a los suyos, y detectó una chispa

ahí.

—Tú eres el guía.

A Dennis Maniatis siempre le habían encantado las mujeres. Con una madre que lo adoraba y cinco hermanas mayores, no le habían faltado senos en los que reposar, disfrutando de su posición como niño mimado de la familia.

Dennis padre, poco entusiasmado con la faceta precoz e inquieta que estaba desarrollando su hijo adolescente, empezó a llevárselo en el barco de pesca cada fin de semana, donde le hacía trabajar hasta que le sangraban las manos y el sudor caía a chorros por su frente. El joven Dennis, contrariado por perder la oportunidad de pasar el rato con sus amigos en la playa, pero demasiado orgulloso como para demostrarlo, apretaba los dientes y hacía lo que le pedían.

Con el tiempo empezó incluso a esperar ilusionado esas largas horas en el mar. Él y su padre estaban cada vez más unidos y, por consiguiente, su repentina muerte por causa de un raro virus que le afectó al corazón le dejó destrozado por completo.

Dennis padre, pese a rondar los setenta, siempre había estado en buena forma y gozado de buena salud, tan solo unas cuantas canas salpicaban su cabeza y barba. Siempre había parecido invencible, por lo que su muerte sumió a Dennis en una profunda depresión. También le dolía ver a su madre tan afectada. Pese a ser mucho más joven que el difundo marido, Maria Maniatis guardó el tradicional luto negro, era una mujer casi transformada por el dolor. Dennis observaba con desesperación creciente cómo su madre, en otro tiempo animada y llena de vida, parecía encogerse y consumirse ante él. Sus hermanas hacían lo posible para hacer piña y brindar apoyo, pero Dennis era ahora el hombre de la familia y se tomaba tal rol muy en serio, desde luego.

Mientras sus amigos bebían cerveza en la playa y perseguían a las turistas a lo largo del verano, el chico de diecinueve años pidió dinero prestado a los dos hermanos de su madre, la cantidad necesaria para comprar una pequeña parcela en Laganas y construir allí un pequeño restaurante. Sus amigos se burlaban de él, la madre se inquietaba y los demás propietarios de bares se mofaban descaradamente de sus ideas modernas, pero al final de su primera temporada, Dennis había devuelto casi la mitad del capital que le habían prestado sus tíos.

Era un jefe justo y trabajaba sin descanso en su pequeña taberna al lado de la playa. Empezaba a diario a las siete de la mañana, rastrillando la arena y disponiendo las tumbonas, y terminaba después de medianoche. Los domingos dejaba a su hermana mayor de encargada y se hacía a la mar en la barca de su padre nada más salir el sol. Solía sentarse ahí, escuchando las olas lamiendo la quilla suavemente y fumando un cigarrillo tras otro, su único vicio verdadero junto con un vasito de whisky de vez en cuando. Durante los meses de invierno, cuando en la isla no había turistas y la lluvia azotaba las montañas, Dennis se permitía tomarse tiempo libre. Él y sus amigos se iban unos días de caza y jugaban al póker hasta las tantas. También le encantaba leer, y pasaba días enteros perdido en otro mundo. Su inglés mejoraba constantemente gracias a la compañía de los veraneantes y su nivel de comprensión se perfeccionaba gracias a su voluntad de leer novelas escritas en inglés. Siempre se quedaba olvidada una buena cantidad en los hoteles en los meses de verano, así que nunca le faltaban opciones.

El amor y la admiración de Dennis por las mujeres nunca había menguado, pero en lo referente a relaciones se desilusionaba demasiado pronto. Las chicas griegas querían casarse con él y las chicas inglesas le utilizaban para satisfacer su propia curiosidad. Ser la aventura de verano de alguien no le suponía un problema, pero tras unos años empezó a aburrirle el ritmo constante de sexo sin sentido. Quería enamorarse tan profundamente como sus

padres. Al final se prometió que o tenía eso o nada.

La primera vez que reparó en Sandra Wright fue una tarde de martes cualquiera, en abril de 1984. Estaba en el restaurante, sosteniéndose en lo alto de una escalera de madera bastante desvencijada para repasar con pintura el letrero, como preparativo para el inicio de la temporada dentro de pocas semanas. Apenas había un alma a la vista, por lo que la vio acercarse desde bastante lejos. La manera en que se movía con especial fluidez atrajo su mirada, así como la larga cabellera ondeando en torno a los hombros y su amplia sonrisa en el rostro. A Dennis le pareció que sonreía sencillamente a la vista que la rodeaba. Además, se detenía de tanto en tanto para recoger cosas de la arena entre sus pies descalzos. Para cuando llegó a la base de la escalera, él estaba absolutamente embelesado por ella.

—*Yassou* —dijo la joven, deteniéndose justo detrás de sus pantorrillas peludas.

—¿Hablas griego? —preguntó él volviéndose para mirarla.

Sandra llevaba una camiseta blanca de aspecto un poco gastado y un pareo rojo anudado a su cintura.

—¡Oh, Dios, no! —soltó riéndose ante su comentario, mostrando sus dientes pequeños y cuidados—. Solo lo básico, pero confío en aprender.

El antiguo Dennis, que tenía a las turistas comiéndole de la mano en cuestión de minutos, habría descendido de la escalera contoneándose y se habría ofrecido a darle clases él mismo, pero algo de esta chica le ponía nervioso, una reacción poco característica en él.

—¿Es tu primera vez en Zakintos? —se limitó a preguntar, dejando con cuidado la brocha aún húmeda sobre el borde del bote abierto.

Ella negó con la cabeza, dejando que esos relucientes mechones castaños cayeran en torno a sus hombros de un modo excitante. Dennis contuvo la

necesidad abrumadora de descender y pasarle las manos por el cabello.

—Venía aquí con mis padres de pequeña —le contó ella, jugueteando distraída con la concha que había cogido—. Veníamos cada verano durante muchos años.

—¿Están ahora contigo? —preguntó él pensando para sus adentros que si tuviera una hija con ese aspecto no la perdería de vista ni un instante.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Murieron.

Dennis se bajó de la escalera para poder mirarla a los ojos.

—Lo siento mucho —le dijo con sinceridad—. Mi padre también murió, sé lo doloroso que es.

Durante unos segundos incómodos él tuvo que pestañear para contener las lágrimas inesperadas, y cuando alzó de nuevo la vista ella le estaba sonriendo, con un detectable destello de pena empañando sus ojos.

Durante un rato charlaron sobre los familiares que les quedaban: él de su madre y hermanas; ella de su hermana gemela, comentándole que se llamaba Jenny y que estaba viajando por el Lejano Oriente... y Dennis también le habló de sus negocios y su pasión por la pesca.

—¡A mí antes me encantaba pescar! —exclamó la chica, animada de pronto—. Solía salir con mi padre.

—Igual que a mí —sonrió él, pensando para sus adentros que el Destino debía de seguir vivo y en buena forma, porque sin duda había guiado este ángel hasta aquí.

—Puedo llevarte a pescar —se brindó—. Voy todos los domingos. Tengo una barca.

Esto pareció ilusionarla, y asintió moviendo la cabeza con entusiasmo, apresurándose a ofrecer muchos «si estás seguro» y «solo si no es demasiada molestia». Para cuando partió finalmente en dirección a Kalamaki con la promesa de reunirse con él en este lugar el domingo a las seis de la mañana, Dennis estaba casi convencido de estar ante un amor a primera vista. Durante el resto de la semana, apenas pensó en otra cosa que en su misterioso ángel inglés.

Cuando llegó la mañana del domingo, se fue conduciendo hasta la playa, pasando antes por la panadería para comprar algo para almorzar. Con manos algo temblorosas, envolvió las pastas en papel y las colocó en una cesta de pícnic que había encontrado en casa de su hermana. El sol acababa de salir cuando iba por la arena al encuentro de Sandra, que allí le esperaba, con un sombrero de paja protegiendo sus ojos de la luz y una bolsa sujeta en la mano con cosas para almorzar similares a las suyas. A partir de ese primer momento de risa compartida, el día pasó sin darse cuenta entre diversión, felicidad y excitación. Dennis se sentía más y más cautivado por ella. Era de trato fácil y naturaleza bondadosa y cariñosa: era como si su subconsciente hubiera creado la chica perfecta y ahora esta cobrara vida, más luminosa, mejor, y más hermosa de lo que creía posible. Para cuando el sol se desplazó hacia el sur, estaban sentados con los pies descalzos apoyados en el borde de la barca, un botellín de cerveza ligeramente caliente en la mano, un cubo de pescado entre sus sillas y Dennis diciéndole que no se había sentido tan feliz desde antes de la muerte de su padre... y era la pura verdad.

Para Sandra, que solo tenía diecinueve y aún no había experimentado el arrebatado del amor verdadero, era el día más divertido que vivía sin estar con Jenny, según dijo. Le había preocupado mucho dejar marchar de viaje sin ella a su adorada hermana gemela, pero ahora el anhelo experimentado por regresar sola a Zakintos empezaba a tener sentido: su destino era estar aquí ahora, en este momento, y conocer a este hombre maravilloso. Por primera vez

desde la muerte de sus padres, Sandra pensaba que podía hacer la prueba y buscar la felicidad verdadera; y por primera vez en toda su vida, no era Jenny quien lo instigaba todo.

Durante las siguientes semanas, apenas pasaron un día separados, y Dennis la presentó enseguida a sus hermanas e incluso a su madre, anunciando a todo el mundo que había conocido a su futura esposa. Aunque las mujeres griegas se mostraban reservadas, en realidad estaban secretamente ilusionadas de ver a su hermano pequeño sonriendo otra vez. Que se hubiera enamorado de una chica inglesa no era lo ideal, pero era mejor verle con ella que alicaído y solito.

Dennis encontró para Sandra un precioso apartamentito no lejos de su casa en Lithakia, y una semana después de su primera cita ella empezó a trabajar de camarera en su restaurante al lado de la playa. Su griego mejoraba día a día, y cuando no estaba sirviendo mesas pasaba cada minuto enseñando inglés al personal. Dennis la quería a su lado constantemente, cada vez era más frecuente descubrirles besuqueándose en los rincones, entre risitas, o contemplándose a través de las hileras de mesas. Eran adorables, pero sin nada de cursilería, y por otro lado Dennis se volvió mejor jefe y —le dijo a Sandra— mejor hombre según pasaban las semanas. Las cosas eran tan perfectas como se había atrevido a soñar.

Luego llegó Jenny.

Desde el momento en que la hermana gemela de Sandra aterrizó en Zakintos con su estallido de pleno colorido ese verano de 1984, Dennis notó un cambio en su querida novia. Si antes se la veía contenta y despreocupada, ahora parecía inquieta y cautelosa, casi como si esperara que fuera a suceder algo espantoso. En cuanto a Dennis, consideraba a Jenny escandalosa, egoísta y absorbente en exceso en lo que a su novia Sandra se refería. De hecho, a él le parecía que Jenny hacía todo lo que estaba en sus manos para interponerse

entre la pareja. Se autoinvitaba a cenar cuando supuestamente iban a tener una velada íntima, o les traía a casa turistas que acababa de conocer para pasar la noche sin ni siquiera molestarse en cerrar la puerta del dormitorio la mayor parte del tiempo, para luego cogerse berrinches de campeonato cada vez que Sandra intentaba darle una leve reprimenda.

Tras un mes durmiendo mal y una creciente tensión en el apartamento, Dennis empezaba a buscar excusas para irse a su casa. No podía relajarse con Jenny allí, así de sencillo, e incluso cuando no estaba, temía contemplar el estado lamentable en que volvería.

Sandra era la chica más buena que había conocido, un cielo, y en gran parte ese era el motivo de que se hubiera enamorado tanto de ella. Pero su incapacidad para reconocer la actitud descontrolada de su hermana empezaba a frustrarle y enojarle. Sandra argumentaba que Jenny se había tomado la muerte de sus padres mucho peor que ella y que necesitaba tiempo para serenarse y volver a ser la de siempre, pero Dennis pensaba en privado que esta chiquilla precoz sabía a la perfección qué estaba haciendo cada vez que apretaba el botón preciso que les hacía saltar tanto a él como a Sandra.

Era agosto en la isla, el periodo más ajetreado del año para su restaurante, y a Dennis le estaba costando cada vez más concentrarse en el negocio. Jenny solía aparecer en la playa justo después de levantarse, hacia el mediodía, y rogaba suplicante a su hermana que se tomara el resto del día libre para pasarlo con ella. Aunque Dennis no lo sabía con seguridad, al parecer las dos chicas montaban mucho alboroto por toda la isla: corriendo desnudas colina abajo desde su casa, bañándose en cueros, bebiendo cerveza todo el día para luego conducir la moto sin casco. Le costaba mucho creer que fuera cierto todo lo que se rumoreaba, pero la comunidad de la isla era pequeña y los cuchicheos corrían deprisa. Las propias hermanas de Dennis empezaban a cuestionar que la chica inglesa que las había encandilado pocos meses atrás

fuera un buen partido para su hermano. Empezaban a sugerirle que le iría mucho mejor con una chica griega tranquila y respetuosa, de la que no se avergonzaran ni él ni la familia. Cuando al final no pudo más y le contó a Sandra todo esto, ella se lo contó entre lágrimas a Jenny y la gemela fierecilla se puso en pie de guerra, enfrentando a dos bandos de hermanas.

Dennis, pillado en medio y lleno de frustración, se limitó a salir cada vez más a pescar y empezó a quedarse en el restaurante hasta la madrugada, dándole metódicamente a la botella de whisky mientras observaba la luna cruzando el cielo. La grieta abierta entre él y Sandra con la llegada de Jenny pronto pasó a convertirse en un enorme abismo, y empezaba a preocuparle no llegar a dar con la manera de recuperar su relación.

Lo que le hacía aguantar así en todo momento era lo mucho que amaba a Sandra. Se había enamorado tanto de ella que no estaba dispuesto a renunciar sin pelear. Y fue esto, al final, lo que le convenció de hacer algo que iba a cambiar sus vidas para siempre.

Holly había estado contemplando el mar mientras escuchaba hablar a Dennis. Su voz profunda y aquel acento característico tenían una cualidad casi hipnótica. Le gustaba su manera de hacer pausas de tanto en tanto para buscar en su mente la palabra correcta en inglés. Parecía gustarle contar historias, algo que le hizo preguntarse si alguna vez se habría sentado a leerle un cuento cuando ella era pequeña.

No obstante, ahora que había llegado a la parte del relato supuestamente más difícil, su tono amable y mesurado se había ido encallando. En medio de una pausa incómoda, Holly vio que tamborileaba con los dedos sobre su amplio muslo velludo, mientras se pasaba la otra mano por el pelo.

—¿Estás bien? —preguntó vacilante la hija, pues no quería arruinar el ánimo sosegado que habían mantenido.

—Mis manos necesitan algo que hacer. Tengo que dejar los cigarrillos y la cerveza. —Se encogió de hombros señalando su pecho—. Me cuesta, porque mis manos recuerdan más que mi cabeza.

Holly se identificaba con lo que decía. Después de tanto tiempo dedicada a coser, sus manos parecían muy superfluas ahí en su regazo tal como estaban ahora. Levantándose de la hamaca y agarrando la baranda del extremo de la barca para apoyarse, se fue andando hasta la nevera y sacó dos botellines de agua.

—Toma —le tendió uno—. No es muy excitante, pero puede ir bien.

—Es difícil para mí contar esta historia —dijo entonces su padre sin apartar la vista del horizonte—. Solo se la he contado a dos personas antes...,

tú eres la tercera.

—¿Fue Sandra una de ellas? —dedujo Holly retirando el tapón del botellín mientras volvía a sentarse.

Él asintió.

—Y a Paloma, mi esposa. Ella lo sabe también.

Pasaron unos minutos sin que ninguno de ellos hablara, pero Holly no se sentía incómoda. Al contrario, desde su aterrizaje en la isla la había invadido una sensación de alivio. Estar aquí ahora, en la barca con su padre, le henchía el pecho con un tipo de felicidad difícil de definir. No se encontraban muy lejos de la costa, pero la playa de roca blanca ubicada tras ellos estaba desierta. Dennis había conducido hasta el extremo noroeste de la isla donde tenía amarrada la barca casi en un silencio total, observando la carretera con atención y dedicando alguna mirada ocasional a Holly como si se tratara de una carga valiosa que temía dañar por estas carreteras llenas de baches.

—Jennifer, tu madre, vino a verme una noche al restaurante.

Hizo una pausa de nuevo, era obvio que le costaba, pero esta vez Holly permaneció callada.

—Lloraba, y me dijo que Sandra no estaba dispuesta a irse con ella. Quería recorrer mundo con su hermana, pero Sandra le dijo que no iba a dejarme. Jennifer quería que yo la hiciera cambiar de idea. Quería que yo admitiera que en realidad no amaba a Sandra y la dejara marchar. Parecía no creer que lo que sentíamos el uno por la otra fuese real. Pero no sé por qué estaba así.

Al oír estas palabras, Holly experimentó sentimientos encontrados de rabia y lástima por su madre. Sabía que el egoísmo formaba parte de su personalidad —había sido testigo durante su época alcohólica—, pero también recordaba a una mujer de corazón bondadoso. ¿Por qué su madre iba a

querer que Sandra fuera infeliz? La muerte de sus padres debió de afectarla de una manera infecciosa, como una enfermedad. El temor a perder a su hermana, el único ser querido que le quedaba en realidad, sería palpable. Por primera vez, Holly pensó que podría entender la motivación de Jenny en su afán por destruir lo que compartían Sandra y Dennis. No era porque deseara a Dennis; era porque deseaba conservar a Sandra para sí.

—Estaba muy celosa de lo que formábamos nosotros dos juntos, ¿entiendes? —continuó Dennis—. Aunque ella no tenía problemas para conseguir hombres allí donde fuera, los hombres nunca se quedaban. Pienso que se sentía, como decís vosotros, ¿despreciable? Quería ser amada igual que su hermana.

Qué triste, pensó Holly, que aparte de algunos pocos años viviendo con Simon, su madre en realidad nunca hubiera mantenido una relación afectuosa. Siempre hubo hombres, por supuesto, pero ninguno que la respetara y se preocupara por ella. Tal vez porque en realidad creía no merecerse que la quisieran después de lo sucedido aquel verano en Grecia. Con una punzada de dolor pensó fugazmente en Rupert y tanto amor que él le había dado antes de que ella misma lo echara a rodar todo.

—Para entonces, yo ya no quería que Jennifer se quedara en Zakintos —continuó Dennis—. Los dos queríamos a Sandra, pero lamento decirlo, yo no estaba dispuesto a compartirla, aunque mentí a Jennifer: le dije que hablaría con su hermana y le diría que no me importaba que se fuera de vacaciones con ella.

—Pero nunca lo hiciste... —adivinó Holly.

—No. Le conté a Sandra lo que había dicho Jennifer, y al oírlo se subía por las paredes. Nunca la había visto tan furiosa, pero creo que era algo que debía saber. Jennifer se había ensañado con ella, como decís vosotros. Lo siento, pero en aquel momento pensé que si tenían una bronca, Jenny se iría de

una vez y yo recuperaría a mi preciosa chica.

Holly, que sabía que esto no era el final de la historia, apartó los ojos del paisaje y descansó la mirada en el rostro de su padre. Llevaba todo el día estudiándolo con picardía, la forma de su boca y la curva del mentón, en busca de claves genéticas que les relacionaran.

—Tuvieron una pelea tremenda —contó, gruñendo en voz baja al desenterrar aquel recuerdo—. Creo que todo el mundo en Lithakia se enteró. Jennifer le gritaba a Sandra que me prefería a mí. Los lloros no cesaban. Yo detestaba ver a mi chica tan alterada. Quería volver a verla feliz, creo que todo aquello me estaba volviendo loco.

Holly intuyó que Dennis había llegado a un momento fundamental de la historia, pues cambió de posición en la silla y dio varios tragos apresurados al agua.

—Yo estaba en el restaurante, como siempre —dijo, continuando con el mismo tono de voz—. Jennifer vino una vez más y esperó a que se fuera todo el mundo.

Una nube perdida en el cielo eligió ese momento exacto para oscurecer el sol brevemente. La cubierta se ensombreció y Holly tiritó con violencia, rodeándose con las manos el torso. Dennis no pareció advertirlo, perdido como estaba en un recuerdo en el que rara vez se adentraba.

—Yo estaba borracho, como siempre en aquellos días —reconoció—. Jennifer bebía también. Me dijo que tenía celos de Sandra. Me dijo que quería que yo la amara tanto como amaba a Sandra. Ella no entendía que yo no compartiera estos sentimientos.

Holly tragó saliva.

—Me siguió hasta el interior —dijo con un leve estremecimiento al pronunciar las palabras—. La aparté, pero se acercó otra vez y me puso las

manos encima. Me susurró que me deseaba y yo...

Ahora las lágrimas surcaban sus mejillas. Holly ni siquiera se atrevía a respirar.

—Respondí que podía tenerme, pero solo una vez, y luego debía irse de Zakintos. Debía prometerme que se iría y dejaría atrás a Sandra. Prometió que haría lo que yo le pedía, lo repitió incluso mientras se desnudaba. Fui demasiado débil como para detenerla. Debería haber... No sé en qué estaba pensando, ¿me entiendes?

—¿Qué pasó después?

Holly intentaba imaginar cómo se sentiría su madre cuando el alcohol y la furia remitieran y tuviera que plantar cara a lo que había hecho. Debió de ser horrendo. Debió de lamentarlo con cada fibra de su ser, pero había sucedido y ya no había marcha atrás.

Dennis alzó la cabeza de sus manos, donde la había apoyado, y desplazó la mirada hacia Holly. Durante un minuto pareció terriblemente consternado, pero luego sonrió.

—Durante muchos años deseé poder retroceder en el tiempo y cambiar lo que hice aquella noche. Pero ahora te veo, y veo que eres... —buscó la palabra— magnífica.

Holly hasta se rio al oírlo, sintiendo que la tensión remitía un poco.

—Sucedió, y al día siguiente ella se fue. Yo pensaba que habría dejado la isla, como prometió, pero no; se fue a vivir al norte con un hombre que había conocido y luego se trasladó a la Grecia continental. Sandra estaba preocupadísima, pero yo no podía decirle nada para tranquilizarla. Fue una época horrible.

—Pero, ¿regresó? —preguntó Holly.

—Por Navidad. —Dio un profundo suspiro—. Acababa de enterarse de..., de ti. Estaba muy asustada y quería contar con su hermana.

—¿Lo sabía Jenny?

—Lo sabía, creo —dijo asintiendo para sí mismo—. A mí no me dijo nada. Por supuesto, yo sabía que podía ser el padre, pero me convencí de que sería de otro hombre.

—¿Alguna vez mencionó, ya sabes, la idea de darme en adopción? —Holly hizo la pregunta recordando una vez más las palabras hirientes masculadas por Jenny en su cutre cocina aquel día.

—Nunca. —Dennis encontró su mirada—. Estaba asustada, sí, pero te deseaba desde el momento en que se enteró. Creo que le diste un objetivo en la vida. Estaba perdida, pero de pronto había encontrado un papel que desempeñar: iba a ser madre.

Holly tenía ahora diez años más que su madre cuando la tuvo; no obstante, no podía imaginarse llegar a ser tan valiente como para tener un bebé. Sintió otra oleada solidaria por la joven Jenny.

—Quedarse embarazada la cambió por completo —continuó Dennis—. Cuando dejó toda esa bebida y todos los hombres, estaba más tratable. Estaba tranquila.

A Holly le gustaba la idea de que la hubieran creado y criado en esta isla. ¿Era posible que en cierto modo su cuerpo y su mente supieran que había regresado al lugar donde la concibieron? ¿Era el motivo de que aquí se sintiera tan en paz, incluso después de todo lo sucedido?

—Era una época agradable para esperar un bebé, aquí la primavera puede ser muy húmeda, con muchísima lluvia, pero es mejor que el calor del verano. Ella se encontraba fenomenal entonces, y todavía mejor cuando llegaste tú.

Dennis sonrió brevemente con algún recuerdo personal. Era extraño pensar que él la había visto de recién nacida, y que seguro que la había sostenido en brazos, que le había hablado. El hecho de que él pudiera mirarla y ver un pasado del que ella no guardaba recuerdos la hizo sentir de pronto vulnerable.

—Creo que nació para ser madre —continuó, obligando a Holly a soltar un jadeo de disconformidad—. Lo hacía con total naturalidad —le aseguró—. Sé que las cosas luego se pusieron difíciles, pero al principio te quería muchísimo. Era, ¿cómo lo decís?, un amor intenso..., ¿es correcto? Solía abrazarte con tal fuerza que me daba miedo que fuera a romperte.

Las lágrimas descendían serpenteantes por las mejillas de Holly, que se las secó con furia.

—Sandra te quería casi tanto como Jennifer. No tardó mucho en decirme que también quería tener un bebé. Era aún pronto —admitió él—, pero yo estaba encantado de que viera su futuro junto a mí. Por otro lado era un alivio que el secreto siguiera oculto. Yo me convencí de que todo había sido una pesadilla y podría olvidar que había sucedido. Empezamos a intentarlo de inmediato, y llegó el verano y pasó.

Holly, que había leído la carta de Sandra a su madre tantísimas veces que casi podía recitarla de memoria, ya conocía el final de esta parte de la historia. Dennis y Sandra habían pasado muchos años intentando tener su propia familia, pero el destino se había interpuesto con crueldad y había trazado una línea que puso freno a sus planes. Al menos empezaba a entender con exactitud por qué Sandra había sido incapaz de perdonar a Jenny al final. Qué duro debía de ser fallar una y otra vez en algo que había resultado tan fácil para tu hermana gemela, y luego descubrir que el hombre con el que querías tener esa criatura era el mismo que se lo había dado a ella. Pese al calor de la tarde, Holly se estremeció con desasosiego.

—¿Cuándo te lo dijo? —preguntó sin mirar a Dennis, con la vista fija en

un punto de la pintura azul desconchada de la cubierta.

Esta parte iba a ser difícil para ambos.

—Fue el día que ibas a cumplir cinco años —empezó pasándose una mano nerviosa por el pelo cano—. Sandra intentaba estar contenta, pero la decepción de no tener un bebé le pasaba factura. Yo estaba seguro de que sucedería un día, pero ella empezaba a renunciar a la idea. Empezaba a desvanecerse aquella chispa en sus ojos. Quería que tú conocieras a tu padre, y así se lo dijo a Jennifer. Le dijo que era importante, igual que el padre de ambas había sido importante en sus vidas.

—Se pelearon... —adivinó Holly, pero Dennis negó con la cabeza.

—Al principio, no. Jennifer se había vuelto más paciente y tranquila desde que naciste, y no paraba de sacudir la cabeza y reírse. Suponíamos que el padre debía de ser griego por tu aspecto, aunque tu madre siempre decía que no lo sabía con certeza. Yo debería haberlo sabido. Tal vez lo sabía, pero no quería admitirlo.

»Más tarde, después de celebrar tu fiesta en la playa, cuando ya te habías ido a dormir, Sandra estaba borracha. Empezó a llorar y a meterse conmigo. Jennifer, vino a ver si todo iba bien.

En este momento Holly intentó imaginarse a los tres, todos jóvenes, ocultándose sus distintos secretos entre sí. Supo entonces que su madre nunca había planeado que la verdad saliera a la luz: ella quería quedarse con Holly y permanecer en Grecia.

—Sandra empezó a gritarme que yo no era un hombre de verdad, que si lo fuera le habría dado un bebé. Percibí que esta vez hablaba el corazón y ambos nos pusimos a llorar y gritar.

Al ver cómo se estremecía Dennis con estas palabras, Holly alargó un brazo con timidez y le apretó la muñeca.

—Tranquilo —le dijo—, me lo puedes contar.

—Empezó a pegarme en el pecho —gruñó tocándose el pecho con ambas manos como para demostrarlo—. Estaba furiosísima conmigo. Me avergüenza decirlo, pero yo también me enfadé con ella. Me enfurecía que me acusara de no ser un hombre de verdad.

Volvió a hacer una pausa para recuperar la compostura, y Holly se obligó a concentrar la mirada en un punto en la media distancia.

—Fue una pelea horrible. Cuando vino Jenny, intentó meterse en medio, pero no parábamos de gritar. La cosa se fue calentando y entonces tu madre... gritó que no era culpa mía, que él no era el problema de que no tuviéramos un bebé.

Regresar a aquella situación estaba creando un claro malestar a Dennis, porque ahora se agarraba a sí mismo con ambas manos, inclinando el torso hacia delante en el asiento, con frunces profundos como trincheras recién cavadas en su frente.

—Sandra dejó de chillar entonces, pero recuerdo que el silencio era mucho más espeluznante. Quería saber cómo sabía su hermana esto de mí. Y conocía la respuesta, pero de todos modos obligó a Jennifer a pronunciar esas palabras. Yo no podía creerlo, ni siquiera cuando la oí decir que yo era tu padre, perdóname. Yo estaba seguro de que estaba jugándole una mala pasada a su hermana, que era solo un plan para castigarla, como había hecho en el pasado.

—¿Quisiste a mi madre? —soltó Holly.

La pregunta había surgido de la nada, y de inmediato deseó retirarla, pero Dennis levantó la mano para que no hablara.

—Como a una hermana, a veces sí; no era mala persona. Pero nunca la quise como amé a Sandra. Yo no quería estar con Jenny. Tal vez yo era joven y

egoísta..., pero quería tener una familia con la mujer que amaba, no con su hermana. Lo siento —dijo—, pero prefiero que sepas la verdad de cómo sucedió.

—Me pregunto si ella te quiso —dijo Holly, pero Dennis volvía a sacudir la cabeza.

—No creo. Tú eras la única persona a la que de verdad quería. Nunca había mirado a su hermana siquiera como te miraba a ti. Yo veía el amor en sus ojos, y era hermoso. —Sonrió a Holly—. Pasara lo que pasase al final, cuando los demonios apartaron a tu madre de ti, lo cierto es que ella te quería más que a nada en el mundo. Esa es la verdad.

Unos meses atrás, Holly se habría mofado de sus comentarios, habría replicado que ella nunca le había importado un rábano a su madre, pero en esta ocasión se limitó a asentir. Había sido una niña querida. Ese amor se había perdido de algún modo por el camino, pero había estado ahí, y era auténtico.

—Entonces, ¿qué había pasado? —preguntó, preparándose para lo que sabía que era un final turbio.

—Sandra me dijo que me largara y le dijo a Jennifer que se largara. Yo seguía yendo cada día, pero ella no quería verme. Aunque me miraba, era como si yo no estuviera ahí. Miraba a través de mí como si yo fuera de cristal. Al final —se encogió de hombros—, se volvió demasiado difícil para mí. Le dije que podía quedarse con la casa y vendí el restaurante. Mi hermana se había casado con un hombre de Cefalonia que estaba interesado en montar un nuevo negocio. Me fui al final del verano.

—¿Y mi madre? —le apuntó Holly.

Dennis alzo las manos.

—Se marchó al día siguiente de la pelea. Se llevó todas sus cosas en una

bolsa, te cogió a ti y se marchó. Me dije que era lo mejor, pero yo debería haber intentado encontrarte. Ahora lo siento mucho.

Tenía los ojos húmedos y mal color, se le veía agotado. A Holly nunca se le habían dado bien las muestras de afecto, pero algo la hizo arrodillarse ante él en la cubierta y rodearle los hombros con los brazos. Inspiraba confianza lo sólido y cálido que era, de modo que cerró los ojos por un momento y disfrutó de esa sensación.

—Ha quedado en el pasado —le dijo Holly finalmente, retrocediendo y mirándole a los ojos, los mismos ojos que veía cada vez que se miraba al espejo.

No podemos cambiar lo que ha sucedido, nadie puede.

—Me alegro de haberte encontrado ahora —le dijo él, subiendo una mano encallecida para acariciarle la mejilla.

—Fue Sandra quien me encontró —le recordó—. Creo que pensaba que si volvíamos a reunirnos se corregirían algunos de los errores. Sé que quería perdonar a mi madre y verme, pero te quería tanto que le era imposible. Debí de morir con una terrible tristeza en su interior.

Mientras lo decía, pensó en Aidan con pesar, pues Sandra le había confiado sus secretos y le hizo prometer que se encargaría de que Holly y Dennis volvieran a reunirse. Debí de ser una responsabilidad difícil, se percató, y se preguntó entonces si ella no habría tomado exactamente la misma decisión que él. ¿Qué fue lo que dijo aquella última mañana en la atalaya sobre la playa de Kalamaki? ¿Que él no había planeado enamorarse de ella? Igual que Dennis no había planeado engañar a Sandra, y Jenny no había planeado tener un bebé, y Sandra no sabía que iba a perder a todos sus seres queridos. Qué desastre habían creado entre todos, pero nada era malintencionado.

—Creo que hoy se alegraría por nosotros —dijo Holly, apartándose de él para mirar una vez más el mar—. Y creo que mi madre también estaría contenta hoy.

Dennis no respondió, pero le puso una mano cálida en el hombro. Durante un largo rato, permanecieron sentados observando las olas, el pescador y su hija, contentos de estar el uno con la otra en un lugar que adoraban.

Durante la tarde se había levantado viento, que dejó el mar revuelto con un activo oleaje. Las olas rompían ruidosas contra la línea de costa y sus blancas crestas espumosas corrían alocadamente por la arena.

Holly observaba desde su ubicación tras la valla de madera al borde del acantilado, hipnotizada momentáneamente por la majestuosa demostración que la naturaleza desarrollaba ante ella. Unos meses atrás, en mayo, el mar estaba mucho más calmado y plano, pero había algo en la furia desenfrenada de hoy que le gustaba. No se podía domesticar el mar, reflexionó, como tantas cosas en ella misma. Pensó en esto mientras las olas seguían lanzándose revueltas bajo ella.

El cementerio no se hallaba muy lejos de Volimes, el lugar al que Aidan le había llevado a desayunar justo el primer día que pasaron juntos. Estaba claro que el lugar significaba mucho para Sandra, pues no solo estaba marcado con claridad en el mapa dibujado que sostenía en la mano en este momento sino que además era donde ella quería que la enterraran. Annie se lo había contado mientras conducía hasta aquí, apartando de vez en cuando la mano del cambio de marchas sujeto con celo para cogerle los dedos a Holly. Nadie había mencionado la tumba de Sandra la primera vez que vino a la isla en mayo, y ella no quiso preguntar. En aquel momento, consideraba aún a su tía una desconocida; Holly se habría sentido incómoda trayendo flores aquí. No obstante, ahora su tía estaba casi tan viva como su madre en su mente. Holly creía entender a las dos mucho mejor, por lo que ahora era el momento correcto para presentarle sus respetos.

Annie había dejado a Holly ante la verja y se había ido a tomar un café a

Volimes, pues no quería entrometerse en un momento así. La mujer había sido un apoyo enorme durante las últimas semanas, desde que Holly la llamó para contarle todo desde Londres: la verdad sobre sus padres y Sandra, sobre la casa y, no en términos tan explícitos, Aidan y Rupert. Pero lo que había desencadenado todo fue el hecho de recibir finalmente una oferta sobre la casa. En cuanto abrió ese *email* de la agencia inmobiliaria en el cual informaban de que alguien quería comprar la casa de Sandra, su casa, supo de corazón y en sus entrañas que nunca podría venderla. Era su hogar. El hogar de su familia.

Habían pasado muchísimas cosas en poco tiempo: este lugar la había transformado, le hizo comprender quién era, lo que quería y lo que le importaba de verdad. Finalmente entendió por qué Sandra había decidido quedarse aquí, pese a fallarle tantas cosas y pese al prolongado desengaño que había sufrido. En definitiva, este era el lugar que adoraba; era esta isla la que se convirtió en su alma gemela. Holly supo entonces todo esto porque su corazón también se había transformado: estaba totalmente enamorada de Zakintos, sin remedio, más que de ninguna otra cosa en su vida, y estar aquí le hacía sentir que también podía empezar a quererse a sí misma algún día.

Durante todas esas semanas en Londres, la idea de regresar a la isla la había tenido muy inquieta. Eran tantas las cosas a las que debía enfrentarse aquí que creía no estar aún preparada, pero de pie en el acantilado, con el ritmo ajetreado de las olas arrullándola y sumiéndola en un trance sosegado en ese momento, no podía creer que hubiera tardado tanto en volver.

Metió la mano en el bolso mientras una repentina ráfaga de viento le echaba el pelo sobre la cara, y sacó la carta escrita durante el vuelo. Había planeado dejarla sencillamente apoyada en la lápida de Sandra y marcharse, pero ahora que estaba aquí, el gesto no parecía suficiente. Quería que las palabras se elevaran con el viento y pudieran dar vueltas y corretear hasta

donde Sandra y Jenny se encontrasen ahora. Holly sabía que si tenía opción, esas palabras llegarían a donde hiciera falta.

Dando un último vistazo a su alrededor para asegurarse de estar a solas, Holly se sentó con las piernas cruzadas sobre la tierra al lado de la piedra con el nombre «SANDRA MARY WRIGHT» inscrito y empezó a leer en voz alta.

—«Queridas Sandra y Jenny» —dijo con voz un poco quebrada nada más pronunciar el nombre de su madre—. Quería escribiros una carta a ambas para daros las gracias. Gracias por encontrar este lugar y por enamoraros de él, y por guiarme de regreso hasta aquí tantos años después.

Se hizo un silencio mientras Holly cobraba ánimo. Un pajarillo marrón se posó sobre la barra superior de la valla, justo sobre su cabeza. El ave la estudió ladeando un poco la cabeza como si dijera «continúa».

—Sé que las dos hicisteis cosas para heriros —continuó— y deseo más que nada que hayáis sido capaces de superar estas cuestiones antes de que fuera demasiado tarde. Pero también he aprendido que no puedes vivir la vida mirando atrás; la única manera de pasar página es aceptar el pasado y aprender la lección que te enseña, no pasar años dándole vueltas a lo que hubiera podido ser.

La siguiente parte iba a ser dura. La voz le falló irremediablemente, interrumpida por los sollozos.

—Mamá. Te perdono. Siento haber tardado tanto tiempo...

El pájaro descendió volando y se posó en lo alto de la lápida, era obvio que desconcertado por esta extraña chica inglesa llorando sentada en el suelo. Había algo reconfortante en cómo la observaba el ave, como si supiera que ella necesitaba compañía y cierto apoyo para superar esto. Holly se esforzó en continuar:

—Quiero que sepas que te echo mucho de menos. Siempre ha sido así,

incluso cuando fingía que no. Te quiero, muchísimo. Lamento que sufrieras tanto.

Y lo lamentaba mucho, de corazón. Ahora que contaba con la oportunidad de encontrar una vida mejor, parecía aún más injusto que Jenny nunca hubiera tenido esa suerte.

—Sandra —empezó—. Te perdono a ti también. He imaginado que alguien tenía que perdonaros a las dos, porque vosotras nunca os perdonasteis. Bueno, tal vez lo hicierais, pero nunca os perdonasteis a vosotras mismas. Un buen amigo mío me dijo que dejara de ser tan dura conmigo misma. Las tres somos seres humanos, y cometimos errores. Es probable que yo haya cometido muchos, pero nunca dejaré que me devoren como os devoraron a vosotras. Eso os lo prometo.

El pájaro ahora había saltado hasta el suelo y estaba tan cerca de Holly que podía distinguir el delicado dibujo en sus alas. Mientras se limpiaba los ojos con el dorso de la mano, el ave pio con estridente impaciencia.

—Confío en que ahora estéis juntas —siguió, sin leer ya de la carta, con la mirada puesta en el mar—. Confío en que las dos encontréis el camino a casa, la manera de reencontraros. Tengo el presentimiento de que lo habéis hecho, y quiero que sepáis que eso me consuela. Ahora estamos todas juntas aquí, en la isla. Es nuestro sitio.

Limpiándose la tierra mientras se levantaba, se volvió justo cuando un amplio rayo de luz surgía entre las nubes y brillaba directamente sobre la tumba de Sandra. Las flores que Holly había dejado ahí eran las mismas que Aidan dejó para ella antes incluso de conocerse: rosas, brillantes y tan descaradamente alegres que su aspecto vibraba con la luz. Estirando el brazo, colocó la manita sobre la cálida piedra, sonrió y luego se volvió para dirigirse hacia la verja de entrada.

El pajarillo esperó a perder de vista a Holly para abrir las alas y alzar el vuelo. Se posó sobre la tumba durante unos segundos, como hacía a diario, luego remontó y se perdió en el azul.

La casa estaba a oscuras cuando Holly caminó en silencio por el sendero. En mayo abandonó el lugar de forma apresurada, pero al menos se había acordado de dejar una copia de la llave bajo la maceta. Había evitado a posta mirar hacia donde acechaba la casa de Aidan mientras oscurecía, aunque sabía que él no estaba ahí porque el jeep no se encontraba en su lugar habitual, en la carretera.

Esta vez no había flores en el jarrón de la mesa, y el reposabrazos del sofá estaba cubierto por una fina capa de polvo. El frigorífico no ofrecía nada excitante aparte de una botella de agua medio vacía y un poco de queso de aspecto dudoso, pero Holly se sintió de inmediato a sus anchas. El contraste con la sensación de la primera vez que cruzó ese umbral era enorme; entonces la casa se presentaba como un triste mausoleo lleno de trastos superfluos y secretos ocultos.

Sabiendo ahora que de niña había pasado años jugando aquí, examinó con mirada renovada el espacio de la planta baja, buscando en paredes y suelos cualquier cosa que pudiera accionar algún recuerdo o sensación. Recordó su primera visita y lo enloquecida que se sintió revolviendo todo el lugar, abriendo cajones y metiéndose hasta el fondo de los armarios. Por supuesto, al principio no había dado fruto, porque Aidan estaba en posesión de la mayoría de pistas físicas de su pasado. Pero él no podía saber que en definitiva era su instinto lo que la guiaba en la dirección correcta. Las sensaciones de *déjà vu* de las que no se libraba, la manera en que su verdadera personalidad afloraba descaradamente a la superficie después de haberla enterrado tan profundamente durante años, con tanto sufrimiento... No podía escapar de la verdad, de lo justo.

Tras investigar las habitaciones del piso superior y comprobar que todo seguía igual, Holly se sirvió una copa de vino del pueblo que había comprado en la tienda de Kostas de camino a casa —aparte de recibir un fuerte abrazo que casi le rompe las costillas— y se desplomó en el sofá.

—¿Qué?

El vino salió de su boca con una rociada y aterrizó en el suelo.

Había algo diferente en la casa, algo que —mientras intentaba asimilarlo— hizo temblar la copa que sostenía en la mano.

Mientras se incorporaba sobre sus piernas inestables para mirar mejor, oyó que alguien llamaba a la puerta de entrada.

Holly y Aidan se miraron fijamente. Los meses de verano habían añadido un tono cobrizo a los rizos negros del irlandés, que parecían relucir bajo la luz superior. Llevaba una desarreglada barba de pocos días y una maraña de finas líneas surcaba sus sienes desde el rabillo de los ojos. Holly, mientras permanecía ahí clavada en el suelo, tomó conciencia del olor de Aidan adueñándose de sus sentidos. Era una mezcla extraña pero también atrayente de sudor masculino, pelo de perro y loción solar con fragancia a coco.

—Hola.

Mientras él pronunciaba el saludo, ella se percató de que tenía la mirada fija en su boca y se apresuró a apartar la vista. El silencio flotó como una cortina mojada de ducha en el aire que les separaba. Era horrible ser tan consciente de la fuerza estrepitosa con que latía su corazón dentro de su pecho.

—Hola —respondió ella, tosiendo para disimular el chillido que le salió.

—Me alegro de verte —probó a decir él con una medio sonrisa que empezaba a elevar una de sus comisuras—. Tienes buen aspecto.

Ella no devolvió el cumplido, pero levantó una mano para quitar importancia al comentario. Aunque ella no olía a transpiración y perro, llevaba trozos de tierra seca pegados por todas las piernas, y estaba convencida de que su pelo parecía más bien algo que encontrarías en un campo inglés de labranza tras una buena cosecha.

—Hablé con Clara —continuó él, apoyándose en el marco de la puerta cuando se hizo evidente que no iba a invitarle a entrar—. Me contó lo que has estado haciendo, las ropas que diseñas y todo eso..., suena genial.

Holly supuso que hizo una mueca, porque él la miró frunciendo el ceño.

—Bien, es mejor que genial. Es una auténtica pasada. Pensaba que me iba a estallar el corazón de orgullo cuando me enteré y...

—Ya vale. —Holly volvió a alzar la mano. Le resultaba muy difícil aguantar su mirada—. ¿Cómo está la cachorrita? —preguntó trasladando la conversación a un terreno más seguro.

—¿Lexi? —Aidan pareció sorprendido por un momento—. Está bien. Pasa la mayor parte del tiempo en el local de Annie. Le encanta estar en el bar. Es una atracción turística habitual, vaya damita tan coqueta nos ha salido.

Holly pensó en las orejas torcidas de la perrita y el pelaje a retazos.

—Me lo imagino —dijo sonriendo por primera vez.

—He dejado a *Phelan* en casa. Pensaba que sería más fácil hablar sin tener el morro de un perro metido en la entrepierna.

Holly se sonrojó al oír esta mención informal de su entrepierna. Sintióse de pronto desprotegida bajo su mirada implacable, se movió incómoda, incapaz de dejar de pensar en lo que acababa de descubrir en la pared que tenían detrás.

—¿Por qué te has molestado en llamar? —le preguntó entonces—. Está claro que aún tienes llave.

Aidan negó con la cabeza.

—No. Usé la que había dejado debajo de la maceta.

Sintióse estúpida, Holly bajó el brazo finalmente y retrocedió un paso para entrar en casa. Aidan, tomándose esto como una invitación a seguirla, cruzó el umbral con cuidado, como si hubiera brasas ardientes sobre las frías baldosas.

—Te he echado de menos —dijo entonces.

Las palabras alcanzaron a Holly por la espalda como un golpe. Las pasó por alto, cruzando de todos modos hasta acercarse al sofá para recuperar su copa de vino. No le ofreció nada a Aidan.

—¿Cuándo lo has hecho? —preguntó dando un trago para ocultar el temblor en la voz.

—Poco después de que te fueras —contestó.

Se había aproximado también y ambos se quedaron el uno al lado de la otra observando el gran mapa enmarcado en la pared. Era un mapa desplegable de la isla, de los baratos que vendía Kostas a dos euros en la tienda, pero este tenía anotaciones y estaba cubierto de dibujos. Aidan había rotulado la zona donde tomaron un café en Volimes y el sendero hasta la playa secreta de Jenny y Sandra. Había garabateado una nota al lado del puesto del mercado donde ella compró la primera banda de encaje y también había pintarrajeado unas campanas de iglesia a su lado. También estaba ahí la panadería donde habían comprado la deliciosa *spanakopita*, junto con un montón de dibujos chapuceros de cabras por todas partes. En el norte de la isla, había dibujado toscamente unas botellas de cerveza junto a Mikro Nissi y había una gran cara feliz en Navagio, donde él le enseñó la cala del Naufragio.

Cuando Holly dejó que sus ojos vagaran por el área de Lithakia, vio que Aidan había añadido una foto de la casa junto a otra de él y su tía Sandra que no había visto antes. En el punto más alto de la isla, estaba clavada con descaro una foto del Big Ben, y en torno a las Cuevas Azules había bosquejado una gran tortuga azul. Ella se sonrojó cuando sus ojos encontraron Keri: Aidan había pegado un puñado de esas estrellas que brillan en la oscuridad, anotando sencillamente al lado de ellas las palabras «CUANDO LO SUPE».

Holly se adelantó y señaló la foto de Aidan y Sandra. Similar a la que se había llevado del bar de Annie, parecía que los dos hubieran estado riéndose un momento antes.

—A *Phelan* le perseguía una abeja —dijo Aidan. Aunque Holly no se volvió a mirarle, distinguió la sonrisa en su voz—. Estaba dando vueltas en círculos como un loco. Annie hizo la foto —añadió—. Resultó ser el último verano de Sandy.

—Parece contenta —dijo Holly, ignorando el débil escozor de las lágrimas—. Me alegra que se sintiera feliz al final, después de todo lo que sucedió.

—Siempre transmitía cierta tristeza —admitió él—. A veces cuando se reía, cuando se reía de verdad, yo advertía que se contenía y luego actuaba como si se sintiera culpable, como si la risa fuera algo que no se merecía. Cuando me contó lo que había pasado contigo y con su hermana, todo cuadró. Pero sí, creo que fue todo lo feliz que se permitió ser. Pienso que al final no puedes dejar que el dolor te domine, debes apartarlo a un lado antes de que te devore y te escupa.

Holly asintió. Aún observaba el mapa. En la nota junto a la playa secreta donde habían descubierto el grabado de Sandra y Jenny en la cueva, que Aidan había denominado insolentemente «nuestra playa», había dibujado un gran corazón con boli... Incapaz de asimilar bien lo que veía, Holly se sentó de nuevo en el sofá y alcanzó su copa otra vez. Aidan permaneció de pie, mirándose obstinadamente los pies mientras seguía hablando.

—Después de que te fueras —dijo—, tenía la sensación de que alguien me observaba. Notaba una presencia conmigo en todo momento. Pensé durante un rato que estaba embrujado.

Holly alzó la vista para ver si le estaba tomando el pelo, pero él mantenía

la vista baja.

—Me percaté de que era mi conciencia —dijo—. Todo por lo que habías pasado, perder a tu madre y luego encontrar a tu padre casi para perderlo de nuevo enseguida, me hizo reaccionar.

Holly quería decirle que él no era el único, pero percibía la necesidad de permanecer en silencio.

—Nunca te he contado en realidad la verdad sobre mi propia madre —dijo entonces, atreviéndose a dirigirle una rápida mirada—. Se fue cuando yo solo era un crío. Mi sensación era que pasaba toda la vida intentando que me quisiera, intentando ser suficiente. Con franqueza, Holly, yo estaba obsesionado, tan desesperado por sentir su aprobación que le dejaba salirse siempre con la suya. Mi ex me lo indicó, por supuesto, pero yo no quería oír una palabra en contra de mi madre. Al final, tuvo ya suficiente y se marchó, y es entonces cuando todo fue a peor.

—¿Culpaste a tu madre de la ruptura? —preguntó Holly, tan bajito que él no estaba seguro de haberle oído bien al principio.

—Sí. —Se volvió hacia ella de nuevo y esta vez sus miradas se encontraron—. Durante mucho tiempo me consumía la rabia hacia ella, pero conocerte hizo que comprendiera que había sido un tonto del culo.

Respiró hondo y volvió a mirarla.

—Después de que regresaras a Londres en mayo, fui a Cefalonia a verla, a ver a mi madre quiero decir. Quería intentar compensar los años pasados. Pero sobre todo fui por ti, por lo que me habías enseñado.

—¿Yo? —Holly estaba impresionada.

—Me hiciste comprender que estaba perdiendo el tiempo enfadándome con ella. Tú ni siquiera tienes madre y ahí estaba yo siendo un burro obstinado

y negándome a hablar con la mía. De repente, me libré de todo el resentimiento. Y debo decirte: fue una puta maravilla.

Holly no pudo contenerse y le sonrió radiante.

—Pero luego regresé aquí —el tono de Aidan sonaba serio otra vez—. Y seguía sintiendo que algo me obsesionaba. Tardé un poco en darme cuenta, pero entonces comprendí que era Amor. Ese latoso cabrón estaba sentado sobre mi hombro meneando el dedo...

—¡Venga ya! —le interrumpió Holly con una sonora carcajada—. ¿El Amor instalado tan campante sobre tu hombro? ¿Te has tomado algo?

Aidan parecía conmocionado, pero luego le dio por reír también.

—Tienes razón —dijo pasándose una mano por la masa revuelta de rizos—. He pillado un caso grave de sensiblería. Mira, coge mis llaves y llévame al hospital de inmediato.

Al mencionar el hospital, se evaporó el buen humor momentáneo de Holly.

—Aún no puedo creer que me ocultaras la verdad —susurró—. Dennis podría haber muerto aquel día, y yo nunca le habría conocido.

—Pero eso no sucedió —dijo él en tono casi suplicante—. Sé que lo que hice estuvo mal, y que soy un capullo rematado. Siempre lo he sido. Tomé la decisión equivocada y luego mis sentimientos por ti lo liaron todo. He sido egoísta y arrogante, lo sé ahora, pero lo que sucedió entre nosotros... Holly, eso fue real.

—Entiendo por qué lo hiciste —respondió Holly mirándole, pero luego volvió la vista hacia el mapa—. No estoy segura de poder confiar en ti otra vez.

Aidan pareció dolido por este comentario y se levantó de nuevo para recorrer el pequeño espacio mientras Holly permanecía sentada observándole.

—Al principio eras otra chica más que necesitaba que cuidaran de ti —dijo—. Llevo toda la vida cuidando de mujeres, de modo que asumí el papel de buen grado. Ni siquiera me paré a pensar si tú querías que te cuidaran o no. Eso fue un error por mi parte, porque al verte ahora, y con todo lo que has logrado con tu trabajo, tengo claro que no necesitas que nadie te cuide.

—Te equivocas —le interrumpió—. Necesito que me cuiden..., pero soy yo la que tiene que hacerlo, no tú, ni Rupert ni mi padre. Si no puedo cuidar de mí misma y conseguir ser feliz, ¿qué oportunidad tengo de ser feliz con otra persona?

—Pero, ¿y si otra persona quisiera hacerte feliz? ¿Qué pasa si ese alguien quiere ocuparse de esa tarea también?

Ahora Aidan se aproximaba a ella, y Holly le dirigió una mirada de advertencia.

—Yo diría que no debería ser una tarea —contestó Holly—. No soy un cachorrito al que tengas que ofrecer tus cuidados para que recupere la salud. No voy a permitir que me pase lo mismo que a mi madre y a mi tía.

Él iba a interrumpirle, pero ella se adelantó y tomó la palabra:

—La cuestión es que no creo que la gente cambie en realidad, solo se convierte en una versión mejor o peor de quien ha sido siempre, dependiendo de su experiencia. Pero sí creo que, en cierto momento, debes tomar una decisión: seguir por un camino oscuro y más fácil, o bien atajar por la maleza para encontrar un camino mejor. Creo que yo he seguido el camino fácil durante demasiado tiempo, y ya es hora de tener el coraje de cambiar mi vida a mejor.

—Pienso que ya lo has hecho —dijo Aidan. Ahora le sonreía y había dejado de dar vueltas, deteniéndose frente al mapa que había creado para ella—. Lo que has estado haciendo con tu trabajo y los desfiles de moda y todo

eso... es asombroso. Sé que no hace mucho que te conozco, pero puedo decir con sinceridad que nunca he estado más orgulloso de alguien en toda mi vida.

Holly alzó la vista otra vez para ver si podía detectar algo en su rostro que delatara que estuviera de broma, pero lo encontró de lo más serio. Había pasado todo este tiempo despreciándole por lo que le hizo, pero ahora, al encontrarse aquí con los ojos de Aidan taladrando su cráneo y abriendo agujeros con su tremenda intensidad, vio lo corta de miras que había sido.

—Creo que me conoces bastante bien —dijo entonces—. Sabías que me encantaría este mapa, por ejemplo.

Aidan echó un vistazo sobre su hombro y a ella le sorprendió detectar un leve sonrojo cubriendo sus mejillas.

—No estaba seguro de que llegaras a verlo. —Se encogió de hombros—. Quise hacerlo de todos modos, por si acaso. Es mi mapa de ti, Holly..., mi mapa de cómo me enamoré de ti.

Una lágrima solitaria descendió por la mejilla de ella entonces, aterrizando con una salpicadura en su copa de vino.

—Me asustaba regresar. Sabía que tendría que hacerlo en algún momento, para ver a Dennis y Maria, pero no paraba de repetirme que esperara un poco más —admitió.

—¿Qué te hizo cambiar de idea?

—Alguien hizo una oferta para comprar esto. —Meneó un brazo indicando a su alrededor—. No soportaba la idea de perderlo y caí en la cuenta de que me encontraba en el lugar equivocado, que mi hogar estaba aquí, no en Londres, y... —Su voz se apagó mientras advertía la sonrisita en el rostro de Aidan—. ¿Qué?

—Igual debo confesar alguna cosilla... —dijo intentando mantener un

gesto grave en sus labios, sin conseguirlo.

—¿Otra? —Alzó la ceja—. ¿Qué has hecho ahora?

Él se rio al oír eso, y el sonido fue glorioso.

—Soy yo quien hizo la oferta, ¿no te enteras? —dijo sonriente—. Resulta que no soportaba la idea de que no volvieras a ver este lugar. Imaginé que si me pertenecía, entonces podrías verlo otra vez si regresabas... y por supuesto confiaba en que lo hicieras.

—Debías de querer de verdad a mi tía Sandra —se percató Holly—. Sabías que nunca querría que esta casa dejara de pertenecer a la familia.

—Seguramente eso sea cierto —reconoció él—. Pero mi motivación tenía relación directa contigo, me temo. No soy tan heroico como puedas pensar.

—Alto. —Holly giró de golpe la cabeza para mirarle—. ¿Fuiste tú quien puso barro en mi lavadora?

Aidan no dijo nada, pero su cara adquirió un interesante tono granate.

—Claro que fuiste tú, puñetero. ¡Entraste en mi casa y causaste desperfectos!

—En mi defensa —se rio, parando los golpes que ahora le llovían de Holly—, pensaba que costaría más vender la casa si todo se desmoronaba.

—¡Tuve un chichón toda una puñetera semana por culpa de esa puerta del armario! —le regañó.

—Mierda... Lo siento. —Seguía riéndose—. Tu pobre cabecita. No era mi intención que te lastimaras. Pero no deberías ir dando portazos, la verdad.

—Lo divertido es —le dijo entonces Holly, con una dulce calidez propagándose por su pecho— que esta casa de hecho pertenece a Dennis. Cuando la verdad salió a la luz y mi madre se marchó conmigo, le dijo a

Sandra que podía quedársela. Él se sentía tan culpable por lo que había hecho que se la pasó sin pedirle un solo céntimo.

—¡Para el carro! —Aidan se rio—. Ese papi tuyo me va a robar la corona de buen tipo en cualquier instante.

Durante unos minutos los dos se rieron demasiado como para hablar, de puro alivio más que por algo especialmente gracioso. Sentaba bien relajar un poco la tensión que había crepitado entre ellos desde que Aidan llamó a su puerta.

—No vuelvas a casa —dijo él entonces, serio de pronto—. Quédate aquí. Te daré trabajo. Puedes ser mi recepcionista o algo así.

—Ahí estás otra vez, intentando rescatarme —le regañó ella, con un pequeño bofetón en el dorso de la mano—. Ese hombre que me contrató para crear material para su desfile quiere que haga muchos más, y puedo trabajar desde cualquier parte del mundo. Y aún tengo mi puesto en Camden. Voy a seguir enviando ropa allí también. O sea que tengo un trabajo perfectamente bueno, muchas gracias, y además da la casualidad de que lo adoro.

—Lo siento. —Bajó la vista y le rodeó la muñeca con los dedos—. Solo se me ha ocurrido...

—¿Qué? ¿Que podrías cuidar de mí? ¿Que me trasladaría aquí y trabajaría en tu pequeña clínica y después seríamos felices y comeríamos perdices?

—¿Es algo tan malo?

—Para que te enteres —contestó retirando las manos con cuidado—: he decidido quedarme, ya lo he organizado todo.

—¿Estás de broma? —Aidan parecía a punto de levantarse de un brinco del asiento alzando el puño en gesto de victoria—. Eso es..., vaya, es una noticia genial. ¡La mejor!

—Acabas de decirme que no vuelva a casa —dijo—. Pero la cuestión es: ya estoy en casa. Este es el único lugar que se ha parecido remotamente a un hogar alguna vez. Puedo ser yo misma aquí.

—Sabes, mi madre me dijo exactamente lo mismo en Cefalonia —dijo Aidan, con ojos brillantes, resistiéndose a dejar correr las lágrimas—. Y ahora no puedo imaginar vivir en otro sitio en el mundo excepto aquí, en una isla tan ridículamente preciosa con toda esta gente ridículamente genial.

—Creo que a mi madre le habría hecho feliz que me instalara aquí —le dijo Holly, dejando la copa vacía sobre la mesa. Los dos estaban ahora instalados juntos en el sofá—. Pidió a Sandra que la perdonara muchísimas veces a lo largo de los años. Creo que siempre quiso regresar aquí.

—Tanta gente cometiendo tantos errores —dijo Aidan, desplazándose un poco—. Y me incluyo también.

Holly se volvió para mirarle y puso una tímida mano sobre su hombro.

—No quiero hablar del pasado nunca más. Deseo centrarme en el futuro. Estoy harta de llevar tantos fantasmas conmigo por ahí todo el tiempo.

—¿Significa eso que me perdonas? —susurró, dejando que su cabeza cayera de lado, rozándole así la mano con el pelo.

Holly notó un movimiento en lo más profundo de su ser y se apresuró a bajar de nuevo la mano sobre su regazo.

—Creo que sí —le dijo con sinceridad—. Yo tampoco soy un angelito, ya sabes. Lo que le hice al pobre Rupert fue inexcusable. Me dijiste que lo único que yo quería era que me cuidaran, que atraía a la gente y luego los apartaba... y tenías razón.

—No debería haber dicho eso.

—Pero lo hiciste. Y dolió, dolió de verdad, pero necesitaba oírlo. Me dije

que no estaba bien de la cabeza cuando me acosté contigo; incluso me fui a vivir con Rupert cuando volví a Londres, por el amor de Dios.

Aidan se estremeció.

—Pero nunca me he perdonado. Siempre he sentido que él se merecía algo mejor, y era cierto. Nunca le amé, no de verdad, solo me llevó un tiempo cobrar el valor suficiente para admitirlo. En realidad, desde que murió mi madre no tuve ninguna estabilidad en la vida, entonces conocí a Rupert y él era tan..., no sé, tan competente. Creo que estaba tan cansada de cuidar de mí misma a esas alturas que disfruté de la oportunidad que suponía alguien más poniéndose al cargo durante una temporada. Admitir que me equivoqué en eso y decidir estar sola otra vez ha sido un gran paso para mí.

—Estaba tan celoso —le dijo Aidan—, me sentía un tonto del culo contigo, pero no tuve en cuenta lo duro que debió de resultar que él apareciera así de sopetón.

—No fue lo más oportuno —reconoció Holly, riéndose ahora de lo ridículo de toda la situación.

Aidan parecía avergonzado.

—Os seguí a Laganas aquella noche —confesó, ganándose una mirada de incredulidad—. ¿Qué? ¡Lo hice! Me quedé sentado en mi maldito jeep todo el rato mientras tú estabas bailando en el bar, luego os observé, a ti y a ese pijo, iros juntos por la carretera andando del bracete, y os miraba como un héroe despreciado en una peli sentimentaloides.

—Vaya, qué lamentable —se rio Holly, le costaba creer todo lo que estaba oyendo.

—Así es, soy patético —suspiró él dramáticamente, poniendo su mejor cara de héroe-despreciado-en-una-peli-sententaloides, o al menos eso imaginó Holly.

Durante unos minutos, mientras le miraba a los ojos, siguiendo luego las pecas caprichosas que descendían hasta su gran boca sonriente, Holly pudo visualizarse cayendo en sus brazos. Se imaginó lo que sentiría si él la besara como la otra vez, recordando cómo había reaccionado su cuerpo entonces, con aquella necesidad urgente que la dejaba sin aliento. Sería muy fácil ceder a lo que él quería.

Aidan, como si leyera su mente, se inclinó y deslizó delicadamente una gran mano entre su pelo. Sus labios se encontraban a escasos centímetros cuando ella se apartó de súbito.

—¿Qué sucede?

Parecía más confundido que dolido.

Holly respiró hondo, obligando a sus entrañas danzantes a reducir la marcha.

—No eres tú... —empezó, deteniéndose antes de rematar con el «soy yo».

Aidan la miraba con una mezcla de deseo y desconcierto.

—No quiero estar contigo —consiguió decir por fin.

La sonrisa se desvaneció de su rostro, que la observaba perplejo.

—En este momento, quiero decir. Siento algo por ti —le aseguró—. Solo es que necesito algún tiempo a solas. Necesito tener una relación conmigo misma durante un tiempo..., ¿se entiende mínimamente lo que digo?

Él asintió, intentando sonreír.

—Antes de que me conocieras, me detesté durante mucho tiempo. Creo que no me había dado una tregua desde adolescente; al menos no desde que murió mi madre. Hacía todo lo posible por fingir que era una persona segura, que sabía lo que quería, pero, la verdad, estaba hecha un lío. Cuando me llegó la carta de Sandra y vine aquí, estaba aterrorizada. Me había acostumbrado tanto

a detestarme a mí misma y a mi madre y a todo lo relacionado con mi pasado que temía tener que enfrentarme a todo ello si venía aquí. Y tenía razón.

—¿Pero...? —preguntó Aidan, dejando que su mano se apoyara despreocupadamente en la pierna de ella.

—Pero cuanto más tiempo pasaba aquí, más me percataba de que necesitaba perdonar a mi madre, y perdonarme a mí misma también. Me culpaba por lo que le había sucedido, e incluso ahora aún me siento en parte responsable. De no haber nacido yo, lo más probable es que se hubiera quedado aquí con Sandra y todo hubiera ido bien.

—No puedes pensar así —le dijo él.

—Lo sé. Dennis me ha hecho comprender eso hoy. —Sonrió con el recuerdo de su viaje en el bote aquella tarde—. Creo que conocerme también le ha ayudado a perdonarse a sí mismo.

—Lo que dices tiene sentido. —Aidan volvía a sonreírle con lo que parecía cariño genuino—. Eres impresionante ¿sabes? No es de extrañar que tu viejo esté orgulloso de ti.

—Pero está costando un poco acostumbrarse a todo esto de gustarme a mí misma —continuó—. Lo que pasa es que pienso que si empiezo algo contigo, luego tal vez nunca sepa qué se siente siendo tan solo una misma durante un tiempo; la versión de mí misma que me gusta en realidad, quiero decir. Necesito sentirme cómoda con mi propia piel antes de dejar que tú te cueles por debajo.

Holly pensó que él retomaría la discusión o le suplicaría que cambiara de idea, pero en vez de ello Aidan se limitó a inclinarse hacia delante para estrecharla en un fuerte abrazo, comprimiendo su mejilla contra su torso robusto y apoyando el mentón con barba de unos días en lo alto de su cabeza. Sentirle a él, tan firme y cálido bajo la camiseta, casi consigue desintegrar la

determinación de Holly como si fuese una galleta, pero se obligó a no alzar la cabeza. Si en ese instante diera la casualidad de que su boca se encontrara en las cercanías de la de Aidan, poco podría hacer para evitar que se hiciera dueña de la situación.

Aidan dijo algo, pero su pelo apagó sus palabras. Holly se apartó y alzó la vista con gesto inquisitivo.

—¿Por debajo de tu piel? —preguntó él con una amplia sonrisa—. Haces que suene como si yo fuera Hannibal Lecter o algo parecido. —Luego, más serio, preguntó de repente—: ¿Crees que alguna vez llegará el momento para ti y para mí?

Holly miró sus ropas gastadas, la mancha oscura de grasa en su espinilla y la costra de la rodilla. En la parte interior de los codos había trozos de piel despellejada por el sol y un grano de aspecto furioso empezaba a aparecer en la zona de piel suave próxima a su nariz. Le encontraba tan guapo que pensó que iba a chillar, por lo que se obligó a apartar la mirada, y subirla al mapa que él había hecho para ella —su mapa de ella— y permitió a sus ojos encontrar el corazoncito rojo que había garabateado con boli.

—Oh, bueno, igual algún día —dijo al final, sonriendo de refilón mientras alcanzaba la copa vacía—. Pero por el momento, ¿por qué no empezamos por una copa de este vino excelente?

Holly y Aidan siguieron sentados en la casita de la colina en Zakintos, ajenos al sol de septiembre que descendía tras las montañas y la luna que ascendía para ocupar su lugar. Los muros de piedra blanca a su alrededor adquirirían un tono añil a medida que se hacía de noche y las estrellas se turnaban con su titilar, compitiendo por ver cuál brillaba con más intensidad.

Si hubieran salido al exterior y alzado la vista al tapiz centelleante extendido sobre ellos, habrían sido capaces de trazar un mapa entre los puntos

candentes, delineando con sus dedos norte, este, sur y oeste, descubriendo nuevas maneras de orientarse desde una estrella hasta la siguiente. Pero no era necesario. Tras una vida buscando, los dos habían encontrado su camino de vuelta a casa.

Epílogo

Con cuidado, la niña extendió hacia atrás el vestido antes de sentarse en la arena. Había elegido un lugar lo bastante retrasado, fuera del alcance de la marea, pero de todos modos soltó un grito de excitación cuando una ola especialmente vigorosa se detuvo justo ante sus pies descalzos.

Los domingos a esta hora solía salir en barca con su abuelo. Todos iban a su restaurante para una buena comilona y luego él se la llevaba a dar una vueltecita. La semana pasada la había llevado justo hasta el interior de las Cuevas Azules, donde el agua relucía desde debajo de la superficie como si existiera un secreto país de las hadas ahí bajo las rocas, sin poder verse. No había hablado a nadie de las hadas, por supuesto. Si las mencionas dejan de ser reales, eso lo sabe todo el mundo.

Cogió una rama traída por el oleaje y escribió su nombre en la arena húmeda. El sol escogió ese momento para asomarse desde la nube tras la que se escondía y la luz se filtró a través de las cenefas de encaje de su vestido, dejando motitas amarillas por piernas y brazos. Mami le había hecho este vestido. Le hacía la mayoría de ropa, de hecho, pero este vestido era extraespecial. Para hacerlo, el abuelo le había dado a mami un encaje que pertenecía a su propia madre, así que debía de ser muy especial, desde luego.

Mirando hacia el mar, sus ojos se posaron como siempre en su lugar favorito: la isla Tortuga. A veces fingía que era la reina de esa isla. Y al pertenecerle, debía escoger a quién permitía visitarla. Mami y papi, por supuesto, tendrían que ser los primeros de la lista, pero además quería que viniera Maria, y la abuelita y el abuelo, y tía Clara. Tía Aliana también

estaba en la lista, aunque tendría que dejar atrás al hombre horrible de turno que trajera con ella, fuera quien fuera. El último que vino tenía mal aliento y roncaba aún más alto que Phelan. Seguramente dejaría venir a Kostas, si el pobre conseguía encontrar un día libre en la tienda, y Annie también podría venir..., pero solo si traía a Lexi para que Phelan tuviera alguien con quien jugar. Luego todos los amigos de la escuela, por no mencionar a Nikos y a ese hombre tan gracioso, Alix... al final la isla acabaría bastante llena, pero no quería dejar a nadie atrás.

Oyó a su madre llamándola desde los peldaños de entrada de la taberna y, a su pesar, apartó la mirada de su reino con forma de tortuga. La isla seguiría ahí mañana, al fin y al cabo, pero ella no hacía de dama de honor cada día.

Mientras se iba corriendo por la playa, con la falda del vestido agitándose y los oscuros rizos levantados por la leve brisa veraniega, una ola se abrió paso hasta la pequeña señal que había dejado en la arena, borrando las palabras ahí escritas. En tan solo unos segundos «Jennifer Savannah Flynn» se desvaneció, pero tal y como había sucedido antes con otras tantas personas que dejaron su marca en la isla, una pequeña parte de ella permanecería ahí para siempre.

Agradecimientos

Oh, Dios mío... He escrito un libro ¡y lo han publicado y todo! Muchas gracias por leerlo, querido lector. Espero que lo hayas disfrutado. Por favor, coméntalo conmigo en Twitter @Isabelle_Broom. Me encantaría.

Debo empezar diciendo un enorme gracias a la genial y hermosa Hannah Ferguson, que ha hecho realidad todos mis sueños desde el momento en que se convirtió en mi agente. Ella y el equipo de Hardman & Swainson y Marsh Agency han sido tan profesionales, solidarios y legendarios desde el primer día que no tengo nada más que amor y admiración por todos ellos.

Para Kimberley Atkins, mi totalmente brillante editora de extraordinario talento en Penguin Michael Joseph: si pudiera hacer que todo el elenco de Disneylandia formara una fila y te cantara un inmenso gracias, pues lo haría. Esta es una deslucida segunda opción, pero espero que sepas cuánto te quiero y respeto. Gracias por coger este libro y convertirlo en algo de lo que puedo estar verdaderamente orgullosa: eres una maravilla. Para la gran Maxine Hitchcock, la impresionante Francesca Russell, la fabulosa Sarah Bance, la deslumbrante Emma Brown y todo el equipo de Penguin Michael Joseph: todas sois superestrellas. Muchísimas gracias.

Hace más de dos años que mi viaje por el mundo de la edición empezó a cobrar fuerza, cuando gané un concurso con un cuento corto titulado «The Wedding Speech». Durante este tiempo he tenido la suerte de recibir algunos consejos maravillosos de Clare Hey, Sara-Jane Virtue, Lizzy Kremer y Milly Johnson, tan talentosas y encantadoras todas ellas. Vuestras amables palabras me ayudaron a dar el salto a escribir novelas de verdad, y este libro no estaría aquí sin vosotras.

No es un mito que la gente escritora es de lo mejor como personas, y me gustaría mandar un cariño muy especial y mis gracias a Hannah Beckerman, Lucy Robinson, Giovanna Fletcher, Paige Toon, Ali Harris, Stella Newman, Katie Marsh, Lindsey Kelk, Cecelia Ahern, Jane Fallon, Jo Thomas, Kirsty Greenwood, Cesca Major, Harriet Evans, Cressida McLaughlin, Nikki Owen, Eleanor Moran, Adele Parks, Tasmina Perry, David Whitehouse, Jo Carnegie, Jennifer Barclay, Lisa Dickenson, Peter James, Ben Willis, Sam Eades, Nina Pottell, Georgina Moore, Fran Gough, Lizzie Masters, Elaine Egan, Sophie Ransom y Tess Henderson. Gracias por todas las risas, consejos y apoyo, pandilla maravillosa.

Al equipo de la revista *heat* —vosotros, gente, siempre me habéis apoyado y os quiero un montón. Gracias por hacerme reír cada día sin falta.

Tengo mucha suerte de ser amiga de algunas de las personas más increíbles del planeta. Muchas gracias a Sadie Davies, Ian Lawton, Ewan Bishop, Tom Harding, Corrie Heale, Jamie Green, Alex Holbrook, Becky Bachelor, Dominic Morgan, Vicky Zimmerman, Rosie Walsh, Tamsin Carroll, Ranjit Dhillon, Gemma Courage, Sarah Beddingfield, Chad Higgins, Colette Berry, Jim Morris, Sue Pigott, Kostas Kapsaskis y Molly Haynes por todas sus sabias palabras, amor constante y por las ganas de beber unas copas conmigo. Gracias a John Richardson por su apoyo y aliento mientras escribía este libro, y megagracias a Mark Tamsett y Lindsay Perkins, mis compinches del Running Club... —me mantenéis cuerda a través de la locura. Difícil de creer, pero cierto. Y a mi familia de Zakintos—, estáis todos chiflados, pero os amo. Espero que estéis de acuerdo en que he dejado lucida a nuestra pequeña roca.

Para mi familia, todos vosotros también estáis chiflados —en especial el contingente perruno—, pero no os querría tener de otra manera. Gracias por todo el amor y el apoyo, y por sujetarme cada vez que voy a caerme. Mamá, podría enumerar todas las palabras más elogiosas del mundo aquí, pero nunca

serían suficientes para decirte lo increíble que eres. Gracias por todo... Te quiero. Siempre.